José Ovejero

Los ángeles feroces

José Ovejero
(Madrid, 1958), ha vivido la mayor parte del tiempo fuera de España, principalmente en Alemania y en Bélgica, y ha escrito poesía, ensayo, libros de viajes, cuentos y novelas. En todos esos ámbitos su obra ha merecido premios como el Ciudad de Irún de poesía 1993 por *Biografía del explorador*; el premio Grandes Viajeros 1998 por *China para hipocondríacos*; el premio Primavera de novela 2005 por *Las vidas ajenas*; el premio Gómez de la Serna 2010 por *La comedia salvaje*; el premio Anagrama de ensayo 2012 por *La ética de la crueldad*; y el premio Alfaguara de novela 2013 por *La invención del amor*. José Ovejero no deja de indagar nuevos territorios narrativos, como lo demuestra la novela que ahora publicamos, *Los ángeles feroces*, ni nuevas formas de expresión: desde febrero de 2015 representa sus cuentos sobre un escenario con el espectáculo *Qué raros son los hombres*.

«Estás entrando en un mundo como el tuyo. Habrá algunas cosas que te extrañen, pero es posible que se deba no a que son nuevas, sino a que te has acostumbrado tanto a ellas que ya no las ves.» Es un mundo que parece a punto de desmoronarse, como el tuyo. Y en él tiene que sobrevivir Alegría, una joven cuya sangre es particularmente valiosa, porque ni enferma ni envejece. De ello se ha dado cuenta Cástor, un político en horas bajas que sabe que tiene que ofrecer algo nuevo, algo con lo que volver a ilusionar a sus votantes. Pero también el Loco ha descubierto que la sangre de Alegría es especial; y le ha prometido a la Santa Muerte, de la que es adorador, que va a acabar con esa sacrílega que podría vivir para siempre.

Pero atención: «esto no es una novela de aventuras. No habrá en ella acciones heroicas, ritmo trepidante, finales rocambolescos». Las cosas suceden como te suceden a ti, sin música dramática, sin primeros planos. Las cosas suceden, eso es todo. Y lo más importante a veces pasa desapercibido. Hay violencia, sí, pero, si te fijas bien, violencia hay en todas partes. Estamos rodeados por ella.

Y AM –¿por qué se llama AM?– vigila desde ese apartamento que ha ocupado en el piso quince de un rascacielos, cerca del puerto. AM vigila y se pregunta cómo sacar a Alegría del lío en el que está metida. Él conoce la ciudad, las zonas seguras y las zonas marginales, los laberintos subterráneos y a sus habitantes; colabora con el misterioso (¿subversivo?, ¿terrorista?, ¿poético?) Ejército de las Sombras. AM piensa continuamente, anota lo que piensa. Y sabe que apenas queda tiempo para actuar. Aunque, como él mismo dice, el tiempo es un invento de los poderosos. Todo está ocurriendo ahora.

JOSÉ OVEJERO

Los ángeles feroces

Galaxia Gutenberg

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: septiembre 2015

© José Ovejero, 2015
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015
Imagen de portada: *Kitchen* © Zain, 2015

Conversión a formato digital: Maria Garcia
Depósito legal: DL B 17396-2015
ISBN: 978-84-16495-07-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Del cuaderno de AM (I)

No os identifiquéis conmigo. Yo no soy como vosotros. Y ninguno de vosotros es como los demás. La identificación es un atajo que no lleva a ninguna parte.

Ese chico que está ahí parado con una piedra en la mano podrías ser tú o cualquier otro. Desde esta distancia no queda claro si sonríe o si tan sólo entrecierra los ojos a causa del humo que sale de un contenedor de basuras en llamas. Su cuerpo refleja cierta lasitud, sorprendente en ese momento en el que la escena podría romperse por mil sitios, porque la amenaza lleva ahí demasiado rato y no creemos que vaya a tardar en desencadenarse la violencia.

Tiene clase, a su estilo, es decir, con ese estilo que incluye el cuero, los pendientes, descuido en el calzado y algún tatuaje no demasiado llamativo, apenas un signo, una afirmación de pertenencia. Y el mitón de cuero trenzado que protege la mano con la que empuña la piedra podría haber salido del cajón de su abuelo, de una tienda de moda vintage o de un basurero.

No está solo y sin embargo lo está. Es verdad, han ido llegando por decenas primero, después por cientos, y ahora son miles, pero no forman un auténtico grupo; no corean consignas ni cantan ni hay en ellos nada festivo o comunitario. La desesperación convierte su presencia en un asunto personal; esa rabia no es compartida sino que se multiplica en cada uno de ellos como una imagen sobre un espejo hecho añicos.

Aunque algunos son tan jóvenes que no es probable que los haya llevado allí la desesperación, y de hecho son los que parecen más felices, sonríen, se empujan, se apresuran, como si acudiesen a un estadio y no a una confrontación violenta. También han llegado a la cita unas pocas familias, parejas muy serias que llevan a sus hijos, en algún caso a los abuelos, a cumplir con un deber cívico, quizá sin saber que en cuanto estalle la furia no habrá lugar seguro, y nadie, eso os lo garantizo, gritará las mujeres y los niños primero. Hay mujeres que se han presentado solas, o al menos no parecen comunicarse con los demás, están perdidas o abstraídas, con aspecto de madres de familia o, más bien, de haberlo sido antes de que ocurriese un deterioro difícil de precisar, con el pelo descuidado, ropa demasiado grande o demasiado pequeña, y sin gracia, como si hiciese mucho que han dejado de mirarse al espejo, te las imaginas secándose las manos en el paño de cocina antes de ir a la manifestación y acordándose de quitarse el delantal sólo después de cerrar la puerta. Otras aparecen en grupos de tres o cuatro, de mediana edad, habitantes de comunas o casas de acogida, muchas llevan cortes de pelo llenos de picos, fantasiosos trasquilones que dibujan telas de araña de cuero cabelludo, serpientes, animales con garras y alas. Y por supuesto enseguida distingues a aquellos que acuden siempre a las confrontaciones

masivas, independientemente de la causa, profesionales del desorden, pero no te apresures a condenarlos, quizá tan sólo han visto antes que otros que por todas partes se trata de la misma lucha, quizá han entendido que el diálogo es una manera de engaño cuando las fuerzas son disparejas, y que hay que acudir en tropel, con perros sin correa ni collar ni bozal, con botellas o tetrabriks de alcohol barato, con los pies y los dientes sucios, sin respeto ni deseos claros, sin causa ni coartada. Piensa de ellos lo que quieras, pero no los desprecies porque no sean como tú. Desde la Revolución francesa, desde antes, desde mucho antes, desde que multitudes de hambrientos se amotinaron en pueblos y campos contra los impuestos reales y eclesiásticos, guiados a veces por chiflados de ojos brillantes y promesas de salvación eterna, desde que grupos de hombres airados quemaron las máquinas que supuestamente iban a hacerles más llevadero el trabajo, son ellos los que están en primera línea y defienden tus intereses sin saberlo tú ni ellos. Llevan siglos haciéndote el trabajo sucio.

El sol se estrella contra el asfalto y se refleja en la chapa de los coches, por lo que si entrecierras los ojos, como hacía el chico, podrías creerte en una fiesta o en una discoteca en la que giran globos estroboscópicos, debido a esa multitud de destellos que rebotan sobre el metal de los vehículos que algunos imprudentes han dejado aparcados en las cercanías, sin ocurrírseles que antes de que acabe la noche muchos de esos coches serán como tortugas tumbadas sobre la concha, sólo que además tendrán los cristales rotos, la pintura arañada, y algunos habrán ardido y se habrán fundido el plástico del salpicadero, el material sintético de los asientos, las manivelas de las puertas, la bandeja del portaequipajes, las ruedas. Humaredas negras señalarán dónde se encuentran esos precios ya sin valor alguno. Que no se engañen: el seguro, como la banca de los casinos, siempre gana, así que no cubre los daños producidos durante revueltas o catástrofes naturales; y lo que va a suceder es una mezcla de ambas.

El chico se vuelve porque a sus espaldas alguien da consejos a otro: si oyes la palabra futuro, dispara; rompe los dientes a quien mencione la revolución o el pueblo o la lucha de clases; méate en la pierna de quien diga esperanza; que no te detengan con esos conjuros. Huye de los curas de la rebelión, de las almas buenas, de los que creen; no hay nadie peor que quien todavía cree.

Es un hombre de unos cincuenta años, con cola de caballo y varios dientes de oro el que alecciona a un adolescente, un muchacho en pantalones cortos y camiseta de tirantes con las orejas traspasadas por una ristra de aros de metal barato; el muchacho asiente a cada

consejo, pero se nota que su mente está en otra parte, que sus ojos escanean inquietos los alrededores, como buscando el origen de un peligro. Los ves y tienes que pensar en el entrenador de un púgil dándole las últimas instrucciones, pero el boxeador, aunque también asienta con la cabeza, está ya pensando en los primeros golpes, en el dolor y en la rabia, está ya cargándose de adrenalina, su cuerpo ha comenzado a vibrar.

Cada vez más gente se agolpa en la plaza y en las calles adyacentes, empujando a los que llegaron primero hacia las barreras de metal que forman un embudo que termina en la primera línea de policías. Hay un rumor de voces igual al que se escucha a la salida de un estadio. Los policías han calado sus viseras como caballeros medievales antes de iniciar el galope lanza en ristre. Ya han volado algunas piedras, cinco o seis botellas, objetos metálicos, pero hasta ahora todo ello sólo parece una forma de medir la distancia y de ir tanteando los nervios de los policías y los propios. Al chico los policías le recuerdan vagamente una película vista hace mucho tiempo y rodada hace mucho más: un bosque en algún lugar frío y húmedo; la luz indica que amaneció hace poco; caballos en línea, de sus narices sale vaho; los jinetes tiran del freno, tan tensos como sus monturas; saben que dentro de poco se dará la orden, y callan, escuchan su propio corazón, incluso los caballos parecen conscientes de lo que va a suceder y producen sólo sonidos mitigados: leves golpes con las pezuñas contra la hierba aún cubierta de escarcha, cuidadosos amagos de relincho, y algunos, los más nerviosos, echan la cabeza repentinamente hacia atrás como si deseasen lanzarse al galope. También los policías están formados en línea, y nos queda claro a ti y a mí que lo que más desean muchos de esos funcionarios es escuchar la orden de avanzar, primero como una falange ateniense, espoleados por el ruido rítmico de sus botas, y luego desgajarse en moléculas ordenadas para empezar a golpear no ciega pero sí indiscriminadamente a todo el que no vaya uniformado. Unos pocos, quizá más inexpertos, preferirían que el enfrentamiento no tuviese lugar, que toda esa energía contenida se disipase silenciosamente y regresar a casa sin el recuerdo del sonido de huesos rotos, los estampidos de las armas de fuego, los gritos de los heridos. Regresar a casa aliviados tras haber sentido el placer de ir despojándose de todo el equipo protector sin haberlo necesitado.

Pero el chico en el que nos hemos fijado al principio, a pesar de ser tan joven, tiene suficiente experiencia como para saber que no va a ser así; sería decepcionante para casi todos, y además aquello no es el

ensayo de una coreografía: es la guerra.

Ahora el chico avanza unos pasos, parece sopesar la piedra en la mano; sus ojos fijos en la barrera uniformada calibran la distancia: David contra un Goliat multicéfalo, un Goliat que es también la Hidra. Tenso ahora, perdida la lasitud de sus miembros, hace pensar en un saltador de altura que mentalmente reproduce ya los pasos que debe dar y el impulso de sus piernas en el momento preciso. Dicen que así nació el ser humano; si su cerebro se desarrolló más que el de otras especies se debe a que, cuando comenzó a caminar erguido por las sabanas, animal lento, sin garras, sin colmillos poderosos, sin coraza alguna, lo suyo no era el cuerpo a cuerpo. Fiaba la supervivencia a matar desde lejos, es decir, a alcanzar a sus presas con armas arrojadizas; piedras primero, luego venablos y azagayas, más tarde lanzas o jabalinas; y ese cálculo preciso de la velocidad y la dirección de la presa, la potencia del lanzamiento, el ángulo, la propia velocidad y dirección cuando la caza se realizaba a la carrera, exigían un cerebro mucho más sofisticado que el de los animales que luchaban a dentelladas y zarpazos. Así dicen que empezó todo, así hemos llegado a donde estamos. Y ahora el chico ha retrocedido milenios, recupera esa manera sencilla de enfrentar el mundo, sin pensamiento ni palabra, tan sólo un cálculo primitivo y a la vez complejo.

Pero aunque esté tan concentrado en la barrera enemiga, un movimiento rápido a su derecha llama su atención, le hace detenerse, tender la mano izquierda como si con un conjuro mágico quisiera congelar el movimiento de la joven que se abalanza a todo correr contra el muro de escudos transparentes.

Se ha lanzado a la lucha con una decisión que ni siquiera en ese momento de sobresalto le pasa desapercibida al chico. La cabeza de ella embiste entre dos escudos, como para abrirse paso a cornadas, pero no es un toro o un animal ciego de rabia, para ello le faltan la potencia y la envergadura. Una de sus manos se cierra en un puño y golpea la visera de un policía al mismo tiempo que la cabeza choca contra los escudos; el ruido es mayor de lo que habría podido esperarse, quizá porque en ese momento de calma nerviosa todos contienen ligeramente la respiración y aguzan los oídos como animales que se suponen acechados. El golpe funciona como señal: tras apenas un segundo son cientos los que de repente echan a correr, unos con las manos desnudas, otros empuñando piedras, barras de metal, bates de béisbol, cadenas y, ahora sí, la batalla comienza de verdad, toda la rabia de ambos lados reventando en energía cinética, y se oyen nuevos golpes, y gritos (y alguna voz que llama a la calma y a

evitar la violencia, ¡ingenuos!), y los cuerpos se rozan y se mezclan y deforman, y casi inmediatamente huele a sudor y a mal aliento. El joven se ha quedado parado, olvidando al parecer para lo que ha ido hasta allí; deja caer la piedra al suelo y se dirige hacia la chica que, tras caer de rodillas quizá por un golpe que él no ha visto, es derribada luego por el avance de los policías, y sólo después de unos segundos acaba por tumbarse despacio de costado, como si buscase un lugar cómodo para dormir. La sangre corre por su cara. Sus piernas tiemblan como las de una oveja enferma. Un policía gira la cabeza, la descubre allí recostada, en retaguardia, y hay algo que se despierta en su rostro, sentido del deber o sencillamente el deseo de clamar una primera víctima, de cortar la primera cabellera. Con la cabeza pegada al asfalto, ella lo ve llegar, y debe de ser impresionante desde esa perspectiva, el legionario uniformado, correaje, casco, chaleco antibalas, un escudo transparente rectangular y convexo, botas de suela gruesa que alcanzan hasta media espinilla, como para protegerlos de serpientes o de ratas. Lo ves avanzar con los ojos casi a ras del suelo y parece una estatua de otros tiempos en movimiento, un coloso de mármol al que han insuflado vida para que te destruya. Ella se incorpora y el policía da un salto sorprendentemente ágil para alguien que lleva tanta impedimenta; levanta el escudo con la intención de estrellarlo contra su cara. El chico se queda paralizado un momento, como si aguardase el resultado de esa acción, aunque él preferiría correr a toda velocidad e impedirlo, pero sabe que no llegará nunca hasta donde se encuentran ambos, porque demasiado tarde es nunca. Todavía la está mirando cuando otro policía le asesta a él un porrazo mal dirigido que rebota en su hombro, y sólo entonces los ojos del chico se vuelven hacia la porra y una de sus manos sujeta el antebrazo que se acercaba a su rostro ahora con mayor precisión. De la espalda saca lo que podría ser una porra eléctrica y el policía da un paso atrás, que no lo aleja lo suficiente. El chico consigue meter la porra entre el chaleco antibalas y el borde de la visera. Los ocho mil voltios entran en el cuerpo del funcionario por la aorta. El policía da un salto como si alguien hubiese tirado violentamente de él con una cuerda. El chico no lo ve tambalearse y caer porque ya se está girando para volver a localizar a la mujer que había dejado, como en esos momentos culminantes de una película televisada interrumpidos por la pausa publicitaria, justo cuando iba a recibir un golpe potencialmente letal. ¿Cuánto? ¿Dos segundos, tres? Y sin embargo ella continúa en el suelo alzando el antebrazo para protegerse y el policía sujeta el escudo en alto. No está claro si aún no lo ha bajado

para golpear, (¿movido por la compasión?, no, nadie tiene compasión en esos instantes por las víctimas del otro bando) o si se prepara para el segundo golpe. Los manifestantes corren en todas direcciones, empujándose, tropezando, cayendo. La adrenalina podría ahogarlos. También corren los policías, pero no es una desbandada: ellos corren en pequeños grupos de tamaños similares, ocho o diez números en cada uno, ellos no chocan entre sí, y por eso cazan a los manifestantes más lentos o que han perdido demasiado tiempo levantándose después de caer, y golpean con método: en el vientre para dejarles sin respiración –y cuando no puedes respirar el miedo es inevitable, ya no piensas ni te defiendes, sólo quieres respirar, nada más–, en las piernas para que caigan al suelo, en la cabeza para acabar con la última resistencia y, si hay suerte, provocarles lesiones de las que no sea tan fácil reponerse. Dos policías se quedan aporreando al caído, restregando su cara contra el asfalto hasta que se claven en sus mejillas y su frente diminutos cristales y piedras (siempre te acordarás de este día cuando te mires al espejo), y los demás continúan la caza; como en una carrera de relevos, los dos rezagados esprintan tras terminar su labor para sumarse a la unidad. Lo hacen bien, tienen años de preparación, clases teóricas, esquemas, gráficos, ejercicios virtuales y simulaciones prácticas. Y experiencia en el terreno.

El chico más que pensarlo lo absorbe, igual que no piensa en respirar ni en que al correr necesita que los pulmones reciban más oxígeno para enviarlo a las células ni en que debe expulsar el dióxido de carbono más rápidamente para no intoxicarse; sencillamente respira con fuerza, casi con violencia, y lleva tanto impulso su carrera que trastabilla al tener que frenar de repente, y choca contra el policía, mala suerte, no has aprobado el curso de castigo de manifestantes, te has quedado solo, idiota, teníais que ser dos, y ahora no hay quien te defienda de ese joven que se abraza a ti para no caerse y al mismo tiempo para evitar que sigas golpeando a la muchacha. Enseguida se repite la escena anterior: el chico saca la porra eléctrica, sortea el escudo, y la aplica al cuerpo del contrario, esta vez a un costado. La descarga hace al policía doblarse sobre sí mismo como si fuese a vomitar. El chico le arranca el escudo de la mano y le golpea en la cabeza tres o cuatro veces, hasta que no percibe otro movimiento que el propio. La plaza está ahora casi vacía. Unas pocas figuras acuclilladas, como recuperando el aliento. Humo de las granadas. Líquido azul regado por el suelo, el que no ha alcanzado cuerpos que marcar. Basura esparcida por todas partes, como si acabase de terminar un concierto al aire libre. ¿Puedes

caminar? La chica se tapa la cara con la mano. Asiente. Venga, yo te ayudo. Pero tenemos que darnos prisa. Se apoya en él para caminar, aunque parece que las piernas la sujetan bien. Sin embargo, se le escapan quejas contenidas a cada paso; podría tener alguna costilla rota. Recorren varias calles alejándose de los gritos y el estruendo. Helicópteros y drones vigilan el núcleo de la manifestación, lo que queda del núcleo, y barren con sus focos las calles donde se libra la batalla principal. (Estábamos absorbidos por esta escena bélica y no nos habíamos dado cuenta de que ya está anocheciendo.) No parece haber patrullas de retaguardia, como si las autoridades creyesen que están ante el combate definitivo y hubieran enviado todas sus fuerzas a un Armagedón, que, no os engañéis, se reproducirá una y otra vez por muchos combatientes que caigan esta noche. Además, en este Armagedón no se sabe cuáles son las fuerzas del bien y cuáles las del mal, conceptos demasiado simples para dar una idea siquiera aproximada de lo que está sucediendo.

Él tira de ella por un brazo para obligarla a entrar en el portal. Por suerte vive cerca, porque si tuviese que recorrer la ciudad así, cubierto de pintura y de sangre, alguien, desde detrás de una ventana, cumpliría con su obligación de denunciar a los subversivos y una patrulla de civil les cortaría el camino. Ella desconfía, se resiste a entrar, otea el fondo del portal como si de él pudiese salir una alimaña. Da un paso atrás y hace un movimiento con la mano que podría ser una forma de despedida.

Venga, aquí estás segura. Es mi casa. Yo soy AM. ¿Tú cómo te llamas?

Alegría.

¿En serio? ¿Te llamas Alegría?

Ella echa la cabeza ligeramente hacia adelante y escupe un coágulo de sangre sobre una baldosa sucia.

El esqueleto de metacrilato resplandecía en una esquina del cuarto, parpadeando por las subidas y bajadas de tensión: las sombras proyectadas por los muebles y por el cuerpo arrodillado de Arnoldo bailaban contra las paredes según aumentaba y disminuía la intensidad de la luz.

Santa Muerte, protégeme de mis enemigos, dame la fuerza para destruirlos y un final sin dolor cuando ya no la posea.

El esqueleto, vestido con una túnica blanca de algún material sintético, sujetaba una bola del mundo sobre la palma de la mano izquierda y en la derecha empuñaba una guadaña.

Santa Muerte, Mictecacihuatl, tú que moriste poco después de nacer y por eso nada te asusta, enséñame el camino.

Un rayo luminoso salía entre las mandíbulas abiertas del esqueleto; la Señora de los Muertos, que durante la noche devoraba las estrellas, devolvía ahora la luz que había almacenado en su cuerpo huesudo.

Arnoldo se santiguó ante la imagen, que nunca se apagaba salvo cuando algún terrorista, o un idiota con ganas de divertirse, volaba un transformador cercano, y se levantó masajeándose las rodillas. Sobre una mesa baja había montado un altar a la Blanquita con guirnaldas de aluminio que él mismo había recortado con una cizalla, una botella vacía de tequila, una bandejita con pastillas alucinógenas, fotos encontradas en los vertederos ilegales –una de una mujer desnuda bajo un velo de monja– y distintos objetos o partes de objetos que iba añadiendo más por su color o su forma que por su función. A la Santa le gustaba que le decorasen el altar y que se ocupasen de ella.

Arnoldo comprobó una vez más si funcionaba el móvil. Hacía tres días que estaba sin cobertura. Tampoco es que hubiese mucha gente a la que habría llamado con gusto. Pero sí lo buscaban a veces personas necesitadas. Acudían a él cuando no podían más. Pobres. Él socorría y ayudaba. Estaba en su naturaleza. No todo el mundo tiene la energía suficiente para salir de esas arenas movedizas en las que se transforma la vida. Necesitaban a alguien que tirase de ellos. Un brazo fuerte. Una mano amiga. Un pulso que no tiemble.

Se puso una sudadera negra con capucha que le daba un aspecto monacal. Se contempló en el vidrio de la ventana: los ojos hundidos, la barba rala, cierta palidez; el rostro enmarcado en lo negro y flotando borroso sobre un paisaje de rocas y arcilla. Le hubiera gustado mirarse en un espejo de verdad, pero en esa casa no había espejos. El último lo rompió de un cabezazo que le había dejado una cicatriz en el centro de la frente. Antes de salir, abrió la mirilla para comprobar que no había nadie afuera. Nunca había nadie.

En el camino que conducía a la ciudad tampoco se encontró con personas ni con animales. A través de las grietas del asfalto reventado crecían plantas, algunas de ellas comestibles. Arnoldo desconocía sus nombres pero distinguía las que se podían comer crudas y las que daban granos que, hervidos, calmaban el hambre. También había aprendido a reconocer las que provocaban dolores de estómago o vómitos o mareos.

Se desvió del camino al llegar a la linde de un bosque de árboles renegridos, como si los hubiese invadido una plaga de tizón o algún hongo que se había secado y aguardaba a la lluvia para reverdecer y seguir apoderándose de los troncos. Antes de adentrarse en él echó la mano a la espalda, a la altura del cinturón, para asegurarse de que no se había olvidado del cuchillo. Buscó alguna forma familiar en las nubes aún dispersas de un cielo que parecía estar encapotándose: cabeza de animal –de especie imprecisa–, mujer tendida, un automóvil antiguo. Le hubiese gustado encontrar una nube que se pareciese a la Santa. Una aparición, les diría a los niños; la Blanquita se me ha aparecido en el cielo, os lo juro. Quizá se lo diría de todas formas. Sintió frío aunque debía de hacer ochenta grados Fahrenheit. El bosque que estaba atravesando había tenido hojas cuando él era niño, pero más que recordarlo lo imaginaba. Dio un silbido al llegar a las cercanías del poblado de chabolas. Enseguida escuchó ruidos: ropas, latas, voces roncas, pasos. Volvió a palpar el cuchillo por si acaso. Los niños asomaron sus morros feroces detrás de unas piedras justo en la linde del poblado; debían de vivir en las chabolas más cercanas porque siempre acudían a su silbido sin demorarse. Corrieron todo lo deprisa que les permitían sus piernas, huesudas y sucias, compitiendo por quién era el primero en besarle la mano. Aunque los conocía desde hacía meses, aún no era capaz de decir de qué sexo eran.

Arnoldo introdujo los dedos en un bolsillo de la camisa y sacó una estampa. La levantó en el aire con dos manos, un gesto que a él mismo le pareció sacerdotal, de adepto a algún culto antiguo. Las caras de decepción de los niños le revelaron que se había equivocado de bolsillo. Les había enseñado la Blanquita. La guardó otra vez cerrando bien el botón no fuera a salirse por accidente; la Santa Muerte es celosa y no soporta que sus devotos lo sean de más de uno de sus avatares. Del otro bolsillo sacó a la Negrita y los niños le devolvieron la sonrisa.

Tenéis que encontrar a una mujer; necesito su sangre. Lo supe en el hospital, cuando... Se señaló la mandíbula para mostrar las dos cicatrices que le habían quedado allí donde le introdujeron los

tornillos de titanio. ¿Tiene que ser ésa, no vale una cualquiera? ¿Es para un sacrificio?, preguntó la niña. Arnoldo sacudió la cabeza. No, no vale una cualquiera. La búsqueda va a ser difícil. Es joven, veintitantos, y es inmortal.

Aaah, dijeron los tres.

Inmortal, su sangre es más pura que el aire de la montaña. Y es hermosa, dicen. Yo no la he visto nunca. Morena. Pelo corto. Aunque la gente cambia de aspecto, se retoca como una fotografía. Delgada, eso no habrá cambiado. Grabadlo en vuestras cabezas.

Sobre todo debían buscar en los alrededores del puerto. Que husmeasen. Que preguntasen. Que amenazasen. La Santa Muerte exigía la sangre de esa mujer que la desafiaba. Y no podían permitir que el gobierno la encontrase antes. Su sangre no debía ser transmitida a otros.

¿Cómo sabes que aún no la han encontrado?, preguntó uno de los niños.

¿O que no está muerta ya?

El tercero abrió la boca pero no se le ocurrió qué añadir.

Arnoldo les tendió la imagen de la Santa Muerte para que la besaran.

Me lo ha dicho. Me ha dicho que está viva y que soy yo quien acabará con ella.

¿En un sueño?

No, esta vez estaba despierto. Entró en mi cabaña anoche, mientras dormía. Me despertó tocándome el hombro. Habló conmigo.

¿Cómo es su voz?

Como la del viento cuando sopla entre las ramas desnudas de los árboles al tiempo que arrastra las hojas secas. Llevaba una túnica tan negra que absorbía la luz de las estrellas, era como un embudo negro: todo se precipitaba en su interior, lo juro. Pensé que me iba a quedar ciego y tenía que taparme los ojos como cuando te deslumbra un resplandor. Se me puso la carne de gallina, mirad, aún no se me ha quitado.

Los chicos pasaron uno a uno la mano por el antebrazo de Arnoldo para tocar su piel erizada. ¿Veis?, dijo, ¿veis? La impresión no se le pasa a uno.

Los niños se miraron inquietos, forcejearon, hicieron cabriolas, se amenazaron con mordiscos amistosos, como perros excitados antes de que los suelten a perseguir la presa, queriendo ya ventear su olor e iniciar la cacería.

Corred, encontrad a la inmortal; la Santa os lo pide. Si queda

satisfecha os besará con sus labios oscuros.

Como si acabasen de escuchar una promesa de felicidad, los niños partieron a la carrera, dando saltitos y lanzando piedras al horizonte.

Él tomó una vereda que antes había sido carretera y que se perdía entre los árboles secos. No se encontró con nadie de camino, pero por si acaso sacó el cuchillo de la cintura y lo empuñó. Se detuvo un momento a contemplar las cenizas de lo que había sido una fogata. Humeaban débilmente y pudo comprobar acercando la mano que aún despedían calor. Desperdigados en derredor se encontraban huesecillos de pájaros y de pequeños roedores, ningún cuerpo completo, tan sólo costillas, patas, manos, cabezas, todos perfectamente mondos. Sin embargo se echó un hueso a la boca y le dio vueltas en su interior con la lengua. Sabía a humo y a tierra, a objeto quemado y enterrado mucho tiempo. Escarbó entre las cenizas con la punta del cuchillo sin encontrar cosa de valor ni de sustancia. En los alrededores no se distinguía construcción ni cobijo ninguno, nada que le pudiese informar sobre quién se había calentado y alimentado gracias a aquel fuego. No se escuchaban trinos de aves; lo único que parecía vivir allí eran las lagartijas que corrían alucinadas sobre el suelo desnudo y se escondían a toda prisa bajo las piedras, en las grietas del suelo, entre alguno de los escuálidos matojos.

Se detuvo para masajear la pierna izquierda, la mala. Se concentró en la rótula, explorando la cavidad que le había dejado años atrás un encuentro poco amistoso con unos policías de paisano. Puta pierna. Pero un día iba a romperles los huesos a ellos. Uno por uno, empezando por los pies y terminando por la cabeza. Introdujo los dedos entre el cuello y el collar, temiendo ya lo que se avecinaba. El móvil emitió un pitido. Otra vez la batería.

Cruzó un puente que atravesaba un río amarillento, con las orillas adornadas por nubes de espuma. Del otro lado sí había arbustos verdes, proyectos de árboles con hojas algo arrugadas o deformes, pero que prometían algún día formar un nuevo bosque. Atardecía ya, y Arnoldo imaginó el regreso a oscuras, atento a cada ruido, a cada movimiento. Mostró los dientes a un enemigo invisible y empuñó la talla en madera que llevaba en un bolsillo del pantalón. Santa Muerte, protege a tu siervo.

Llegó a las cercanías de la casa de la Reina cuando un cielo de nubarrones oscuros amenazaba con una lluvia que nunca llegaba, una lluvia anunciadora de un apocalipsis eternamente pospuesto. Entre la hojarasca se oía el susurro de patitas innumerables. Una bandada silenciosa atravesó el cielo, huyendo a regiones que a Arnoldo le

habría gustado visitar. Ojos invisibles le observaban temerosos desde mil lugares, movimientos nerviosos de huida, orejas aguzadas, el hambre compitiendo con el miedo en todos esos cuerpos.

El collar le dio una descarga no muy intensa. Se estaba acercando demasiado a donde no debía. La sacudida se repitió, más fuerte, con el siguiente paso y siguió incrementando el voltaje a cada metro que se aproximaba a la casa. Habría querido poder quitárselo, pero para ello tenía que romperlo, y sabía que entonces estaría a merced de la Reina. Sin esa protección, regresaría una y otra vez a ella. Sin esa descarga que lo mantenía a distancia de la valla invisible sería otra vez su esclavo. El Loco rechinó los dientes. Sólo sirvo a la Santa, gruñó. La casa estaba donde siempre y tenía aspecto de lugar abandonado, ni un camino que condujese a la puerta de chapa. Ella estaba contemplando su lucha desde la ventana. Inmóvil. Una estatua asomada a esa casucha hecha de planchas de poliestireno cubiertas con restos de pintura aislante de varios colores, y ventanas irregulares de vidrio o plástico, que no se podían abrir, todo ello sacado de basureros, depósitos clandestinos, callejones en los que el viento va apilando la basura. Y el tejado era un saliente de la roca. Él había sellado la junta de piedra y corcho blanco con espuma de poliuretano, años atrás, cuando aún quería complacerla. Había sido, seguía siendo, un artista de la construcción con materiales aleatorios.

Dio otro paso y la descarga le hizo contener el aliento. La Reina continuaba en la ventana, una efigie de hielo. El Loco había ajustado la valla invisible a un voltaje capaz de dejar inconsciente a un perro de pequeño tamaño –hizo la prueba con uno que luego tardó horas en recuperar el conocimiento y en escapar a la carrera emitiendo aullidos lastimeros– porque la cercanía de la Reina le hacía aún más daño; lo volvía abyecto, indigno; habría hecho cualquier cosa por una caricia. En una ocasión le ofreció amputarse un miembro a cambio de que ella le pasase la mano por el rostro. La Reina le sonrió, conmovida, pero se negó. Al menos eso debía agradecérselo.

Si ahora quería ir a su morada no era porque desease su cercanía. La deseaba, claro, como la deseaba varias veces cada hora de vigilia, tanto que a veces se producía quemaduras y cortes en la cara interior de los muslos para que otra sensación más intensa le hiciese olvidarla, aunque sólo fuese un momento. Pero ahora no era el deseo sino el deber el que lo empujaba. Llevaba órdenes de la Santa. Tenía una misión que lo llenaba de orgullo. Dio otro paso y le pareció que el corazón sufría un pequeño estallido. Lo mejor habría sido atravesar la valla a la carrera. Pero le costaba trabajo decidirse. Se sentía como un

moscardón que choca contra una ventana: aunque aturdido, está seguro de cuál es el camino, pero cada nuevo intento es más doloroso que el anterior. La diferencia era que él sabía que podía atravesar la barrera transparente.

Cerró los ojos y embistió por fin hacia la casa. La descarga se convirtió en un dolor entre las cejas como si algún parásito monstruoso intentara abrirse camino hacia el exterior a dentelladas; podía oírlo, su zumbido de rabia en los oídos. Sintió como si fuese a ponerse a sangrar por los ojos. Pero al atravesar la línea, más gracias a la inercia que a la voluntad, la siguiente descarga fue un poco más leve, y un poco más la siguiente, ya un eco de las anteriores. Los últimos pasos los dio tropezando contra sí mismo y acabó tirándose al suelo con la esperanza de que desapareciera el dolor.

Arnoldo se quedó tumbado en la hierba húmeda y con olor a materia en descomposición; las náuseas remitían pero aún no podía respirar normalmente. Quiso escupir sin conseguirlo; tenía algo atorado en la garganta, a la altura del collar. Tirado como un perro al que han partido la columna. Con los ojos hinchados y llorosos, vuelto al cielo, implorando la misericordia del amo.

La Reina se había mantenido en la ventana. Sonriendo. No estaba enfadada con él. Apreciaba su espíritu de sacrificio, su entrega, su sumisión. Entonces desapareció y volvió a aparecer en la puerta abierta.

Hacía mucho.

Arnoldo sólo pudo expulsar aire ruidosamente por la nariz.

¿Me sigues queriendo, Arnoldo?

La Reina regresó al interior de la cabaña sin aguardar la respuesta. Aun a esa distancia, Arnoldo pudo oler su sudor aceitoso. Fue tras ella cuando logró ponerse en pie, a pasos cortos, buscando con cuidado dónde pisar sin perder el equilibrio.

No había cambiado nada en ella ni en la cabaña; Arnoldo tuvo la extraña sensación de haberse introducido en algún tipo de distorsión temporal que hacía que los años transcurridos se hubieran comprimido en un par de horas; la fantasía le provocó otra vez una ligera náusea, por lo que se sentó en el sillón, en su sillón. Ella se quedó de pie; su piel tostada resaltaba al asomar –las manos, los pies desnudos, el escote, la cabeza– de un vestido blanco resplandeciente; hacía mucho que Arnoldo no veía algo tan blanco: ya no nevaba como cuando era niño. Y el turbante, color sangre fresca, era el de siempre; nunca la había visto sin él. Tampoco cuando se desnudaba. Reprimió el impulso de agacharse a lamerle los pies.

¿A qué has venido? Dijiste que no volverías nunca. Te marchaste maldiciéndome.

Uno dice cosas, uno no sabe. El mundo da vueltas, y estás arriba o estás abajo, pero cómo averiguarlo. Arnoldo necesita hacerte una consulta. Se lo ha ordenado la Santa y si la Santa ordena Arnoldo obedece. ¿De qué sirve desear cuando el camino lo traza ella?

A Arnoldo le gustaba hablar en tercera persona en los momentos solemnes porque le parecía que eso daba más peso a los hechos, como si fueran tan interesantes como para merecer ser narrados por otros.

En la cara de la Reina no cambió nada. Ni siquiera parecía haberle oído. Al cabo de unos segundos se dirigió a la pared de roca y de una caja metálica que se encontraba sobre un saledizo extrajo una baraja. Se sentó sobre la alfombra cruzando las piernas y depositó la baraja boca abajo en el centro, delante de ella. Arnoldo hizo un esfuerzo por desviar la vista de los pies desnudos. Eran unos pies muy delgados, como hechos sólo de hueso cubierto de piel, una piel brillante como cuero sobado y olían a algún tipo de grasa animal. Arnoldo no sabía si era así el olor de su piel o el de un ungüento con el que la suavizaba.

Fue a sentarse frente a ella. Tomó las cartas y empezó a barajar con los ojos cerrados, intentando desprenderse de todos sus pensamientos. Desparramó la baraja con un movimiento de izquierda a derecha, un gesto familiar a pesar de los años transcurridos. Contempló el dorso de las cartas y le pareció mentira que algunas estuviesen ya elegidas antes de que él posase la mano sobre ellas. Estaban allí, los arcanos, esperando no a que los escogiera, sino a que diese la vuelta a esas figuras alineadas para él por el destino. Levantó una carta, la giró en el aire y, aunque lo esperaba, se sobresaltó: un caballero con armadura negra montado en un caballo blanco, la carta que no se debe nombrar. La Reina se encargaría de decir lo que fuese necesario sin pronunciar el nombre. La segunda en salir fue El Loco, y no pudo contener una mueca al reconocerse en ella; luego salieron sucesivamente La Emperatriz, Los Amantes y El Diablo. Cinco arcanos mayores en cinco cartas; ni uno solo de los cincuenta y seis menores. Incluso la Reina estaba impresionada; los ojos se le habían vuelto pozos negros cuyo fondo no se podía ver, si es que tenían fondo. Lo observaba como si intentase entender una transformación misteriosa que se había producido en él, algo que, por primera vez, escapaba a su comprensión.

Dime una palabra, lo primero que se te venga a la cabeza.

Sangre, dijo él sin pensarlo. La sangre de la impía.

Ella inspeccionó un momento la cara de Arnoldo. Él no habría

sabido decir lo que pasaba por la cabeza de la Reina, pero estaba seguro de que ella sí podía entrar en sus pensamientos. Intentó no pensar en nada. No debía saber más de lo necesario.

La Reina cerró los ojos. Luego, con voz ronca y queda, comenzó a interpretar las cartas. Él casi no la escuchaba, o le parecía no hacerlo pero lo entendía todo. El mensaje era sencillo: La Muerte es la primera carta, el pasado pero también la que domina al resto, la que impone el sentido a las otras cuatro; luego llega El Loco, él mismo, Arnoldo, que se lanza a la aventura sin importarle el peligro; La Emperatriz es la mujer que busca, la dadora de vida, la madre, la que quiere perpetuarse; pero no está sola, y por tanto no debe buscarla a ella sola, sino a ese joven que la acompaña: Los Amantes, son dos y debe concentrar su búsqueda en una pareja, no en una mujer; pero atención, El Diablo acecha, con sus propios designios, con la espada que simboliza el poder, el maligno que puede provocar la desgracia y trastocar todos los planes.

La voz de la Reina era ahora un murmullo cada vez más ronco, como si otra persona hablase por su boca. No le habría extrañado verla caer de espaldas presa de convulsiones y que expulsara a un demonio por la boca. Pero lo único que sucedió fue que se quedó en silencio poco a poco, igual que deja de manar un grifo que cierras lentamente. Unos minutos más tarde devolvió las cartas al mazo y éste a su repisa.

¿Con qué me vas a pagar esta vez?

Eres tú la que fija siempre el precio así que para qué preguntar. La Reina nunca pide de más ni de menos.

La Reina asintió. Cerró los ojos y se ausentó del mundo; allí quedaba ese resto mortal, en pie en medio del cuarto, una estatua ingrávida. Sin abrir los ojos dijo:

Uno de los niños. Me entregarás a uno de los niños después de haberla encontrado.

Cuando quería, usaba una voz tan suave que uno la escuchaba como si estuviese oyendo sus propios pensamientos. Así que Arnoldo tardó un rato en darse cuenta de que la Reina estaba esperando una respuesta.

Claro. El precio que te parezca justo, así ha sido siempre y las cosas no cambian de un año para otro. Nada cambia, tú no, Arnoldo tampoco.

¿Necesitas algo más de mí?

La Reina desplegó para él su sonrisa más mezquina, segura de lo que necesitaba. Pero él se había jurado que nunca más; él no iba a ser

un esclavo toda su vida. Estaba harto de ser El Loco. En algún momento será El Emperador. Y para eso necesitaba disciplina, ser dueño de sus deseos.

Nada, no necesito nada. El Loco sabe vivir con lo mínimo, eso lo ha aprendido en el bosque y en las veredas.

¿Seguro?

Los ojos de ella le señalaban el sillón, y con la mano derecha deshizo ligeramente el nudo de la túnica.

Arnoldo agachó la cabeza y la sacudió violentamente. Se levantó de repente emitiendo un gemido, embistió la puerta con los brazos por delante y, sin dejar de correr, atravesó otra vez la valla invisible. Pero en esta ocasión el dolor le hizo bien, porque era el dolor de quien se desprende de una adicción, el dolor del esclavo que rompe sus grilletes golpeándolos con un cortafríos: a cada impacto que repercute en su pierna, a cada herida cada vez que el metal de los grilletes se clava en la carne, se sabe más cerca de la libertad. Cuando giró la cabeza, todavía rechinando los dientes, descubrió a la Reina enmarcada en la ventana: se había quitado la bata y pegaba sus pechos negros y ya no tan firmes contra el metacrilato. Los pezones eran los ojos oscuros con los que vigilaba el mundo. Reía como una loca, la maldita.

Cástor está con su mujer en el salón de su casa. ¿Cómo se llama ella? Lo hemos olvidado. Detrás de cada gran hombre hay una gran mujer. Pero no sabemos si Cástor es un gran hombre. Tiene una sonrisa optimista, eso sí. O al menos así le decían siempre, y que tener una sonrisa optimista era ya media victoria. En realidad, la sonrisa sólo aflora cuando hay una cámara apuntada sobre él. Pero con o sin sonrisa él necesita la sangre. La gente es mezquina. La gente pasa años esperando vengarse de ti, hacerte pagar todas las pequeñas decepciones que han ido contabilizando porque no has satisfecho sus deseos imposibles.

Ping y Pong se afanan por el cuarto, silenciosos, con movimientos rapidísimos; ahuecan cojines, quitan polvo, sacan brillo. Le recuerdan a un tipo de insectos que ha visto alguna vez en un programa... qué más da dónde, y tampoco está seguro de que fueran insectos, podrían haber sido arácnidos o coleópteros (¿son insectos los coleópteros? Nunca le interesó la biología), pero desde luego eran diminutos y laboriosos. Su empeño. Su rapidez. Su ciega entrega a la tarea dictada por los genes. Stop, dice, y ambos se detienen inmediatamente en la postura que tenían al oír la orden. Go, dice, y los dos orientales continúan su labor, como cuando oprimes un botón de un mando a distancia tras haber congelado la imagen: lo muerto recobra la vida. El único cambio perceptible es que ambos sonríen mientras siguen ahuecando cojines, quitando polvo, sacando brillo. Un viejo juego entre ellos.

Su mujer lleva rato hablando por la computadora con una amiga a la que le van mal las cosas. Cuando corta la comunicación le hace un resumen. Divorcio, juicio, traiciones que de pronto salen a la luz, calmantes, sobredosis, uno de los hijos ha migrado del reino animal al vegetal, está en una habitación acolchada hasta el techo, y ella acaba de volver de un lavado de estómago. Le ha dicho que incluso va a hacer una psicoterapia. Aunque a mí la psicoterapia... deja la frase en el aire, repite: a mí la psicoterapia, pero no sabe cómo terminar y se pone nerviosa, hace un gesto extraño con la boca, como si se hubiese mordido la lengua. Me voy a dormir.

Tras la puerta de cristal un paisaje desolado de plantas muertas hacía tanto. ¿De quién fue la idea de poner plantas si nadie las cuida? Sus troncos secos se elevan renegridos como testigos de una fuga tóxica. No ha salido a la terraza en años. ¿Para qué mierda sirve una terraza en un quinto piso rodeado de rascacielos? Cástor se imagina abriendo la puerta de cristal, avanzando sobre las baldosas cubiertas de tizne, subiéndose a la barandilla. Luego se lanzaría al vacío, cinco

pisos de caída libre, pero qué importa: cae con los brazos en cruz, como si quisiera realizar un clavado desde lo alto de un acantilado. Según acelera a 9,8m/s2 le va subiendo el pánico desde las ingles. Sin embargo, abajo hay una multitud deseosa de recogerlo en sus brazos como los fans al cantante de una banda que se ha arrojado desde el escenario.

Una hora después, tras haber visto varios informativos que no hablaban de él, Cástor entra en la habitación. Ella está tendida bajo el edredón de color dorado –siempre le han gustado los dorados, todo lo metálico en la casa es dorado, por qué conformarse con la plata si existe el oro, suele decir–. Él se pregunta si llevará ropa interior. Levanta un pico del edredón; no, no lleva ropa interior. Se desnuda de cintura para abajo y de cintura para arriba se queda en camiseta de tirantes. Ella está o se finge dormida pero de todas maneras hace un movimiento de rechazo, la cabeza hacia un lado, la palma contra la clavícula. Siempre lo hace, esos dos pequeños movimientos como para indicarle que no lo desea, como para obligarle a sentirse culpable. Pero él no se retira. Cuando acaba se siente demasiado cansado para ir a lavarse. Ella le ha clavado las uñas, como de costumbre, en la espalda; ese sendero desde el hombro izquierdo hasta la cintura con el que lo castiga y lo premia.

También piensa Cástor que al día siguiente le toca con Irina y ese pensamiento lo tranquiliza. Se duerme enseguida.

No sueña o no recuerda haber soñado al levantarse. Desayuna tan sólo un zumo, una mezcla de frutas y aromas artificiales que le quita el mal sabor de boca. Se dirige a la puerta.

Yo no sé por qué tienes que salir a la calle, dice la mujer a sus espaldas. A la calle salen los delincuentes y los obreros. Cualquier día te va a pasar algo.

Tengo que conocer a mis votantes, saber cómo viven.

Tus votantes están en sus casas; seguro que no te cruzas con ninguno por la calle.

Debo ver el mundo real, habituarme a sus sonidos.

No digas tonterías. Enciende la pantalla, ahí también hay sonidos y colores. Ahí suceden las cosas. El mundo real, lo que tiene una que oír.

Baja en el ascensor, como siempre ligeramente preocupado por que se quede detenido entre dos pisos. Nunca le ha ocurrido, y precisamente por eso piensa que algún día tendrá que suceder. Es una cuestión estadística. Se entretiene mirándose en el espejo ahumado que cubre tres paredes del ascensor. Descubre que se ha hecho un

corte debajo del labio inferior, casi en el medio, junto a un lunar algo abultado que le preocupa desde hace tiempo (sus bordes son irregulares, el color no es uniforme). Sigue afeitándose con cuchilla porque le permite empezar cada día con una sensación de virilidad muy agradable. Su padre se afeitaba así. Su abuelo también. Una lástima no tener hijos; les habría transmitido ese orgullo de afeitarse a cuchilla.

En el garaje le está esperando Ping. O Pong. Se ha puesto una gorra de plato que a saber de dónde la ha sacado. Sonríe esperando aprobación y Cástor le da un golpecito amistoso con el índice en la visera. Montan en el coche. Los seguros se activan con un chasquido que a Cástor siempre le sobresalta, aunque lo esté esperando. El motor se enciende con un susurro y el coche avanza despacio y casi silencioso, un animal acercándose a la presa.

Apenas han rodado unos minutos, se encuentran con una señal que prohíbe el paso en medio de una calle que toman cada día. El chófer se adentra de todas maneras en ella. Cástor le ordena detenerse al ver el humo. Enseguida se acercan dos policías con trajes antidisturbios para identificarlos. El peso del blindaje de sus uniformes les hace moverse con dificultad, como astronautas que aún no se han habituado a la fuerza de gravedad del planeta en el que acaban de aterrizar. Al ver la acreditación, se retiran respetuosamente, sin darle la espalda, y Cástor se pregunta si antes de girarse le harán una reverencia. Hay dos autobuses calcinados y patas arriba en el cruce siguiente: los habrían quemado antes de volcarlos o los volcaron y después los quemaron. (De cualquier manera, ese esfuerzo exige la colaboración de un grupo.) Esqueletos de metal acordonados por la policía, que no se atreve a acercarse mucho por si hay una bomba esperándolos. No sería la primera vez. Tienen que escanear la chatarra antes de acercarse a buscar indicios, pero los indicios siempre son los mismos.

Luego los autobuses se quedarán allí durante meses o años, porque las empresas de transporte se niegan a ocuparse de la recuperación y el gobierno municipal afirma no tener recursos para hacerlos desaparecer y que además los asuntos de seguridad son responsabilidad del gobierno central. La discusión de siempre. Poco a poco irán siendo despojados de los materiales reutilizables: un asiento que no se haya fundido con el calor, un neumático, las llantas si están en buen estado, y las distintas piezas recuperadas se repartirán entre los más diversos artefactos caseros; una barra metálica también puede convertirse en arma mortal.

Sus ojos se encuentran en el retrovisor con los de Ping o Pong; Cástor echa la barbilla hacia adelante con un movimiento breve y seco para indicarle que se ponga en marcha. El chófer pulsa el encendido, el automóvil vibra, gira para buscar otro trayecto que no esté bloqueado y acelera por las calles casi desiertas. Mientras conduce, en lugar de mirar al frente, va examinando los edificios que flanquean la calle, buscando movimientos sospechosos, una posibilidad de agresión. No parece fiarse mucho del blindaje del automóvil.

Cástor cierra los ojos y se hace las mismas preguntas que lleva días haciéndose:

¿Por qué se niega a donar su sangre? ¿Qué es, Testigo de Jehová? ¿No se habían autoinmolado los Testigos de Jehová unos años atrás? ¿O fueron los Adventistas del Séptimo Día, o los mormones, o los davidianos, o los miembros del Centro de la Luz Divina? Quién sabe. Ojalá se muriesen todos en un suicidio colectivo o se los llevase un carro de fuego a una galaxia lejana. Los miembros de sectas seguro que no votan porque nada terrenal les interesa.

Pero ella se esconde, les hurta su sangre. Imagínate los millones de vidas que se podrían salvar. Ahí está el suero de la eterna juventud, una transmutación alquímica que ya ha tenido lugar, el oro de los filósofos encarnado y circulando por la calle despreocupadamente, arriesgándose a que le caiga encima una marquesina y se despilfarre un proceso de milenios. Tenemos que encontrarla. Sangre pura, que no envejece ni muere. Dar la inmortalidad, al menos una longevidad de quelonio, a los votantes. Y mientras sigan viviendo votarán a quien les regaló el don. La política no es desinteresada pero no la despreciéis por ello, porque eso es lo que la hace útil: el político auténtico ambiciona el poder, y para conseguirlo tiene que dar a los votantes lo que de verdad desean, no lo que dicen que desean, que es otra cosa, sino penetrar en cada circunvolución de su cerebro y desentrañar sus anhelos ocultos. La longevidad, no la justicia social ni la seguridad ni el bienestar. Seguir ahí mientras el mundo se derrumba a su alrededor, aunque sea atrincherados en refugios atómicos, aunque ascienda el nivel del mar y sumerja las metrópolis, aunque tengan que vivir como nómadas del desierto, en cuevas y quebradas, ser si es necesario el último superviviente del planeta pero seguir ahí, porque el resto es la nada, y todo es preferible a la nada, a la desaparición, al desmoronarse de la propia memoria. ¿Cuánto darías por vivir no eternamente, porque la eternidad produce un vértigo cercano al miedo, pero sí doscientos o trescientos años, saludable y joven? ¿Estás dispuesto a firmar el contrato con la sangre que te voy a dar? Claro

que sí. Eso es, sobre la línea de puntos.

El coche se detiene. Cástor no tiene ninguna gana de apearse y dirigirse a su despacho. Siente un extraño malestar a la altura del hígado y no es la primera vez. Debería hacerse un chequeo. Ensaya una sonrisa, esa que lleva como un escudo cuando entra en el nido de víboras en que se ha convertido el ministerio. O siempre lo fue, aunque él no se hubiera dado cuenta. Ping, o Pong, ha abierto la puerta y aguarda a que Cástor se apee. Podrían pasar horas ambos sin moverse. Pero Cástor tiene responsabilidades, deberes. El mundo se construye día a día. Como si a él le importase lo más mínimo el mundo. Desciende de todas formas y lo perdemos de vista cuando atraviesa la puerta del ministerio.

Estás entrando en un mundo como el tuyo. Habrá algunas cosas que te extrañen, pero es posible que se deba no a que son nuevas, sino a que te has acostumbrado tanto a ellas que ya no las ves. Es verdad, algunas han cambiado, pero no tanto como podrías pensar. En esta ciudad, como en la tuya, hay barrios por los que no es conveniente pasear de noche, en los que la autoridad que tanto criticas no puede protegerte y ya ni siquiera finge hacerlo. Visualiza esos carteles que habrás encontrado en muchos aparcamientos: La empresa no se hace responsable de robos y daños... Así están las cosas.

Puede que esta situación de desorden sea más grave que en tu ciudad, pero puede también que pienses así porque no transitas ciertos barrios y sólo circulas de noche por calles más o menos seguras. Hay zonas enteras que han dejado de estar bajo el control del Estado, en las que imperan grupos a los que ni siquiera se puede denominar bandas organizadas. No es posible reconocer una identidad –religiosa, étnica, social– en esas hordas que asaltan supermercados armadas con objetos contundentes o tan sólo confiadas en el número y la violencia, que penetran en los edificios y los hacen suyos como termitas invadiendo una casa. Todo lo poseen, lo devoran, lo destruyen; la diferencia es que cuando salgan de allí nada nos dice que vayan a continuar juntos sus correrías. En sus dominios, la realidad se ha vuelto anárquica, las estructuras inestables (aunque esto mismo podrías decirlo de cualquier otro sitio). El fin de las ideologías, diría alguno; el declive de las identidades colectivas, dirían otros. Que les den a todos, añadiría el de más allá.

La única diferencia con el lugar en el que tú vives es que la zona de inseguridad podría ser más amplia que en otros sitios. En la ciudad en la que estás entrando ahora, que he decidido dejar sin nombre (llámala Bilbao, llámala Buenos Aires, cambia un par de detalles y llámala D.F. o Bogotá), las líneas de transporte público que atraviesan las zonas marginales han dejado de funcionar o han limitado sus trayectos a horario diurno. La gente de bien –no analicemos muy de cerca este concepto– tiende a moverse en su propio vehículo, con los seguros bajados y los que pueden permitírselo llevan, es una opción como el alerón aerodinámico o la calefacción del asiento, cristales blindados. La contaminación no permite ver las montañas y es probable que los más jóvenes ni siquiera recuerden que la ciudad se encuentra en un valle bordeado de montañas. Esto tiene varias causas, aparte de la contaminación debida al abandono del transporte público por la mayoría; la vetustez de las centrales nucleares, cuya vida se había ido alargando más de lo sensato para rentabilizar al máximo la

inversión, ha hecho que los yacimientos de carbón y petróleo que no eran rentables ahora lo sean y se vuelva a recurrir masivamente a esos combustibles fósiles, también para la calefacción. Lignito, turba, carbonilla alimentan las calderas privadas; madera, papel, cartones en las viviendas más pobres. Para colmo, el rendimiento de las placas solares ha disminuido por culpa de la contaminación, que reduce la intensidad de los rayos del sol. Lo que a su vez hace más necesario el combustible fósil. La vida es una acumulación de círculos viciosos. Luego hablan del eterno retorno.

De todas formas, lector, si vives en ciertas ciudades podrías dar testimonio de que no nos adentramos en los territorios de la ciencia ficción. Ni siquiera de la ficción. Está ocurriendo ya, ahora. Sal de tu casa; saca la nariz de tu ordenador, o de este libro –lo que a lo mejor significa lo mismo–. Compruébalo.

Estás entrando entonces en una ciudad como casi cualquier otra. En todo caso como la ciudad que puedes imaginar sin mucho esfuerzo de aquí a pocos años. Salvo en unas cuantas calles, en las que verás un policía o un vigilante cada cincuenta metros, poca gente sale a pie (los más jóvenes sí, sobre todo aquéllos de los que tienes miedo). ¿Para qué vas a salir? Desde casa puedes hacer casi todo y sin riesgo de que te atropelle un automóvil o te agreda un enfermo mental de los que quedaron libres después de que la crisis presupuestaria obligase a cerrar parte de los psiquiátricos estatales, algo que comenzó en Estados Unidos en los años ochenta del siglo pasado. «Reasunción de la responsabilidad familiar», lo llamaron: son unos genios encontrando fórmulas para ocultar la realidad. Lo que quizá sea una novedad para ti, a no ser que vivas en Montreal o Toronto, son los túneles, esos pasadizos que recorren el subsuelo. No son muchos ni ocupan una gran extensión; y no son auténticos túneles, no te vayas a imaginar unas catacumbas excavadas por un movimiento de resistencia; son estaciones de metro, algunas de las cuales aún se utilizan, o –esos sí son túneles– los trazados de vías subterráneas en desuso; pero la mayoría eran antes centros comerciales que se fueron extendiendo en los años de carestía del suelo urbano; luego, cuando igual que en los años setenta del siglo veinte los habitantes empezaron a abandonar el centro de las ciudades para mudarse a barrios más seguros, las tiendas fueron cerrando y acabaron convirtiéndose en ciudades fantasma subterráneas. En los pasadizos de los centros comerciales no hace ni frío ni calor, en ellos el concepto de intemperie e incluso de zona

climática pierde el sentido. Las tiendas, saqueadas en su mayoría, o más bien vandalizadas porque no quedaba en ellas mucho que saquear, ya no nos ofrecen músicas pegadizas ni las sonrisas de sus vendedores; y hay alimañas en algunas –la gente no se pone de acuerdo sobre cómo han podido sobrevivir todos estos años de higiene, control de plagas y superficies pulidas–, y bandas que bajan de la superficie al subsuelo porque todo grupo tiende por condicionamiento biológico a ampliar su territorio: si te atacan no lo tomes como algo personal; no están pensando en ti sino en sí mismos, no te atacan por ser sino por estar. ¿Es un consuelo?

Si te cuento todo esto es para que sepas que no estás entrando en una novela apocalíptica cuyo objetivo es mostrar o denunciar hacia dónde va el mundo en el futuro. La denuncia no sirve para nada. Y además no tengo la menor idea de hacia dónde va el mundo. No voy a introducir aquí mis fantasías sobre a dónde pueden llevarnos la ingeniería genética, la clonación, las autopistas de la información que, como las de cemento, son enterradas una y otra vez bajo la arena de los desiertos. Y si en algún momento te das cuenta de que suceden cosas extrañas, como que las aves han dejado de migrar y pelean ferozmente en los rascacielos por espacio para anidar, recuerda que en tu ciudad no había cigüeñas en invierno y ahora las hay, que las cotorras surcan el cielo de Europa Central, que especies tropicales se están haciendo fuertes en las aguas de climas templados, que el mosquito tigre puede transmitirte el dengue en regiones que no conocían la enfermedad ni la especie. Déjame que afirme una obviedad: el futuro es una construcción que tan sólo refleja lo que ya sucede en el presente.

Estamos entonces en una ciudad cualquiera que no es tan distinta de la tuya salvo en meros detalles. Borra de tu cabeza esa primera impresión: Esto no es *Blade Runner*, ni *El día después*, ni siquiera *Doce monos*.

Esto no es el ocaso de la civilización, es la civilización. De todas formas, si el apocalipsis llegara nadie se daría cuenta. O a lo mejor alguno sí, pero escucharíamos sus gritos con la misma atención con la que escuchamos a ese tipo de barbas largas, pelos lacios y ojos hundidos que pasea por la Gran Vía izando un cartel en el que pone: El final está cerca. Puede que lo esté pero aún tengo que pagar los plazos del coche y ni siquiera he utilizado mis puntos de frequent flyer, así que no jodas con el final. Lo que hoy estás viviendo sería sin duda para alguien de un siglo atrás una época de corrupción y decadencia, de debilidad moral y de pérdida de valores; pero tú ni te

enteras porque tienes cosas urgentes que hacer. El mundo se destruye todos los días y todas las noches, se envenenan lagos y mares, desaparecen especies, hay violaciones masivas en campamentos de refugiados, fanáticos religiosos exterminan a hombres, mujeres y niños invocando a su dios; bandas de asesinos financian a políticos a los que votas una y otra vez. ¿Es esto el Apocalipsis? Da igual, a las nueve tienes que estar en el trabajo o en la universidad o en la cola del paro y eso es lo que cuenta ahora mismo cuando acabas de despertar. Así que no nos pongamos trágicos. Esto es sólo una historia.

Es la historia de Alegría, de AM –¿por qué demonios se llamará AM, quién le habrá puesto ese nombre y qué significa? No podemos saberlo todo–, de Cástor, de Arnoldo y de algunos más que iremos conociendo poco a poco si es que llegan, porque con este desorden que corroe la ciudad por sus bordes nunca se sabe. Puede que nos quedemos esperándolos... ¿hasta el final de los tiempos?

Los niños habían atravesado el río por el puente que lleva al centro. En realidad no sabían a dónde ir pero obedecían órdenes del Loco y estaban seguros de encontrar el camino sin proponérselo, porque el Loco oía voces que le revelaban el cómo y el cuándo. Así que no tenían prisa. Dibujaban caminos en el barro con los pies desnudos, rebuscaban entre escombros y se habían detenido unos minutos ante unas flores rojas que descubrieron entre piedras; interrumpieron el éxtasis cuando empezaron a pelearse por ellas. Fue la niña la que consiguió arrancarlas después de dejar sin respiración a uno de sus amigos con una patada en el estómago; el otro aprendió del ejemplo ajeno y se alejó unos pasos; se movía de un lado a otro, en semicírculo, como un perro que no se atreviera a acercarse al plato de comida. Ella introdujo los tallos de las flores en el pelo, formando una corona irregular, y estaba francamente hermosa; no necesitaba espejo para saberlo. Sus amigos la contemplaban admirados, como si la viesen por primera vez. Cuando se cansó de saberse hermosa, les dio las flores y ellos se las sujetaron sin gracia detrás de las orejas. Hicieron el payaso un rato inventando movimientos amanerados, los que recordaban de sus hermanas mayores cuando querían despertar admiración o deseo.

Merodearon por la otra orilla, escondiéndose a veces para jugar a que estaban cumpliendo una misión secreta y nadie podía descubrirlos. Además tenían que andarse con cuidado para que no los atrapasen los cazadores de niños. Las historias que se contaban sobre ellos tenían algo en común: cuando atrapaban a un niño lo encerraban en instituciones de las que no escapaban hasta ser mayores y en esas instituciones ocurrían cosas que los niños no comprendían del todo pero que les fascinaban y repelían a la vez. A los cazadores les pagaban a tanto por pieza. El mundo era territorio hostil. Y el enemigo puede estar escondido en cualquier sitio.

La niña se detuvo frente a una farola. Señaló un recuadro de papel pegado a ella. Era la foto de una mujer. Como no sabía leer ni siquiera se esforzó en descifrar el texto debajo de la foto. Era más guapa que su madre. También más joven. Sus amigos se acercaron señalando también en otras direcciones. La foto se repetía en cada una de las farolas que veían desde allí, en algunas paredes, en el pretil del puente, sobre los pocos vehículos inmovilizados o destruidos. Ella se acercó a tocar la foto y de repente, al mismo tiempo que posaba el índice sobre el papel, todas las farolas se encendieron. Hacía meses que no veían esa avenida iluminada.

Anonadados por el prodigio, supieron que acaban de encontrar

algo sumamente valioso y que el cielo les enviaba señales para indicárselo, como cuando aquel dios hizo llover pan o aquel otro inventó el arcoíris y se lo regaló a sus adoradores a cambio de obediencia ciega. La niña aplicó una uña al borde de la fotografía, que se dejó despegar sin esfuerzo. La escudriñó desde muy cerca como si pretendiera asomarse al interior de ese rostro. La besó en los labios y luego apretó la imagen contra su pecho. Los otros dos corrieron y saltaron hacia las otras imágenes. Despegaron fotos sin cansarse, una tras otra con el gusto de todos los niños por la repetición. Imitando a su amiga, miraban con atención la imagen de la mujer, aplicaban los labios a los suyos, se la guardaban en un bolsillo y se iban a la siguiente. Cuando se aburrieron por fin de despegar fotos, fueron a reunirse otra vez junto al puente y se apresuraron a atravesarlo de vuelta a casa. No les cabía la menor duda de que ésa era la mujer que habían estado buscando. No iban a necesitar adentrarse en los túneles, ni preguntar, ni maltratar. Así, sin más, la tenían en sus manos. Una búsqueda que se les había antojado imposible minutos antes, había concluido sin percances. Los milagros existen. El Loco les iba a recompensar seguro. ¿Qué es lo que les daría en esta ocasión?

Del cuaderno de AM (II)

No hay nada más banal que un sueño que no has soñado tú.

Desde la torre de cristal, con sensación de vértigo, AM mira hacia la noche que parece rodearlo. La ciudad, a sus pies, muchos pisos más abajo, es un bosque en el que, dispersas, débiles, brillan algunas luces repartidas por inmensas extensiones de sombra. Otras torres como la suya se levantan iluminadas, faros atravesando un techo de nubes. Contra el cristal reverbera el ronroneo de los generadores de gasóleo. Fucking apagones.

El cielo tiene el mismo color que el asfalto.

A sus espaldas oye el roce de un cuerpo contra las sábanas. Ve el cuerpo casi desnudo difuminado en el cristal de la ventana, una obra de arte que debería estar en algún museo.

Él de todas maneras continúa mirando hacia afuera pero ahora con su atención dividida. Entonces descubre las sombras trepando por un rascacielos como ése en el que se encuentra pero a oscuras, quizá dos o tres pisos más bajo, cien metros hacia el este, cerca del río. Tienen algo de reptiles o lagartos, hileras de salamanquesas pegadas a las paredes resbaladizas, escalándolas al parecer sin esfuerzo. En pocos minutos están arriba. No ha sonado alarma alguna, quizá porque no han intentado penetrar en la estructura. Los ha descubierto cuando ya estaban llegando a los últimos pisos y ahora se agitan y se afanan en la azotea. «Mira», va a decirle a Alegría, pero se distrae y al momento se olvida de que iba a hacerlo. Cuatro sombras van volcando sobre las cuatro esquinas del edificio pequeños bidones que les pasan sus compañeros. Casi puede sentir los vapores de la gasolina contra el paladar. Luego los ocupantes de la azotea se deslizan por cables que habían tendido previamente hacia otro edificio. Los cables no se ven, pero no hay otra explicación a ese vuelo rápido de cuerpos inmóviles, todos en la misma dirección.

Más sombras hormiguean a los pies del rascacielos. Las llamas empiezan en el suelo y ascienden a toda velocidad por las aristas igual que una chispa recorre un reguero de pólvora.

El paralelepípedo se vuelve una tea gigantesca recortada contra la noche, una figura geométrica de fuego. Alegría se ha levantado, quizá también a mirar el resplandor y, al detenerse en el centro de la habitación, su cuerpo queda enmarcado en las líneas de fuego.

Yo también, algún día, quisiera tener ese aura, desprender esa energía.

Las llamas se apagan. La combustión de la gasolina ha durado apenas segundos y el edificio es otra vez una mole oscura, una torre compacta de basalto. Pero en la retina queda el fulgor y también en las pupilas de Alegría cree AM descubrirlo al volverse hacia ella. Con

los ojos encendidos y un cuerpo adolescente, cicatrices sobre piel oscura en la que se marcan huesos, tendones, músculos alargados que le dan un aire de levedad. Recuerda a alguna hermosa criatura infernal. Un ángel feroz, piensa AM, pero se limita a sonreír. Ella no le devuelve la sonrisa.

Ya debe de estar seca, dice AM.

¿La ropa?

Claro.

¿Qué ha sido eso?

¿Eso? AM señala hacia el exterior. Ella se vuelve a la cama, se sienta y se tapa con la sábana. AM se pregunta por dónde habrá andado para estar tan morena. El contraste con la blancura de la sábana le hace pensar en pinturas egipcias, allí también ha visto a esas mujeres oscuras con ropajes blancos.

AM todavía no sabe quién es, de dónde ha salido, a qué se dedica, si funciona por su cuenta o pertenece a algún grupo. En lugar de responder, se encoge de hombros.

¿Te traigo tus cosas?

AM sale de la habitación y regresa con la ropa de Alegría en la mano. La ropa interior está tan ajada como los pantalones y la camisa de hombre que llevaba puestos.

¿No tienes más? ¿Llevas siempre lo mismo? Si quieres te consigo. Mi hermana debe de tener tu talla, más o menos. O la tenía antes.

Me vendría bien.

Alegría se entretiene arrancando una pequeña costra del codo. AM aguarda.

¿Algo más? Quiero decir, ¿necesitas algo más?

¿Es tuyo esto?

No, pero vivo aquí. Bueno, hasta que regresen los dueños, me descubran, me echen o me peguen un tiro. Pero creo que no volverán. No dejaron nada, salvo unas latas de conserva. Esto es como en la Biblia: el éxodo para evitar las siete plagas. ¿O eran diez?

Me gustaría quedarme un tiempo.

Vale. Sitio hay. AM aguarda unos segundos a la reacción de Alegría, que no llega. Tampoco una palabra de agradecimiento. Parece continuamente absorta o preocupada, alguien con problemas que no puede intuir AM. ¿Me vas a contar algo, o sea, de ti digo, algo que deba saber?

Otro día.

La luz del salón tiembla. Ambos se quedan mirando los halógenos, que parpadean, se apagan, se encienden otra vez, vuelven a apagarse.

AM escucha los movimientos de Alegría, el roce de las ropas, y supone que se está vistiendo en la oscuridad. Mejor, porque si tienen que dormir juntos –no hay otra cama en la casa– la tentación será menor si Alegría está vestida.

Afuera también se han apagado las pocas luces que quedaban en los edificios cercanos. Hubo un tiempo en que este distrito brillaba como si fuese una aglomeración de cristales de kryptonita. Seguramente lo podían distinguir los astronautas; en las fotos de los satélites se vería una alargada mancha luminosa serpenteando junto al trazado del río. Antes aquello era un mundo de padres y madres de familia que trabajaban en espacios creados por decoradores, de niños que iban a escuelas cuyos maestros no se habrían atrevido a levantarles la voz, de calles por las que paseaban extranjeros con seis o siete perros de raza –de raza más valiosa que la suya– atados a las correas, de porteros, vigilantes, policías, todos ellos bien vestidos y educados. Antes aquél era un barrio en el que AM no habría siquiera soñado que viviría algún día. Los tiempos cambian, por suerte. La destrucción es el momento en el que la historia desarrolla su creatividad. El caos es el espacio propicio para los sueños. Todo es, otra vez, por fin, posible.

El director de Medical Hill está ya esperando a la puerta del despacho de Cástor, apoyado contra la pared; se lleva la mano a los labios como si entre los dedos sostuviese un cigarrillo y lanza hacia el techo imaginarias volutas de humo. Se saludan con un apretón de manos; el director de Medical Hill apaga con la punta del zapato el cigarrillo fantasma, entran y Cástor le hace un gesto para que se siente mientras él abre el ordenador, introduce la contraseña, etc. El director de Medical Hill aguarda en silencio, ocupado en encontrar una postura cómoda en el pequeño sillón giratorio; al parecer hay una postura mucho mejor que todas las demás, la postura perfecta, esa que no consigue encontrar. Lleva una bata verde, aunque deben de haber pasado años desde que pisó por última vez un laboratorio y muchos más sin asomarse a un quirófano: las operaciones se las deja a los subalternos. Pero va a las reuniones en bata, asiste en bata a los actos públicos, sale en bata de la clínica, se monta en su vehículo en bata y probablemente se limita a abrir dos botones de la bata para hacer el amor con su mujer o con quien quiera que lo haga. Una imagen poco inspiradora para un día en el que Cástor tiene tantos problemas que resolver. Al menos debería cambiar la bata verde por una blanca, el verde favorece muy poco, resalta la palidez del cutis, le da a uno un aspecto enfermizo o desesperanzado; él nunca usa el verde y desde luego no se pondría delante de una cámara con ropa de ese color. Hoy el director de Medical Hill, además de la bata verde lleva una flor en el bolsillo superior derecho, es de suponer que de plástico. No tiene mucho sentido llevar una flor roja con una bata de hospital, pero la gente hace cosas muy extrañas. Disimuladamente Cástor mira por debajo de la mesa para descubrir si el director lleva fundas de plástico transparente por encima de los zapatos. No habría sido la primera vez.

Viven como los topos. ¿Cómo quieres que la encuentre?

Con tiempo. Con dedicación. Con dinero.

Era invisible. Quiero decir, de esos ciudadanos de los que nadie se entera de que existen. Viven sus vidas, hacen sus chanchullos, engordan, procrean si hay mala suerte, y un tiempo después se mueren.

¿Y qué hacía en tu clínica una mujer joven?

Te sorprendería la edad de muchos de mis clientes. A que les cambie la nariz por otra más fotogénica, a que les recorte los pómulos; no hace mucho vino un adolescente a preguntarme si había alguna manera de aumentar de tamaño sus testículos. Se pasea ahora por el mundo con dos pelotas de tenis entre las piernas. Seguro que se acuerda de mí cada vez que se sienta. Pero esta chica no llegó por su

propio pie. La llevaron a mi clínica probos ciudadanos; debieron de pensar que si allí había médicos sabrían tratarla, aunque fuesen cirujanos y dermoestetistas. Estaba sin conocimiento. Había recibido un golpe muy fuerte en la cabeza. Y como no tendría nada mejor que hacer, a uno de mis empleados se le ocurrió cotejar el ADN para ver quién era.

¿Tenéis el ADN de los ciudadanos normales?

¿Dónde has estado escondido estos años, Cástor? Deberías hablar más con tus compañeros ministros. Socializas poco.

El ministro de Sanidad soy yo.

¿Y qué le importa al ministro de Sanidad el ADN de los ciudadanos normales? Es con el de Interior con el que debes hablar. Por cierto, los ciudadanos normales no existen. O son normales porque no sabes de ellos todo lo que deberías saber. ¿Eres tú un ciudadano normal? ¿O yo? Mi perro es más normal que yo.

No sabía que tuvieras perro.

Para ser exactos, perra. La persona que te interesa también es hembra. Tenemos todos sus datos, aunque no los habrás leído. En su nombre sí te habrás fijado. Alegría.

Yupi.

En serio. Sería el nombre de algún personaje de televisión. Una de mis pacientes se llama Catuoman, escrito tal como suena. Ciudadanos normales, dices. Así que ya lo sabes: se llama Alegría, es mujer, y no ha tenido hijos a juzgar por el examen.

¿Se puede saber si ha tenido hijos analizando el ADN?

Se puede saber casi todo. Incluso el color de los ojos. Pero son negros. Aunque puede llevar lentillas, igual que puede haberse teñido el pelo. Y no, no se puede saber si ha tenido hijos. Eso lo hemos averiguado de otra manera.

Supongo que habéis averiguado más cosas.

Muchas, mi querido Cástor. Por eso te lo dije. Porque si hay alguien a quien interesan los prodigios y los monstruos es a ti. Tómatelo como un cumplido.

Dime más.

¿Más cumplidos? Eso es poner a prueba mi sinceridad.

Más cosas sobre ella.

Después de averiguar el ADN clicaron su historial médico. Al empleado que vino a contármelo se le escapaba la risa. Se creía que era un error del sistema. No ha pasado ni una sola de las enfermedades endémicas, tampoco las infantiles. Su hígado está limpio como un autoclave. La anomalía pasó años inadvertida, aunque

alguien debería haberse dado cuenta de que no iba al médico desde que le salieron los dientes. Pero fue. No le bajaba la regla. Tendría que haberse alegrado, pero ya sabes, los padres se preocupan. Y el médico ordenó análisis de casi todo. ¿Y sabes lo que encontraron?

No puedo saberlo.

El director de Medical Hill señaló la pantalla del ordenador.

Está todo ahí, para eso se hacen los informes, para que la gente los lea.

Prefiero que me lo cuentes.

Ok, al grano: sus índices de neutrófilos y de eusinófilos eran disparatados. Impresionantes. De récord mundial. Deja de mirarme como un pez, eres ministro de Sanidad.

Y tú eres un cirujano alcohólico; todos tenemos nuestras contradicciones.

Por eso no ejerzo, pero tú sí.

No tengo ganas ahora de un concurso de ingenio. Digamos que has ganado tú y ahora me explicas la jerga.

No hace falta mucho: su sistema inmunológico tiene unos niveles de actividad altísimos; niveles que en todo caso podrías alcanzar si tienes enfermedades graves que afectan a tus defensas: cáncer, asma, dermatitis muy fuertes, hepatitis C; y ni aun así. Ya te digo que los suyos son niveles imposibles.

Sin embargo, ella estaba sana.

Sabes poco pero entiendes enseguida. Si todos los políticos fuesen como tú este país sería un paraíso.

Es un paraíso.

Humor aparte, lo que entendió aquel oscuro médico de cabecera fue que esa paciente era un prodigio. Y el muy imbécil se lo dijo. No te comunican que tienes un cáncer incurable pero te cuentan que tienes la sangre más valiosa del planeta, una sangre que te impide enfermar. He buscado en los archivos a ese cretino; tuvo su merecido: murió de neumonía.

¿Y después de eso, ni una enfermedad?

Nadie enferma después de muerto.

Dejemos aparte también tu humor. La chica.

No sé si habrá enfermado alguna vez, pero desde luego no ha ido al médico.

Podría haber ido a uno ilegal, uno de esos que practican abortos clandestinos o que hacen implantes prohibidos.

Podría. Pero, ¿por qué iba a hacerlo?

Necesito su sangre.

Todos necesitamos su sangre. Tú para lo tuyo, yo para lo mío. Hemos tenido que cerrar toda un ala del centro. Un ala entera que irá llenándose de polvo, de telarañas, de basura. Los indigentes arrancarán los marcos de las ventanas y las puertas para alimentar sus hogueras. Dormirán en el interior. Se cagarán en los quirófanos. Alguno se morirá allí dentro. ¿Tú te crees que es agradable ver cómo destruyen tu obra?

¿A cuánta gente tienes buscándola?

No sé. Cómo voy a saberlo. Yo hago el encargo, pero no llevo la contabilidad. ¿Piensas que no tengo otras cosas que hacer?

No las vas a tener si no la encuentras.

Cástor, vete a la mierda. No me hables como si fueses mi jefe. Soy el director de Medical Hill.

Menos un ala.

No tiene gracia.

Necesito la sangre. Necesitamos la sangre.

¿Te has hecho miembro de una secta? ¿Es un mantra que os habéis aprendido? Vete a la mierda, Cástor. Lo que yo necesito es dinero. Y electricidad. Y láser quirúrgico. Y nitrógeno líquido. Y tantas cosas que si te paso la lista no vas a ser capaz de terminar de leerla antes de que te reviente la próstata. ¿Sabes cuánto hace que no recibo implantes mamarios? Tengo el hospital asediado por mujeres de mediana edad que van a prender fuego a lo que queda del edificio si no consigo más silicona. Las tranquilizo inyectándoles botox hasta en las tetas, pero ellas saben y yo sé que eso es como la metadona para un heroinómano. ¿Sabes lo que decía William Burroughs?

¿Quién?

Da igual. Mi primo. Decía que acostarse con una mujer es como comerse una tortilla, y acostarse con un hombre como comerse un filete. Si no hay filete te conformas con la tortilla, pero no es lo mismo. Con el botox y la silicona es parecido.

Ajá.

Y además tampoco te creas que me queda mucha botulina. Menos mal que tengo un surtido que un colaborador ha comprado de las existencias de un ejército del Este.

¿Usan botox los soldados?

Sí, pero no para quitarse las arrugas. Lo usan como arma química; puedes exterminar aldeas enteras. Ya se ha hecho. Fíjate, puedes emplear la misma sustancia para cargarte a una población y para alisarte los morros. Eso debería ser materia de reflexión.

¿Por qué me estás contando esto, a mí que me importan la tortilla

y los filetes, a mí qué me importa la guerra química?

Para distraerte, porque te veo tenso.

Estoy tenso porque no pareces haber hecho nada desde que me enviaste el informe.

Que no has leído.

He leído lo esencial: la necesitamos pero se os escapó.

La foto sí la habrás visto.

La foto sí.

Intentamos retenerla, pero mis médicos están bajos de forma, y ella sí sabe pelear. Técnicas callejeras. Un celador la siguió hasta el lugar donde dormía. Un rincón de un túnel con olor a meados. ¿Quieres que le llame, a nuestro celador, que te enseñe la herida que le hizo? No conseguimos que se cierre. Supura desde entonces. Como las heridas que producen esos ofidios, como se llamen, que no curan nunca porque la baba impide la cicatrización. Aunque la oreja ya no le cuelga. Se la hemos pegado bastante bien. La cirugía reconstructiva siempre ha sido nuestro fuerte.

Todo eso me da igual. Después. Lo que me interesa es lo que pasó después.

No hay después. Desapareció. Salió corriendo por un túnel.

¿Y las cámaras?

¿Cuántas cámaras te crees que siguen funcionando en barrios así? En el puerto deben de quedar tres. Allí se refugian todos los delincuentes. Es curioso, donde viven los delincuentes no hay cámaras, pero sí las hay donde viven las personas honradas. Ahí hay una paradoja interesante. De todas maneras, seguro que se ha escondido en uno de esos cargueros oxidados. ¿Los has oído por las noches? Gimen como fantasmas en la niebla. Se le hiela a uno el corazón.

Déjate de tópicos. Habrás entrado en ellos a buscarla.

¿Yo? ¿Te crees que estoy loco?

Tú no. Los tuyos.

Y yo qué sé.

Hazme un informe.

Vete a la mierda. ¿Te lo digo otra vez? Vete a la mierda.

Un informe sobre los trabajos de búsqueda.

Te haré un informe cuando la tenga encerrada en una jaula. La voy a exhibir como en las ferias de hace siglos: el niño que se crió con lobos, la mujer barbuda, la muchacha inmortal.

A propósito, ¿cómo está tu mujer?

Bien, ella está bien, no se entera de nada. Te juro que a veces me

parece feliz. Ayer me pidió que tuviésemos un hijo. ¿Te imaginas, tener un hijo? Debe creerse que somos hombres de las cavernas.

Ya. ¿Me has traído algo para Irina?

El director saca una cajita de plástico de un bolsillo de la bata y la deja encima de la mesa. Cástor no la toca. Vuelven a quedarse ambos en silencio, sin nada que decirse, o al menos sin nada que quieran que el otro sepa. Al cabo de un rato el director de Medical Hill se levanta, señala la caja como si Cástor no la hubiese visto aún y sale del despacho después de mirar hacia un lado y otro del pasillo igual que quien teme una emboscada.

Cástor se levanta del sillón. Da una patada al escritorio. Se guarda la caja en un bolsillo de la chaqueta. Está rodeado de incapaces y de idiotas. Va a tener que encontrar él a la chica.

Es un prodigio, le había dicho uno de sus compañeros de habitación en el hospital. Eran veinte en una sala; diez literas dobles de las que provenían quejidos, olor a sangre y a vómitos. Eructos. Pedos. Maldiciones. ¿Cuándo se volvió todo tan asqueroso? Él había estado bien, había vivido en un piso propio, tenía televisión, ordenador, microondas, incluso ordenador portátil. Él había llegado muy lejos, al menos si se piensa en la ciénaga de la que provenía. Él había salido a la calle sin mirar primero a los lados, le conocían en los restaurantes, en las discotecas. El portero le saludaba con una leve reverencia. Él había dado propinas y acariciado cabezas de niños. Incluso, una vez, años atrás, una mujer le había dicho que le quería.

Y ahora estaba en esa sala de hospital deseando que se muriese alguno de los enfermos para que el aire estuviese menos enrarecido. La peste negra. Él, de niño, había visto pinturas que hablaban de ciudades enteras arrasadas por la enfermedad –sí, porque él ¡había ido a la escuela! Aunque no mucho tiempo–, y lo imaginaba así: enormes salas atestadas de gente quejumbrosa, pus, sangre, vendas; suelos sucios, aire turbio; médicos y enfermeros con instrumental oxidado y con manchas sospechosas en los delantales; calor y moscas –faltaban las moscas–; los moribundos enterrando a los muertos. Feroces orgías que serían como la última comilona de un condenado a morir ante un pelotón de fusilamiento. Si al menos hubiese eso, la orgía, si todos los cuerpos se levantasen de sus camas apestosas y se entregasen a un abrazo multitudinario, si los miembros rozasen los miembros, si las lenguas lavasen heridas y secreciones, si pudiesen hurgar unos en otros, husmearse el culo como perros, con un entusiasmo exento de alegría o de esperanza y por ello sin concesiones.

Un milagro, te digo, eso significa que está por llegar el día del juicio final.

Eso mismo estaba pensando Arnoldo, el final, el maldito apocalipsis, la plaga de todas las plagas. Y él en ese hospital en el que día a día iba cayendo un poco más en la ruina. Desde que le atropelló un automóvil una noche de la que no le queda memoria, tampoco del impacto, había tenido que venderlo todo, no le quedaba ni un electrodoméstico, ni un mueble que no pareciera salido de un basurero. Los últimos habían ido a parar a la casa de empeños asociada al hospital. Las contusiones y la nariz rota se habían ido sanando solas, pero la mandíbula no. Pasó meses sin someterse a la operación, haciéndose curas, yendo a médicos que le diesen una segunda opinión. Porque aunque los años recientes habían sido de decadencia y se había tenido que ir a vivir a una cabaña al borde de la

ciudad, él entonces aún guardaba en un almacén muebles, lámparas, aparatos, cacharros, testigos de una vida sólida y prometedora, a la espera de días mejores. Él estaba ahorrando para un futuro sin complicaciones, estaba dispuesto a remontar el vuelo, a recuperar el optimismo de otros tiempos. No quería acabar como su padre, borracho y viviendo del huerto, labrando la tierra, vigilando con ansia si maduran o no los tomates, si los gusanos se han comido las patatas, si los topos devoran las raíces desde sus túneles oscuros, como ejércitos secretos. Pero al final había tenido que aceptar que le horadaran la mandíbula, porque el dolor se había vuelto inaguantable y se había dado cuenta de que si seguía gastando tanto en morfina comprada en el mercado negro se iba a arruinar igual pero sin solucionar el problema. Ya ni podía cerrar la boca.

Es un ángel que ha venido a inspeccionar el lugar antes de lanzar a sus tropas, que llegarán con espadas de fuego. Yo de niño vi una estampita que lo anunciaba.

Arnoldo se desperezó como si quisiese tocar con las manos las dos paredes opuestas de la sala. La última inyección de morfina le había hecho mucho bien.

Se llaman rayos láser, dijo.

¿Quién?

Las espadas de fuego: son rayos láser. El ángel que vigilaba la entrada al paraíso empuñaba una espada láser.

¿Cómo sabes eso?

Y a Elías se lo llevó al cielo una nave espacial. La Biblia dice que era un carro de fuego, pero es que entonces no sabían nada de los extraterrestres. Yavé era un alienígena.

Joder.

Y como los alienígenas se comunican por telepatía, Adán y Eva creían que les hablaba desde el cielo. ¿Has leído la historia de Moisés?

¿Quién es Moisés?

Un profeta, o algo así. Se subió a un monte a hablar con dios, y escuchó su voz. Ponte en su lugar, escuchar la voz de dios cuando está cabreado, porque estaba enfadado de verdad. Cada vez que decía algo, su aliento hacía que Moisés se levantase unos centímetros del suelo. Y la voz le envolvía como cuando te cubre de repente una ola y te entra pánico a ahogarte porque no distingues lo que es arriba y lo que es abajo y el agua te lleva y tú querrías respirar pero sabes que eso sería el fin.

Nunca he estado en el mar. Ya no creo que vaya.

Cuando la voz se calló y Moisés despertó de algo que era como un

sueño o como la muerte pero no del todo, sentía un zumbido en la cabeza, era la energía que le daba vueltas en el cráneo; estaba cargado de energía como una pila atómica. Le salían rayos de la frente.

¿Rayos láser?

Yo creo que mientras estaba en trance le subieron a la nave espacial y le conectaron a un generador, para darle la fuerza que necesitaba. Atravesó el desierto como si nada; no necesitaba ni beber ni comer, pero su gente sí, por eso pidió a los alienígenas que les alimentasen. El libro dice que llovió maná del cielo, pero no era maná, eran alimentos de otra galaxia.

Y se lo comían.

Claro que se lo comían. Se chupaban los dedos. Y caminaron cuarenta días y cuarenta noches sin detenerse. O más.

Joder.

Le gustaba, al Loco, la mirada atenta del enfermo, su deseo de aprender. Era difícil encontrar discípulos. La gente se creía que lo sabía todo, a mí me lo vas a contar, decían, y no te hacían ni caso. Pero su vecino –un joven esmirriado y estrábico que ya estaba allí cuando llegó él– parecía impresionado. El Loco se sintió generoso y quiso mostrarle su aprecio interesándose por él. Se giró sobre un costado para volverse hacia el enfermo, que tenía un color entre cerúleo y verdoso.

¿Por qué estás aquí?

No sé. Estaba dormido cuando me trajeron.

¿Te han hecho algo? No dejes que te hurguen en la cabeza. Convierten a los pacientes en zombis.

Por ahora sólo me han abierto el vientre.

Con el vientre pueden hacer lo que quieran. En la cabeza te meten unas placas y a través de ellas te dan órdenes.

Como Yavé con Adán y Eva.

Parecido. A mí me han operado la barbilla, pero exigí que no me durmieran. No me fiaba.

Dolería muchísimo, ¿no?

Como si te golpeasen con un mazo en los dientes. Una y otra vez. Pero yo tenía el cuchillo en la mano, y les dije, si me ponéis anestesia os rajo desde el ombligo a la garganta. Hablabas de un milagro.

¿Cómo?

Un prodigio. Un ángel.

Ah, el ángel. Me lo dijo un médico de aquí, uno de esos que trabajan en varios hospitales. La acababa de descubrir en otro y no podía parar de hablar de ella. Como alguien al que se le ha aparecido

Dios. Después de eso no eres el mismo, ya no hay otra cosa en tu vida. No podía creérselo. Una mujer inmortal. Podría ser mi hija, me decía el médico, una jovencita cualquiera, y vivirá para siempre, no como tú y yo, que de aquí a poco...

El joven hizo un puchero como si fuese a arrancar a llorar. Se secó con el dorso de la mano unas lágrimas que no habían llegado a fluir.

Pero el médico me dijo que cuando consiguiesen su sangre secuenciarían su ADN, reproducirían la sangre en los laboratorios, nos harían inmortales a todos. Con una transfusión bastaría. ¿Te imaginas, todos inmortales?

Arnoldo imaginó a su padre viviendo para siempre y contuvo una blasfemia. A su padre, a tantos otros a los que la muerte debía llevarse cuanto antes. Un mundo poblado de ancianos medio idiotas con culos y labios de silicona, ¿era ésa la promesa de la ciencia, eso lo que querían lograr con la sangre de la chica? Además, la muerte tiene sus derechos. No sólo está ahí para librarnos de indeseables; necesita las ofrendas. Buscó la imagen de la Santa en el bolsillo de la camisa que usaba como pijama. La acarició para tranquilizarla. Él no lo permitiría. Se encargaría de que el sacrilegio no tuviese lugar. Se sentó en el borde de la cama de pura ansia de salir a hacer justicia. Además ya llevaba demasiado allí y cada noche que transcurría en el camastro del hospital era un paso más hacia la ruina absoluta. Ya estaba bien. Ya estaba casi bien. Nada que no pudiesen resolver las pastillas de opio y naproxeno sódico que había comprado bajo cuerda a un enfermero. Dos pastillas de ésas con un poco de agua y el mundo se volvía un lugar placentero y te daban ganas de abrazar a tus semejantes.

¿Te imaginas?, seguía diciendo el otro con los ojos brillantes, no nos moriríamos nunca, seguiríamos aquí como las piedras y los arroyos. Por los siglos de los siglos.

¿Y dónde está?

¿Ella? Desapareció. Machacó la tráquea de una patada al médico cuando la quiso retener, lo dejó en el suelo creyendo que se asfixiaba. Será inmortal, pero es una fiera. Luego echó a volar por una ventana. Desapareció entre las nubes.

¿Me la podrías describir?

¿Para qué, a ti qué te importa qué aspecto tiene? Lo que importa es su sangre. Además, yo no la he visto.

O decirme quién es el médico que la trató.

Ya no está aquí.

Pero él te dijo cómo era, qué pinta tiene, si es alta o baja o bizca, o

coja como yo.

No sé si debo decírtelo. Es una información muy valiosa. Cualquiera estaría deseando tenerla.

Creo que sabría dónde encontrarla, pero necesito estar seguro de que es ella. Por eso. Y puedo convencerla para que done su sangre. Eso sería un gran bien para la humanidad. Y tú ya no tendrías que temer nada. ¿Me la describes o no?

Bueno, pero yo quiero ser uno de los primeros. Cuando empiecen con las transfusiones, digo.

Los últimos serán los primeros y los primeros serán los últimos, dijo Arnoldo bendiciendo el aire mientras el enfermo asentía con la boca abierta.

Del cuaderno de AM (III)

Mi forma de rebelarme es ser feliz.

Antes, es decir antes de que empezara esta novela, Alegría tenía una vida algo diferente de aquélla a la que puso punto final en el momento en el que decidió abalanzarse sobre la hilera de escudos. No fue un acto premeditado, no había estrategia ni un claro propósito en esa carrera con la que pretendía abrirse sitio allí donde no lo había, en esa pared de policías con escudos rectangulares separados por apenas dos o tres centímetros, entre esos cuerpos pegados unos a otros, entre esa masa de músculo y adrenalina.

Era, otra vez, un intento de marcharse de casa, pero ya no era la casa de su padre sino ese hogar que se había ido creando en la calle, con primos alcohólicos o adictos a otras sustancias de formas cambiantes y efectos similares, hermanos y hermanas que querían a toda costa tocarla entre las piernas, con padres y madres que cambiaban cada cierto período de tiempo de cara pero no de expresión, tíos que hablaban de otras batallas y de otras calles como si ya ni siquiera fuesen capaces de ver aquéllas por las que caminaban, abuelos sin posibilidad de redención ni retorno a lo que fueron, hijos, hijas, que imitaban sus gestos y de mayores querrían ser como ella, tener ese mismo desapego, ser dueños de su severa ternura.

Ella desearía haber tenido un hijo de verdad, o una hija. Es decir, de verdad no porque tuviese que ser necesariamente sangre de su sangre ni haber pasado nueve meses dentro de su cuerpo; de hecho le daba grima pensar que otro ser se alojase tanto tiempo dentro de ella, respirase el mismo oxígeno que había pasado por sus células, se alimentase de sus proteínas, se despertase cuando ella estaba excitada, se sintiese afectado por los cambios en su química corporal. Lo que quería era un hijo que no le fuesen a quitar porque pertenecía a otro o a la comunidad. De haberlo tenido se habría separado antes de la horda, habría dejado de recorrer calles y túneles acompañada de gente que a veces reconocía y a veces no, o sólo a parte de ellos, o sólo a uno o a una, a quienes se acercaba para sentirse menos a la deriva; habría dejado de librarse con aliados cambiantes a escaramuzas contra la policía, de robar junto a gente que a veces la robaba a ella –en una ocasión a punta de cuchillo–. De haber tenido un hijo habría caminado sólo de la mano de él, reconociendo su respiración, sus sonidos, la cadencia de su paso, y le habría enseñado a sobrevivir en el laberinto, quizá se habría mudado con él a otra ciudad o a una de esas comunidades que reconstruyen pueblos abandonados: con las piedras de unas casas derruidas reparan otras, excavan pozos, podan árboles, levantan vallas para que no se escape el ganado (cómo suena, a frase pronunciada en otra época, en una época en blanco y negro,

«para que no se escape el ganado»), salen cada tantos meses a buscar baterías con las que alimentar los generadores, aprenden a arar la tierra, a sembrar, a usar los excrementos animales y humanos como abono. Con un niño quizá lo habría hecho, por él, pero ella no es lo suficientemente sociable como para desear para sí misma participar en empresas comunes duraderas; la vida nómada reduce la fricción con los demás, genera subhordas que se escinden y siguen su camino, ofrece resguardo en el anonimato generado por los grandes números.

De haber tenido un niño todo sería distinto.

Pero no va a serlo. Los de la calle pertenecen a otros o al menos al llegar la noche hay alguien que los reclama, o son niños acostumbrados a desconfiar, utilizar, escapar. Ella no quiere domar ni amaestrar, no quiere engatusar ni hacerse querer. Y tampoco puede ni quiere quedarse embarazada. No tiene dinero para pagarse un hospital, un lujo para unos pocos, ni iría a uno si lo tuviera: ya no la dejarían salir y se pasaría el resto de su vida haciendo de cobaya para médicos que sin duda sólo quieren el bien de la humanidad. A Alegría el bien de la humanidad le resulta indiferente.

Le cuenta la historia a AM poco después de que él haya entrado en el piso, lanzado sobre la mesa la tarjeta para abrir el portal y una fotografía.

Eres tú, dice.

Alegría ya la conoce; se la hicieron en la clínica aunque no lo recuerda. Quizá estaba aún demasiado grogui como para reaccionar cuando le dijeron: sonríe. En la foto no sonríe pero no está inconsciente. Mira la cámara con ojos de quien acaba de consumir alguna droga: no ve el objetivo de la misma manera que no te ve a ti; su mirada está en otro lugar, en otra dimensión.

Sí, dice.

Te buscan, dice AM.

Ya, dice.

No deberías salir, dice AM.

Ya.

No es asunto mío, claro.

Anda, siéntate.

En serio, que si no quieres no.

Yo no me enfermo nunca, ésa es la cuestión. Que te sientes, AM, me estás poniendo nerviosa.

AM se sienta en el suelo, con la espalda apoyada contra el ventanal. Visto así produce vértigo, tienes la impresión de que se va a desplomar hacia atrás desde ese piso quince, pero el vidrio está

demasiado sucio para que el espejismo se mantenga mucho tiempo. Alegría, sentada a la mesa, apoya la barbilla sobre las palmas de las manos.

Yo no enfermo nunca. Desde que era niña no recuerdo una gripe, un catarro, una otitis, una gastroenteritis. Son palabras tan lejanas como para ti ébola o lepra. Cosas que les pasan a otros, a gente que ni conoces.

Joder qué suerte.

Hay algo raro en mi sangre, por eso tampoco envejezco al ritmo que otros. Lo hago, claro, pero no como tú. Mi padre ahora mismo parecería mi abuelo.

Alegría cuenta a AM, AM escucha y apenas interrumpe con algún monosílabo, unas pocas preguntas breves que exigen confirmación de lo imposible: ¿en serio?, ¿de verdad? Alegría narra, explica, y lo hace de buena gana, porque nunca le ha contado a nadie, la suya ha sido una vida de huidas y silencios, de esconderse y esquivar, de protegerse, de no ser quien es. Pero nosotros sabemos ya lo que Alegría está narrando salvo por algún detalle innecesario, así que mejor los dejamos solos: todavía tienen para rato y si algo nos falta a nosotros es tiempo. Tu vida se está pasando mientras lees estos renglones –aunque ya sé que no tienes nada mejor que hacer o a lo mejor lo que quieres es precisamente que tu vida se esté pasando sin enterarte; no te lo reprocho, yo también uso analgésicos y somníferos–. De cualquier forma, en lugar de esperar a que terminen te cuento una historia de Alegría que me parece significativa, pero le dejo a ella la palabra: ahora no es a AM a quien le cuenta. Te habla a ti. Ponte cómodo, olvídate de otras preocupaciones y escúchala.

Me fui de casa como una niña que sale de excursión con el colegio. Excitada, sin preocupación alguna, con ganas de iniciar esa pequeña aventura cuyo riesgo es más un aliciente que un obstáculo.

O bien: me fui de casa como una niña que se ha metido en un calle oscura, escucha ruidos que llegan de portales sin iluminar, una voz cavernosa de hombre que la llama, eh, nena, ven aquí, te voy a enseñar algo que te va a gustar, y la niña corre dejando a sus espaldas la voz y la oscuridad y ve ante sí otra calle iluminada y se dice: tengo que llegar, tengo que llegar.

Las dos cosas son ciertas. A veces predominaba la primera, a veces la segunda. Irse a la calle, a vivir en la calle, imagina la excitación: tenía dieciséis años, o diecisiete. Imagina el miedo cuando las cosas no

salen como querías, cuando te das cuenta de que no vas a encontrar a esos maravillosos compañeros de viaje con los que habías fantaseado, personas originales y divertidas; originales muchas, divertidas rara vez. Imagina también lo que significa buscar sitio para dormir, sin dinero, por supuesto, hasta que empiezas a encontrar pequeños trabajos que te eximen de tener que mendigar, rebuscar en las basuras, acercarte a la puerta trasera de los restaurantes para pedir sobras, saquear los desperdicios de los supermercados, acostarte en los rincones.

De todas formas, por un tiempo estuvo bien, todo el tiempo en el que aquello parecía el principio de algo y merecía la pena pasarlo mal porque algo grandioso iba a suceder. Hasta que te das cuenta de que eso no es el principio ni un anticipo: eso es tu vida. Pero ni siquiera durante esas primeras semanas, durante esos primeros meses, eran llevaderas las noches, porque no es fácil acostumbrarse a dormir en sitios abiertos, entre sombras, entre residuos de vidas humanas. Sobre todo si eres chica y si no quieres acabar como alguna de esas mujeres con las que compartes camino o lugar de reposo, con el alma tan estropeada que sabes que no hay marcha atrás. El alma, la he descubierto en las calles: porque la destrucción no es puramente física; por mucho que cuidases a alguno de esos hombres y de esas mujeres que encuentras, aunque los lavases, les dieses un techo, les ofrecieses seguridad, alimentos, cariño, les dijeses todo está bien, estás a salvo; nada, no serviría de nada, porque el alma se ha dado de sí como un jersey viejo, está llena de restregones, de rotos que no puedes remendar.

El alma, me decía Fred, olvídate del alma: lo que importa es el cuerpo, ahí es donde están los puntos débiles, y en ellos es donde tienes que golpear, así, ¿ves? ¿El alma duele? Espera a que te golpeen con un punzón en la base de la nariz, a que te toquen el nervio de un diente, hasta que te machaquen la rótula.

Fred había sido instructor de defensa personal y guardaespaldas. Le echaron porque rompió el fémur de una patada a la persona a la que tenía que proteger. Me miró mal, explicaba Fred, y nunca quiso contar la razón auténtica de su agresión. Una legión de abogados se ocupó de que a Fred no le quedase otra propiedad que las ropas que llevaba al concluir el último juicio. Le caí en gracia, o preveía ya lo que me iba a suceder cualquier noche si él no me daba los medios para evitarlo. El alma, decía, olvídate del alma. También de las emociones. No, no, no; sacudía la cabeza, me tomaba por un brazo para detenerme cuando ejercitaba mis dotes de combatiente; pero si

me has dicho que tengo delante a un violador, que si no lo impido me va a... Da igual, no lo odies, no pienses en quién es ni en lo que va a hacerte; no es una persona, es una máquina que tienes que desactivar. La rabia te va a permitir ganar algunas peleas; te echas sobre el otro como una fiera, le arrancas la nariz a mordiscos, le clavas los dedos en los ojos. Está bien, está muy bien, eso ayuda, limpia, te hace sentir mejor. Pero tú no quieres ganar algunas peleas: tú quieres ganarlas todas. Porque eres una mujer, y el día que pierdas una, las habrás perdido todas.

No es que le preocupase mi virginidad –nunca me preguntó si la tenía y no tengo intención de darte detalles–, sino la sensación posterior, la humillación, lo irrecuperable, que no es un trozo de pellejo sino descubrir que tu cuerpo ha sido usado por otro, que ya no te pertenece como antes.

El atacante es una máquina y todas tienen puntos débiles y sobre todo tienen modos de funcionamiento, articulaciones, límites de velocidad, inercias, decía, y me enseñaba a aprovechar la inercia del enemigo, a conocer sus movimientos y cómo bloquearlos, a golpear los puntos que hacen que el otro se retuerza de dolor. ¿Llevas un bolígrafo?, me preguntó. Hace años que no veo uno, hace años que no veo a nadie escribir a mano, es como si me preguntases si llevo cerillas.

Un bolígrafo, toma, no te separes nunca de él, dijo mientras me daba uno de metal. Si la policía te registra y lo encuentra no va a considerar que vas armada, pero esto, esto, fíjate bien, también es un punzón que te permite acabar con el enemigo. ¿Metiéndoselo en un ojo? Es una posibilidad, pero no siempre resulta fácil. Así que puedes golpear aquí, y aquí, y aquí, y aquí, y aquí... Iba tocándome con el dedo en cada uno de los puntos vulnerables, trazando un mapa detallado del dolor que en las siguientes sesiones me ayudó a memorizar. No pienses en este instrumento como un bolígrafo, es un kubotan, un arma antiquísima, y mira, si lo rodeamos con estas gomas ya no se te escurrirá cuando lo emplees.

Me he acordado de Fred en más ocasiones de lo que me habría gustado. Una vez en el bíceps, otra en la mandíbula, otra en la sien, otra en el dorso de la mano que me manoseaba. Creo que no ha habido víctimas mortales; no estoy muy segura de que lo lamentara. A eso me enseñó también Fred: a no preocuparte por las bajas del bando enemigo. Si puedes hacer daño de verdad, hazlo, no te conformes con resultados provisorios.

¿Qué? ¿Que me vas a juzgar? ¿Me vas a juzgar desde tu puto

sillón? Sal a la calle. Vive en ella. Baja a los túneles, sobrevive en el puerto. Acepta tú si quieres que te violen, roben, maltraten. Eh, que yo no quiero dar ejemplo de nada. Yo sólo te cuento lo que he hecho.

A Fred lo mató un policía a tiros. Le dio el alto y Fred por aquella época andaba demasiado enloquecido por las drogas como para distinguir un uniforme. Se puso en posición de combate kung fu y el policía prefirió no arriesgar. Las técnicas de defensa personal tienen sus límites. Una kata tiene una estética muy superior a la de un disparo, pero llega menos lejos. Para cuando se cargaron a Fred no diré que era una buena alumna, pero no lo hacía tan mal. Al menos hasta ahora he cumplido con el objetivo que me impuso: no he perdido ninguna pelea.

Te estarás preguntando si, después de todos estos años, he vuelto a ver a mis padres, he regresado a casa.

No quiero gastar más de dos renglones en esta cuestión: mi madre había muerto, mi padre como si lo estuviese. Soy una habitante de la calle, no tengo un sitio al que volver si las cosas salen mal. He resistido diez años más o menos. Todo iba bien, es decir, sobrevivía. Incluso conseguí trabajo de mensajera. No voy a decir que estaba bien pagado. Me permitía comer sin tener que robar, y no es que me parezca mal robar, pero en mi situación entrañaba un riesgo innecesario. Sobre todo, el trabajo me permitía pagarme un par de veces al mes una habitación para ducharme, lavar la ropa, dormir sin más sobresalto que el que me causasen las peleas en habitaciones cercanas o los gritos de algún pirado en el pasillo. A mí me gustaba porque era una ocupación, me hacía sentir que tenía control sobre mi vida. El dueño de la empresa de mensajería, un hombre tan inexpresivo que un día después de haberlo visto sólo recordabas el bigote y las gafas oscuras, me dijo que no esperase muchos encargos porque había montones de gente que matarían por ese trabajo. Era así; es así: trabajar es un privilegio y se espera que beses las manos del empresario que te lo concede. Pero no nos vamos a poner ahora a hablar de la lógica perversa del capitalismo.

Te daban una bicicleta con un motor eléctrico de doscientos cincuenta vatios y te enviaban a barrios a los que no va todo el mundo. Si crees que yo ya vivía en una zona marginal, date un paseo por alguno de esos sitios. De lo que yo no tenía ni idea era de que hubiese tanta correspondencia entre esos barrios que habrías pensado muertos, poblados por zombis que no sabrían ni abrir un paquete. Habría dado un brazo por averiguar qué llevaba en ellos. Los he olido, los he agitado, he intentado descubrir por el peso y la forma qué

contienen, incluso probé a despegar la banda plástica con la que suelen ir sellados, pero vi que no iba a poder devolverlos al estado original y preferí conservar el empleo a satisfacer mi curiosidad.

No sé lo que he transportado estos años pero todo ha llegado a su destino: bombas, drogas o golosinas. Soy buena, soy rápida, no soy menos de fiar que otros. Algunos destinatarios han llegado a reconocerme. Dos o tres han pedido que lleve yo siempre los paquetes. Así que ahorré un poco, no mucho. En cuanto empecé a hacerlo supe que no podía llevar el dinero encima. Abrí una cuenta virtual, aunque sabía que era un riesgo. Y eso que el médico no parecía haber comunicado mi anomalía y mi padre debía de haberse dado por vencido. Soy un monstruo, pero no tengo dos cabezas ni cuatro pies ni tres ojos; mi monstruosidad no es evidente. De todas formas, había tomado precauciones: voy indocumentada desde hace tiempo; después de la segunda detención, cuando pasé seis meses en la cárcel, también tiré la tarjeta con el chip y el móvil. Por si acaso. Me acostumbré a usar los ordenadores de las bibliotecas –me registré con nombre falso– y a camuflar mis búsquedas. Sólo la cuenta podría haberles llevado hasta mí. Pero en realidad hacía tiempo que me había olvidado de pensar en mí misma como una prófuga. La huida había ocurrido hacía mucho, yo era otra; no era la chica que huye, era la chica que vivía aquí y allá, la nómada, la que duerme donde la encuentra la noche o sencillamente cuando y donde le dan ganas de dormir. La que tiene líos con la policía pero nada grave, los que tenemos todos los que vivimos fuera. Me sentía, sin exagerar pero para que nos entendamos, libre.

Hasta que me caí. Fue cerca del puerto y no fue mi culpa. Un imbécil que abrió la puerta del coche del lado del tráfico justo cuando yo pasaba. Dije antes que todos los paquetes que he llevado llegaron a su destino y es verdad. En ese momento volvía de una entrega. No sé cuántos metros volé por los aires; debo de haber batido un récord. Ni siquiera recuerdo el aterrizaje. Lo primero que recuerdo fueron los ojos ávidos del médico. ¿Estás bien, te encuentras bien, sabes dónde estás, sabes quién eres? Tenía una aguja pinchada en un antebrazo conectada a una bolsa de suero. El médico estaba genuinamente aliviado de ver que recuperaba el conocimiento.

Tenía aspecto de haberse aficionado a los medicamentos que prescribía. Yo he visto esos ojos, he visto esa expresión, he visto manos que temblaban así. Y le costaba contener la risa al mirarme y al mirar la pantalla del ordenador donde supongo que estaría mi historial clínico. No soy muy lista pero no hace falta ser muy lista. Sé

que mi ADN es mi carnet de identidad.

Te vas a poner bien, no te preocupes. Sólo te vamos a hacer unas pruebas y mantenerte bajo observación para estar seguros. Podrías tener algún derrame interno y queremos asegurarnos de que todo se ha estabilizado antes de que te demos el alta. Pero estoy convencido de que no vas a tener problemas. Eres una mujer sana y fuerte. De todas formas, te vamos a hacer un análisis de sangre por si acaso. ¿De acuerdo?

Sí, claro. Hagan lo que tengan que hacer, es mejor estar seguros.

No miento bien; me sale una voz como si memorizase un guión cinematográfico y una cara inexpresiva de extraterrestre. Sonreí para ver si así parecía más natural.

No debió de funcionar. Vi cómo en su cara radiante se instalaba un gesto de preocupación. Bien, bien, dijo. No va a ser nada; te vamos a poner un calmante. Te has llevado un buen golpe, y en cuanto se pase el shock tu cuerpo se acordará del dolor. ¿Sabías que suele pasar un tiempo después de un accidente hasta que empiezan los dolores? Tampoco él mentía muy bien.

Otra cosa que me enseñó Fred: no esperes, golpea en cuanto te sientas en peligro. Sorpréndelos, toma la iniciativa. Y el golpe en la tráquea desde luego que le sorprendió. Cayó al suelo burbujeando, yo me quité la cánula y me dio igual sangrar por donde salió la aguja. Nunca te distraigas lamiéndote las heridas, otro consejo de Fred; cuando estés en seguridad podrás decir ay, ay, ay, llorar si lo necesitas; sólo entonces. Estábamos en un primer piso, así que salté por la ventana a un jardín descuidado, más bien, a un montón de matorrales que alguna vez habían formado un jardín. Como había gente en el paseo que llevaba a la clínica u hospital o lo que fuese y no quería llamar la atención, decidí caminar en lugar de correr. Probablemente no me perseguía nadie (me olvidé de otro consejo de Fred: que te sientas en seguridad no significa que lo estés. Comprueba dos veces. Otra más. Y otra). Así que sí, alguien me siguió; un celador viejo, un tipo que debía haberse jubilado y dedicarse a jugar con los nietos a arre caballito. ¿Qué quería, una medalla? ¿Una recompensa? Yo me había tumbado a descansar porque aún estaba un poco grogui; se me acercó y se arrodilló a mi lado; se dobló sobre mí, quizá para asegurarse de que era yo. O porque era idiota y yo una mujer y qué vas a temer de una mujer. Creo que le arranqué una oreja. Yo ya estaba casi dormida, pero no del todo, así que tampoco pensé mucho: olvídate de puntos vitales, de pensar, golpea primero, luego organiza tu ataque. Yo no golpeé, mordí, pero fue igualmente útil.

Los dos últimos años han sido duros y ahora es más duro todavía. Ya no me siento segura. Más bien, estoy desesperada. He visto las fotos dispersas por la ciudad, he visto pop-ups en los ordenadores pidiendo colaboración ciudadana, he visto qué pasó cuando metí mi clave de la cuenta en un cíber, llevo semanas corriendo, durmiendo mal. No me fío de mis conocidos, ellos también habrán visto las fotos. He empezado a perder el control. Si hubiese sabido controlarme no me habría lanzado como una idiota contra los policías. En realidad, yo pasaba por allí. No pretendía manifestarme contra nada. Pero la rabia acumulada salió por ahí. No soy muy lista, ya lo he dicho. Cada vez menos. Quería huir otra vez pero me faltaban las fuerzas. No sé qué pretendía provocar lanzándome contra los esbirros. ¿Que me detuviesen y poder descansar? ¿Que me encerrasen en un laboratorio? Ni idea. Llevaba varios días sin dormir, aunque no sé si eso justifica algo. Al menos he encontrado a AM. Pero todavía no he decidido si puedo fiarme de él. Fred se estará revolviendo en su tumba: ¿Fiarte de un tipo al que acabas de conocer, no has aprendido nada? Tranquilo, Fred, estoy alerta, no pierdo de vista ni uno de sus movimientos. Buena chica, diría Fred, buena chica.

A veces es Arnoldo y a veces es el Loco. En ese momento era Arnoldo, un hombre como yo o como cualquier otro. Sucede en ocasiones, que sientes que no tienes pasado y por tanto los distintos traumas que has ido acumulando durante tu vida se difuminan; has perdido la conciencia de tu identidad porque, por ejemplo, estás sentado en una piedra, al aire libre, una mañana más fresca de lo habitual, y se escucha el ruido de las ramas secas empujadas por el viento, algún que otro revoloteo de pájaros, y se te pone la carne de gallina pero no por una sensación desagradable, sino porque te conmueve tener un cuerpo que es parte de lo que te rodea, y no tienes tareas ni recuerdos, sólo percepciones, el placer de estar vivo, y entonces, justo entonces no eres más que un hombre como yo, o una mujer, en esos momentos ni siquiera el sexo importa, y nada te perturba ni te asusta, porque tu cuerpo percibe las sensaciones con una intensidad que te impide pensar, preocuparte, desear.

Arnoldo, sentado en una piedra, sin pensar en nada concreto, tenía en una mano el cuchillo y en la otra el trozo de madera que estaba tallando. Los niños se encontraban en las cercanías, acuclillados o sentados en la tierra. No jugaban ni correteaban. Aguardaban. Él iba dando forma a la madera, sin prisas, una tarea para la que podría tener toda la vida; no importa terminarla, porque si lo deseas ya has empezado a pensar en el futuro, alejándote de ese momento en el que sólo existe tu mano que empuña el cuchillo, el control de cada movimiento para que la punta no se clave más ni menos de lo necesario. Ni una idea debe enturbiar esa forma de estar que es puramente física, animal, quizá incluso vegetal. Dejarse acariciar por el viento, sentir cómo se cierran los poros, los minúsculos movimientos del vello de los brazos. Arnoldo levantaba la cabeza de vez en cuando pero no se observaba en él preocupación alguna. Los músculos de su cara estaban relajados, incapaces incluso de esbozar la sonrisa que habría expresado lo que sentía.

Los niños se fueron acercando sin ponerse en pie, unos centímetros cada vez, casi sin darse cuenta, empujados por la impaciencia y el deseo. A los pies de Arnoldo se mezclaban con la hierba las virutas y lascas que arrancaba de la madera. Era admirable la habilidad con la que trabajaba, una precisión que sólo se puede conseguir con años de práctica: sin duda no era la primera vez que tallaba una figura de madera. Y estoy seguro de que tampoco era la primera vez que tallaba esa figura de madera. No hace falta verla terminada para saber qué es y cualquiera sentiría curiosidad por cómo va a conseguir que el palo de la guadaña no se rompa, que los tarsos y metatarsos aguanten el

empuje del cuchillo sin quebrarse.

Arnoldo era un experto; la Santa mantenía la guadaña empuñada contra el cuerpo, y el pico de la hoja, la parte más delicada, no quedaba al aire sino que se fundía con la capucha. Los niños, por cierto, ya habían llegado al lado de Arnoldo. Él olía sus alientos, podía percibir el calor de sus cuerpos. Entonces se disipó esa sensación de no tener historia ni propósito, de ser una parte indistinta de la realidad, como las piedras, los gusanos o las aves. Arnoldo se transmutó en el Loco, recuperó en un instante sus ansias y sus rencores, mostró la Santa a los niños como un misionero la cruz a los indígenas y ellos se arrodillaron expectantes. ¿Para cuál de ellos sería?

Era de esperar, se lo dio a la niña, que ese día llevaba una capucha de fieltro con dos orejas como de osito de peluche por lo que era difícil estar seguro de que era una niña, pero yo sé que lo es aunque el Loco dude. Los otros no esperaban recibir el regalo; hicieron de todas formas un gesto de decepción que no se atrevieron a pronunciar.

Vosotros también tendréis una. Y os ayudaré a los tres a construirle un altar. Pero antes necesito un servicio.

Los niños se levantaron de un salto, sus pies desnudos se agitaron inquietos, deseando echar a correr sin esperar a que sus dueños hubiesen recibido las instrucciones. El Loco señaló con un dedo hacia lo alto como si fuese a bajar de allí un mensajero sobrenatural. No llegó nada, sopló otra ráfaga de viento, que arremolinó los pelos de los niños, acarició la calva de Arnoldo, se enredó entre las ropas y se fue, sin decir nada.

Tenéis que ayudarme a encontrarla. Id a la ciudad. Llevad la foto con vosotros, mostradla a todo el que encontréis; entrad en las tiendas, preguntad a los conductores de autobús. Pero no sois los únicos que la buscáis. Fijaos en a quién preguntáis y cómo reaccionan. Es posible saber cuándo la gente está mintiendo. Si alguno la conoce, averiguad dónde vive y quién es. La Santa me está pidiendo información. La Santa quiere saber. La Santa ordena y protege. Tiende su mano sobre vuestras cabezas. Yo también.

Arnoldo acarició el pelo áspero de los tres niños, uno por uno, un sacramento que habían recibido más de una vez.

Volved sólo cuando la hayáis encontrado o cuando no aguantéis más el hambre. Yo os esperaré con regalos. Vuestro trabajo tendrá un premio.

Ninguno de los niños se atrevió a preguntarle cuál sería ese premio, cuáles los regalos. Se adivinaba en sus ojos brillantes que nada les habría gustado más en el mundo que saberlo. Pero si Arnoldo

no lo decía, ellos no preguntarían. Ellos eran soldados del ejército de la Santa y Arnoldo era su general. Escucharon las instrucciones, asintieron, corrieron a ponerlas en práctica. La ráfaga de viento que se levantó en ese instante llenó de arena los ojos de Arnoldo. Cuando los abrió otra vez, los niños habían desaparecido, como si viajasen en esa nube de polvo que atravesaba el descampado en dirección a la ciudad.

Irina lo recibe llevándose las manos a la boca y abriendo mucho los ojos como si no pudiese creer que es él quien está en la puerta, aunque es lunes de la segunda semana del mes y es él quien está en la puerta todos los lunes por la noche de la segunda y la cuarta semana del mes. Enseguida toma una de sus manos y lo arrastra hacia el interior. En la mitad de la sala lo suelta y realiza un pequeño baile de camino al sofá. Cástor, si no tuviese a Irina, hace tiempo que se habría comprado una mascota. Venden mascotas en su hábitat natural. Enormes cajas fabricadas a medida para ocupar una habitación entera, con una pared de vidrio a través de la cual puedes ver al animal entre arbustos, cazando o hurgando en la tierra. También venden animales nocturnos que hay que mantener con iluminación de luz lunar, blanca, muy tenue, y el kit trae unas paredes de vidrio especial que permiten ver a los animales sin que ellos te vean. Cástor, de haberse comprado un hábitat con mascotas, lo habría elegido nocturno, se sentaría como un cazador al acecho a observar esos seres vivos que no son conscientes de que hay un testigo de sus actos, cuando husmean, comen, defecan, copulan. Como los votantes, gente que habita en un mundo de paredes de cristal pero aún no se ha dado cuenta. También copulan, defecan, comen, husmean en sus ordenadores y se creen que nadie los está mirando.

Cástor se sienta al lado de Irina y ella enseguida le desabrocha la camisa y masajea su pecho. Es agradable que no diga nada, que no pregunte, que no tenga ninguna historia que contar. Irina saca una botellita de aceite de un cajón de la mesa cercana y extiende unas gotas sobre las palmas de sus manos. Cástor siente frío primero y después calor al contacto con el ungüento. Se deja frotar el pecho, el vientre. Cuando Irina desliza las puntas de los dedos por debajo del cinturón, la sujeta suavemente por la muñeca.

Busca en el bolsillo interior derecho de mi chaqueta.

Irina vuelve a llevarse las manos a la boca; tampoco puede creerse tanta felicidad. Se sienta sobre las rodillas de Cástor e introduce las manos apresuradamente en el bolsillo izquierdo. En el otro, le dice Cástor. Con dedos nerviosos, tanto que casi no atinan a abrir el botón, saca de ese bolsillo una cajita transparente en cuyo interior hay unos polvos azulados.

Pero desnúdate antes.

Ella se pone en pie de un salto y se desprende a toda prisa de falda, blusa, ropa interior, desparramando las prendas por el salón; las lanza en todas direcciones como una bailarina de striptease a cámara rápida. Se arrodilla ante Cástor; abre la caja ansiosamente y aspira su interior.

Pasan unos segundos durante los cuales ambos esperan la reacción. Llega, como siempre más fuerte de lo que recordaban. Irina se vuelca hacia atrás, se contrae una y otra vez, hasta alcanzar una especie de rigor mortis que la deja tumbada boca arriba, arqueada, congelada en una postura imposible. Sólo toca el suelo con la nuca, la rabadilla y los talones. Los codos parece que lo rozan pero están separados de él unos milímetros. Cástor se levanta. La contempla desde su metro noventa y cinco de altura. Irina tiene una expresión feliz, relajada a pesar de la increíble tensión de su cuerpo. Cástor mira por la ventana y se da cuenta de que se ha hecho de noche. Le da un escalofrío al pensar en todos esos seres que pulularán ahora por las calles, ese mundo animal que se ha escapado de la caja.

Ahora es él quien se arrodilla delante de Irina, se curva sobre ella, empieza a lamerla. Irina gime primero y después suelta un largo aullido de mujer loba. Cástor contempla sus labios temblorosos, pero lo que ve sobre todo es que Irina tiene los ojos en blanco. También ve que el idiota está acuclillado en su rincón habitual, bebiendo un vaso de leche sin dejar de observarlos por encima del borde. Cuando termina de beber tiene los labios manchados.

La tarde acaba plácidamente. Cástor sentado en el suelo, con la espalda apoyada en un sillón; el idiota, sentado entre sus piernas, tararea una canción. Cástor rasca la cabeza del chico como lo haría con un animal de compañía, un movimiento repetitivo de los dedos entre el cabello, mientras mira hacia otro lado, a Irina dormida en el sofá. Irina tiene los ojos abiertos, aún en blanco, y los labios también abiertos y tensos, como si fuese a decir algo. Parece un oráculo, una adivinadora, una hechicera en trance, comunicando con el mundo de las sombras o de los dioses. Cástor se acuerda de la Reina. Hace años que no la busca, aunque de vez en cuando pide un informe y por eso sabe que sigue viviendo en la misma cabaña al otro lado del río. Nunca se ha fiado de ella; es peligroso alguien que adivina el porvenir y el pasado, que ve cosas que los demás no ven, sin poner ese conocimiento al servicio de una causa. Él la conoció a los dieciocho, y ella debía de tener poco más de treinta. Le gustaba visitarla, asomarse al misterio del propio futuro, ser el protagonista de un suspense creado para él. La Reina siempre inventaba historias en las que no había sitio para la rutina ni el desánimo: el mundo era una sucesión de peligros y de pruebas de las que salir airoso. A Cástor le gustaba también la intensidad del trance, el rito, esa vibración que parecía apoderarse de las cosas, como anticipando un terremoto o un huracán. La espera y la ansiedad, la poderosa sensación de inminencia. ¿Qué es

estar vivo sino tener la conciencia de algo inminente? Hacía tiempo que esa sensación era más y más infrecuente.

Sólo había participado una vez en el sacrificio, en lo que ella llamaba la hierogamia, juntar sus cuerpos y su sangre. Aún hoy tiene un recuerdo sensorial, no sólo sabe que lo hizo, también la boca se le llena de saliva y el sabor de la sangre cubre la lengua, un sabor mucho más difuso que entonces, a punto de desaparecer, como cuando creemos recordar el rostro de alguien pero no conseguimos enfocarlo del todo.

Entonces dejó de ir a visitarla. Se vio bajo el dominio de la Reina, convertido en su esclavo. Se vio merodeando la cabaña y esperando a que la Reina lo llamase para admitirlo a su habitación y a su cuerpo. Cástor nunca ha tomado drogas, le da pánico perder el control sobre sí mismo. Se mantuvo alejado de la cabaña hasta que poco a poco empezó a tener la sensación de que aquello no le había ocurrido a él, de que no era posible haber sido él ese joven desnudo y a cuatro patas como un perro, lamiendo las heridas que se acababa de producir la Reina. Recordaba a aquel muchacho como recordaba algunas películas que le impresionaron de joven: escenas tan intensas como ajenas.

Pero ahora podría ayudarle. Ella ve lo que nadie distingue. Es absurdo, primitivo, repugnante en realidad, someterse al hocus pocus de una vidente, pero merece la pena intentarlo.

El idiota se levanta y zarandea a su madre; aguarda sin éxito a que se despierte y después vuelve a sentarse entre las piernas de Cástor. Él continúa acariciándole la cabeza y le da un suave tirón de pelo. El idiota se vuelve y sonríe, emite un sonido gutural que podría ser de aprobación. Cástor, poco a poco, también va quedándose dormido.

Del cuaderno de AM (IV)

Por lo que llevo visto, la vida es una acumulación de resignaciones. Al arte de resignarse lo llaman sabiduría. Tengo veintidós años, la edad justa para cortarse las venas. Después ya siempre será demasiado tarde.

A pocos metros, un vagabundo recoge las deyecciones de dos perros en un vaso de Starbucks. Les murmura mientras ellos, diminutos descendientes de alguna raza adaptada a la supervivencia en salones, cocinas y dormitorios, agitan sus colas puntiagudas y husmean las manos sucias de su dueño.

No tiene las pupilas dilatadas ni enrojecida la córnea. El labio inferior no cuelga fláccido. No huele a alcohol. Pero su expresión es la de quien se encuentra a años luz de su propio cuerpo, a muchos más de esa calle sobre la que empieza a extenderse la noche, acompañada de zumbidos eléctricos, del petardeo de motores de explosión, el delicado campanilleo de vidrios rompiéndose y sonidos sordos de objetos o cuerpos que caen.

AM desciende unas escaleras y se adentra en un pasadizo. Café orgánico, leche sin hormonas, dice el letrero de una cafetería con las lunas cruzadas por cinta aislante. En el interior, banquetas volcadas y mesas cubiertas de polvo. Hubo un tiempo en que esto era un lugar animado, en el que la gente tomaba café leyendo el periódico o consultando el correo electrónico, alguna pareja joven se tomaba de las manos y hablaba de lo que hablan las parejas jóvenes, de sí mismas; como fondo una música con más ritmo que melodía. AM se pregunta si algún día volvería a ser así. Después de las invasiones bárbaras hubo una época de decadencia. O quizá habría que decir que la decadencia atrajo las invasiones bárbaras. Pero unos siglos más tarde florecía el comercio, se componían poemas de amor, se podían recorrer los caminos, desplazarse de una ciudad a otra sin excesivo temor de ser asaltado y degollado. Era difícil imaginar que algo así volviera a suceder en esa ciudad de la que AM no había salido nunca. La ciudad era el mundo. No tenía motivos para pensar que hubiese lugares en los que la vida tuviera un sabor diferente. En la pantalla del ordenador sólo los datos cambian, la experiencia es siempre parecida. Además, esta vez los bárbaros no vienen de fuera, querido lector: los bárbaros son tus hijos.

Guadalupe es el nombre que lleva tatuado en el nacimiento de los pechos: GUADA LUPE. AM supone que le va a pedir algo porque tiene ese gesto cansado de quien ha dejado de luchar o de esperar, y además una melena negra grasienta y la blusa salpicada de manchas.

Hola, Guadalupe.

Ella no abre la boca para responder, sino para cantar. Una melodía mucho más limpia que su pelo y sus ropas. Al escucharla es imposible no pensar en bosques otoñales, arroyos, gente que no conoce guerras ni epidemias. AM se pregunta si será una canción celta, y él, que no

sabría de qué tener nostalgia, siente que ha habido alguna vez lugares en los que se podía inventar una canción así. El eco del pasadizo amplifica y acompaña la melodía. Varias personas se detienen o desaceleran el paso para escucharla. Cuando Guadalupe termina de cantar toma una mano de AM y la besa. Después continúa su camino y los que le rodean recuperan la velocidad de sus piernas, como si de pronto alguien hubiese pulsado el botón del fast forward.

Hacia el este; AM se adentra por un túnel en el que se alternan los negocios cerrados con otros débilmente iluminados. Los maniquíes sonríen al público y, aunque sería difícil decir por qué, su sonrisa parece de otra época; también los letreros con anuncios de detergentes, bebidas gaseosas, platos precocinados tienen colores, tipos de letra, logos que resultan ligeramente anacrónicos, como si en lugar de anunciar productos fuesen ellos mismos antigüedades en venta.

Alguien ha pasado horas haciendo un agujero en la luna blindada del escaparate de una joyería. Varios miles de golpes con un objeto punzante. Prácticamente todos en el mismo punto para ir mellando una porción infinitesimal del blindaje con cada uno. Esa tenacidad. Esa capacidad para fijarse una meta y no desviarse del camino. Ese sentido del propósito. Ese espíritu de sacrificio para alcanzar un fin último que justifica cualquier esfuerzo.

Tras hacer un orificio de unos cinco centímetros de diámetro, el efractor ha introducido el pene en él y orinado en el interior de la joyería. Nada más. Un acto poético o político, aunque ambos tipos de actos se parecen cada vez más.

Atravesado en el túnel, frente a la joyería, un hombre vestido con traje gris que alguna vez pudo haber llevado en la oficina, con la capucha verde de un impermeable tapándole la cara. No se sabe si duerme, si está vivo o muerto. AM salta por encima del cuerpo sin tocarlo, empuja una puerta con un cartel rojo que dice «Salida de emergencia», sube una escalerilla de metal y toca a otra puerta también metálica.

El chico que le deja entrar después de asomarse por una mirilla lleva el uniforme de un equipo de rugby y sujeta el casco en la mano, en la otra mano empuña una catana.

Hola, AM. ¿Has decidido volver al colegio?

Sólo por un rato.

Te hemos echado de menos. Necesitamos más gente, porque esto va a reventar de un momento a otro. ¿Vienes armado?

AM le muestra las manos. El otro saca una antigüedad a medio

camino entre el trabuco y la pistola.

Te la vendo.

No, no me voy a quedar. Gracias por la oferta.

No te rías. Con esto podrías matar un elefante.

¿Cuándo fue la última vez que viste un elefante?

AM se adentra por los pasillos de esa escuela que visitó durante varios cursos. Había sido uno de los alumnos más mayores, porque de adolescente pasó año y medio en cama, algo parecido a la polio aunque ningún especialista le prestó suficiente atención como para hacer un diagnóstico fiable. Durante aquellos años leyó la biblioteca de su padre como quien lee un libro: empezó por arriba a la izquierda y no llegó a terminar por abajo a la derecha; le faltaron dos estanterías. También vio todas las películas que su padre había coleccionado, o más bien las que había coleccionado y no había vendido todavía. Cuando se levantó de la cama pasó meses dedicado no a la lectura sino a la gimnasia. Él solo, sin nadie que le orientase para la rehabilitación. Con la voluntad y la rabia de quien han dado por muerto en medio del desierto y tiene que atravesarlo por sus propios medios. Algún día, si Dios quiere, hará estallar un hospital privado, es decir, un hospital. Al menos, no le quedó otra secuela que una pierna ligeramente más delgada que la otra (pero tienes que fijarte mucho para detectar la diferencia) y ese rencor que es lo único que enturbia una tranquilidad de ánimo que supongo le habrá quedado de tantos meses solo, encerrado, sin acontecimientos, tan sólo esperando, tan sólo dejando de esperar.

Nadie le presta mucha atención mientras recorre el patio central. Hay chicos de todas las edades. Algunos sólo tienen nueve o diez años. Pasa a su lado una pareja con máscaras de gas y chalecos antibalas que les llegan hasta medio muslo. Otro no mayor que ellos está sentado en una silla de metal jugando con unas esposas. Otro más apunta al techo con una escopeta de dos cañones como si jugase a perseguir un pájaro.

Delante del salón de actos un grupo de niños pelea por algo que se encuentra en el suelo. Al acercarse, AM descubre que en realidad están intentando que se levante un hombre al que sujetan varias manos. No dejan de zarandearle ni siquiera cuando consiguen sentarlo a una mesa. Es entonces cuando llega Husky, un repetidor que ha rebasado el máximo de años en la escuela gracias a que su madre ocupa un alto cargo no sé dónde. Lo llamaron Husky porque tiene un ojo marrón y el otro azul tan claro que parece blanco. Cuando mi abuela se asomó a la cuna, le había contado una vez a AM, se puso a

gritar que era el anticristo y que mejor sería ahogarme en la bañera. Tuvieron su oportunidad. Ahora es demasiado tarde.

Husky se acerca a AM; no le ha sido difícil descubrirlo en medio de aquella multitud de chiquillos. No saben cómo saludarse. Si darse un abrazo o la mano, si chocar los puños o hacer un gesto con la cabeza. Se quedan quietos uno frente al otro.

¿Qué haces aquí?

¿Quién es ése?

Un profesor. Unos cuantos están en el Salón de Actos. Han atrancado la puerta por dentro y han amenazado con prenderse fuego si intentamos entrar. Dicen que tienen cien litros de queroseno.

¿De dónde han sacado cien litros de queroseno?

Estaba en unos bidones, para el generador de emergencia.

¿Y qué vais a hacer?

Algunos de los chicos están intentando meter una cámara por los conductos de la ventilación. Cuando lo consigan, van a fingir que quieren derribar la puerta para luego vender las imágenes de la autoinmolación a alguna cadena. Pero yo no creo que se vayan a prender fuego. Ese que está ahí intentó escapar, supongo que a pedir ayuda.

El profesor ha sacado un cigarrillo electrónico del bolsillo y lo enciende. Intenta dar la impresión de serenidad, aunque sus ojos zapean los rostros de quienes lo atosigan con preguntas.

Apoya la barbilla en una mano mientras sigue fumando. Los chiquillos se consultan, discuten, inician pequeñas peleas. Husky da dos palmadas para llamar su atención pero nadie le hace caso.

Hemos perdido el control. Los niños se han vuelto locos. La huelga se ha ido a la mierda.

¿Por qué hacíais huelga?

Y yo qué sé.

Los chicos han construido dos barreras frente a lo que antes eran sendas entradas desde un parque que habían estado cerradas después de que varios niños fuesen molestados por vagabundos y/o heroinómanos. Parapetos levantados con chapas de metal, estanterías, urinarios de cerámica arrancados de cuajo, de los que sobresalen trozos de tubería. Apostados en las cercanías de las barreras, muchachos armados con cuchillos, pistolas de aire comprimido, escopetas de caza, uno lleva un tirador y una bolsa de plástico transparente llena de bolas de metal.

¿De dónde han sacado las armas?

Yo no sabía que la gente guarda en sus apartamentos esas cosas.

Uno ha desmantelado la colección de objetos de la Segunda Guerra Mundial de su padre. Otro es hijo de vigilante. ¿Has visto al del tirador? Lo que les gustaría es volver a la prehistoria. La lucha por la supervivencia. La ley del más fuerte. Cazar en hordas. Comer la carne cruda. Dentro de poco empezarán a vestirse con pieles. Lo de hablar con gruñidos ya lo hacen.

Un chico se ha acercado al profesor y le ha dado una bofetada. Aunque desde donde se encuentran Husky y AM no se oye lo que le dice después, está claro que es una pregunta. El profesor da una larga chupada al cigarrillo y se dispone a responder. Un balazo en la frente lo deja mudo, con la barbilla aún apoyada en la palma de la mano. Los ojos abiertos y como sorprendidos. De su nariz salen lentas dos columnas de vapor. El chico que ha disparado está tan sorprendido como su víctima. Abre la boca como para lanzar una exclamación pero tras un corto silencio acaba soltando una carcajada. Todos los demás ríen. Uno empuja con el pie el cadáver, que se vuelca de lado. Un chiquillo recoge el cigarrillo del suelo y se aleja fumando. Otro se acerca al cadáver, alarga una mano; parece que está pensando en introducir el dedo en la herida. ¿Lo hará? Da lo mismo, lo que importa es el impulso, el deseo de constatar que sólo existe lo que puedes tocar. Volvamos a Husky y AM.

Al principio los mayores dábamos las órdenes, dirigíamos la protesta. Y ellos estaban entusiasmados de participar. Pero no sé cuándo se estropeó todo; ahora, ya lo ves. No me has contestado lo que estás haciendo aquí. Es mal momento para quedarse.

He venido a buscarte. Quiero que me ayudes con Alegría.

Con alegría es mucho pedir. No sé si puedo echarte una mano, pero mi estado de ánimo no es el mejor. Tú sí tienes buena cara. Como si fueses feliz en medio de todo esto.

Alegría: es una amiga. Está en mi apartamento. Bueno, no es mío. Pero está conmigo. La persiguen. Y yo no sé cómo protegerla.

Tengo una pistola de gas.

Lo que necesito es cambiar su identidad.

Vaya.

Un arma no me sirve de nada.

No sé, tengo algún amigo que podría ayudar, pero el ADN no se lo va a poder cambiar.

No espero milagros.

Yo sí. Todos los días. El puto milagro de despertarme en un lugar que no conozco. Bueno, me enteraré por ahí si no me mata antes uno de estos enanos malignos.

Dejad que los niños.

¿Qué?

Nada, es una cita del Nuevo Testamento.

Debes de ser el único en este planeta que sigue leyendo. Supongo que es tu forma de rebelarte.

Mi forma de rebelarme es ser feliz.

Qué tonterías dices.

Ya.

Nos vemos. Antes o después del incendio. Me alegro de que hayas vuelto.

Ahora sí, para despedirse se abrazan. AM atraviesa los pasillos en los que grupos de niños se mueven con decisión pero cada uno en una dirección diferente. No es posible encontrar en sus movimientos una pauta que pudiera expresarse en una ecuación. No es el objetivo, el deseo de llegar a algún sitio lo que los mueve, es la energía infinita que descargan los latidos de sus corazones.

El pasadizo está a oscuras. AM se ha asomado desde arriba de la escalerilla. Desciende con el temor de que una voz le dé el alto. O, peor aún, que le disparen sin preguntar. Debe de haber anochecido ya, aunque eso es imposible saberlo allí abajo. El hombre con la capucha verde y el traje que estaba tumbado en el suelo del túnel ha desaparecido, por su propio pie o porque lo han recogido los servicios colectivos de limpieza.

El Loco se había puesto una sotana que robó tiempo atrás en uno de los museos, junto a uno de los canales, un poco más abajo de lo que fue el nuevo barrio de oficinas durante los noventa. Había participado en alguno de los saqueos de esa zona. Muchas de las casas que quedaron vacías fueron invadidas, despojadas y destrozadas de manera sistemática. Lo que no podían llevarse lo destruían a golpes de barras de hierro. Nunca había sido tan feliz como en aquellos momentos. ¿Cuándo te permiten descargar todas tus energías, sin contención alguna, sobre esa realidad que te acosa y oprime? Desgarrar, reventar, apalear, arrancar con la fuerza de las manos lo que está encolado o clavado, derribar incluso paredes con un mazo y con el entusiasmo de un obrero que trabaja por cuenta propia. ¡El estruendo era magnífico! Y esa conciencia de pertenecer a una comunidad que desea lo mismo que tú.

Él pronto descubrió que los museos eran mucho más interesantes que las viviendas privadas. Porque todos hemos tenido en la mano una taza o una batidora o un juguete o un muñeco. ¿Pero quién ha podido tocar con sus propios dedos la cabeza de un embrión humano? ¿Cuándo te dejarán otra vez entrar en la reconstrucción del hábitat del oso pardo y entablar una lucha cuerpo a cuerpo con un animal que, erguido sobre sus patas traseras, es un metro más alto que tú? Por supuesto, cualquier cosa de valor había sido trasladada antes; debían de haberlo estado planeando durante meses y haber sacado sigilosamente de los museos lo que deseaban salvaguardar, noche a noche, en camiones y remolques. El Loco sólo pudo hacerse con una sotana, unos lapiceros y un tintero, en el museo de antropología social, y en el de biomedicina había tenido que pelear duro para establecer su derecho de propiedad sobre algunos frascos con animales flotando en un líquido amarillento. La mayoría de ellos se le rompieron de camino y, aunque rescató el contenido, los animales se le fueron pudriendo en la cabaña. Sólo conservaba un bebé de cocodrilo, y una colección de avispas en una bandeja protegida por un cristal.

Se ajustó el alzacuellos, que le apretaba demasiado contra la nuez, ensayó un gesto que pretendía ser bondadoso y salió a la calle. Un sacerdote no despierta sospechas. Aunque hacía tantos años que no había visto un sacerdote que ni sabía si seguían existiendo.

Había anochecido cuando, tras atravesar el descampado y el puente sobre el río, se encaminó por la avenida que llevaba a la antigua zona rosa. Aún quedaban allí bares y sitios donde los clientes bebían y se frotaban unos contra otros. Los niños le habían dicho a

cuál tenía que dirigirse. Y a quién tenía que buscar en él. Los niños eran eficaces, esa reducida jauría de husmeadores.

El portero no le detuvo. No detenía a nadie. No estaba allí para evitar que entrara gente indeseable –¿cómo distingues a quien es indeseable de quien no lo es?– sino para que nadie se fuera sin pagar, un cancerbero con las tres cabezas apuntando al interior del infierno.

El Loco descendió por una escalera de metal con peldaños tan estrechos que tenía que poner los pies de lado para no caer. Batía el aire un ritmo de corazón, sístole y diástole reverberando en el angosto pasadizo, que desembocaba en una enorme sala de color azulado, como el humo que flotaba en ella. La música y todas esas conversaciones mezcladas lo aturdieron, la multitud de rostros, de gestos, de pequeños movimientos; había gente en el centro de la sala sin moverse apenas, sus pies se desplazaban tan sólo unos milímetros cada vez, los cuerpos soldados unos a otros por el sudor y la excitación. La música llegaba directamente a él desde guitarras y baterías; la voz de la cantante salía de sus labios y se dirigía a los oídos de los clientes sin ayuda de micrófonos porque los amplificadores reventaron tiempo atrás por una repentina subida de tensión; la banda estaba compuesta de cinco jóvenes con las cabezas rapadas; la voz cansina de la cantante apenas lograba abrirse paso entre el estruendo de las dos baterías.

Lo encontró sentado en una mesa con otros dos seres cuyo sexo no fue capaz de distinguir de inmediato. Empezaba a preocuparle que a menudo no sabía si estaba hablando con una mujer o con un hombre. ¿Por qué no se visten de manera diferente? ¿Por qué no tienen ellas tetas y ellos barba o cejas pobladas? El otro sí era reconocible por una barba pelirroja de pirata; los niños le habían dicho: su cara está cubierta de pelo rojo. ¿Y en la cabeza? No lo sabemos, llevaba un gorro negro de lana. Y allí estaban el barbudo y su gorro. Los niños trabajaban bien; habían preguntado y aunque muchos sacudían la cabeza, si insistías, acababan dando un nombre, señalando a otro, prometiendo que se informarían. Sólo siete personas te separan de cualquier otra del planeta. Es una ley inapelable. Sólo hay que encontrar el camino que te lleva a ellas, como en algunos juegos en los que si eliges bien la puerta acabas llegando al tesoro: la vida es un laberinto en el que hay miles de caminos pero sólo uno acertado. Para encontrarlo basta dar con quien lo conoce.

El falso sacerdote se sentó en un extremo del sofá semicircular que ocupaban los tres. Era un ser invisible, una presencia cuya bendición no interesaba a nadie. Ni una mirada, ni una palabra; se manoseaban

sin muchas ganas, intercambiaban breves frases que a veces quedaban sin respuesta, bebían, seguían el ritmo con cortos movimientos de cabeza. El Loco sujetó por el mandil a un camarero negro que llevaba los ojos y los labios pintados, pero el Loco habría jurado que era un hombre. Un whisky, dijo, y el camarero se quedó mirando la mano que lo sujetaba. Cuando quedó suelto, batió los párpados, asintió como si también él siguiese el ritmo de la música con la cabeza, se giró sin una palabra. El Loco decidió entrar en materia para poder abandonar cuanto antes ese local no de pesadilla, pero sí de esos sueños en los que uno no acaba de encontrarse a gusto, sueños en los que podría suceder cualquier cosa.

Me han dicho que has visto a la mujer que buscamos. Dios te pagará por tu ayuda, dijo el Loco.

La cicatriz en la cara, el pelo mal cortado alrededor de una calva central de la que se desprendían algunas escamas, un no sé qué en la expresión que le hacía parecer un animal hambriento, no parecieron asustar mucho a sus interlocutores. Uno susurró algo. Los tres sonrieron como hienas. Quizá eran demasiado jóvenes para saber distinguir una sotana de una túnica. Pero no le preguntaron por qué iba vestido de manera tan extraña, podría ser una moda nueva o el distintivo de algún clan o banda. Lo que fuera, nada de su incumbencia ni de su interés.

Los niños me dijeron que estaban buscando a su madre. Pero tú no eres el padre, ¿o sí?

Yo velo por ellos. Soy su pastor.

Uno de los tres, ese que parece tener el labio superior hendido aunque con esa luz azulada y cambiante no es fácil estar seguro de nada, cerró los ojos como para concentrarse y emitió un balido casi perfecto.

Me enseñaron la foto, lloriquearon un poco, porque no encontraban a mamá. Ya les dije que no la conozco, sólo a su amigo. Y también que no merecía la pena que nadie viniese a hacerme más preguntas.

Les dijiste que estás aquí.

Siempre estoy aquí.

Uno de los andróginos tocó la sotana como para asegurarse de la calidad de la tela. Dio un tirón de la manga y el Loco retiró el brazo bruscamente.

Por eso he venido, porque si alguien dice «siempre estoy aquí» es que quiere que lo busquen, conversar más, contar cosas.

Yo no sé quién eres ni lo que buscas. Y además, tengo cosas que

hacer, ¿o te crees que me faltan ocupaciones?

Todos tenemos ocupaciones, una tarea, una finalidad en el mundo porque si no, sería muy difícil vivir, así, sin que la existencia tenga sentido.

El otro andrógino asintió como preocupado por lo que escuchaba, pero en sus ojos se vislumbraba un destello de burla.

A propósito de sentido, ¿cómo me pagarías por la información?

No sé; dinero no tengo.

Los tres se levantaron, casi a la vez, con un movimiento exento de brusquedad, sinuoso, de bailarines.

Ven.

Entre las mesas, en los pasillos, delante del grupo, había más gente frotándose y acercando las cabezas para que las demás voces no apagaran sus conversaciones. La gente habla y habla, en todo momento, aunque tengan que luchar para hacerse oír por encima de música, ruidos, tempestades. La gente tiene que comunicar, expresar lo que siente o ha pensado o ha vivido o lo que sienten, han pensado y han vivido otros. La gente habla como si no hacerlo significase morir prematuramente, hablar para afirmar la trascendencia de uno mismo. El Loco prefería rezar a la conversación, porque la Santa escuchaba de verdad, porque la Santa era explícita en sus silencios, porque la voz en la cabeza era más poderosa que la que escapa de entre los labios.

El olor a desinfectante y orines le reveló lo que iba a descubrir detrás de la puerta que empujó uno de los andróginos. Había más gente allí dentro, entregada a diversas actividades que el Loco no acababa de entender, intercambios, regateos, contacto corporal, ajetreo tras las otras puertas cerradas.

Tiene ojos de mongol. Es fácil de reconocer, y por eso lo conoce todo el mundo.

Mientras le iba dando información le desabrochó el cuello de la sotana al tiempo que los dos andróginos la iban remangando desde abajo.

Se llama AM. Cuando lo conocí era un habitante de los túneles. Pálido como los azulejos de estas paredes. Llevaba tanto tiempo viviendo en los túneles del metro que sólo salía a la calle durante la noche para que el sol no le quemase la piel como un papel en una hoguera. ¿Estoy exagerando? Sí, un poco, y a quién le importa. Aunque tengo que decirte que últimamente ha progresado, tiene mejor aspecto, habrá encontrado una madriguera más elegante. Ahora se codea con otra gente, hace tonterías con el ejército de no sé qué, una banda de payasos.

Me vais a dejar desnudo. No llevo ropa interior. No llevo nada.

Un andrógino le tocó los muslos, el vientre, el otro empuñaba y daba tirones.

No sé más. Te lo he dicho todo. Espero que estés agradecido. Pregunta por ahí. Pero es verdad que AM estaba con la mujer que buscas, con mamá. Te advierto que no está mal, pero tampoco es que sea una belleza. Puro hueso. Se te debe de clavar por todas partes. Además, tú no eres su tipo.

Lo último no lo oyó bien el Loco porque en ese momento le estaban sacando la sotana por la cabeza. Uno la dobló sobre su antebrazo como un ayuda de cámara; contemplaron su desnudez sin expresión alguna. Arnoldo bajó la mirada para descubrir qué les fascinaba tanto de su cuerpo. Había engordado últimamente, pero por lo demás no había ninguna mutación notable. Se marcharon uno detrás de otro, el último arrastrando el botín por el suelo como la piel de una fiera recién cazada. Ni se despidieron. Arnoldo asistió perplejo a la salida de los tres; sinuosos otra vez, caminando como si imitasen a algún animal que el Loco no conocía. Cerraron tras de sí la puerta de los urinarios. El Loco quedó desnudo en los baños, frente a las puertas de los retretes. Quienes estaban a su alrededor no le prestaron atención. Seguían entregados a sus actividades, salvo uno que se había desplomado y se quedó sentado en el suelo, con la espalda pegada a la pared y con una expresión tan feliz que el Loco, sintió envidia por lo que pudiera estar viendo o recordando.

Esa noche se habían fundido todas las estrellas. Los suyos no eran los únicos movimientos rápidos y sigilosos en la oscuridad. Otros como él atendían a sus negocios.

El Loco casi se arrastraba, de un abrigo a otro, una pared, un cubo de basura, un montón de muebles rotos, su figura pálida recordaba también a un animal, a algo que salió de las profundidades de la tierra. Tenía que cruzar una avenida y aguardó en cuclillas tras un contenedor de basura volcado. Le llegaba el olor de materia orgánica pudriéndose. Y también un olor innegable a mierda. Aún no se atrevía a cruzar ese espacio vacío aunque apenas pasara un coche cada dos o tres minutos. A las ratas tampoco les gusta atravesar espacios abiertos. Si quieren ir de una esquina de un patio a la opuesta en diagonal, lo hacen recorriendo dos paredes casi sin separar de ellas el lomo. A una rata le resultaría tan difícil de entender el concepto de bisectriz como a un humano imaginar la cuarta dimensión.

Arnoldo se quedó un momento perplejo: en medio de la calzada se levantaba una hilera de árboles, árboles que no deberían estar allí.

Alguien había abierto el asfalto para plantarlos. Pero lo más raro no era que donde debían circular los coches hubiese ahora veinte o treinta árboles en fila: lo más raro es que los habían plantado enterrando su copa y con las raíces hacia lo alto. Con ese acertijo aún en la cabeza, el Loco se decidió a atravesar la avenida; nadie le descubrió al hacerlo y tampoco al cruzar el puente. Caminaba encorvado, con lo que si alguien le hubiese visto en ese momento como yo le estoy viendo, de lejos, ese volumen oscuro que camina con pasos irregulares, volviendo una y otra vez la cabeza con movimientos bruscos, habría pensado en un homínido, algo a medio camino entre una y otra cosa, entre quedarse en las brumas de la humanidad y despertar a una conciencia que maldito para lo que la necesitábamos. Sólo se irguió cuando se encontraba ya del otro lado, también se tranquilizó su respiración y dejó de girar la cabeza. Entonces descubrió que el aire tenía una temperatura agradable y que cuando se agitaba a su alrededor le acariciaba la piel y lo espabilaba. El Loco se dijo que debería caminar desnudo con más frecuencia. También se dijo que la siguiente ocasión en que se encontrara con uno de esos tres que le habían robado las ropas le gustaría llevar el cuchillo. Lo iba a trabajar como tallaba sus figuritas de madera, poco a poco, con mimo. Miró hacia arriba y de pronto tuvo la impresión de que las estrellas se iban encendiendo una detrás de otra, como si alguien fuese pulsando el interruptor de cada una de ellas.

Ping y Pong están en la cocina contemplando un recipiente sobre la placa como si esperasen que fuese a suceder algo particularmente interesante. Casi siempre se los ve juntos, como siameses a los que han separado recientemente y aún necesitan la presencia del otro. Si ahora Cástor dijese stop nada cambiaría, porque no mueven ni un músculo. No deben de haberle oído entrar.

Ping, Pong, venid conmigo. Tengo un encargo para vosotros.

Ah, no, otra vez no. Yo necesito ayuda en la casa. ¿Te los vas a llevar otra vez por varias semanas?

La mujer de Cástor ha llegado a toda prisa por el pasillo. Cástor piensa en el zoom de una película: primero ella se encontraba al fondo del pasillo, diminuta y algo borrosa, y se ha ido agrandando rápidamente –él diría que sin haberse movido– hasta tenerla delante de sus ojos, tamaño natural, el gesto de frustración marcado en cada rasgo.

Lo que sea necesario, mi amor.

Sólo soy tu amor cuando me vas a fastidiar con alguna de tus ocurrencias.

Cástor se dirige al salón seguido por los gemelos, que pasan junto a su ama con las cabezas gachas, como perros que acaban de mearse en el salón y esperan una reprimenda. Pero el ama se va hacia el dormitorio sin añadir ningún comentario.

Cuando Cástor se sienta, Ping, o Pong, le tiende ya una taza de café. Que tuviera azúcar habría sido demasiado pedir.

El tiempo pasa. No me refiero al tiempo que segundo a segundo va discurriendo en ese salón sin que nadie diga nada, Ping y Pong porque nunca lo dicen, Cástor porque está pensando precisamente en el tiempo. Los días, los meses, los años. Eso antes no le preocupaba, al contrario, deseaba con fuerza que avanzase el tiempo: lo percibía como un piloto de Fórmula 1 que conduce a toda velocidad y está ansioso de completar la vuelta, se lanza a cada curva como si fuese la última, adelanta, incluso si puede expulsar de la pista a los contrarios porque le estorban para aumentar aún unas milésimas la velocidad. Eso es ser joven, querer que pase el tiempo porque revientas de impaciencia por llegar a cada una de las metas. Es mentira cuando dicen que los jóvenes viven en el presente, que por eso llevan una vida más intensa; llevan una vida más intensa porque consumen el tiempo con rabia, porque quieren llegar, tomar la siguiente curva.

Ping y Pong son estatuas; por ellos no pasa el tiempo, por ellos no pasa nada. Si no les diese ninguna orden irían acumulando polvo, moho, óxido. Es a Cástor a quien se le acaba el tiempo. El presidente

ya le ha dado a entender que en la próxima remodelación perderá el puesto, se necesita a alguien con más popularidad, ya sabes, alguien capaz de comunicar, de decirle a la gente lo que quiere oír; sabes que te aprecio mucho, pero las encuestas mandan, ya sabes, esto es como con los programas de televisión.

¿Es grave perder el puesto? Sólo hasta cierto punto; podría retirarse, escribir sus memorias, comerse viva a Irina. Lo malo no es eso: lo malo es que el puto tiempo se lo está comiendo vivo a él. Tiene presente, tiene pasado, pero el futuro es sólo una promesa de renuncias, de pérdidas, de resignaciones. Retirarse significa perder control, ceder terreno, agachar la cabeza.

Por eso necesita la sangre, con urgencia: saber que por delante podría tener décadas de vida, y esas décadas no tendrían por qué consistir en ir reduciendo su radio de acción en el mundo, sino todo lo contrario: podría provocar un estallido como el Big Bang, no habrá lugar del Universo al que no lleguen sus meteoritos y su energía. Pero los agentes de Medical Hill no avanzan. Tiene que acelerarlos, cogerles de las patillas y levantarlos del asiento tirando de ellas. Ping, dice, Pong. Necesito que me hagáis un servicio. Por primera vez les habla de Alegría, sin entrar en muchos detalles sobre las razones por las que la busca. Les dice que sospecha que puede estar merodeando por los muelles, y que deben indagar, sobre todo en los cargueros, allí donde otros no se atreven a entrar. ¿Habéis entendido? Los dos hermanos se miran, miran a Cástor, asienten. Go, dice Cástor, y los dos se levantan del sillón de forma tan sincrónica que parece el principio de un paso de danza, pas de deux.

Justo cuando salen Ping y Pong entra su mujer.

¿Dónde van ésos?

Les he dado trabajo.

Ya tenían trabajo, pero nunca me preguntas. Yo soy en esta casa la última en decidir. Si tuviésemos un perro seguro que le consultarías antes que a mí.

¿Quieres un perro?

Sabes que no me gustan los animales.

Un perro te entretendría mucho.

Sí, y me daría cariño. Ahora dime eso de que los perros hacen mucha compañía. A quien yo necesito es a esos dos, no a un chucho babeando en el salón. Pero ¿te preocupa a ti lo que yo necesito? Ellos tendrían que estar a mi lado, no separarse ni un centímetro de mí.

Cástor imagina a su mujer en la cama con Ping y Pong. Seguro que si se lo pidiese ellos obedecerían, harían exactamente lo que les dijese;

no parecen tener escrúpulos ni preferencias. Si fuese así le gustaría poder mirar lo que hacen, cómo lo hacen. Pero es una fantasía demasiado inquietante para esas horas de la mañana.

Volverán antes del mediodía.

¿Y quién me lleva a mí...? Aunque no sé para qué digo nada. Nadie me ha preguntado.

Ésa es la otra posibilidad: el tiempo que no avanza, el eterno retorno, vivir con alguien con quien repites una y otra vez los mismos ritos, las mismas discusiones, uno por uno los mismos gestos. Tener la impresión de que cada vez que te cruzas en el pasillo se pone en marcha un aparato que proyecta la película de otro encuentro anterior, y tú no haces nada, tan sólo asistes impasible a ese ciclo del que tú ya no eres protagonista, sino mero comparsa.

Puedes salir más tarde, en realidad, da igual la hora a la que salgas. (Te da igual a ti, dirá ella ahora.)

Te da igual a ti.

Me voy a echar un rato (¿a estas horas? dirá).

¿No es un poco pronto?, dice.

Al menos un cambio en la vida, encontrar a esa chica que lleva el estúpido nombre de Alegría, ya han dado con el padre, un pobre hombre incoherente que tiempo atrás tenía un trabajo y un porvenir, pero no sabía que el porvenir era precisamente ése. Todos tenemos un porvenir y cuando llega nos sentimos estafados: nos habían prometido otro.

Pero ella no va a casa de su padre, lo rehúye, incluso le ha atacado, el padre enseñó compungido la cicatriz en la muñeca que le había dejado un arañazo antiguo, y quiere a cambio participar en los beneficios, yo la engendré, lloriqueaba, es sangre de mi sangre, pero la sangre de él no vale nada, ¿cómo de un ser tan inútil puede salir otro tan valioso?

Cástor se tumba en el sofá de su despacho, cierra la puerta con el mando a distancia, entorna los ojos: así, con los ojos entornados, le llega la luz pero no las imágenes, formas difusas, como seres angélicos. Quisiera dormir pero sabe que no va a lograrlo; las pastillas han dejado de hacerle efecto, o más bien, sólo tienen efectos secundarios: falta de reflejos, desorientación, náuseas, lentitud en el habla, fallos de la memoria. Si al menos la memoria se apagase como una lámpara, si de verdad pudiese olvidarlo todo. Ella intenta abrir la puerta; por supuesto sabe que la ha bloqueado, porque siempre la bloquea, pero aun así empuja y traquetea para molestarle. No le ha contado que no duerme desde hace días, quizá semanas. Sospecha que

si se lo contase ella buscaría en la red las consecuencias del insomnio total; Cástor lo ha hecho. Pon en un buscador «insomnio total» y averiguarás que si lo padeces vas a ser víctima de inestabilidad emocional, fallos de memoria, pérdida de eficacia en las tareas cotidianas, ataques de pánico, alucinaciones, y lo más probable es que mueras en poco más de un año. Y no quiere darle esa alegría a su mujer. Le sorprende la animadversión que siente hacia ella. Pero lo que de verdad le sorprende es que un día estuvo enamorado y le habría parecido una catástrofe que lo abandonase. ¿Dónde tenía la cabeza en aquella época? Escucha sus pasos alejarse haciendo más ruido del necesario. Si pudiese elegir, se quedaría encerrado en la habitación durante semanas, dejaría de afeitarse, de ducharse, de ver a otras personas, dejaría de hablar con su mujer, incluso dejaría sus juegos con Ping y Pong. Pero quién puede darse el lujo de elegir, todos tenemos nuestras obligaciones y nuestras servidumbres. Y además necesita conseguir la sangre: encontrar a la chica, decirle cómo están las cosas, que no puede rehusar ayudar a la humanidad, que un prodigio así no puede perderse sin provecho, es un milagro, ella, su sangre, como la aparición de la respiración o de los ojos en los seres vivos; son procesos irreversibles, saltos monumentales en la historia del mundo; nadie sabe por qué ella y no otro, qué ha hecho que sea su sangre la que de repente ha sufrido una mutación que puede condicionar la evolución de la especie: quien es portador de un prodigio no puede guardarlo para sí, su vida ha dejado de ser algo privado, es de todos, de verdad, no puedes hacer como si no fueses un ser milagroso, te lo digo en serio, recapacita muchacha, debes ponerte en manos de la ciencia, tu sangre es un bien común, y si nos la niegas, lo juro, te la voy a sacar a dentelladas.

Del cuaderno de AM (V)

Mi vida no tiene argumento. Es angustioso, no porque no sepa cómo termina, sino porque no sé en qué parte de la película me encuentro, ni siquiera puedo decir si lo que estoy viviendo ahora mismo va a desaparecer durante el montaje. ¿Y si mi vida no fuera más que esas imágenes que se eliminan porque no aportan nada a la historia?

AM entra en casa de sus padres tan sigilosamente como si temiera despertarlos. Son las 12 del mediodía. En realidad, preferiría no encontrarse con nadie. Recoger lo que ha ido a buscar y marcharse sin que se enteren de que estuvo allí. Lleva dos meses sin hablar con ningún miembro de su familia. No es que tenga algo en su contra. Es que no tiene nada en común con ellos. Son alienígenas. Seres de otra galaxia que por una coincidencia han acabado ocupando las mismas coordenadas espaciotemporales. Hablan idiomas distintos y no disponen de un aparato de traducción automática. Emiten ruidos. Sus gestos son indescifrables. Parece que sus intenciones son amistosas, la mayor parte del tiempo, pero no debe uno fiarse de las apariencias. Podrían querer desintegrarlo o, peor aún, transformarlo en alguien como ellos. AM se ha preguntado más de una vez si hubo algún tiempo en el que las familias eran diferentes, los hijos escuchaban con interés a los padres, los padres protegían y enseñaban a los hijos. Corren rumores de que existían, pero están sin demostrar. Su familia es una colección de monstruos de feria. One of us, one of us... se canturrea en voz baja al entrar en la habitación de su abuela.

Os presento al primer prodigio de esta casa:

Mi abuela oye voces. Habla con fantasmas. Tiene un mundo para ella sola, no regido por el destino sino por el mando a distancia. Una pantalla de plasma ocupa media pared de su habitación y ella mira, escucha lo que allí sucede como si fuese parte de su propia vida. Debe de ver los mismos programas muchas veces, porque sus labios se mueven en sincronía con los de los actores y hay momentos en los que repite sus palabras: ¿cómo te atreves a hablarle así a una madre, malnacido? Nunca creí que pudieses caer tan bajo.

A veces la he descubierto de pie casi pegada al televisor, palpando la pantalla encendida. Creo que busca por dónde entrar en ese otro mundo. No pierde la esperanza de conseguirlo. Algún día ella será parte de una comedia o de una película de acción. Llevará otras ropas, pronunciará frases significativas. Lo que me pregunto es si su nostalgia viene de que desearía una vida más intensa, participar en aventuras, dramas, pasiones que no están a su alcance, o tan sólo pretende que otros la vean allí dentro, que lo que hace y dice sea, por una vez, importante para alguien.

Pasen y vean:

A mi hermano no puedo enseñároslo porque vive encerrado. Hace más de un año que echó el cerrojo a la puerta; después serró un recuadro en la parte inferior, a ras del suelo, y desde entonces sólo recibe alimentos a través de esa trampilla, que cierra por dentro con una tabla para aumentar aún más la privacidad. Pero no es un monje de clausura. Mi hermano está conectado con el mundo. Rodeado de teclados y pantallas como un músico entre decenas de instrumentos electrónicos, compone una sinfonía de palabras, imágenes, sonidos, nunca se detiene su largo diálogo con el resto del universo. Oye voces él también, vive en un éxtasis que le permite salirse de su cuerpo, está a la vez en la selva y en el hielo eterno, en ciudades doradas y entre chabolas, en su cabeza se desarrolla la película de todo el universo a cámara rápida como sólo puedes conseguir con ciertas sustancias alucinógenas. A veces toco la puerta y él me responde, no a mis preguntas o mis llamadas sino que reproduce lo que escucha, voces del más allá, convertido en médium para todas las almas en pena de este mundo. Es un ser fascinado, el Doctor Fausto al que, a cambio de su alma –¿cuánto vale algo de cuya existencia dudamos?– ha obtenido la ciencia, el conocimiento, la visión. Íncubos y súcubos materializándose ante sus ojos. Toda –¡toda!– la información disponible sobre batracios, esponjas, rinoplastia, sectas egipcias, aceleración de partículas. ¿Para qué abandonar esa habitación en la que cabe el mundo entero? Las mujeres más hermosas del planeta suspiran ante sus pies descalzos. No seré yo quien lo juzgue.

Mi padre es el mayor prodigio:

Es un hombre feliz. Dicen que he salido a él. Es cierto que nos parecemos físicamente pero no tengo ahora ganas de ponerme a hacer descripciones inútiles. Ponedme un rostro, dadme una altura, un peso, e imaginad la gana o desgana de mis movimientos, decidid cuáles son mis gestos habituales, pero no me prestéis tics ni deformaciones para obtener una imagen clara; conformaos con una borrosa o cambiante. Nadie existe en realidad, somos sólo la imagen que los demás tienen de nosotros. Entonces, cread esa imagen. Por una vez sois libres para imponer vuestra propia fantasía. Pero si me convertís en un clon de vosotros mismos o de vuestro héroe favorito saldré de estas páginas para perseguiros en vuestros sueños.

Pero hablaba de mi padre. Es feliz. Los cerdos transportados en un barco que está naufragando en la tormenta son más felices que los marineros, porque al contrario que los humanos ignoran su futuro (yo he leído esto en algún sitio). ¿Es ésa la felicidad de papá? ¿No saber que se está muriendo? Lo dudo. Un recién nacido se va a morir, un adolescente también. El adolescente es consciente de ello, claro, igual que sabemos que existen galaxias lejanas y que el universo acabará colapsándose en unos cuantos trillones de años. Para un chico de dieciséis años la muerte es una galaxia lejana. Es decir, puedes tener miedo de la muerte con quince años, igual que puedes tener miedo a las alturas o a las arañas, también puedes desearla como se desea el vértigo. Sin embargo, vives casi todo el tiempo como si no existiesen.

La gente que ha llegado a la edad de mi padre descubre lo que es de verdad el miedo a la muerte. Nada de terrores cósmicos ni pesar por la desaparición de las cosas. Eres tú, sólo tú el que desaparece. Algunos se convierten a abstrusas religiones. Otros, si pueden permitírselo, corren al médico si un síntoma les recuerda el fin, y a esa edad todos los síntomas lo recuerdan. Alguno se corrige el rostro para ocultar al espejo las pruebas del deterioro.

Mi padre habla a veces de la muerte, pero casi divertido. Todo esto, dice, es secundario, y señala lo que le rodea; mujer, dice a mi madre, nunca te van a dar más de lo que estás recibiendo ahora. Hijo, me dice a mí, el aire no va a estar más limpio y si lo está da igual porque no vas a respirar mejor.

Y él sale todos los días de casa, con un maletín vacío en la mano y un traje gris, ejecutivo de una compañía inexistente, y merodea por la ciudad, rebusca y revuelve, y después trae de sus incursiones chatarra electrónica, especímenes vagamente orgánicos, historias, que cuenta a quien quiera escucharle o a sí mismo.

Y yo ahora entro en su cuarto, observo unos segundos cómo, armado de una lupa y unas pinzas, intenta reconstruir un artefacto que podría ser una bomba, y lo abrazo por la espalda, enternecido por su vida inútil.

AM, dice, bienvenido al hogar. Hoy es un día aún más feliz que todos los demás porque has regresado a casa y cuando te vayas, en unos momentos sin duda, tendré una nueva memoria de ti.

¿No es mi padre el ser más extraño de esta unidad familiar? ¿Habré heredado la peculiar mutación de sus genes? Prefiero no quedarme mucho tiempo a su lado a descubrir nuevos parecidos. Mi vida no está aquí. Mi familia es como esas algas en el fondo de los pantanos en las que se te pueden enredar los pies y ya nunca saldrás a

las superficie.

Mi madre y mi hermana, dejad que las presente a la vez.

Pero primero una advertencia: prestad atención cuando paséis a su lado porque podríais no verlas siquiera. Viven aterradas y es como si el temor las hubiese paralizado. Apenas se mueven, dos plantas que crecen o se marchitan sin que el ojo humano sea capaz de apreciar el proceso de la transformación. Pero sería injusto decir que están muertas. Si aplicas un microscopio a materia inerte también descubres seres prodigiosos que se agitan y, a su modo, luchan por la supervivencia, incluso por la reproducción. Y si acercas el oído a su pecho, como yo lo hago ahora –hola, mamá; hola, AM– puedes escuchar que el corazón sigue bombeando sangre. Y si miras su pupila como yo hago ahora –¿qué haces, AM, te quedas a comer, estás bien? te encuentro más delgado, ¿comes lo suficiente?– descubres diminutas transformaciones al adaptarse la lente a los cambios de luz. Sus pestañas se agitan como los cilios de los paramecios.

Entro en la habitación de mi hermana. Ella duerme. Su vida se ha refugiado en las esferas del sueño; allí puede encontrarse con sus miedos, arriesgarse a afrontarlos, pero a sabiendas de que despertará más tarde y podrá una y otra vez adentrarse indemne en nuevas geografías. Rebusco en su armario. ¿Qué haces?, me pregunta abriendo despacio los ojos. Hubo un tiempo en el que habría hincado los dientes en la mano que se hubiera atrevido a tocar la puerta de ese armario. Hoy cuelgan allí sus ropas como el vestuario para una obra teatral que ya no se estrenará nunca.

Un par de trapos para una amiga.

Se levanta somnolienta; no sé si su sopor es natural o inducido por sustancias sintéticas. Acaricia con nostalgia algunos de los vestidos que cuelgan de las perchas, de tallas más pequeñas que la que ella necesitaría ahora. Aprecia entre sus dedos el tacto de un cuello de terciopelo rojo, estira un tank top de elastán verde, sonríe al ver su mano a través de la transparencia de una blusa.

Llévate lo que quieras. También la ropa interior. Yo ya no me pongo.

Y con un movimiento que me llena de tristeza se levanta la falda y me muestra el vientre y el sexo como quien enseñaría algo que no le pertenece ni le interesa. Después se vuelve a su sofá, rascándose perezosa el cuero cabelludo.

Voy a salir ya de casa con un paquete de ropa y con un par de zapatillas deportivas de una marca que quebró hace años cuando me llama mi hermano.

¡AM!

Me detengo al otro lado de su puerta. No me llega el ruido de las teclas, ni la respiración trabajosa de mi hermano, ni el roce de sus pies o su cuerpo (a veces esos ruidos me hacen pensar en un enorme reptil avanzando despacio por un túnel).

Estoy escuchando el universo al expandirse, dice. La traslación y la rotación de los planetas. Es un zumbido sordo, casi inaudible, el frotar de las superficies planetarias contra el polvo cósmico.

En realidad pienso que lo que escucha está provocado por la carga eléctrica acumulada en las membranas de los altavoces.

Vuelvo a la habitación de mi hermana porque mi paquete me parece demasiado liviano. Rebusco de nuevo en el armario. Me decido por unos pantalones de cuero gastado y una camiseta con una inscripción en letras cirílicas que podrían significar cualquier cosa, fuck you, o fuck me.

Habían venido, dijeron, a hacer una ofrenda a la Santa Muerte. Unos huesos que podían ser de conejo o quizá de un cordero pequeño. Se los enseñaron sobre las palmas extendidas y el Loco pensó que también podrían ser huesos de niño, como esos frágiles y delgados que se cerraron sobre la ofrenda tras mostrarla. Los colocaron en el altar de la Santa y vertieron en el suelo un poco de cerveza que habían traído en una botella abierta, para los ancestros, porque ellos aprecian ser agasajados con aquello que les gustaba en vida; después se arrodillaron ante la Santa, se persignaron con la mano izquierda como les había enseñado el Loco, juntaron las manos y humillaron las cabezas. Movían los labios como si rezaran, pero a veces se les escapaba la risa.

Cuando terminaron su simulacro de piedad, aunque habría que decir que la piedad la sentían, era el rito el que les hacía reír porque les parecía estar imitando a alguien, se levantaron, se acercaron al Loco, recostado en un jergón, con la espalda en unos cojines apoyados contra la pared. Uno de los chicos le tendió la botella con un resto de cerveza y se sentó a su lado. El otro lo imitó, y le contemplaron beber como podrían haber contemplado a un animal silvestre. La niña se arrodilló a sus pies, le descalzó, comenzó a darle un masaje en las plantas. Eran unos pies enormes de troll, con uñas amarillentas, gruesas conchas de molusco.

Cuando el Loco dejó la botella en el suelo, los niños también comenzaron a masajearle las manos. Sus dedos minúsculos le hacían cosquillas, pero él hizo lo posible por disimularlas; nunca le habían visto reír, ni sonreír siquiera, porque a él le parecía que cuando una persona se ríe en público pierde dignidad, autoridad; como dormir en presencia de otro; te rebaja, te vuelve vulnerable. ¿Se imagina alguien a la Santa sonriendo, riendo como una idiota de cualquier chiste? ¿Se imagina alguien a la Santa durmiendo con la boca abierta, quizá con un rastro de baba en la comisura de los labios? La verdad es siempre solemne, porque hay tan pocas cosas en el mundo que sean ciertas.

Tenéis que afilar vuestros cuchillos. El día está cerca.

La niña soltó el pie del Loco. De algún lugar de entre sus ropas sacó una hoja reluciente. Cortó con ella el aire e hizo una mueca que dejaba ver sus dientes, y en el medio de la hilera superior un hueco oscuro. Fue el rito de iniciación al que sometió el Loco a sus sirvientes. Con un cuchillo de pedernal, de un solo golpe seco, tac, entre los dos incisivos centrales, y saltaron ambos y la sangre. Desde entonces los niños les pertenecían a él y a la Santa. La prueba de su devoción se encontraba en una cajita de cartón dorado en algún lugar

de la cabaña, reliquias de entrega y sumisión.

La niña volvió a guardarse la hoja metálica y se acurrucó a sus pies, los otros dos se tumbaron al costado del Loco. Ellos sí se dormían, porque él era su pastor, su guardián, su dios. Se sentían seguros al calor de su cuerpo, protegidos por su mirada vigilante. Desmadejados, abandonados, suyos, olvidadas las tensiones de la supervivencia, las carreras por montes y calles, el odio y el temor. No sabemos con qué sueñan, pero en ocasiones emiten algún quejido, y la mano de uno de los chicos, del que parece más pequeño, se abre y se cierra en el aire como si intentase una y otra vez atrapar un insecto.

¿Quién es ese tío? No tiene pinta de ladrón. Parece un honrado padre de familia. ¿Cómo se ha hecho con la tarjeta de ella? ¿Le habéis interrogado?

Claro que sí. Se ha meado. Literalmente. Como estábamos sentados a una mesa no lo vi pero empecé a olerlo. Y él se puso colorado. No le dije nada. Sólo le dije: no tiene nada que temer. Colabore. Es todo. El hombre la había conocido en un bar de los que están en las barcazas del río. ¿Me falla la memoria o antes el río no llevaba tanta agua?

¿Antes de qué?

Antes. Antes de que esta ciudad empezase a irse a la mierda poco a poco. Como un enfermo de ésos a los que les da un ictus y pierden el habla. Luego les da otro y les paraliza un lado del cuerpo. Después a lo mejor se recuperan un poco y más tarde no son capaces ni de limpiarse el culo. Jefe, esta ciudad estaba llena de vida. Yo salía casi todas las noches.

No me cuentes ahora los polvos que echabas. Esta ciudad es la de siempre. Eres tú el que se ha estropeado. Sigue hablándome del tipo ése.

Cástor y uno de los ayudantes del director de Medical Hill. En el despacho de Cástor. Tomando un café con mucho azúcar porque a Cástor le gusta así y le ha puesto al otro tanto azúcar como se puso él mismo sin preguntar cuántas cucharadas. Al ayudante le produce arcadas ese líquido tan dulce pero no ha protestado. Se toma el café a sorbitos muy pequeños y confía en poder dejarse la mitad sin que Cástor se dé cuenta. Hace un tiempo inusual. Las nubes que han llegado por el oeste parecen más densas que de costumbre, como si estuviesen constituidas por algo sólido. Pero sobre las calles brilla el sol. Hay pocos días tan claros durante el año. El viento ha barrido la contaminación y resulta más fácil respirar. Dan ganas de emprender proyectos, o de saltarte el trabajo y salir a pasear. De pronto hay miles de personas recorriendo las calles, como supervivientes de un bombardeo que reemergen a la superficie desde los refugios y caminan aturdidos y maravillados, evaluando los daños, alegrándose de estar vivos. Cástor ha mirado por la ventana hacia los nubarrones atravesados por rayos que también podrían estar hechos de alguna materia transparente, y ha dicho: parece que va a hablar Dios. A darnos las tablas de la ley o a ordenarnos que atravesemos el mar Rojo. El otro no ha entendido una palabra. Dios, tablas de la ley, mar Rojo. Cástor siempre habla en acertijos. Y él nunca los resuelve. Da otro sorbito. Intenta ordenar sus pensamientos, establecer una cronología en la conversación que relata. No sucedió exactamente así,

pero es un resumen razonable de lo ocurrido.

La conoció en uno de esos bares junto al río.

Ya. Sigue. Eso no justifica que use su tarjeta. ¿Sabéis cómo se llama el bar?

Pachamama.

Qué significa eso.

Nada. No significa nada. Es un nombre. A lo mejor el de la dueña.

¿Y él?

Hans.

No la habrá matado para robarle, no la tendrá como rehén en algún sótano donde coja una pulmonía y al final sí que se nos acabe muriendo.

Dice que no. Ella le abordó. Y dice que no es muy guapa, demasiado delgada. Se le veían las costillas. Resaltaban en la carne como la estructura de un edificio a medio derrumbarse.

¿Lo ha dicho así? Habéis detenido a un poeta. Pero eso significa que la ha visto desnuda.

Le vio las costillas cuando ella se quitó una especie de jersey de ésos con capucha que usan los delincuentes. Sacándoselo por la cabeza. Así. Y entonces le vio las costillas. Eso dijo. Y que le enredó. Que le contó no sé qué historias y le pidió que intercambiasen tarjetas de crédito. A él le pareció sospechoso pero tenía mucha labia la zorrita, así lo dijo, la zorrita. Él no quería hacer nada ilegal.

Y sin embargo lo hizo. O sea que algo sacó a cambio. O sea, que sí la vio desnuda.

Que no, jefe. Le pagó; él retiró más dinero de su cuenta que ella.

No entiendo.

Él retiró dinero de la cuenta de ella y ella de la de él. Pero él se llevó más.

Sigo sin entender. ¿Por qué no le pide a cualquier amigo que saque dinero por ella?

A lo mejor no tiene amigos.

Hasta yo tengo amigos.

Cástor da una carcajada alegre. Repite lo que acaba de decir y se pone serio de nuevo.

O no quiere que sepamos por dónde se mueven sus amigos. Y que puedan llevarnos hasta donde está ella. Prefiere hacer el trato con desconocidos y por eso les ofrece una ventaja económica. Se habrá enterado de que hay una recompensa. La verdad, yo tampoco me fiaría mucho de la gente, ya sabe, cuando hay dinero de por medio...

Así que podemos descubrir dónde sacó ella el dinero usando la

tarjeta de él, pero no nos sirve de mucho, porque no va a usar dos veces la tarjeta.

Eso es, pero al menos podemos examinar el material de las cámaras para ver si ha cambiado de aspecto.

Algo es algo. ¿Seguro que no se acostaron esos dos?

Él dice que no.

¿Estaba su mujer por allí cuando lo interrogaste?

No tiene mujer. Tiene un perro.

Y a mí qué me importa que tenga un perro.

No sé, pero como preguntaba...

No me interesa su vida sentimental. Lo que quiero saber es si te dijo la verdad.

¿Es importante? No veo qué cambia que se acostase con ella.

Probablemente nada. Y yo qué sé. Qué más.

No la ha vuelto a ver. Pero el dato interesante es que ya no hay dinero en la cuenta de la chica. La ha vaciado el hombre éste. O sea que no puede volver a hacer lo mismo con otro. Va a tener que empezar a robar. Y entonces puede que la atrapemos.

Si vamos a tener que esperar a que la atrapen robando. ¿A cuántos ladrones crees que detiene la policía fuera de la zona segura? ¿Crees que no tienen nada mejor que hacer? Maldita sea.

Cástor se rasca de repente la nuca con tanta intensidad como si le acabase de picar un bicho. Por un momento se le pone una cara desconocida, la de alguien a punto de perder el control por causa de un ataque de pánico o de vértigo. Después deposita ambas manos encima de la mesa. Abre la boca y se queda unos segundos inmóvil. ¿Se ha transformado en estatua? ¿Se ha muerto con cara de idiota? Parpadea. Señala la taza medio llena.

Acábate el café. Se te va a quedar frío.

En el horizonte flotaba una luz entre rojiza y anaranjada que hacía pensar en que detrás del cerro sobre el que se levantaba una tapia erizada de cristales rotos, allí, de donde procedía la luz, había miles de farolas encendidas y las calles estaban llenas de gente en esa noche tibia, imaginabas coches empujándose unos a otros por una cinta sin fin, las pantallas con anuncios, las vidrieras de los cafés, de los cines, de las tiendas que ni siquiera por la noche dejaban de hacer brillar sus mercancías, esa luz hacía pensar en una ciudad que latía, que irradiaba la energía contenida en ella como en un cuerpo radioactivo.

Pero era la luz del atardecer, y quizá recordaba todo eso porque lo había visto de niña. Ese esplendor de parque de atracciones, el ambiente de feria, las ganas de gastar y disfrutar y hablar a voces, las sonrisas ilusionadas como de críos ante el mostrador de una tienda de golosinas. Imágenes, asociaciones, briznas de memoria que no sabría decir si era la suya o la de otros. Al fin y al cabo eso es nuestra infancia: un conjunto de recuerdos que nos han contado.

Entretanto aquellas calles eran parte de un mundo silencioso, discreto, casi clandestino; no es que no quedasen tiendas, anuncios, cafés, vehículos, cines: menos que antes, pero seguían allí, aunque era fácil ganar la impresión de que eran residuos de otro tiempo, formas intermedias como especies que abandonaron el agua y comenzaron a respirar por medio de pulmones antes de desarrollar extremidades con las que recorrer la Tierra, o como en esos juegos de morphing en los que un animal se transforma en otro, quizá incluso de una especie diferente, y entre ambos se crean seres irreconocibles, deformaciones que aún no son identificables con entes reales. Alegría no sabía si la mutación de la ciudad sería a la larga una forma de retroceso –el mamífero que regresa a las profundidades y recupera la aleta dorsal–, o un paso hacia la extinción, o si el cambio anunciaba una sociedad radiante que ella no podía intuir. Tampoco estaba muy interesada.

Lo cierto es que ya no había una cúpula luminosa que anaranjara el cielo por las noches; sólo focos dispersos, manchas blanquecinas. El núcleo constantemente iluminado era demasiado pequeño para teñir el cielo. La vida seguía, claro, pero había cambiado tanto. Y el exterior de la zona segura estaba dominado por depredadores que noche a noche marcaban y patrullaban su territorio. Los túneles eran el refugio para los animales menos adaptados a la lucha cuerpo a cuerpo. No había sido la delincuencia ni la afluencia de gente sin vivienda lo que había provocado el declive de los centros comerciales y el deterioro de los transportes suburbanos. Ya, ya sé que así es como lo cuentan: delincuentes, drogadictos, mendigos, vagabundos, malditos gitanos,

todos esos inmigrantes que se vuelvan a su país si no quieren trabajar, y que iban a las zonas comerciales a molestar e incluso atracar a las personas decentes, hija, no vayas ahí que se ha llenado de gentuza, y por eso primero las clases medias y después las clases altas abandonaron las ciudades propiamente dichas para vivir en zonas en las que los niños pudiesen salir a la calle sin miedo. Pero lo que sucedió es justo lo contrario y en realidad ya lo conoces de otras ciudades: la gente cada vez acudía menos a las tiendas de los barrios, prefería refugiarse en zonas seguras, comprar en la red, divertirse en casa, confiar su vida a rejas, guardianes, tecnología de vigilancia. Al abandono sucedió el deterioro. El miedo hizo que surgieran los peligros, no al revés.

Podríamos decir de ese proceso lo mismo que podríamos decir del capitalismo en general: el individuo no es culpable de nada pero el colectivo sí lo es. Aunque seguro que estarás bostezando de aburrimiento: no te cuento nada nuevo, y si es nuevo para ti es que te resulta indiferente. Regreso entonces a Alegría y a lo que pretendía contarte antes de divagar sobre «el sistema»: si Alegría empezó a bajar a los túneles cada noche fue porque se sentía más segura en ellos. El aire libre no lo es tanto como nos dicen.

Había salido aquella noche sin un objetivo fijo. Había intentado dormir en un pasillo pero Fred no paraba de hablar –entonces a Fred no le habían pegado un tiro en el estómago y otro en la frente y actuaba como si fuese a vivir para siempre–; pretendía seducir a una recién llegada, una mujer de edad imprecisa pero desde luego superior a los cuarenta, que tenía una voz ronca, unos ojos siempre medio entornados, como si estuviese a punto de quedarse dormida o se encontrase en un estado muy placentero, y la combinación de voz ronca y ojos entrecerrados parecía una promesa de satisfacer todos tus más oscuros deseos. También tenía la mujer –Alegría nunca llegó a conocer su nombre– una gorra de visera ancha que debía de haber estado de moda en los años treinta en Chicago, y bajo ella ocultaba una melena que se caía a mechones por una enfermedad o era ella quien se los arrancaba cuando nadie la veía.

Fred sólo sabía seducir a las mujeres explicándoles los puntos vitales del cuerpo humano, mira, un golpe aquí, con los nudillos, ¿ves?, y podrías quedarte paralítica, y aquí, acércate, espera, ¿tienes cosquillas?, presta atención, en esta cavidad, si golpeas a alguien de esta manera, pero no te rías..., y percutiendo ahí puedes reventar el hígado a una persona. Cuando Fred se plantó con las piernas separadas, los brazos flexionados, dispuestos al ataque o la defensa y

comenzó a demostrar distintas katas emitiendo gritos vagamente japoneses, Alegría salió de su saco de dormir, tomó la escalera mecánica que, cuando había electricidad, seguía funcionando a pesar de tener varios peldaños arrancados, y se asomó al exterior. A pesar de todas las ocasiones en las que había visto a Fred intentar seducir a una recién llegada con sus demostraciones de artes marciales y defensa personal, a Alegría nunca se le había ocurrido que ella había estado en esa misma situación. Si Fred había sido su instructor quizá su objetivo no fue protegerla sino meterse en su saco de dormir. Pero ella ni siquiera se había dado cuenta de estar siendo seducida. ¿Cuándo fue la última vez que había permitido que la tocasen? Carla fue la última, y no había sido un momento que le apeteciese recordar. ¿Y antes de Carla? Un adolescente al que casi había tenido que explicarle lo de las flores y las abejas. También hacía mucho que no veía abejas.

Anochecía. La luz rojiza que subrayaba el horizonte la confundió un momento en el que fantaseó con ciudades abiertas, vibrantes, acogedoras, perfectas, aunque enseguida pensó que esas ciudades no habían existido nunca; en todas ellas hubo zonas miserables, guetos para los parias, exclusiones, violencia. No hay que confundir una ciudad con el anuncio de una ciudad.

Caminó, las manos en los bolsillos, más inquieta de lo que le parecía razonable, como quien tiene la premonición de una catástrofe y, por disparatada que sea, aguarda a que se cumpla. Había luces en las ventanas de la mayoría de los edificios, el reflejo azulado de los televisores pestañeando y cambiando de intensidad; en un portal una mujer decía eres un mentiroso, siempre prometes lo mismo pero luego, y yo ya estoy cansada de esperar, y de que una y otra vez digas, pero no, ni se te ocurra bajar, hablando a través del portero automático como en un teléfono. Pasó una niña con una cartera a la espalda, una niña rubia con un uniforme de colegio de los que ya no se veían, falda plisada gris, chaqueta azul, lacito granate, blusa blanca, pero iba descalza y no se dirigía al colegio, perdida o loca o sencillamente jugando a niña que va a la escuela a aprender todo lo que necesitará en el futuro para tener éxito en la vida: si lo sueñas puedes hacerlo; el esfuerzo siempre tiene recompensa; los límites los pones tú; etc.

A Alegría le hubiese gustado ser fumadora para detenerse en una esquina, encender un cigarrillo, aspirar y expirar el humo contemplando a su alrededor esas extrañas formas de vida, concederse ese descanso, salirse de su propia historia, como leer un libro, estar

dentro y fuera a la vez, asistir a las peripecias de los personajes sin ser una de ellos, sin estar, como ellos, condenada a un destino trazado por otros.

Llegó a un solar situado apenas a tres manzanas de donde había estado la casa de sus padres. Lo recordaba de cuando lo bordeaba de niña cada mañana y cada tarde para ir y volver de la escuela; había estado ocupado por casitas bajas que parecían más de pueblo que de ciudad, habitadas sobre todo por personas mayores, gente que también parecía más de pueblo que de ciudad; ella ni siquiera se dio cuenta de que había ido despoblándose, de que ya no había ventanas abiertas, ni alfombras colgadas sobre los alféizares, ni ropa tendida, y tampoco había visto que fueron cerrando una a una las tiendas; un día descubrió que el barrio había sido rodeado por una valla metálica. Los desahucios no eran frecuentes; las viviendas fuera de las zonas seguras perdían su valor porque nadie estaba dispuesto a comprar en un edificio que puede que se quede pronto sin luz, sin agua, sin conexiones inalámbricas. Y los alquileres eran tan bajos que no compensaban las tareas de mantenimiento. Los desahucios se daban sólo en las zonas limítrofes con las seguras. Cuando la presión demográfica de un barrio residencial se hacía demasiado fuerte y los precios subían hasta niveles inalcanzables incluso para quienes vivían intramuros, la zona tendía a fagocitar su entorno, como lo haría un leucocito con un grupo de bacterias. Y el barrio del que estamos hablando era uno de éstos, así que sí, puedes imaginar escenas dramáticas, gente a la que los policías arrastran de los pelos para sacarla de su hogar, algún suicidio, quizá justo en el momento en el que se va a producir el desalojo.

Durante meses, Alegría se detuvo en el camino al colegio a mirar el trabajo de excavadoras, retroexcavadoras, apisonadoras, topadoras, martillos neumáticos y bolas de demolición, y le parecía que asistía a un mundo sin humanos en el que robots sin corazón destruían todo lo que encontraban a su paso, seres que compartían la falta de extremidades, todos ellos avanzando sobre tractores de oruga, voraces picos de metal, enormes fauces dentadas, cabezas que pueden girar trescientos sesenta grados para descubrir a sus presas. Todas las máquinas, salvo quizá la apisonadora, tenían algo zoomórfico, como si los diseñadores hubiesen deseado recrear un edén o un infierno mecánico. Le fascinaba sobre todo el trabajo de las bolas de demolición, ese momento de suspense en el que la bola retrocede antes de descargar toda su energía cinética sobre una pared, que a veces resistía dos o tres golpes antes de derrumbarse. Después, una

mañana descubrió que las máquinas devoradoras habían sido sustituidas por otras que se parecían a las primeras en que también se movían sobre tractores de oruga y en sus angulosos abdómenes hechos de planchas metálicas, en el corazón que ella siempre había identificado con la cabina de cristal, pero les habían salido enormes piernas articuladas, gruesos zancos de araña, y sobre todo un altísimo cuello que crecía por encima de los edificios cercanos. Más tarde llegaron los humanos a ese planeta devastado; por supuesto, Alegría ya los había visto en las cabinas de las máquinas, pero había jugado a imaginar que eran órganos o vísceras de los animales robot, no seres independientes. Y los edificios crecieron a una velocidad increíble, un New Manhattan, como ponía en los carteles clavados a las vallas que mostraban la forma final de aquel futuro emporio de los negocios.

Ni uno de ellos llegó a terminarse. En algunos faltaban los vidrios, en otros no se culminaron los pisos superiores, algunos quedaron en meras estructuras de hormigón a través de las cuales se veían el cielo y otras construcciones incompletas. Las farolas iluminaban aquel mundo que había dejado de crecer. Cesaron los ruidos de las máquinas y fueron sustituidos por el producido por herramientas más rudimentarias con las que, sobre todo por las noches pero no sólo, se arrancaban cables, cañerías, aparatos sanitarios, baldosas de mármol, suelos de madera, picaportes y herrajes de todo tipo. El lugar fue sufriendo al mismo tiempo una lenta invasión; se prendieron luces mortecinas en algunos pisos, las vallas metálicas fueron derribadas y alguien se las llevó en un camión para venderlas al peso; aparecieron basuras, excrementos, cadáveres de animales. Y un día llegaron otra vez las excavadoras, en pocas semanas derribaron todo lo que había sido construido, allanaron malamente el terreno, sin ocuparse de vaciarlo de los cascotes. Alegría, que ya se había ido de casa, vio también cómo aquel solar fue reclamado por la naturaleza: primero salieron gramas y hierbas de poca altura, luego cardos, margaritas, amapolas; después retamas y lilos; también empezaron a surgir delgadas varas de arce y de álamo. De no haber sido por los montones de basura y mierda, podría haber parecido que alguien estaba haciendo experimentos para recrear la naturaleza; aunque la basura y la mierda eran en cierta forma parte de la naturaleza. Quedaron en pie algunas farolas alrededor de aquel mundo en metamorfosis, la mayoría de ellas apagadas porque alguien reventó las bombillas a pedradas o porque arrancaron los cables. Sólo unas cuantas aguantaron intactas, no por casualidad las más cercanas al inicio de la zona protegida por los servicios de seguridad.

Junto a una de las pocas farolas que seguían encendidas, descubrió a un grupo de personas, a primera vista cerca de una docena; estaban sentados alrededor de la farola como podrían haberlo estado al calor de una hoguera. Había hombres, mujeres, niños de ambos sexos. No había ancianos. Se acercó a ellos para descubrir qué hacían. Nada, algunos no hacían nada: dormitaban o callaban, quietos como cocodrilos al sol. Sólo una mujer, negra o mulata o al menos de piel particularmente oscura, estaba ocupada alimentando a un joven sentado a su lado. Llevaba una gabardina que parecía de hombre y a cada rato sacaba del bolsillo una pizca de algo que luego llevaba con los cinco dedos juntos a la boca del joven; le abría los labios empujando con los dedos varias veces, hasta que él estaba dispuesto a recibir la comida, y se la introducía muy adentro. Alegría pensó en esas aves que alimentan a sus polluelos metiéndoles el alimento hasta el gaznate.

Ven, siéntate. Si quieres.

La mujer le había dado la espalda todo el tiempo y por eso Alegría no pensó que pudiese estarse dirigiendo a ella. Pero la mujer se giró, con la mano que llevaba la comida en el aire, y con la otra señaló una piedra más o menos plana a su lado. ¿Tienes hambre?

Alegría nunca había visto a una negra con ojos verdes. Se sentó sin decir nada y la mujer regresó a su tarea. El joven llevaba un traje gris oscuro y camisa blanca, sin corbata, y unas gafas de montura gruesa, aunque Alegría habría jurado que no tenían cristales. Era tan blanco que hacía pensar en un albino. Miraba al frente casi sin pestañear y los únicos movimientos que hacía eran abrir la boca cuando le forzaban a ello y tragar lo que acababan de depositar sobre su lengua. La farola arrojaba una luz amarillenta que parpadeaba en largos intervalos irregulares, y de ella salía un zumbido que a Alegría le había costado localizar, como de una motocicleta lejana que se mueve en círculos pequeños y por eso apenas varía la intensidad del sonido que produce.

¿Vives abajo?

No. Duermo abajo, por el día estoy fuera.

Mi marido hacía eso. Yo tenía todavía el niño y vivíamos en una habitación en la que sólo cabía una cama de noventa. Nos veíamos por la mañana y salíamos a buscar. Una mañana no apareció. Tampoco la siguiente. Yo creí que habría encontrado a una mujer de las profundidades; una sirena.

La mujer se rió y miró al joven como si esperase que compartiera su hilaridad, pero debía de saber que en esa cara no habría reacción

alguna.

Una sirena o una puta o una yonqui. Yo no estaba dispuesta a ir a buscarlo ni a pedirle que volviese. A los hombres no hay que pedirles nada. Si no te lo dan porque quieren, te lo hacen pagar caro. ¿Tienes un hombre?

Alegría negó con la cabeza. Le estaba entrando sueño. Apoyó el mentón en la barbilla. Era de verdad como si rodeasen una hoguera y hubiesen cenado bien y ahora poco a poco irían quedándose dormidos mientras alguien contaría una historia. Tres o cuatro ya se habían tumbado en el suelo y protegido la cara de la luz con capuchas o trapos o sencillamente girándola de forma que quedase en la sombra. Alegría cerró los ojos.

Lo que pasa es que después de una semana empecé a ponerme nerviosa. No sólo porque me había dejado sola con el niño. También pensé que podía haberle pasado algo. Yo qué sé, no era un hombre pendenciero, pero bastaba con que se hubiese encontrado con uno que sí lo era. El caso es que a mí no me gusta estar ahí abajo, me asfixio, imagino cómo era antes, cuando había bombardeos y la gente se metía a no sé cuántos metros bajo tierra para protegerse de las bombas, cientos de personas en las estaciones de metro y en los refugios. ¿Sabes lo que leí una vez? Eh, que si sabes lo que leí una vez. ¿No te estarás quedando dormida?

No, no lo sé, dijo Alegría sin abrir los ojos. Era agradable, escuchar su voz, daba igual lo que le contase, agradable estar así, sentada en un grupo, con los ojos cerrados y que alguien le hablara y le relatara su vida. Su madre le había contado siempre historias de cuando era niña y a ella eso le había interesado más que los libros o las canciones infantiles o los programas de televisión. Le gustaba porque había sucedido, y porque de alguna manera difícil de explicar, si le había sucedido a su madre era como si le hubiese sucedido a ella.

Pues leí que esos refugios no servían para nada. Si una bomba caía sobre ellos morían todos los que estaban dentro. Vale, te protegían de la metralla, de explosiones cercanas que levantaban cascotes que podían caer sobre ti, pero no te protegían de verdad de las bombas. El espesor no era suficiente, ¿me entiendes? Pero enviaban a la gente a los refugios por razones psicológicas. Para que se sintiesen seguros. No sé en qué estarían pensando los que tomaban las decisiones, los que le decían a la gente que se dirigiese a los refugios sabiendo que era tan inútil como protegerse de las bombas con un paraguas. Supongo que estarían tan desorientados e impotentes como todo el mundo, y cuando no puedes hacer nada haces algo, lo que sea, para sentirte útil,

para que al menos tus movimientos te den la sensación de que te estás dirigiendo a algún sitio. Yo lo que sé es que no me habría metido en uno de esos pasillos o estaciones o túneles oscuros, con cientos de personas mirando hacia lo alto a pesar del techo que impediría cualquier visión, a pesar de que tampoco sé si había siempre luz o lo alto era igual de oscuro que el fondo del túnel, aguardando a que dejase de oírse el ruido de los aviones y las explosiones. Yo, mi amor, lo habría esperado aquí, a pecho descubierto. De todas maneras, el día de tu muerte ya está escrito, ¿no crees?

Supongo que sí.

Mentira, no lo crees. Pero da igual. Lo que te digo es que bajé a buscar a mi hombre ahí abajo. Me armé de valor. Dejé al niño con una amiga y bajé. En aquellos días los túneles eran aún peor que ahora; la gente no se había organizado, llegaban allí huyendo, no para quedarse sino para esconderse. Olía a mierda; hoy al menos en algunas secciones hay gente que limpia, brigadas de esto y lo otro, han intentado organizarse, pero eso no dura mucho ahí abajo. La gente al principio usaba los baños de las tiendas y los bares que habían cerrado, ya te imaginas cuánto tardaron en atascarse y lo que empezaron a hacer todos. No estás dormida, ¿verdad? Ok. Aquello era asqueroso y mi marido no tenía mejor aspecto. Estaba cerca de una de las entradas, como si me estuviese esperando. No iba acompañado así que no tuve que sacar los ojos a nadie. Maldito cabrón hijo de puta, le dije. No puedo, me contestó. No puedes ¿qué? Salir, salir ahí afuera. Es como si hubiese un umbral invisible y no puedo atravesarlo. Eres un imbécil, no hay umbrales, no hay nada, hay dentro y hay fuera, eso es todo. ¿Vienes o no?, porque yo no me voy a quedar mucho en este agujero. Te digo que me es imposible, lo he intentado varias veces, llevo días intentándolo, pero no puedo pasar de esa línea. Le cogí de un brazo y lo arrastré con fuerza, y cuando yo hablo de fuerza estoy hablando de fuerza. Lo cogí por sorpresa así que no le quedó más remedio que dejarse llevar unos metros pero luego se tiró al suelo y comenzó a gritar como un cerdo, y yo he visto cerdos gritar, supongo que tú no, pero los chillidos son tan agudos que no hay quien los soporte, y él gritaba así, y pataleaba y empezó a oler peor que el túnel. Pero ¿tú estás tonto, cariño? No hay nada, levántate, sal a la calle, el niño está arriba, ¿qué mierda estás haciendo? Se levantó al cabo de un rato, lloriqueando. Miró el umbral, es decir, ese lugar en el que decía que había un umbral y que era sólo el inicio de las escaleras. Te quiero, me dijo, ya ves tú, te quiero, como si aquello fuese la despedida de un hombre que está a punto de palmarla o de

marcharse a una misión de la que no sabe si volverá. No sé, cielo, los hombres son muy raros y yo todavía no he conseguido imaginar qué estaba pasando por la cabeza del mío. La vida es un lugar muy, muy extraño, y si vives lo suficiente te darás cuenta de lo que hablo. Incluso tú, cuando te mires a ti misma, pero te mires de verdad, hacia dentro, hacia lo que eres y lo que has hecho, tendrás que sacudir la cabeza y decir: quién lo iba a pensar. Quién lo iba a pensar.

Alegría escuchaba voces lejanas, una conversación de la que le llegaba el sonido pero no el significado. Hablaban un hombre y una mujer, que identificó con ésa de ojos verdes que estaba a su lado. Tenía la lengua pegada al paladar y dolor en el cuello por la postura incómoda en la que se había quedado dormida. Sentía un calor muy agradable en la cara, como si tuviese la bombilla de la farola a poca distancia. Abrió los ojos y se quedó un momento confundida y deslumbrada hasta darse cuenta de que lo que estaba mirando era el sol. Un sol tamizado por un cielo cubierto con una delgada capa de nubes y que aun así tenía la intensidad suficiente para obligarla a mirar en otra dirección. No había nadie en las cercanías. Un perro sentado sobre sus patas traseras vigilaba muy atento la puerta de un edificio de dos pisos, como si esperase que alguien la abriera para él o que su dueño saliera del edificio. Alegría se incorporó. Recordó la historia de la mujer y no estaba segura de haber escuchado el final. Ahora lamentaba no saber si el hombre salió otra vez a la superficie o qué pasó si no lo hizo. Se esforzó en recordar, pero ni siquiera sabía bien lo último que había oído. Sólo cuando resbaló de sus hombros se dio cuenta de que había estado tapada con la gabardina de la mujer. La contempló confusa, intentando imaginar qué sentimientos habrían llevado a esa desconocida a desprenderse de su prenda de abrigo y extenderlo sobre una persona a la que no había visto antes y a la que con toda probabilidad no volvería a ver, y quiso imaginar que había sentido ternura por ella al verla tumbada en el suelo, quizá con la boca abierta, soñando, ojalá no roncando. Y la imaginó delante de sí, con sus ojos verdes, con su cabello crespo y salpicado por mechones canosos, con sus caderas anchas, con sus manos de hombre, doblada sobre ella para cubrirla con la gabardina muy despacio, sin despertarla, primero las piernas desde las rodillas y después, como quien tapa un cadáver, el resto del cuerpo. La imaginó tapándola como una madre tapa a su hijo. Y mientras pensaba en ella metió la mano en un bolsillo, se encontró con un polvo espeso y que daba cierta sensación de humedad, lo tomó entre los dedos como la había visto hacer a ella, con ese gesto que convertía la mano en la cabeza de

un pájaro, y se lo llevó a la nariz. No olía a nada. Devolvió el polvo al bolsillo, inspeccionó el otro por si encontraba algo útil o al menos algo que le diese una información sobre la mujer, pero estaba vacío, como lo estaba el bolsillo interior a la altura del pecho. Alegría se incorporó. Estaba entumecida; le sorprendía haber dormido profundamente y tanto tiempo en una posición tan incómoda, casi fetal. Quizá debería dormir más fuera, lejos del aire denso y demasiado húmedo de los túneles. Recordó que había dejado el saco de dormir allí abajo, mierda, si Fred no lo ha recogido seguro que ya no lo volveré a ver, un buen saco, dónde tienes la cabeza. Alegría se giró hacia la boca del metro; todavía colgaba en el centro de ella, soldado a un arco de hierro que iba de lado a lado de la entrada, un cartel romboidal con el nombre ya muy desgastado. Pero no echó a andar hacia allí. Primero abrió mucho los ojos, luego la boca, quiso reírse, no supo qué decir. Ahí estaba, en la misma posición, mirando exactamente al mismo sitio hacia el que había estado mirando cuando Alegría cerró los ojos: el joven del traje, el pajarito al que había alimentado la mujer con tanta dedicación, ese espacio en blanco, ese universo lejano hasta el que no llegaban interferencias de la vida terrestre, ese alienígena sin lenguaje. Alegría buscó a su alrededor. Un hombre cagaba junto a un lilo y mientras lo hacía olisqueaba las flores. No había nadie más en las cercanías. Por supuesto, ni rastro de la mujer. Alegría tendió la mano al joven y él, aunque no dio señales de haberla visto, levantó la suya muy despacio y tocó con el índice el índice de Alegría, como un animal que olisquea otro de distinta especie para convencerse de que no es venenoso ni agresivo; luego tomó la mano entera y se incorporó sin soltarla. Tenía unas enormes manos de boxeador a juego con su cuerpo robusto pero que no iban con su cara de estudiante entrado en años.

Supongo que no me vas a decir tu nombre. Si no tienes nada en contra, te voy a llamar Buster. ¿Te gusta? Me lo imaginaba.

Echaron a andar juntos hacia la boca del metro. La vida, recordó Alegría, es un lugar extraño.

Igual que las hormigas. El Loco las había visto a millones. Su propia casa estaba invadida por ellas. En los caminos, saliendo por las bocas de las canalizaciones, de las grietas de las paredes, de las cortezas resquebrajadas de los árboles, de los grifos, de las galerías que abren en la tierra. El mundo debía de estar hueco por dentro, una red infinita de túneles como los que recorren el subsuelo de la ciudad, pero más pequeños y más poblados. Él solía matarlas cuando no tenía nada mejor que hacer, las pisoteaba y contemplaba sin emoción ninguna la desbandada. Pero de todo se cansa uno; y cuando regresaba al lugar de la matanza solía encontrarlo limpio de cadáveres.

Igual que las hormigas. El estruendo de las sirenas cortaba el aire haciendo vibrar los empastes metálicos de los dientes del Loco. Se abrió un portón y los vigilantes llegaron a la carrera, un ejército negro y diligente, sin mirar a los lados, de eso se encargaban los que iban en los vehículos de flanqueo. Se apresuraron hacia el punto del atentado, recogieron dos cadáveres, empujaron el vehículo aún humeante hacia un costado de la calle, regresaron otra vez corriendo. Unos segundos más tarde, cuando se apagaron los ecos de pisadas, motores, puertas metálicas, todo estaba como antes salvo por la chatarra apilada a un lado de la calle. Hacía frío esa mañana y el cielo tenía una tonalidad violeta que el Loco no había visto nunca antes. Como si el mundo se hubiese desplazado a otra galaxia.

Se acercó a una de las entradas; la cámara de seguridad ajustó varias veces la lente extrayendo de él todos los datos necesarios. Se abrió la puerta y el Loco entró en el ministerio. Caminaba con la cabeza agachada aunque en realidad sabía que sus datos biométricos ya habían sido analizados e identificados, porque de lo contrario no le habrían permitido entrar. Lo encaminaron por pasillos y elevadores, y él pensó que aquel laberinto estaba diseñado para confundir y humillar, para obligar a pedir una y otra vez indicaciones, para que cuando el suplicante llegara ante el dios lo hiciera de rodillas, indigente e indigno. Pero él no iba a pedir nada, iba a ofrecer.

¿Qué? ¿Qué es lo que tienes que ofrecer?

Cástor sin embargo se ha levantado, le ha señalado el asiento frente a su escritorio. A Arnoldo el escritorio le resulta anacrónico, uno de esos objetos que se usaban un siglo atrás cuya función invita a adivinanzas y lucubraciones. Se sienta. Saca del bolsillo uno de los pasquines con la foto de Alegría.

La he visto.

Me alegro. Eso prueba la visibilidad de la iniciativa y que no

estamos despilfarrando el dinero de los contribuyentes.

No la foto, la foto también, pero la he visto a ella, y me he dicho, Arnoldo, quiero decir, cuando vi la foto me dije, Arnoldo, tú a esa chica la conoces, ahora tienes la oportunidad de ayudar y tú siempre has querido ayudar.

Cástor no sabe qué pensar de esa criatura de los bosques que todavía lleva trozos de hoja, palitos, materias vegetales adheridas a las ropas. Sin embargo, le ha permitido sentarse frente a él. Suele hacerlo: invitarles a tomar asiento, darles la sensación de que son importantes, de que confía en ellos. Pero no confía. Desde que empezó la campaña ha recibido cientos de delaciones, cualquier idiota necesitado de dinero se inventa una patraña por si cuela. Habría que aprobar una ley que castigara las delaciones falsas, amputar una mano al farsante, cien latigazos, o algo más moderno, privación sensorial. Algún día, cuando tenga la sangre, también tendrá el poder para aprobar las leyes más necesarias. Y ahora frente a él se encuentra un zarrapastroso que asegura haber visto a la chica. Huele a barro y a algo indefiniblemente lanar. Pero la ha visto; debe de estar muy seguro porque es el primero que se atreve a presentarse ante él, en persona, y aguanta sin pestañear su mirada que pretende ser la de un experto en interrogatorios capaz de recurrir a métodos drásticos para averiguar la verdad. Se echa hacia atrás en el sillón, aparentemente relajado, fingiendo escaso interés. Pero el corazón le late a una velocidad de récord personal.

¿Puedes decirme dónde la has visto?

¿La última vez? ¿O la primera?

Cástor no puede contenerse y se acerca a la mesa, pone sobre ella los antebrazos, toma la foto que le ha tendido el otro.

¿Cuántas la has visto?

Tres o cuatro.

¿Tres, o cuatro?

El Loco cierra los ojos como si fuese a entrar en trance imitando el gesto de la Reina. A Cástor ese gesto le resulta familiar pero los rasgos bastos del Loco impiden que el escaneo de recuerdos arroje un resultado.

Tres. La primera vez en la salida de un túnel, cerca del puerto, una chica sola y hermosa, es decir, joven, uno vuelve la cabeza, se fija, aprecia. La segunda muy cerca de allí, pero en la orilla. Esa vez estaba con un amigo, digo yo que serían amigos, estaban parados muy juntos, él también era joven. Más alto que yo, más bajo que usted. Con ojos de chino.

¿Qué hacían?

Nada. No sé. Hablaban. Yo me acerqué a conversar con ellos, no quería nada más que eso, conversar.

¿Por qué?

El Loco desvía la mirada. Ha aprendido a actuar, a tomarse las cosas con calma. Cuando mientes, haz ver que hay cosas que te gustaría ocultar, pero es el otro el que las descubre. Cuando mientes da información, pero de vez en cuando muestra que no lo sabes todo. Cuando mientes...

¿Por qué? No te preocupes, cualquier cosa que hayas hecho te queda perdonada si nos ayudas a encontrar a quien buscamos. ¿Querías atracarlos?

No. Sólo quería conversar con alguien, en el bosque los árboles no hablan y las piedras tampoco. Los pájaros, a veces, pero no se les entiende. Y me acerqué y les dije hola, sin malicia ninguna, lo juro, yo no quería nada, nada, nada, y ellos se marcharon sin responder y sin un gesto de disculpa, así, como son los jóvenes, desconsiderados.

¿Les diste miedo?

¿Usted se pararía a hablar con Arnoldo? Nadie se para a hablar conmigo.

Se ha perdido la cultura de la conversación. ¿Verdad?

Pero la tercera la vi entrar en un edificio del muelle. Estaba otra vez con ese chico, y con otros más, no sé cuántos, llamaban la atención porque no metían bulla, como si todos estuviesen pensando o recordando.

Dónde exactamente.

En un edificio que había sido almacén. Todavía huele a comida, olores muy fuertes, de cosas que Arnoldo no ha comido nunca. Cómo recordar cuál era. Hay muchos, uno detrás de otro, varias filas.

Sabes que puedo cortarte la lengua.

Cortar una lengua es fácil, pero luego no se pueden hacer preguntas a la lengua cortada. Pero Arnoldo vuelve, busca, indaga. Sabe hacer esas cosas.

Y que no hay recompensa si tus informaciones no ayudan a encontrarla.

La voy a encontrar yo. Si me ayudan, la encuentro. Para mí es fácil.

Dame toda la información que tengas. La buscarán los vigilantes. Y si la encuentran te prometo que tendrás tu recompensa. Pero no te quedes con información para ti. A ti no te sirve de nada.

Quiero ayudar. Y un poco de dinero. Pero no puedo dar más

información porque no sé. Yo no sé los nombres de las cosas ni de la gente, sí sé qué hacen, dónde viven. Porque no hablan conmigo, usted tampoco hablaría conmigo. Pero yo camino mucho, por el campo, por los túneles, por las calles. Arnoldo conoce los recovecos. Conoce los tráficos. Ve, identifica. Las imágenes se forman sin necesidad de hablar. La imagen cuenta también cosas.

Me estás mareando.

Quiero decir...

Dilo.

Que puedo encontrarla. Puedo buscar a la gente que ha estado con ella. Puedo preguntarles.

Me has dicho que no hablan contigo.

Pero usted me daría permiso.

¿Permiso?

Para obligarles a hablar conmigo.

Cástor asiente.

No esperes que te lo dé por escrito.

Su palabra me vale. Yo no hago daño a nadie, pero si quiero algo lo consigo. Me llaman el Loco porque la gente no entiende que donde hay una voluntad hay un camino y que todo camino es bueno si lleva a un buen lugar, la gente...

Ya sé, la gente es injusta.

Pero yo a las autoridades sí que las ayudo. O les ayudo. ¿Cómo se dice?

Da igual, lo importante es la buena disposición, no el pronombre.

Sería bueno tener más información. Su nombre, lo que sepan ustedes. Todo. Y entonces yo la encuentro y se la traigo. He visto caras, he visto por dónde caminan sus pies. Sus huellas han dejado un rastro que se puede leer como las notas de una canción. Puedo tararear el estribillo. Si me dicen lo que saben, yo cumplo. Y ustedes entonces me pagan. Arnoldo tan contento. Usted tan contento.

Cállate.

Yo me callo. Escucho. Recibo órdenes.

Te voy a dar todos sus datos. Pero no quiero que la traigas aquí si la encuentras. Vienes y me dices dónde está, y con quién. Pero ni la tocas. Si le haces daño te juro que te mato en este mismo despacho. ¿Estamos? Tú eres desde ahora mi espía, no mi ejecutor.

Oigo y cuento. Pero mi mano estará quieta. Pero a los demás sí puedo amenazarlos. ¿No? Aunque sea espía.

Tu obligación es obtener información, y me da igual cómo. Pero cuando hayas llegado hasta ella vienes aquí inmediatamente. Y no se

lo cuentas a nadie más.

Nadie habla conmigo. Usted sí.

¿Sabes leer?

Claro. Qué pregunta.

Cástor imprime una hoja con los datos de Alegría. Lo que saben de ella, que no es mucho, sobre todo porque no le da el historial clínico. Aspecto, dónde se la ha visto, antecedentes. Entrega la hoja al Loco. Él no hace intención de leer. Tan sólo toquetea el papel como si se tratase de un material precioso, lo dobla cuidadosamente y se lo guarda. Mira inquieto a su alrededor, se remueve en su asiento.

Puedes irte.

¿Ya?

Cástor provoca una gran sonrisa mellada en la cara del Loco al entregarle unos billetes. El Loco los toma con cautela, como si al pasar de mano pudiese activarse una trampa que le rompiera los dedos, pero no ocurre nada, así que los guarda en un bolsillo, se levanta, amaga una reverencia y sale del despacho.

CÁSTOR

A Cástor no le gusta nada que se ramifique tanto la búsqueda. Demasiados perros olfateando, que pueden acabar oliéndose unos a otros. Pero sólo ese hombre la ha visto en persona. Que está loco salta a la vista. Y sin embargo por eso mismo le da más seguridad que los demás implicados. Loco y sin escrúpulos, un buen empleado. ¿Debería hacer que le siguieran para evitar sorpresas? Ping, o Pong, o los dos. Son eficaces y fieles. Locos también, a su manera. No tiene que darles explicaciones. Chasquea un dedo y paran las orejas. Controlar al loco. Sus datos personales están guardados en el sistema. Nadie entra en ese edificio sin que queden expuestas sus vergüenzas. Familia, dirección si la tiene, antecedentes. Por esos corredores sólo caminan hombres desnudos.

Decide dar por terminada la jornada laboral. De todas maneras ya no es como antes. El ministerio es una torre casi desierta. Los vigilantes, personal de limpieza, dos o tres encuentros de carácter más privado en algún despacho. «Ir a trabajar» es una expresión que ha ido perdiendo el sentido. Salvo porque Cástor evita comunicar electrónicamente los datos más delicados. Big Brother, etc. Cara a cara, sin testigos, y por supuesto después de haber examinado cada centímetro de despacho para excluir posibles escuchas. Ping y Pong van una vez por semana a hacer limpieza. Sólo en una ocasión encontraron un chip sospechoso. Siempre hay alguien que quiere saber. Saber es poder. Él el poder lo va a conquistar de otra manera. Más atávica. Más directa. La sangre es mía. Vuestras vidas están en mis manos. Arrodillaos.

ARNOLDO

Abajo el capitalismo. Muerte a los políticos. Todos son iguales. Éste va de poli bueno. Todo amabilidad. Te permite sentarte, te tutea como si te conociese de toda la vida, asiente comprensivo. Pero los tiburones no están sonriendo aunque enseñen los dientes. La sangre era para la Santa, no para ese hombre. Él sólo necesitaba su información para llegar a la fugitiva. Ellos tenían cámaras y satélites y sensores de muchos tipos que ven y oyen detrás de las paredes. Él sólo se tenía a sí mismo y a la Santa para guiarlo. Pero estaba en punto muerto. No avanzaba. Sólo tenía la historia sobre el de los ojos chinos. Y ni siquiera lo había visto.

Arnoldo se detuvo en una esquina, examinó con desconfianza la cámara de seguridad pero de ella colgaban cables sueltos y alguien la había descoyuntado como a un conejo. Se llamaba Alegría. Qué bonito nombre. 27 años. Su padre..., su madre..., estudios..., antecedentes delictivos, ah, eso sí era interesante: destrucción de bienes públicos –y quién no–, resistencia a la autoridad, probable pertenencia a banda subversiva. Bien por la chica. Que se jodan.

Arnoldo acabó de leer la hoja. No le iba a servir de mucho. Los niños debían avanzar con su trabajo. No quería que pasara mucho tiempo. Porque desde ese mismo momento tenía que cuidarse las espaldas. El político no le iba a dar dinero por nada y con el riesgo de que se esfumara. Seguro que ya había alguien siguiéndolo.

Prefirió no volverse a comprobarlo. Cuanto más tonto te crean más posibilidades de éxito tienes en tus empresas.

Arnoldo guardó la hoja y sacó del mismo bolsillo la estampa de la Negrita. La besó con lágrimas en los ojos. Él era su siervo porque ella nunca lo había abandonado. La Santa Calaca. En el hospital le rogó que no se lo llevase y ella cumplió. Ahora le tocaba a él. A Arnoldo le había tocado la tarea de acabar con ese sacrilegio.

Del cuaderno de AM (VI)

«Las penetraciones son ataques rápidos en establecimientos localizados en vecindades o hasta en el centro de la ciudad, tal como unidades militares pequeñas, comisarías, hospitales, para causar problemas, tomar armas, castigar y aterrorizar al enemigo, tomar represalias, o rescatar prisioneros heridos, o aquéllos hospitalizados bajo vigilancia de la policía.»

Minimanual del guerrillero urbano,
CARLOS MARIGHELLA, 1969.

¿En serio? No. Venga. No me digas que lo hiciste.

¿Y qué iba a hacer?

Ilumina aquí, no, un poco más arriba. Pues dejarle donde estaba.

¿A Buster? Pobre. No iba a sobrevivir. ¿Seguro que no hay nadie?

Desde hace una semana, todos los días, paso por este piso, pego el oído a esta puerta. Ni una luz, ni un ruido, nada.

Pero podría haber alguien escondido.

Eso lo vamos a averiguar en cuanto consiga abrir la maldita puerta.

Es que no podía dejarle ahí, se iba a morir.

Nunca ha dependido nadie de mí.

¿Se abre?

Siempre se abren. Es cuestión de paciencia.

¿No has tenido perro?

Ni gato. Ni un canario.

Tampoco sales con nadie.

Ni tú. Mira, mira, mira: ya está. ¿A que te impresiona mi habilidad? No me alumbres a mí, el interior.

Cuando sonríes se te pone aún más cara de chino.

No te he contado nunca por qué tengo los ojos así, ¿verdad? No es de nacimiento.

Shhh.

Quiero decir que mis padres no eran orientales ni nada de eso.

Shhh.

Es verdad. Se oye algo. ¿Qué haces? ¿Eso es una postura de artes marciales? Ahora soy yo el impresionado. Yo llevo el táser, es más eficaz. Joder, dónde lo he metido.

Shhh.

Debería ir yo primero. Soy el hombre. No me mires así, que es una broma.

Viene de aquella habitación.

Si no hablas más alto no te oigo.

Si hablo más alto me oye quien sea que esté ahí adentro.

Podríamos irnos. Estamos a tiempo.

Has dicho que podría haber comida.

Pero no es seguro. Algunos se lo llevan todo. Cortan los cables, abren las latas que no pueden transportar, rompen los recipientes. Tierra quemada.

¿Qué tierra?

La táctica, digo, táctica de tierra quemada. Como un ejército retirándose. Para que no caiga nada en manos del enemigo.

Vamos a echar un vistazo de todas formas.

Despacio. Cuidado no tropieces.

Cállate, AM, que me estás poniendo nerviosa.

Es que no se ve nada. Tienes razón, viene de la puerta ésa del fondo. Yo a la luz del día lo que quieras, pero es que vamos casi a ciegas.

¿Abres tú o abro yo?

¿De una patada?

Anda, quita de ahí.

Joder, joder, joder, ¿qué es eso?

No te acerques. Está muerto de miedo.

Se ha vuelto loco, mierda, te va a morder.

Déjale sitio, quita de la puerta, AM, que te quites, déjale salir.

Pobre bicho.

Lo dejaron aquí encerrado. Se fueron y lo dejaron aquí encerrado, para que se muera de hambre.

O para proteger el tesoro, como un maleficio...

¿Dónde lees esas cosas? Venga, vamos a la cocina.

¿Le oyes?

No debe saber salir del edificio. Una botella. ¿Qué es?

Curaçao.

¿Alcohol?

Unos cincuenta grados.

¿Lo has leído o lo sabes?

Es repugnante. No, cógelo de todas maneras, si no hay otra cosa... ¿Y esto? Harina. Pero está habitada.

¿Es todo lo que han dejado?

Y el perro. ¿Ves lo que te decía? Nadie carga con nadie si no es necesario. Sálvese quien pueda; olvídate de las mujeres y los niños Pero tú te llevaste a Buster. Eres muy rara. En serio. ¿Me cuentas lo que pasó después?

Arriba. Aquí apesta.

Venga, vámonos, no, no cierres, para qué.

Las noches con Buster. En túneles, en portales de casas desiertas, en portales de casas habitadas pero con poca vigilancia, en solares al cobijo de una pared, por el viento, por las miradas; muy de cuando en cuando, en pensiones baratas donde les pedían el nombre pero no lo comprobaban, donde preguntaban cuántas horas, donde hombres y mujeres a los que les costaría pronunciarla y desde luego no sabrían

escribirla te decían la palabra jacuzzi como si fuese un conjuro secreto y algo vergonzoso, y te decían también que eran un poco más caras, no mucho, pero que además tenían cama circular, espejos en el techo y lo que no te decían era que, de la misma manera que en otros hoteles encuentras la biblia en un cajón de la mesilla, en las pensiones que visitaban Alegría y Buster al abrir el cajón no verías las sagradas escrituras –tampoco en la versión mormona– sino dos preservativos, gentileza de la casa; un detalle lleno de tacto, que sean dos.

Dormían juntos, cuando dormían; Alegría pasaba buena parte de la noche con los ojos abiertos y ya no era capaz de recordar si antes de marcharse de casa su sueño era igual de frágil. Su insomnio no se debía desde luego a la dureza de los suelos de la calle: tampoco sobre colchones podía pasar más de cuatro o cinco horas olvidándose del mundo. No le importaba. Rara vez se sentía cansada. Le gustaba escuchar los ruidos de la noche, y la sensación de estar alerta, de poder ponerse en pie apenas en un segundo, y sobre todo le gustaba, aunque hubiesen pasado años desde que se marchó de casa, tener todavía la sensación de estar viviendo una aventura, de que la vida aún no se había coagulado en un núcleo de rutinas, de que su futuro era prodigiosamente incierto.

Buster sí dormía bien, ocho horas si le dejaban. Justo antes de quedarse dormido boca abajo, cada noche, sin excepción, tendía una mano hacia el lado en el que se encontraba Alegría, siempre el mismo porque los cambios ponen nervioso a Buster, una mano con la palma hacia arriba, moviendo los dedos ligeramente curvados como si acariciase el vientre de un animalito. Ella tardó dos noches en comprender, dos noches en las que Buster no pegó ojo, hasta que Alegría tendió también su mano, la depositó con la palma hacia abajo sobre la de Buster, y él suspiró hondo antes de cerrar los dedos sobre la mano delgada de Alegría y quedarse dormido. Toda la noche sujetando esa mano, a pesar de que a veces a ella le daban calambres en el brazo al tener que mantener siempre la misma postura. Se habituó pronto. Algunos ritos, algunas rutinas, los asimilamos como si siempre hubiesen estado ahí: cepillarse los dientes, decir buenas noches, mirar a la izquierda al cruzar la calle, besar cerrando los ojos –¿verías lo que deseas si te atrevieras a abrirlos?–.

Buster es un hombre de costumbres, pocas pero arraigadas. Todos los días hacía deporte; alguien debió de enseñarle cuando era niño una serie de ejercicios de musculación que él repite siempre en la misma secuencia, idéntico número de veces: tres series de doce. Pero primero se quitaba la ropa, la doblaba con el cuidado de quien la va a

introducir en una maleta y no desea que se arrugue, disponía en una pila los pantalones, después la camisa, después la chaqueta, a un lado los zapatos. Hacía flexiones con los dos brazos, sólo con el izquierdo, sólo con el derecho, abdominales, alternando hacia el frente y laterales, localizaba lugares de los que colgarse e izar una y otra vez el cuerpo con la fuerza de los brazos; se sentaba en el aire; corría sobre el sitio levantando mucho las rodillas. Tras acabar, si no había un lugar para asearse, comenzaba a gemir tan quedamente que no era fácil darse cuenta de que el gemido salía entre esos labios apretados, un gemido larguísimo, de horas si era preciso, que se interrumpía de manera regular cada vez que tenía que tomar aire. Luego, ante el fregadero, el lavabo, la ducha, la bañera, el charco, Buster trasladaba el peso de un pie a otro, abrazado a sí mismo y con la espalda algo encorvada, como si ya se hubiese bañado y no encontrase toalla para quitarse la humedad y el frío, hasta que Alegría se daba la vuelta: todos necesitamos algún tipo de intimidad.

Algo similar sucedía si descubría una mancha en su ropa: Buster exhalaba sin descanso su gemido monocorde contemplando horrorizado ese punto sucio de su camisa o pantalón o chaqueta o calcetines hasta que Alegría lo tomaba de la mano y salían ambos en busca de un lugar donde reparar el sacrilegio. Alegría le tomaba de una mano siempre que quería caminar porque a falta de ese contacto era difícil hacer que se moviese del sitio. Como un ciego que se niega a avanzar sin que el perro dé un leve tirón de él. Buster tenía las manos muy suaves, manos de rico con empleados a su servicio para empuñar, trizar, desgarrar. A Alegría le producía ternura el roce de esas manos como el vientre de un animal joven. Pero no conocía el tacto de otras partes del cuerpo. Le daba apuro tocarlo, nunca se atrevió a acariciar su cabello ni su rostro. Y el resto del cuerpo lo llevaba cubierto –los botones de la camisa abrochados hasta el último y los puños también abotonados– salvo cuando hacía deporte. A Alegría le habría gustado saber cómo era el tacto de ese cuerpo que no ha visto completamente desnudo, pero no tenía la menor intención de tocarlo. Buster vivía en ese cuerpo como quien se ha retirado a una cabaña en un lugar de difícil acceso: a su alrededor sólo quiere aire, calma, el ruido de las hojas.

Cuando encontraban un sitio adecuado para la limpieza, él asistía con atención a todo el proceso de lavado, vigilaba la ropa colgada para asegurarse de que las manchas desaparecieran al ir secándose la prenda, supongo. Porque yo lo sé todo. Yo sé lo que pasa por la mente de cada uno de los personajes de esta historia, sé lo que sienten y

conozco sus deseos más inconfesables. Sé, ya lo veis, su pasado. Lo único que no sé, me he esforzado y sin embargo nunca he llegado a saber, es lo que siente o piensa Buster. Mis ojos son rayos X frente a una cámara acorazada con plomo. Buster es la caja negra de un avión en manos de un neandertal.

No sabes lo que piensa, no sabes lo que oye, no sabes lo que percibe de lo que lo rodea. Pero te equivocarías si creyeses que el exterior y el interior de Buster son universos paralelos o galaxias tan lejanas que nunca llegarán a una noticias de la otra. Mira lo que sucedió con Martín:

Una noche Alegría y Buster habían caminado por calles de uno de esos barrios limítrofes con la zona segura que han ido desertificándose: algunos de sus habitantes, incapaces de pagar un alquiler en la zona segura, consideraron que estarían allí más protegidos que en los barrios marginales y se quedaron, con precaución, y doble cerrojo, llegando a casa antes del anochecer, saliendo de sus garajes quienes lo tenían con los seguros echados y no deteniéndose en los semáforos. Pero eran náufragos agarrados a un trozo de madera; en los barrios periféricos se fueron creando comunidades, grupos de defensa, la gente se conocía, uno vigilaba lo del otro, todos sabían quién era hijo de quién; los que se quedaron en los barrios limítrofes eran como ovejas apartadas del rebaño por un grupo de lobos; puede que no hubiese más delincuencia en ese barrio que en los marginales, pero ten por seguro que la víctima serías tú.

A Alegría no le gustaba pasear por allí de noche pero se les había hecho tarde porque Buster se había negado durante más de una hora a abandonar una esquina hasta que la sombra de una farola, que le cerraba el paso como una cerca electrónica, invisible pero eficaz, fue disolviéndose en el atardecer. Llegaron a una plaza con bancos de metal y una estatua de bronce sobre la acera de un hombre con sombrero y gafas que quizá un día fue famoso, aunque la placa que le nombraba hace tiempo que ha sido desatornillada y ya su supuesta posteridad es la misma que la de un trilobites, del que sólo tenemos una huella fosilizada. En la plaza un grupo de jóvenes salmodiaba himnos que podrían pertenecer a alguna religión casi olvidada, acompañados de tambores que apenas acariciaban con los dedos, las cabezas rapadas, descalzos, completamente perdidos e incapaces de entender el mundo; si hubiesen dejado de bailar se habrían puesto a temblar. Alegría y Buster se acuclillaron cerca de ellos; ya no tenían prisa ninguna. Una tercera persona se acuclilló a metro y medio de ambos. Parecían chinos esperando el autobús. Hola, Alegría. Qué tal,

Martín. Y a Buster, ¿cómo le va? Bien, supongo. No eran amigos. Habían coincidido. Por ahí. Habían compartido comida en un par de ocasiones. Se saludaban, intercambiaban unos pocos sonidos, seguían su camino.

He estado pensando en vosotros.

Alegría giró la cabeza hacia él. Parecía haber envejecido desde la última vez que lo vio. Había perdido pelo, o la cola de caballo que lo tensaba hacia atrás causaba esa impresión. No era feo, de todas maneras, aunque tenía un mentón que pesaba demasiado en esa cabeza algo pequeña. Llevaba un mono de mecánico sin camiseta ni camisa debajo.

¿En Buster y en mí?

Quería proponeros un negocio.

Alegría se rió y al hacerlo se dio cuenta de que últimamente sólo se reía con Buster.

Proponernos, a los dos. Vale, Buster, presta atención, que nos van a proponer un negocio.

Yo tengo contactos en el interior de la zona. Gente de dinero. Martín dejó de mirar a Alegría y se concentró en un punto situado entre sus pies. Y alguien como Buster podría ser muy valioso.

Alegría se rió otra vez. Ya lo sé, Buster es un tesoro, ¿verdad?

Buster contemplaba a los bailarines y su cabeza se movía casi imperceptiblemente, arriba y abajo, a contratiempo.

Lo digo en serio, tú me lo prestas por la mañana y yo te lo devuelvo por la noche. No puedes imaginar lo que sacaríamos. La mitad sería vuestra.

No estoy segura de pillarlo.

Es joven, es fuerte, es dócil. Y a él todo le da igual. No se entera. O sea, no sufre ni nada.

Tú estás loco.

¿Por qué no? A lo mejor incluso le gusta. Tú qué sabes.

Si ni siquiera le gusta que le vean desnudo.

Se le puede enseñar, esas cosas se aprenden.

Anda, cállate. Escucha a los indios.

Préstamelo un rato. Me lo llevo por ahí detrás y hago la prueba. Le trato con cuidado, en serio. No le pasará nada. Va a estar bien. Sabes que no soy un cabrón. Es sólo para ver cómo va. Para no llevarnos ningún chasco.

El movimiento fue tan rápido que no les dio tiempo ni a sorprenderse hasta que Martín pataleaba en el aire. Buster le había introducido los brazos por debajo de las axilas y lo había izado de un

tirón. Buster, déjalo, suéltalo, Buster, como a un perro que se niega a que le arranquen la pelota de entre los dientes. No se habría podido decir cuál de los dos estaba más congestionado, si Martín luchando por respirar y lanzando golpes inútiles a los costados de su agresor, o Buster apretando la caja torácica del pelele como si de verdad se hubiese puesto el objetivo de romperle las costillas. De hecho sonaron dos crujidos y, de haber tenido aliento para ello, Martín habría gritado. Pero Martín sólo tenía fuerzas para intentar llevar algo de aire a sus pulmones. Buster, lo vas a matar, suéltalo. Alegría no se sabía cómo forzar a Buster a soltar la presa: tenía los ojos hinchados de rabia, no gemía sino que gruñía, también un sonido monocorde, pero ahora grave y rasposo, y sólo cuando él mismo se quedó sin respiración dejó caer a Martín, al que se le doblaron las piernas y parecía que iba a ponerse otra vez en cuclillas, pero sólo pasó brevemente por esa posición antes de volcarse de cara contra el suelo, dando bocanadas que parecían chirriar al pasar por la faringe. Los jóvenes habían dejado de bailar y salmodiar, anonadados por la violencia del mundo que llegaba a ellos, no había religión ni meditación ni práctica ascética que pudiese detenerla. Allí estaba, ese gigante de cara enrojecida, mirándoles a través de las gafas torcidas como si un ogro estuviese eligiendo la siguiente víctima. Los jóvenes echaron a caminar tarareando en voz baja sus cantos de felicidad y armonía. Alegría tomó la mano de Buster, que volvió a mover la cabeza, esta vez de una manera clara, arriba y abajo, arriba y abajo, siguiendo un compás que aún resonaba en su cabeza.

La niña había ido sola a casa del Loco. Arnoldo no pudo averiguar dónde estaban los otros dos. Cuando le preguntó si se habían peleado, ella dejó ver el hueco en su dentadura con una sonrisa que hacía pensar en un niño abandonado entre animales cuando era bebé. Un niño que no conocía la palabra y se había acostumbrado a expresarse mediante gestos y gruñidos, cuya cara sólo era capaz de mostrar los movimientos más básicos de la conciencia.

El Loco enseguida se olvidó de ella. Tenía otras preocupaciones en la cabeza. Le irritaba no haber encontrado aún a la inmortal y aunque sabía que iba a verse obligado a bajar al puerto fluvial él mismo, lo estaba demorando porque no se sentía cómodo cerca del agua y tenía pánico a las ratas. Además, no haber resuelto ese asunto hacía que no pudiera ocuparse de sus encargos. Había una mujer que aguardaba y empezaba a impacientarse. La venganza no admite dilación, nadie quiere esperar a que el tiempo haga justicia y acabe con el enemigo; queremos su fin ahora. Una muerte natural no satisface a quien odia. Si no acortas la vida de aquél a quien aborreces, ¿en qué te va a consolar que llegue su hora? La mujer había tocado ya tres veces a su puerta reclamando que el hombre todavía caminaba por la calle y comía y le hacía el amor a esa perra. Arnoldo la tranquilizaba, shhh, shhh, decía, las cosas requieren su momento; la Santa ha oído mis oraciones y ha elegido ya el segundo en el que la vida cesará para él, yo la escucho, a mí me transmite las órdenes y yo las cumplo, queda poco, ve tranquila. Ese tallo está a punto de quebrarse.

Pero la gente no sabe aguardar, exige y maldice, y hay otros dispuestos a hacer el trabajo sin tantos rituales, eso había dicho, sin tantos rituales, como si obedecer a la Santa fuese un capricho o una manía tonta.

La niña estaba arrodillada delante del altar. Había subido la capucha de la camiseta sin mangas que llevaba y Arnoldo la veía de perfil, con la espaldita ligeramente encorvada, unos mechones de pelo colgando bajo la frente. Murmuraba algo ininteligible en el tono de quien reza, quizá palabras que se iba inventando sobre la marcha, en un lenguaje que pretendía ser arcaico y solemne. Era una buena alumna, o un buen alumno, todavía no lo había decidido Arnoldo. Aunque seguro que no había entendido la transcendencia de servir a la Santa, le ponía empeño, devoción. Era la única de los tres que parecía digna de sucederle en su tarea. La niña descolgó del hombro el pequeño costal de tela verdosa que llevaba a menudo con ella. Aún murmurando, metió las dos manos con cuidado, como quien quiere tomar agua de un arroyo en el cuenco de las manos, y extrajo un

pájaro negro y diminuto, de una especie que Arnoldo no había visto nunca; las plumas tenían reflejos irisados, igual que una mancha de aceite en la carretera. La niña, como si se supiese observada, giró la cabeza aún inclinada hacia Arnoldo y le dedicó otra de sus sonrisas melladas. Después frunció el ceño y volvió a concentrarse en su rito.

Depositó el pájaro sobre el altar con las alas extendidas, que sujetó por la punta unos segundos. El pájaro no estaba muerto: abría el pico como intentando piar aunque no emitiese sonido alguno, y parecía querer encoger las alas, ponerlas otra vez al costado: daba tirones que hacían pensar en una corriente eléctrica que atravesara regularmente al animal. La niña continuó sujetando delicadamente las puntas de las alas. El pájaro no hacía verdaderos esfuerzos por escapar; tan sólo eso, abría y cerraba el pico y realizaba esas débiles sacudidas. Al cabo de un rato, ni siquiera: se quedó con el pico abierto y dejó de agitarse; sólo los párpados se movían, despacio, de vez en cuando, como si se le cerraran de sueño. Eran párpados casi transparentes; si el Loco hubiera mirado a través de ellos, habría descubierto unas pupilas tan carentes de expresión como las de un pez.

La niña fue soltando las alas milímetro a milímetro, tan poco a poco que Arnoldo no percibió cuándo sus dedos sucios habían dejado de tocar el animal. El pájaro seguía inerte, hipnotizado, falto de esperanza, como tantos de vosotros. La niña se volvió de nuevo hacia Arnoldo y le dedicó otra sonrisa, esta vez buscando el reconocimiento a la habilidad de su truco. Pidiendo quizá un aplauso silencioso. Arnoldo asintió con la cabeza. La niña rebuscó de nuevo en el costal; la mano que sacó de él iba armada de un punzón de hueso. Lo levantó en el aire como un prestidigitador mostraría las herramientas para el siguiente truco. Arnoldo volvió a asentir. La niña puso la punta del punzón en la nuca del animal, rozándolo apenas. Nada, ningún reflejo de huida ni de defensa. La niña presionó lentamente produciendo un temblor en el pico del pájaro. Un chasquido y un goterón de sangre le veló el ojo, las alas se extendieron aún más, pluma a pluma. El punzón atravesó el cuello y se quedó clavado en el altar. La niña murmuró otras pocas palabras y se retiró de rodillas, como una penitente, sin apartar la mirada del diminuto cadáver. Para la Santa, dijo, esta vez pronunciando con claridad. Santa Muerte, danos tu protección, apiádate de tus siervos. Se levantó y se quedó parada en medio del cuarto, frotando el empeine de un pie contra la pantorrilla de la otra pierna; ahora era una niña cualquiera que empieza a preguntarse qué hacer, intuyendo ya ese momento de inseguridad que le provocaba estar allí sola, sin sus amigos, un anticipo de la soledad o el

aburrimiento.

La Santa se ha puesto muy contenta, dijo Arnoldo. Te va a proteger. La niña dio un tierno gruñido.

Oye, ¿tú eres una chica o un chico?

La niña enarcó las cejas como sorprendida por la pregunta. Se encogió de hombros.

¿No lo sabes? Pero te lo habrán dicho tus padres. Aunque los padres no dicen nunca lo más importante. Prefieren guardarse sus secretos y mantenerte en la ignorancia para dominarte. ¿Cómo te llamas?

Axelle.

Ajá. Axel. Eso es nombre de chico. O sea, que tienes tu colita y esas cosas ahí colgando.

La niña agachó la cabeza para seguir la mirada del Loco. Cuando la levantó en sus ojos no había expresión alguna.

Anda, ven aquí, aquí conmigo. Vamos a comprobarlo.

La niña se acercó a Arnoldo y se quedó quieta. Arnoldo se arrodilló delante de ella y ahora era él quien parecía que iba a rezar o a hacer una ofrenda.

Hace tiempo que no han visto actividad en el puerto. Son apenas las nueve y el aire de la mañana tiembla con el martilleo de una draga. Un paño de niebla tendido sobre el agua, que parece inmóvil. Cielo pixelado. La draga está montada sobre una embarcación: la cadena continua con tolvas para extraer el sedimento gira con un ruido de hormigonera; la cadena entra en el río con una inclinación de cuarenta y cinco grados; sobre la parte inferior de la banda las tolvas vacías producen un sonido de chapoteo cada vez que una entra en el agua; aunque no es posible verlo, las tolvas van arañando el fondo y llenándose de material, resurgen otra vez en el plano superior, son arrastradas por la cadena rampa arriba y al llegar al punto más alto giran, vuelcan su contenido en una vagoneta y reinician su camino hacia el fondo del río.

Ping y Pong podrían pasar horas contemplando el trabajo de la draga. No hace frío a pesar de la humedad de la niebla. Sin embargo han dejado el motor del coche encendido para tener calefacción. Han llegado hace poco y saben que la espera será larga. Se quedan adormilados un rato. Cuando abren los ojos, la draga sigue trabajando, nada ha cambiado salvo que la niebla es ahora menos densa. Ping da un suave codazo a Pong y señala con la barbilla. Una garza blanca observa como ellos la draga. Pong asiente. También hace mucho que no ve una garza blanca.

En despachos situados en lo más alto de la zona segura circula un proyecto de saneamiento de la ribera del río. Recuperar la naturaleza para el esparcimiento y el ocio. Construir viviendas dignas. Crear nuevas oportunidades. Mejorar la calidad de vida. Acabar con la delincuencia y con las ocupaciones ilegales. Hacer efectivos los derechos de propiedad. Hay ya anuncios con niños que ríen y con juveniles ancianos sentados en los bancos; hay amaneceres y atardeceres, flores, aves, embarcaciones de recreo. Se han invertido ya millones en la fase de preparación, se han repartido sobornos y comisiones, se han concedido permisos de construcción y documentos de propiedad. Dragar el río es la primera medida para conseguir que las aguas vuelvan a fluir y se lleven toda la mierda acumulada. Habrá que depurar, también, así que hay ya contratas y subcontratas y acuerdos secretos y subvenciones opacas.

Pero por ahora lo único visible es la draga. Siguen donde siempre los contenedores vacíos, las grúas oxidadas, los cargueros abandonados. Ping y Pong salen del coche y van a sentarse en una piedra junto al río, a no más de trescientos metros curso abajo del primer carguero, allí donde a lo mejor se sentarán los juveniles

ancianos sonriendo a un futuro que no tienen. El nombre del carguero está escrito con caracteres que podrían ser chinos o japoneses. Ninguno de los dos puede leerlos. Su pabellón es una bandera pirata desgarrada, y no sabemos si es una broma o una declaración de principios.

Aunque aún es temprano, cuando la cadena de la draga se detiene porque la embarcación debe desplazarse unos metros, oyen una música violenta que sale de alguno de los cargueros. Desayunar con eso no puede ser saludable. Pero nadie ha dicho que esa gente desayune o que lo haga a estas horas.

Ping y Pong tiran piedras al agua. Les gustaría verlas rebotar varias veces antes de hundirse, pero no es un arte que hayan practicado mucho. Cuando se cansan, juegan a forcejear como si quisieran empujarse al agua, pero si uno pierde terreno y está a punto de caer, el otro lo suelta y retoman el juego unos metros más atrás.

La garza ha desaparecido sin que la hayan visto salir volando. Nadie entra ni sale de los cargueros. Si no fuese por la música, podrías pensar que están deshabitados. Es sobre todo por la noche cuando hay mayor trasiego de gente. Se encienden algunas luces. Se escuchan voces. Ahora parecen buques fantasma a la deriva. Pero no navegan. Es la niebla la que se desplaza poco a poco rozando sus costados. Hay quien dice que en el interior de esos caparazones, tan oxidados que no se distingue su color original, se han cometido crímenes horribles; que allí dentro se hacinan terroristas, asesinos en serie, pervertidos. Recuerdan haber oído en las noticias que habían encontrado cadáveres mutilados en las inmediaciones de uno de ellos: una familia compuesta por padre, madre y dos hijas. Incautos que se habían acercado demasiado. Aunque no están seguros de que la noticia y los rumores sean ciertos, Ping y Pong no tienen intención de arriesgarse a averiguarlo.

Pasa el tiempo. Es bueno que así sea. Ping y Pong se ponen de cuclillas y aguardan. Tampoco se les ocurre nada mejor que hacer.

Cuando el Sol ya casi está en lo alto se incorporan, echan una última mirada a los cargueros y regresan hacia el vehículo aparcado muy cerca. Aunque se hayan entretenido con otras cosas, no lo han perdido de vista más de unos segundos. Se montan. Marcan un número en el teléfono integrado en el salpicadero.

¿Qué?

Nada, señor.

¿Nada, ni rastro?

No, señor. En los cargueros nadie la conoce.

¿Habéis tenido problemas?

No, señor. Ningún problema de verdad.

Volved a casa.

Recibido.

Ping enciende el motor. Pong apoya la nuca en el reposacabezas. No comentan la llamada. Para qué.

Alegría entró en una tienda de comida con Armando y Bella, dos conocidos de la calle, una pareja de la que nadie sabía con certeza si eran padre e hija o dos amantes. Andaban siempre cogidos del brazo, dormían en un saco doble, tendían a hablar al mismo tiempo diciendo cosas parecidas o idénticas, se reían cada vez que sucedía esto último y se guiñaban un ojo como si esa simbiosis fuese algo de lo que alegrarse. Almas gemelas, parecían sentirse, ignorando que el aborrecimiento a menudo se basa en la semejanza. Qué saben ellos. Qué sé yo. De cualquier manera, se intuía que el sexo estaba excluido de su relación. Ni un beso, ni una caricia ambigua, ni una mirada de deseo. En público, al menos.

Alegría había dejado a Buster ejercitándose en el parque infantil que quedaba frente a la tienda. Habían desaparecido los asientos y las cadenas de los columpios, la rampa del tobogán estaba salpicada de agujeros con los bordes levantados como si alguien hubiese disparado desde el suelo a través de ella, y del balancín sólo quedaba un eje clavado en la tierra. Pero seguían en pie las barras de los columpios y en ellas Buster hacía sus flexiones en calzoncillos sin prestar atención a la gente que se paraba a reírse de él.

Alegría le vigilaba a través del escaparate con rótulo pintado sobre el cristal que decía panadería pastelería, desde 1965, y esa fecha parecía remitir a un mundo extinto, a una época de la que nadie tiene memoria personal. Cinco o seis décadas atrás era territorio de la memoria colectiva, generada por documentales grabados aún sobre película de triacetato, en los que transitan individuos vestidos de manera estrafalaria; por la evolución de sus peinados y sus barbas se puede saber a qué década pertenecen y eso te tiene que hacer pensar que también tu época tiene fecha de caducidad: lo que ahora parece normal no es más que un momento del vaivén de la moda.

En la panadería pastelería no había pan ni pasteles. Se vendía sobre todo comida para animales; también algún embutido previsto desde el inicio para el consumo humano. El vendedor nunca te preguntará la raza de tu mascota. Él también parecía salido de un documental antiguo: llevaba patillas que le rozaban la comisura de los labios, camisa blanca y chaleco negro, y unas botas camperas en las que se echaban de menos las espuelas.

Alegría dio un vistazo a las latas de comida para gatos, mientras Armando y Bella trasteaban entre las vitrinas cerradas con llave que guardaban el vino y los tarros de verdura en conserva.

Tu amigo, dijo el dueño de la tienda, señalando la calle con la barbilla y Alegría se volvió hacia el parque infantil: Buster se dirigía

hacia ellos, encorvado, con la palma de una mano hacia arriba y doblada como un cuenco, y sujetando esa muñeca con la mano contraria, como si transportase un líquido del que no quería perder ni una gota.

Buster entró en la tienda y se dirigió derecho a Alegría: le mostró sin una queja la sangre que había transportado hasta allí en el recipiente de sus manos, pero sus ojos estaban empañados y las lágrimas le rozaban ya el mentón. Contemplaba la mano como si le reprochase que le doliera tanto. Ese columpio de mierda, dijo Alegría. El dueño de la tienda salió de detrás del mostrador con un paquete de gasas. Buster miró a Alegría y ella asintió: se había acostumbrado a responder cuando la miraba, a interpretar como una pregunta o una solicitud de permiso el hecho de que se volviera hacia ella.

Buster no opuso resistencia cuando el hombre empezó a absorber la sangre con la gasa y a limpiar la herida. Levanta la mano para que sangre menos, le dijo. Buster la levantó por encima de la cabeza y se quedó así, como una estatua portando un pebetero. No tanto, hombre. Buster miró con reproche las risas de los demás. Alegría tenía la impresión de que, desde que lo recogió, Buster se estaba volviendo más expresivo. A veces se adivinaban sus sentimientos.

Podría coserlo, dijo el hombre.

¿Eres médico?

Veterinario. Pero eso nunca le importa a los que curo.

¿Y de dónde sacas los medicamentos y esas cosas?

El veterinario se puso unas gafas; la miró por encima de los cristales sin responder.

¿Cómo te llamas?

Alegría.

Le preguntaba a él.

Él se llama Buster.

Y es mudo Buster.

No exactamente.

Como yo, que tampoco soy exactamente nada.

El veterinario introdujo una aguja curva en la palma de la mano a un milímetro de la herida; la punta salió del otro lado tras formar un pequeño montículo de carne. Después tiró de la aguja para tensar el hilo.

Esto tampoco es exactamente hilo quirúrgico, dijo, pero hace su función, y de todas maneras ya nadie va a pescar.

Buster no protestó; aún con lágrimas en los ojos y el labio inferior sobresaliendo un centímetro del superior, vigilaba cada ir y venir de la

aguja. Era Alegría la que se estaba mareando al verla entrar y salir de la carne. Necesitaba un poco de aire, pero no quería dejar solo a Buster. Tampoco quería caerse redonda en medio de la tienda. Se apoyó con disimulo en el mostrador.

¿Sabías que antes se fabricaba con tripa de gato?

¿Qué?

El hilo de sutura. Catgut.

¿Qué?

Que se llamaba así, tripa de gato. Detrás del mostrador hay agua, da un trago antes de desplomarte. Ya está. Tendréis que volver en diez días para que se lo quite. Éste no se deshace solo.

¿Y no tengo que cambiarle esa venda que le estás poniendo?

Claro, y desinfectar la herida bien todos los días. Pero no creo que tengas gasa estéril ni alcohol ni tintura de yodo. Y, en un mundo ideal, lo urgente sería ponerle la antitetánica.

El mundo ideal hay que construirlo, oyeron, e incluso Buster se giró buscando el origen de la voz. Quizá Bella no era tan joven: si te fijas bien verás que a pesar de la cara algo infantil –será por los ojos casi redondos y la frente muy ancha– las manchas en los pómulos y en el dorso de las manos recuerdan que la obsolescencia programada no es cosa sólo de los electrodomésticos. La naturaleza prefiere trabajar con materiales efímeros.

¿De dónde sales? Creía que os habíais extinguido.

Bella parpadeó, buscó con la suya la mano de Armando. De pronto parecía incómoda con el protagonismo que le había dado su frase.

Digo que el futuro está en nuestras manos.

Joder, guapa, me vas a emocionar. Alguien que habla del futuro, y de que juntos somos fuertes, y a lo mejor ahora dices que no nos moverán. Es como asistir al nacimiento de un dinosaurio, ver cómo rompe la cáscara con el pico o con un espolón o algo así.

El veterinario fue a lavarse detrás del mostrador, donde Alegría aún daba traguitos de un vaso.

Quiero decir, insistió Bella, en que separados no somos nadie, ¿verdad, Armando?, pero juntos...

El veterinario dio una llave a Alegría.

Anda, vamos a celebrarlo. Trae una de las de allí.

Alegría fue a la vitrina que le había señalado, la abrió, sacó una botella, la levantó preguntando en silencio si ésa valía. El veterinario extrajo cinco vasos de detrás del mostrador y los puso en fila sobre la madera. Los llenó sin que cayera una sola gota sobre la madera, haciendo un giro con la muñeca para cortar el camino a esa que iba a

escurrirse por fuera del cuello. Buster olfateó el vaso que le acercó Alegría a la nariz pero no despegó los labios. Alegría sacó una galleta del bolsillo, la desmenuzó y fue dando de comer a Buster. Los demás los contemplaban como si asistiesen a una clase de zoología. Cuando Buster terminó de comer, y todos de beber, el veterinario se puso a fregar los vasos en un barreño que sacó de detrás del mostrador. El agua no parecía muy limpia.

Y, hasta que cambiéis el mundo y esas cosas, dijo, de dónde vais a sacar lo que necesita Buster. ¿Lo sabe alguien?

Yo sí, respondió Alegría.

Éste es un día de prodigios. ¿Qué sabes tú?

A Alegría le entraron ganas de saltar y de abrazar al veterinario. Tanto tiempo de caminar arrastrando los pies. Se había ido separando de todo, de todos, había ido cerrándose, perdiendo el entusiasmo. Estaba tan, tan, tan hasta el culo de sobrevivir. Te aíslas. Estrechas tu horizonte. Empiezas a dar vueltas a tu celda como los lobos en los zoológicos antiguos. Piensas que no hay otra cosa, que ese recorrer una y otra vez el mismo camino es el resto de tu vida. ¿En qué momento lo había aceptado? No es que se culpe: para defenderte tienes que reducir tu exposición a los ataques. Y no se ve mucho mundo desde detrás de una coraza. Pero ya estaba bien. Tenía que recuperar el entusiasmo. No basta con estar vivo. Hay que sentirse vivo.

Yo lo que sé es dónde está lo que necesitamos y también sé organizar un saqueo. ¿Cuánto tiempo tenemos?

El veterinario se miró la muñeca, pero no llevaba reloj, un gesto que a Alegría le hizo pensar que el veterinario, como Bella, era mayor de lo que aparentaba.

24 horas.

¿Tanto?

El veterinario rió, Alegría rió, rieron Armando y Bella, y si te fijas bien, aunque no te lo creas, lo que asoma a los labios de Buster es una sonrisa. Un amago de sonrisa.

Cuando entró en el chabolo y vio que su padre no estaba en la cama le dio un salto el corazón: quizá había cumplido su promesa y se había largado de una puta vez y para siempre. Tampoco estaba en la letrina que quedaba detrás de la huerta, si se podía llamar huerta a aquellas cuatro cebollas y unas tomateras comidas de gusanos o de escarabajos o de quién sabe qué bicho, pero no estaba allí sentado con los pantalones bajados; era posible saberlo sin acercarse porque unas semanas antes había reventado la puerta a patadas tras intentar abrirla sin conseguirlo; el puto borracho no atinaba a tirar en lugar de empujar.

Arnoldo entró de buen humor en la casa. Corrió las cortinas que mantenían el salón en una penumbra de cámara mortuoria. Rebuscó en un armario lleno de vajilla sucia y bolsas de plástico cuyo contenido no quiso averiguar. El bote de café estaba oculto detrás de un gurruño de trapos; quedaba al menos para una cafetera. El día empezaba bien.

Al ladrón, dijo una voz que provenía de la cama. Pero en la cama no había nadie.

Arnoldo dejó el café en su sitio e inspeccionó la cama desilusionado. Con lo bien que iba todo. Apoyó una mano en el colchón y se dobló por la cintura para mirar debajo, aunque sabía que su padre no podía encontrarse allí, en aquel depósito de papeles viejos y cajas vacías de galletas, detergente o cualquier otro producto a granel, que coleccionaba bajo la cama desde que Arnoldo era niño. Al ladrón. Sujetó el marco de la cama y tiró con fuerza para separarla de la pared. El cuerpo del padre se escurrió en la separación entre la cama y la pared; sonó hueco al golpear contra el suelo, como si estuviese formado por un montón de huesos a los que han chupado la médula. Arnoldo se sentó en el borde de la cama.

Hijo, eres tú.

¿Qué hacías ahí?

¿Qué me has traído?

¿Te escondes de los ladrones? Es triste ver así a un padre, oculto como un fugitivo de la justicia.

¿Una botella? ¿Algo de comer? Ya sabes lo que dijo Nosequién: honrarás a tu padre y a tu madre.

A mi madre la honraría si estuviese viva. Pero las madres mueren y los padres siguen ahí como si alguien los necesitase.

La cabeza del padre asomó entre la pared y la cama. Tenía una cabeza de pájaro con la cresta esculpida a trasquilones. Un arañazo le atravesaba la mejilla desde la oreja hasta la comisura de los labios y

los alrededores de los ojos estaban adornados de cárdeno y amarillento. El viejo era un hombre que sabía divertirse.

Tu madre era una santa. Yo la quería mucho. Aunque no lo creas. ¿A qué has venido?

Estoy buscando a una mujer.

Enhorabuena, hijo. Yo creía que eras marica.

Una sacrílega, un insulto al orden natural. Si no la detenemos el mundo corre a su perdición.

El padre acabó de salir de su escondrijo. Con agilidad inesperada, saltó de pie encima del colchón, dio otros dos saltos como un niño en una cama elástica y cayó de culo al lado de Arnoldo.

Cariño, deberías darte a la bebida como yo. Ayuda mucho. Un hombre que no bebe es responsable de todos sus actos. ¿Puedes vivir con esa carga? Nadie está preparado para ello. (El viejo bostezó con un ansia como si desease devorar la habitación entera.) ¿Puedes recordar tu vida, cada una de las cosas que has hecho y decir: soy yo quien decidió que fuese así? Por eso el alcohol existe en todas las culturas. Porque uno no puede ser responsable de lo que tiene que hacer para sobrevivir.

Los indios no conocían el alcohol. Se lo llevó el hombre blanco.

No seas tan literal. No conocían el alcohol pero se fumaban hasta la bosta de caballo. ¿Te he contado que yo tenía un caballo? ¿Por qué no nos haces un café? Estirándolo, da para dos tazas.

A pesar de todo seguía obedeciéndole; cuando entraba en el chabolo volvía a ser un niño que hace lo que le mandan sus papás y no responde a los mayores. Durante toda tu vida eres el siervo de tus padres. Eso tenía que acabarse algún día. Nacer sin padres, ése sería el gran avance de la humanidad. Como los hongos, por esporas o algo así. No deberle nada a nadie, ni gratitud ni respeto. Ser libres. Adán y Eva tuvieron la oportunidad, pero la cagaron. Aunque Arnoldo estaba seguro de que también él habría dado un buen mordisco a la manzana.

Arnoldo fregó dos tazas sin conseguir borrar algunos restos que parecían incrustados en la cerámica. Puso a hervir el agua en el fogón que ya estaba encendido y luego, sacudiendo bien el bote para extraer las últimas motas, echó el café en una manga, que metió en el cazo con el agua. Buscó sin ganas en los armarios pero no encontró azúcar ni leche en polvo.

Su padre había sacado una pipa de algún lugar de sus ropas y la mordisqueaba sin encenderla. Probablemente no tenía tabaco. Arnoldo llenó dos tazas y dio a su padre la que tenía más (¿lo ves?, eres un

puto siervo).

¿Tienes una foto?

Arnoldo le entregó una de las fotos que los niños le habían conseguido. El padre la examinó llevándosela apenas a diez centímetros de los ojos, acarició la imagen como un ciego reconociendo un rostro mediante el tacto.

¿Y tus lentes?

Ah, mis lentes... Chasqueó la lengua e hizo un gesto con la mano que sujetaba la taza señalando en derredor, a todos esos posibles lugares en los que podrían haberse escondido para fastidiarle.

Dan una recompensa. ¿Por eso la buscas? Podemos repartirnos el dinero.

Eso es, papá. Si la encuentras nos lo repartimos. A partes iguales.

Si me llamas papá es que tramas algo. Sabes que si me engañas te rebano el cuello, ¿verdad?

Sí, papá.

Contarle al viejo lo que necesita saber. La chica, los sitios por los que se mueve, su amigo de los ojos como ranuras. A Arnoldo le hubiese gustado tener ojos más interesantes, una mirada peculiar, o al menos ser tuerto, tener un parche en un ojo; quizá lo hiciese algún día; aún no había reunido el valor para pincharse el izquierdo, que era con el que peor veía. A lo que íbamos: los datos necesarios para que el viejo movilice a la gentuza con la que trata; pero ni una palabra de la sangre. Ése es el secreto entre la Santa y él. Ni siquiera Cástor sabe que Arnoldo está al corriente. Hay animales que se hacen los muertos cuando ven un peligro: los erizos, si temen un ataque, se quedan quietos, y los perros olisquean a su alrededor pero no se deciden a adentrarse en esa fortaleza de púas para comprobar si el bicho está vivo. Los erizos se creen unos genios, piensa Arnoldo, pero son unos capullos: los coches los aplastan en las carreteras porque se quedan parados sobre el asfalto en lugar de salir corriendo. No hay que hacerse el muerto. Hay que hacerse el tonto, que no te teman, que se rían de ti si quieren. Saber es poder, y el que sabe eres tú.

El viejo apuró el café y se frotó los dientes con el índice para limpiarlos. Sonrió a su hijo con la dentadura recién pulida.

¿Me acompañas? Podemos bajar al puerto, como en los viejos tiempos.

Arnoldo no recordaba ningún tiempo en el que hubiese bajado al puerto con su padre; quizá lo hacía con alguno de los bastardos que seguro que había sembrado por ahí.

No, yo tengo que hacer.

¿Ir a hincarte de rodillas ante el adefesio ese que has metido en tu casa?

Tengo mis cosas. Negocios. Asuntos. Tú busca a la chica. Tus amigos que están en las calles lo ven todo. Lo oyen todo. Que te digan.

El viejo se levantó, se estiró poniéndose las manos en los riñones.

Pero la mitad es mía. Que quede claro.

Arnoldo asintió, prometió, tranquilizó. Salió de la casa. Santa Muerte, acaba con él, reviéntalo en cualquier esquina. Pero espera a que haya encontrado a la impía.

¿Por qué se la van a llevar los otros? Es él quien la necesita. Con esa sangre se puede prolongar la vida de cirujanos, bioquímicos, abogados, físicos, arquitectos, gente que hace que la humanidad progrese. Él puede procurarles la longevidad. Su agradecimiento sería, y casi no es una exageración, eterno. Fundaría su propio partido. Dejaría de estar pendiente de encuestas y sondeos. La estadística ya no tendría sentido alguno. Podría descansar, sentirse seguro por una vez.

Cástor rompe con los dientes la funda de un preservativo, lo extrae con dos dedos, intenta ponérselo del revés. Le da la vuelta.

Aunque sentirse seguro es siempre un engaño. Puedes salir a la calle y que un Volkswagen al que se le ha roto la dirección te aplaste contra la pared de una discoteca. Que un lunático te confunda con el mismísimo Satán y te clave en el cuello una navaja de barbero –un recuerdo de su bisabuelo que conservaba en una vitrina junto con una pistola Luger robada a un soldado alemán y un casquillo de obús que se hizo enviar desde las Ardenas a su casa en Wisconsin por Federal Express–. Puedes entrar en un supermercado y descubrir de repente que los saqueadores han cerrado la puerta tras de ti y empuñan barras de acero que producen un extraño silbido al cortar el aire. Nadie está seguro de nada. De un momento a otro puedes caer muerto, y no importa en absoluto que en ese instante hubieses estado haciendo planes de casarte, de abandonar la ciudad, de dejar el alcohol, esta vez sí, para siempre.

Mientras se apoya en la mano derecha y coloca la pelvis a la altura adecuada, con la mano izquierda se quita el preservativo y lo arroja hacia atrás, a los pies de la cama. Irina tiene los ojos cerrados y la lengua apretada contra el labio superior. Gime, pero no es una protesta.

Podría tener un hijo o contraer una enfermedad venérea. Aunque lo más probable es que no suceda ninguna de las dos cosas: Irina sólo se acuesta con él y en el seminograma que le hicieron dos años atrás –no movido por el deseo de tener hijos, sino porque deseaba descubrir que no era fértil y por tanto no tenía que andar tomando precauciones siempre molestas con su mujer y con otras–, se señalaba que sólo el cinco por ciento de sus espermatozoides tenían la movilidad adecuada, y además casi el noventa por ciento eran anómalos, bien porque tenían alteraciones de cabeza o bien de cola. Cástor no preguntó si esta última particularidad de sus espermatozoides significaba que no eran aptos para fecundar o que si lo hacían producirían extraordinarios seres bifrontes, humanoides cercanos a las sirenas y los siluros, jorobados de Nuestra Señora, alienígenas que recorrerían

la casa emitiendo penetrantes chillidos. O especímenes de humano como el idiota. Lo que sí le había dejado claro el médico fue que Cástor probablemente no tendría descendencia, y se lo comunicó con el gesto de quien asume la penosa obligación de transmitir a un paciente que su cáncer es terminal y sólo se le pueden ofrecer cuidados paliativos.

De pronto se da cuenta de que se le han pasado las ganas. Irina abre los ojos cuando él se retira y se tumba a su lado. ¿Estás bien?, le pregunta. ¿Estás bien?, con los ojos tan abiertos y redondos que recuerda a algún animal arborícola. Déjame que te ayude, le dice, y se incorpora voluntariosa, se escupe en la mano, va a ponerse a trabajar.

No, deja.

Irina se acurruca a su lado, la frente clavada entre el hombro y la oreja de Cástor. Ya no me quieres, dice, ya no te gusto, dice. Pero ponerse de morros nunca se le ha dado bien, así que le da un beso en el cuello y se pone a tararear cualquier cosa, ni ella sabe lo que es.

Irina.

¿Qué?

¿A ti te gustaría vivir para siempre?

Irina juega con el vello del pecho de Cástor. Introduce sus dedos diminutos entre esos remolinos que deberían pertenecer a un ser menos evolucionado.

Sólo si tú vives también para siempre. Si no, no merece la pena.

O doscientos años. Yo creo que eso sería suficiente. Después de doscientos años cualquier persona sensata estará lo suficientemente asqueada de sus semejantes como para no querer volver a verlos.

Podríamos irnos a una selva. Tú, el niño y yo.

¡¿Tú también quieres ir a la selva?!, grita Cástor, porque sabe que el idiota no andará muy lejos. Y ahí llega: empuja la puerta, asoma su cabeza entre la hoja y el marco, con la coronilla hacia adelante, a una altura que hace pensar que ha doblado la cintura y la espalda forma un ángulo de noventa grados con su cuerpo. Sonríe, entra, se acerca a la cama con andares que voluntaria o involuntariamente recuerdan a los de un simio. Se tumba junto a ellos. De repente se vuelca sobre el borde de la cama, levanta en una mano el preservativo y se pone a hincharlo como un globo. Irina y Cástor ríen.

Ya estamos viviendo en la selva, dice Cástor al cabo de un rato. Y los animales feroces están ahí, han olido mi rastro.

Relájate, dice Irina.

Y si no me defiendo yo, no me va a defender nadie.

No pienses en nada. Cierra los párpados.

Incluso esos que parecen mis amigos están ya haciendo planes, se están repartiendo mis despojos mientras me dan palmadas en la espalda. Al próximo que me eche un brazo por encima del hombro se lo voy a romper en tres pedazos.

Relájate. ¿Te gusta? ¿A que te gusta? No pienses en nada.

El idiota contempla asombrado las manipulaciones de su madre. Tiende él también la mano, pero ella le da un golpe rápido en el dorso y le hace una indicación con la cabeza. El idiota entiende de inmediato. Se baja de la cama y al salir cierra la puerta tras de sí.

No hay una estructura sólida; se juntan de repente cuando surge la necesidad para lanzar una acción. Se corre la voz; el sonido atraviesa la urbe a la velocidad de la luz. Es un fenómeno prodigioso que habría que estudiar alguna vez. Porque la mayoría no usa medios electrónicos. Yo te lo digo a ti y tú se lo dices a. Funciona así. Y también habría que estudiar por qué algunas de esas iniciativas tienen una respuesta masiva y a otras les sucede como a una piedra que echas a un pozo: hace ruido al principio, agita la superficie, pero al cabo de poco tiempo las ondas son cada vez más débiles y la piedra menos visible.

No hay estructuras sólidas porque la población es flotante: hay gente que vive en los túneles, en el puerto, en determinados solares; con éstos se podría quizá contar de manera permanente; muchos se conocen; aunque no sean amigos ni haya lazos claros que los unan, si se cruzan hacen un gesto de reconocimiento, un leve movimiento de cabeza. Si buscases a alguno de ellos y lo describieses siempre darías con alguien que respondería, ah, sí, ése suele estar por...

Pero buena parte de los que habitan fuera de las zonas seguras forman poblaciones nómadas. Rara vez llegas a conocerlos de verdad. Se asientan cerca de ti, en pequeños grupos, en parejas, hombres o mujeres solitarios. Se integran con cierta facilidad, o al menos eso piensas, porque charlan con los vecinos, echan una mano si hay que reparar una conducción de agua o un generador, comparten quizá algo de comida, incluso cuidan a los niños mientras los padres se dedican a sus tareas; porque aunque muchos vivan de manera permanente o intermitente en la calle, más de los que piensas tienen un empleo efímero, deben estar a tal hora en tal sitio, hacen horas extra.

Los nómadas también participan en las acciones aunque nunca puedes estar seguro de ello. Está claro que algunos huyen de algo y por eso prefieren no arriesgarse a ser detenidos. Muchos son culpables de uno de los delitos más frecuentes: en la última reforma del Código Penal el impago de una deuda se ha asimilado a la estafa y se castiga con tres a seis años de prisión y multa de veinticuatro a treinta y seis meses. Así están las cosas.

No los verás en primera línea, e incluso si la acción va a provocar una respuesta masiva de la policía, y eso es algo que aprendes a anticipar, esa misma mañana los descubrirás intranquilos, impacientes, afanosos: si antes merodeaban, conversaban perezosamente, alargaban las horas de la mañana en sus sacos de dormir, les gustaba tomar un café después de la comida, de repente parecen recorridos por una corriente eléctrica, recogen, empacan,

cambian cosas de sitio, amontonan basura que luego queman, pero no se quedan a ver arder la hoguera, sino que continúan con sus tareas que hacen pensar en activos insectos. Y después, antes de que comience la acción, se despiden a toda prisa, besos, algún abrazo, a veces ni eso, y se marchan sin decir adónde.

Y luego hay otros que aparecen y desaparecen de repente. No hacen amigos. No les verás limpiar ni cocinar con los demás, no aportarán nunca una botella ni comida al fondo común, no participarán en reparaciones ni arreglos, como mucho en las tareas de vigilancia pero a menudo no se les llama para ellas porque pueden desaparecer de sus puestos sin avisar, por motivos que, cuestionados, nunca quedan claros: hay necesidades urgentes, obligaciones difíciles de precisar, esto no es el ejército, hombre, peace, man. Y también hay una desconexión, una interferencia entre las sinapsis y las neuronas. Son gente que parece haber perdido el sentido de la continuidad. Sus cerebros no son capaces de contener una narración ni siquiera fragmentada de su propia vida: si digo viven en el presente no significa que hagan su propia interpretación del carpe diem, sino que realmente no parecen recordar pasado alguno y si les hablas de futuro abrirán mucho los ojos esforzándose genuinamente por entender de qué estás hablando. No necesitan drogas ni la práctica de ejercicios ascéticos para caer en estados de ataraxia; su cuerpo no parece recibir apenas informaciones de su sistema nervioso. Quizá más que de ataraxia deberíamos estar hablando de estupor.

Éstos no intervienen en las tareas comunes salvo en las violentas. Cuando se anuncia algún tipo de acción, emergen de su letargo con los ojos desencajados, respiran nerviosos como perros que han olfateado la presa. Si se forma un cordón defensivo para evitar un desahucio son ellos los que más gritan, invadidos por una rabia que horas antes parecía imposible que la pudieran sentir. Hay plantas que se contraen o se cierran sobre sí mismas cuando las tocas; a ellos les sucede lo contrario, ellos desenrollan sus flagelos y comienzan a vibrar incluso ante la sola posibilidad del contacto. Es a ellos a los que los informativos les llaman «profesionales de la violencia y del terror», pero supongo que a estas alturas tú tampoco crees en los informativos. La prensa audiovisual no se entera, o se entera pero lo oculta: porque esta gente no son profesionales; no cobran, no tienen una carrera en mente, carecen de programa. Lo suyo es un acto reflejo; podrías decir que la rabia acumulada por haber sufrido injusticias, acoso por parte de las autoridades, marginación, abusos y engaños, por haber ido siendo empujados fuera de eso que llaman sistema, por haber perdido

la posibilidad de una posibilidad les convierte en gente propensa a la violencia. También podrías decir que determinados estímulos provocan en ellos una activación de la amígdala, que a su vez activa el hipotálamo casi al mismo tiempo que la glándula suprarrenal produce una segregación de noradrenalina, la cual hace aumentar la frecuencia cardíaca y el flujo sanguíneo hacia los músculos esqueléticos, incrementa el oxígeno que llega al cerebro y provoca la liberación de glucosa, imprescindible para aumentar la energía inmediatamente disponible. Quedémonos con esta segunda explicación, mucho más poética.

En esos momentos sacan de sus pobres pertenencias algún tipo de arma contundente: un trozo de cañería, un cuchillo, un segmento de manguera rellena de guijarros, con los extremos tapados por cinta aislante, y comienzan a hablar en voz alta, insultan a quien pretenda imponer moderación; si alguien propone acercarse a negociar con los policías, le devuelven a empujones a su sitio. Nadie, de verdad nadie, va a echar a perder esa oportunidad. Razonar con ellos es como intentar apaciguar a un dóberman justo cuando va a dar la dentellada.

Como ves, en las zonas exteriores no encontrarás propuestas de cambio de la sociedad. Ya han escuchado demasiadas. Ya han visto en lo que quedan después. La movilización responde siempre a un objetivo concreto, a una necesidad imperiosa.

Y se necesitaban medicamentos, eso Alegría lo sabía. Es igual que durante las guerras, cuando la mayoría de las medicinas se destinan al frente y la población civil queda desabastecida; entonces aparece un mercado negro en el que un antibiótico puede costar el 500% de su precio real, y tendrás suerte si después de ponértelo no empiezas a echar espuma por la boca y a sufrir convulsiones. Aunque compres a proveedores supuestamente seguros porque los conoces y ellos no están interesados en perder a sus clientes, no puedes saber el origen de la doxiciclina o del ibuprofeno.

En las zonas inseguras un tratamiento antibiótico puede costarte el salario de un mes. El de una semana cualquier caja de antiinflamatorios; si tienes hepatitis C o alguna enfermedad autoinmune date por jodido. Lo sorprendente es que no haya más epidemias de las que hay.

La voz se corre enseguida. Hay que actuar cuanto antes para evitar que los soplones den la alarma. Por mucho que intentes mantener en secreto el plan, proponiéndoselo al principio sólo a los cabecillas de grupos más o menos estables que crees conocer bien –pero no lo olvides: nadie conoce a nadie–, sabes que la noticia empezará a

dispararse por los túneles y las calles en cuestión de horas, así que el lema es claro: esta noche. Esta noche o nunca.

En términos de guerrilla urbana lo que iban a hacer se llama penetración. Y sin duda podría escribir ahora varias páginas rebosantes de épica contando la penetración, pero esto no es una novela de aventuras. No habrá en ella acciones heroicas, ritmo trepidante, finales rocambolescos. Si has llegado hasta aquí ya te habrás dado cuenta. Ésta es la novela de AM, de Alegría, Cástor, Arnoldo, alguno más. Y apenas hemos querido entresacar algunos momentos de sus vidas; ni siquiera hemos caído en la tentación de hacer mucha psicología. Para qué. Ya te advirtió AM de que la identificación es un camino demasiado fácil. Y de cualquier manera no vas a conocer a ninguno de ellos. Explicarlos sería falsearlos. No te empeñes en entenderlos. Limítate a ver cómo caminan, a escuchar alguna de sus conversaciones, a acompañarlos durante unas pocas horas. Tampoco conoces a tu hijo, a tu madre, a tu compañera. Construyes una narración para tranquilizarte, te explicas quiénes son para no empezar desde cero cada vez que os encontráis. Pero esos fantasmas que has construido no existen. Son proyecciones tuyas. Son tus creaciones. Eres un artista.

Te cuento entonces lo esencial: volvieron con varias cajas de medicamentos, con gasa estéril, con algunos instrumentos que regalaron al veterinario. Las jeringuillas se repartieron más por la ley de la fuerza que por consenso o sentido de la justicia. Buster recibió su antitetánica sin protestar y sin inmutarse, como si hubiese regresado al mundo del que el dolor le había sacado de forma pasajera. Hubo heridos entre los atacantes, tres de gravedad. Muertos no, aunque al provocar un corte en el sistema de alimentación de corriente del hospital es posible que hubiese bajas entre los enfermos hospitalizados. Pero a nadie le interesan los caídos del otro bando. Y menos del bando considerado opresor. Y no me vengas con que también esas personas tienen derechos y con que no tienen la culpa de haber nacido en familias acomodadas; no me cuentes que quizá hubiese niños entre las víctimas y los niños son por definición inocentes. Métete tu moral de clase media donde te quepa. ¿Todavía no te has enterado de dónde estás? No hay guerras sin bajas, y si para ti esto no es una guerra no hace falta que me digas de qué lado estás. Ni cuáles son las bajas que te dejan indiferente.

Hacía años que no se acercaba al puerto fluvial. Había esperado llegar a un paisaje de ruinas, con apenas unos pocos muros en pie, desmochados y partidos por grietas, montañas de cascotes sobre las orillas, harapientos alrededor de hogueras alimentadas con las vigas de los edificios, perros famélicos correteando con el rabo entre las piernas, ratas de tamaños que sugerirían una mutación genética producida por algún escape radioactivo. Había caminado junto al río para llegar allí, acompañado por un flujo lento de aguas con olor a cieno y con objetos –o seres– reblandecidos e irreconocibles a la deriva hundiéndose y volviendo a emerger en las aguas turbias, cosas que flotaban muertas y a la vez amenazantes. Por eso había imaginado que en el puerto, donde se remansaba aquel líquido fecal, los edificios serían hangares abandonados y desmoronadizos, lugares en los que nadie querría alojarse, estancias sólo aptas para tráficos ilícitos, rincones en los que se albergarían las pesadillas psicotrópicas de hombres y mujeres con caras en las que se leería una condena impuesta en el momento de nacer. En todo caso habría parejas revolcándose en colchones aún más renegridos que los amantes.

Nada de eso. El sol ponía un reborde de metal sobre los almacenes, intactos, mucho más limpios de lo que los recordaba. Incluso parecía que habían sacado brillo a los vidrios de las ventanas no hacía mucho. Arnoldo tuvo la incómoda sensación de haberse perdido algo en esos años. Detrás de aquellas paredes de ladrillo, de los brillantes ventanales, de las puertas con herrajes de metal sin óxido tenían que estar realizándose negocios que él ignoraba. Allí había crecido un mundo de progreso y actividad del que había sido excluido. Sintió que alguien le había estafado, dejándolo fuera de un comercio en el que tenía derecho a participar.

Pero no había barcos atracados en el muelle; los últimos barcos que había visto estaban alineados, o atracados en paralelo, unos amarrados a otros, un par de kilómetros más abajo, eso no había cambiado, desde hacía años aquellas embarcaciones por cuyas cubiertas pululaban seres que sólo salían a la luz por la noche. ¿Pasaban el día en las bodegas en ataúdes con tierra de Transilvania? Nunca había querido comprobarlo. Cualquiera que fuese la actividad que se realizaba en el puerto, no tenía que ver con el transporte de mercancías o pasajeros, ni con el contrabando, ni con el recreo o el juego sobre las aguas. El contraste entre el cenagal que discurría silencioso pegándose a la orilla como una rebaba de petróleo y los edificios impolutos sugería algún tipo de distorsión en la percepción. Algo que no tenía justificación en el mundo que conocía Arnoldo.

Se escuchaba un martilleo que llegaba de la bocana del puerto, también a un par de kilómetros río abajo. Arnoldo se detuvo e intentó identificar ese sonido de industria pesada pero no pudo imaginar qué lo producía. Estarían desmontando alguna estructura metálica. O construyendo fábricas. O vete tú a saber qué, pero algo sucedía.

Arnoldo estaba desorientado. Había trabajos que sabía hacer y otros que no. A él si le dabas un nombre y una dirección no necesitaba más. Cumplía como el primero. Pero eso de andar preguntando, de intercambiar palabras con extraños no era lo suyo. A Arnoldo le gustaban los niños; los adultos le producían escalofríos. Cuanto menos contacto con ellos, mejor. La experiencia con los andróginos que le dejaron desnudo le había recordado cuáles eran sus límites.

Recorrió tres de los edificios examinando sus entradas; aunque junto a cada puerta había una placa con los timbres, en las casillas adyacentes nadie había escrito su nombre o el de su empresa. Y los hilos de los timbres estaban arrancados. Golpeó la tercera puerta con el puño y le pareció que alguien respondía desde lejos con la misma secuencia de golpes. Volvió a llamar, tres golpes espaciados, tres muy seguidos que se duplicaron con el eco. Se subió a una carretilla a la que habían quitado la rueda y, de puntillas, consiguió asomarse a una ventana.

Sintió un ligero mareo, la tentación de apoyarse en la pared para no caer. El malestar de quien no está seguro de haber despertado de una pesadilla. La sala era amplia, aunque parecía aún más espaciosa porque una de sus paredes estaba medio derruida y no llegaba al techo. El suelo, que era originalmente de baldosa, había sido reventado a mazazos y sólo quedaban esquirlas de terrazo sobre el cemento. Había montones de latas, papeles, trapos, piedras –nada de madera, luego sí la usaban para calentarse–. Una pila de muñecos medio derretidos por el fuego le hizo pensar en sacrificios humanos: los cuerpos desnudos y chamuscados, los abrazos imposibles, las cuencas vacías. Las paredes estaban cubiertas de dibujos que mostraban miembros descomunales de cuya punta goteaba el semen, mujeres apenas esbozadas salvo por la minucia con la que habían dibujado sus vaginas abiertas. También, como en la pila de muñecos, orgías malsanas en las que no se sabía a quién pertenecía tal pierna o quién metía qué y dónde. Y en la única pared intacta, con las grietas tapadas y pasablemente encalada, un proyector reproducía en un bucle infinito una escena en blanco y negro en la que un hombre cortaba con una navaja de barbero el ojo de una mujer y una nube atravesaba una Luna ominosa; una y otra vez. Una y otra vez.

Arnoldo se bajó de la carretilla. ¿A quién se le habría ocurrido restaurar las fachadas y destruir los interiores? Todo ese trabajo para levantar un decorado que muestra su falsedad en cuanto te acercas. Se agachó y cogió del suelo un fragmento de ladrillo. Dudó. Se retiró unos pasos y lanzó el cascote sin mucha fuerza, pero la suficiente para reventar el vidrio de la ventana a la que había estado asomado. Ese inicio animaría a otros. Así empieza la decadencia de una casa, de una calle, de un barrio: un par de vidrios rotos, unas cuantas pintadas obscenas, un contenedor de basuras volcado, signos que dicen a otros más timoratos, venga, animaos, tomad la piedra o la antorcha, ha empezado el tiempo de la destrucción. La gente sólo necesita que alguien dé el paso antes. Vivimos en un mundo de cobardes.

Cástor entra en el bar Pachamama. No hay fuera ningún cartel que indique que ése es el nombre del local. De hecho, nada en el exterior revela que detrás de esa puerta de metal arañado y con fragmentos de carteles medio despegados y medio rotos se encuentra un local público. Cástor ha dicho a Ping y a Pong que se queden fuera y se han situado cada uno a un lado de la puerta, mirando hacia la calle y con los brazos cruzados. Nunca habían parecido tan guardaespaldas. Les faltaban las gafas oscuras y un cable colgando de la oreja.

Cástor ha empujado la puerta de metal, que se ha abierto sin ruido y con menos esfuerzo del que ha puesto en el empujón. Casi la hace chocar contra la pared del pasillo que se abre delante de él. Lo recorre mirando las fotografías de lugares montañosos, desérticos o selváticos que lo decoran. Sus colores producen la impresión de que han sido tomadas muchos años atrás, parecen mezclados con algo de blanco y te hacen entrecerrar los ojos para corregir lo que crees que es un leve desenfoque. Paisajes. Territorios desconocidos. Un mundo que alguien ha querido traerse hasta ese pasillo algo sucio y mal iluminado. Lugares a los que Cástor no tiene intención de ir.

Casi no hay sillas en ese bar. Grandes sillones de orejas, sofás, canapés. Muebles mullidos en los que toquetearse. Cuerpos que se amontonan y entrelazan en la luz mortecina y a la vez fría de unas pocas lámparas puestas directamente sobre el suelo, pero no ahora, no en ese momento en el que Cástor examina el local casi vacío, seguramente más tarde, cuando ya haya anochecido. Hay un camarero de uniforme –un uniforme que recuerda ejércitos de un par de siglos atrás, hombreras con entorchados, botones relucientes, solapas inmensas– y una mujer vestida con retales de colorines y un gorro ridículamente pequeño que parece a punto de caérsele de la cabeza.

Hola, papá.

Cástor no responde. El único que a veces le llama papá es el idiota. Papá, dice, y sonríe con su boca enorme y dentona como si hubiese dicho algo particularmente divertido. También Irina sonríe con su boca diminuta y de labios delgados y acaricia la cabeza del idiota, le desordena el pelo, le da palmaditas suaves. Papá, y el idiota muge quedamente enternecido consigo mismo.

Busco a una mujer, dice Cástor.

Eso es dos puertas más allá, la que tiene el luminoso roto.

Cástor tarda unos segundos en comprender y no sabe si ella a su vez no lo ha entendido a él o si se está haciendo la graciosa. Saca el móvil del bolsillo y busca en él la foto de Alegría.

A esta mujer.

Demasiado joven para usted, la gallinita.

A Cástor no le gustan esas conversaciones. Cuando el otro no quiere cooperar y parece que cada movimiento se realiza en una piscina llena de silicona fresca. Tan innecesariamente trabajoso. Chasquea la lengua y por un momento tiene la fantasía de destrozar el local a patadas, no dejar una lámpara en pie, voltear las mesas, luego pasar detrás del mostrador e ir barriendo las botellas de sus repisas, pasear por encima de los vidrios rotos como un faquir, el olor del alcohol, el eco del estropicio, la indígena tapándose la boca espantada para no dejar escapar el grito.

Cástor hace entrechocar los dientes tres veces sin despegar los labios. Esperar. Ése es el momento clave, no ampliar la pregunta ni dar nuevos detalles. Esperar. Es ella la que tiene algo que perder y lo sabe. Darle tiempo para que se percate de la situación, de que debe ofrecer algo más si no quiere problemas. La dueña de Pachamama pasea la vista por el local, sacude la cabeza y Cástor espera que el absurdo gorro se le caiga de ella.

No veo a nadie que se le parezca.

Si estuviese aquí no estaríamos teniendo esta grata conversación.

Cástor aguarda otra vez. Si le llama papá de nuevo le va a pegar un puñetazo en los dientes. Aunque al imaginarlo sabe que no es capaz de golpear la boca de alguien con fuerza, que temerá hacerse daño en los nudillos o contagiarse de alguna enfermedad. Sería como en los sueños, que golpeas pero notas que tus miembros no te responden, que les falta la fuerza que habías supuesto en ellos. A él le pasaría lo mismo en la vida real.

No sé si voy a poder ayudarte.

¿La conoce?

La imagen de la pantalla se ha apagado y Cástor pasa el dedo por encima para iluminarla. En la foto, Alegría mira de reojo, como si acabara de darse cuenta de que la siguen. La dueña de Pachamama estudia el rostro con atención real o fingida.

Si mañana viniese alguien con tu foto y me preguntase si te conozco, ¿qué le debería responder, papá? ¿Te conozco?

O sea que la has visto alguna vez.

Alguna.

Si hago venir a un inspector estoy seguro de que encontrará cucarachas, moho, focos de salmonella. Hasta ratas podría encontrar si se lo propusiera.

Viene de vez en cuando. Es una joven tranquila, suele estar sola, no siempre, claro.

Cástor pasa el dedo sobre la pantalla para desplazar la imagen. La dueña se queda mirando el retrato de Hans, que parece algo asustado.

Ése es un chisgarabís.

¿Cómo?

Viene por aquí, de caza. Pero suele irse con hambre.

¿Los ha visto juntos?

Una vez, y salieron por separado.

Ella, ¿con qué frecuencia viene?

Con ninguna, papá.

No me llame papá.

¿Qué te llamo?

¿Con qué frecuencia viene?

Viene de vez en cuando, pero no hay frecuencia. Aparece y desaparece. Puede venir tres días seguidos y luego no hacerlo en tres meses.

¿La última?

La mujer mira hacia la puerta, quizá le sorprende que no llegue ningún cliente, quizá la inquietud la obliga a asegurarse de dónde está la salida.

Hará tres o cuatro días. Cuando estuvo con ése de la foto.

¿Cómo se llama?

Pachamama. No me mire así, es el nombre que me dio mi madre.

Me importa una mierda cómo se llame usted. Lo que quiero saber es cómo se llama ella.

¿La chica?

Quién, si no.

Mami.

Claro. ¿Y dónde vive?

Nadie dice a nadie dónde vive.

Estoy por pedirle a esos dos que están ahí fuera que entren.

Te invito a una copa, también a tus amigos de ahí fuera.

Y que registren el local. Sospecho que hay drogas escondidas por aquí. En el interior de los sillones, en los altavoces, en las cisternas de los servicios. Les voy a pedir que lo revisen todo, que no les importe romper algo pero que encuentren la droga. Tenemos que impedir un delito contra la salud pública.

Te lo he dicho todo. Y claro que hay droga en el local, la hay en todas partes. Tú ya lo sabes. Eres ministro, te he visto por la tele. Pachamama no le mentiría a un ministro.

¿De verdad te llamas Pachamama? ¿Tiene un significado, es un nombre de esos que se ponen los miembros de una secta? Yo nunca he

sido una persona religiosa.

Un nombre es un nombre, quién sabe lo que significa.

¿Sabías que ella se llama Alegría? Aunque me lo habrías dicho si lo supieses.

El mundo se ha vuelto muy difícil, papá. Yo, un día, me voy a volver a las montañas. ¿Las has visto en las fotos de ahí afuera? Ésa era la casa de mis papás. Yo no me acuerdo, sólo me acuerdo de lo que me muestran las fotos. Pero no puede ser peor que aquí.

En todas partes es peor que aquí. ¿Me vas a decir dónde vive Alegría?

Te juro que no lo sé.

Si vuelve por aquí...

Claro. Tú déjame la dirección para un mensaje. No me voy a complicar la vida por una desconocida. Mi local no es un refugio, esto no es como en las iglesias que la policía no puede entrar a sacar a un delincuente.

Eso era antes. Ahora la policía puede entrar hasta en tus sueños, responde Cástor y se pregunta si habrá aún iglesias abiertas. Él había estado en templos convertidos en billares o en discotecas o en restaurantes de lujo. Una vez cenó con su mujer en un restaurante así, tres enormes naves bajo arcadas y vidrieras, entre columnas, rodeados de animales mitológicos y demonios que torturaban felices y feroces a los condenados. Bajo la cúpula, donde confluían las tres naves con una transversal, un cocinero vestido de obispo daba órdenes a una docena de curas que se afanaban con sartenes, perolas, cucharones; a veces echaban un líquido sobre el fuego y salía una llamarada cuya función quizá no era culinaria sino atmosférica.

Me voy, mamá. No te olvides de mí.

Nunca te olvidaré.

Cástor le muestra los dientes y Pachamama baja la vista. No sería fácil decir si aquello ha sido una sonrisa.

Del cuaderno de AM (VII)

Cuando cuentas algo, siempre hay cosas que dejas de contar. Porque no sabes, porque no puedes, porque no te atreves. Lo que más me interesa de las historias es lo que no me cuentan. Podría llorar de emoción con cada silencio de Alegría. Es ahí donde está ella, como un animal que se hace un ovillo y espera que no le descubras.

No vas a salir de aquí hasta que tengas canas en el coño.

El policía no lo dijo con rabia ni al parecer era una amenaza sino la constatación de un hecho que podría resultar desagradable y del que convenía estar advertido. Alegría sonrió; parece mentira, sonreír cuando estás esposada, cuando tienes varios cardenales de la refriega, cuando te están anunciando que vas a pasar una buena parte de tu vida encerrada. Pero la expresión era tan inusual; incluso un policía joven, más que Alegría, que en ese momento estaba metiendo el código para cerrar una de las celdas, también sonrió. Los ojos de ambos se cruzaron y se estableció entre ellos una complicidad efímera, el reconocimiento por encima de los bandos, eso que sucede a veces en las guerras, dos soldados enemigos que comparten un cigarrillo.

¿Qué pasa, os hace mucha gracia? Tú acaba de cerrar y vete a la entrada.

El policía joven dijo que sí, que ahora mismo, y Alegría esperaba que le guiñara un ojo o hiciera otro gesto de entendimiento mientras salía de la zona de celdas, pero o no se atrevió o ya se había pasado ese momento en el que olvidó que la mujer a la que miraba era una prisionera y que varios compañeros habían vuelto heridos, humillados, sin escudos o sin porras o sin casco y uno de ellos incluso sin botas ni calcetines. El siguiente paso será que corten cabelleras, dijo uno.

¿Y mi compañero?, se atrevió a preguntar Alegría.

A tu compañero lo plantas y da albaricoques, respondió el policía. Extiende la mano.

Alegría sacó todo el antebrazo entre las rejas y el policía le puso una pulsera metálica ancha y lisa; parecía una joya futurista de titanio.

¿Qué es esto?

Por si se te ocurre alguna idea tonta.

El policía comenzó a introducir datos en un ordenador.

Entonces, ¿mi compañero?

Nos ocupamos nosotros de él. Tú tienes otras preocupaciones.

Sólo intenté protegerlo.

Y pasabas por allí. Tú no tenías nada que ver, ya lo sé, ninguno tiene nada que ver, pero los cristales se rompen, los coches arden, los policías regresamos con la nariz rota o con quemaduras de tercer grado. Aunque prefiero las de tercer grado a las de segundo.

Pero las de tercer grado son más graves.

El policía dejó de teclear, levantó la cabeza, pareció dudar sobre la conveniencia de seguir conversando con una prisionera.

Las de segundo grado duelen tanto que quisieras que alguien te

rematase como a un caballo herido, pum, un tiro entre los ojos y a tomar por culo el dolor, un alivio como cuando llevas horas queriendo mear y por fin puedes. Pero en las quemaduras de tercer grado se destruyen las terminaciones nerviosas; tu cuerpo parece un guiso que has dejado olvidado al fuego pero a ti no te duele nada. Lo tocas y podrías pensar que no es tuyo, que es algo que se te ha pegado a la piel. Aunque luego resulta que es tu brazo. Y la infección que viene después también es tuya.

A usted no le ha pasado. ¿O sí?

Alegría tenía ganas de hablar, no por la conversación en sí ni por la simpatía del guardia, sino porque el futuro era un pozo, sus pensamientos también. Y la atraían hacia el fondo.

El policía miró hacia la puerta y después hacia la cámara. Comenzó a remangar la pernera de un pantalón; por encima del calcetín la piel era una superficie de protuberancias marrones, negras, blanquecinas.

El explosivo me estalló en los pies, así que casi todas las quemaduras son en las piernas. Pero los huevos quedaron intactos. El treinta por ciento del cuerpo, según la regla de Pulasky.

¿Qué?

Da igual. No me cuentes historias de quemaduras. Sé de lo que hablo. Y tus amigos...

No tengo amigos.

Pobrecita, no tiene amigos. En la cárcel te van a salir a montones. Dicen que no hay como un tiempo en prisión para hacer amigos. Luego muchos no quieren salir, hay que sacarlos a empujones, hay que romperles los dedos para que se suelten de las rejas. Y cuando consigues librarte de ellos se lían a puñetazos con una vieja para que vuelvan a encerrarlos.

No me has dicho qué ha pasado con mi compañero.

No tienes amigos pero tienes un compañero. ¿Y yo por qué estoy hablando contigo? ¿Qué coño se me ha metido a mí en la cabeza para estar perdiendo el tiempo con una terrorista?

Por favor.

¿Por favor? ¿Por favor, papi, por favor? Eso me lo dice mi hija cuando quiere que le compre golosinas o un juguete electrónico y yo me ablando, cómo le voy a negar nada, una criatura tan dulce. Pero tú no eres mi hija, tampoco eres una niña. Por lo que sé, eres una terrorista que pone bombas e incendia y odia a los policías. ¿Por favor?

Sólo es decirme dónde está, no es más que eso.

No es más que eso. Lo que tú digas. No me cuesta nada. Pues no, no me cuesta nada. Así te vas enterando de lo que es la vida: tu compañero está en un psiquiátrico o algo así. La verdad, mejor que contigo. Si fuésemos amigos te preguntaría por el tipo de relación que teníais. Pero se me ocurren todo tipo de perversiones. No sé si tengo estómago para oírlo.

¿De verdad crees que me van a condenar a muchos años?

Estoy seguro. Y no sabes cuánto me alegro. Yo os daría pena de muerte, a todos, sin preguntar por qué ni dónde ni cuándo, pero los jueces son como son. Al menos habría que esterilizaros, para que no os reproduzcáis, porque de tal palo tal astilla.

Habla usted como mi padre.

A tu padre habría que haberlo esterilizado también. O volveros como a tu compañero. Seguro que se puede, un cortecito con un bisturí o con un coso de ésos en algún lugar del cerebro y dejaros así, que tan sólo haya que regaros y poneros al sol de vez en cuando.

Yo sólo quise protegerle.

Ya hemos hablado de eso. Y de que sólo pasabas por allí.

No sólo pasaba por allí. El grupo con el que estaba en ese momento había decidido participar en una acción. Les había llevado dos días de asambleas, discusiones, mociones de orden, discursos, arengas, peleas, acusaciones, promesas, ruegos, amenazas, consignas, incluso himnos. Y al final decidieron sumarse a la manifestación que pretendía forzar la entrada en una zona segura. Alegría se quedó en la retaguardia porque no sabía qué hacer con Buster; no podía pelear con él de la mano y no se atrevía a dejarlo solo. Pero la policía no se limitó a repeler a la vanguardia; cuando empezaron a caer y a huir los más agresivos, cuando la masa se rompió por la mitad y muchos de los que estaban en el centro escaparon de la línea de fuego hacia los flancos, la policía decidió abandonar las posiciones defensivas y lanzarse contra el núcleo del grupo atacante; el núcleo salió en todas direcciones, como un grupo de bolos tras el impacto, y entonces también la retaguardia quedó desprotegida. Alegría quería irse de allí, pero hacer correr a Buster era imposible: él tenía que mirar el pie que iba a dar el paso, cerciorarse de que estaba bien puesto y de que no pisaba ninguna raya, adelantar el otro pie.

No había orden en la huida; aquello no era una retirada táctica, un reagruparse, una manera de reordenar un nuevo ataque: era una pedrada en medio de un palomar. Y al desparramarse quienes huían hacia donde caminaba con Buster a cámara lenta, Alegría se vio desbordada como por una ola, cuya resaca te arrastra mar adentro; su

única preocupación era no dejarse pisotear por los que corrían, mantener el equilibrio, protegerse de los encontronazos. Aunque intentó sujetar con fuerza su mano, Alegría fue llevada en volandas unos metros por el reflujo de gente, y cuando volvió a ver a Buster estaba sentado en el suelo y un policía le daba golpecitos con la punta de la porra en el pecho como lo podrías hacer con una alimaña que te encuentras atropellada en la carretera para comprobar si aún vive. Alegría sólo quiso sujetar el brazo del policía, pero explícale a un poli que cuando le tomas del brazo no pretendes ni atacar ni resistirte a la autoridad sino explicarle que tu compañero es autista. Alegría se llevó un porrazo en la cara: Buster negó con la cabeza con el entrecejo fruncido, un gesto humano en medio de la contienda. Ya era algo.

Alegría no pasó años en la cárcel. Seis meses de los que no había contado nada hasta ahora. No parece que hiciese muchas amistades. A AM le explicó que al principio se quedó como Buster, incapaz de hablar, de reaccionar, casi de pensar.

Entendí lo que significa, dice, encontrarte en un lugar pero no poder responder a los estímulos: como si estuvieses en una montaña rusa, pero no eres tú quien desciende a toda velocidad, es lo que te rodea lo que se mueve tan rápido que no logras distinguir las formas, y los sonidos se distorsionan de manera que no llegas a entenderlo; no es que no percibas lo que te rodea, es que todo pasa tan deprisa y de manera tan estridente que te quedas atontada.

AM asiente. Como mi hermana, dice. A mi hermana yo creo que le está pasando algo parecido. Pero Alegría no le hace caso. Desde que se conocen, es la primera vez que la ve tan absorta, tan interesada en contar lo que le sucedió. Y AM tiene la impresión de que ese tiempo aún sigue desarrollándose en presente en el cuerpo de Alegría. No le habla del pasado, le habla de ahora, porque lo importante siempre está sucediendo ahora. AM siente la tentación de sacar su cuaderno de notas pero no quiere distraerla, ni dar explicaciones sobre esa libreta en la que anota todo lo que le parece importante.

Era como si la onda expansiva de una explosión me hubiese levantado por los aires y al caer no consiguiese recuperar la percepción normal de las cosas: imagínate, la noticia de que vas a pasar toda tu vida adulta ahí dentro, llegar joven a una celda y saber que cuando salgas estarás ya en el declive.

No le ha dicho a AM si lloraba por las noches mordiendo la almohada para no hacer ruido, pero lo imaginamos así. Más bien, conociendo a

Alegría, estamos seguros de que no podría ser de otra manera: lloraría pero no querría que nadie lo supiese.

Por suerte durante el juicio hubo testigos que señalaron que yo no había agredido a nadie, y que llevaba a un joven minusválido de la mano. Uno dijo que quizá me encontraba allí por casualidad y me vi sorprendida por el rebufo de la manifestación. El abogado le dijo que contase lo que vio y que los quizá se los dejase al magistrado.

¿Los conocías? Quiero decir la gente que declaraba a tu favor. ¿Incurrían en perjurio para ayudarte?

Alegría sacude la cabeza, da un trago de la botella de curaçao, hace un ruido como si hiciese pasar saliva por los lados de la lengua.

Es asqueroso.

Te lo dije.

No, a la mayoría no los conocía de nada. Hay gente que se dedica a eso. Grupos que se organizan para declarar a favor de los acusados. Se informan lo mejor que pueden para dar una versión verosímil de los hechos. A veces funciona.

No funcionó del todo.

Del todo no. El juez de todas maneras me condenó a un año de cárcel –con seis meses de cumplimiento efectivo y seis en suspenso– por resistencia a la autoridad; y cuando el abogado de oficio –un capullo que casi no intervino durante el juicio–, hizo ademán de protestar, sin mucho entusiasmo, el juez amenazó con cambiar de opinión y añadir reincidencia en desordenes públicos, ¿qué le parecería a su representada? Un año más si vuelve a abrir usted la boca, ¿estamos? Estamos, Su Señoría. Bien, entonces no perdamos más el tiempo. Siguiente caso. El Estado contra... Así fue todo. Las cosas pasan tan deprisa que ni te enteras de lo que significan para tu vida.

De todas formas ya me había advertido una compañera de celda. El juez X, como se llame, siempre condena, me dijo. Se lleva comisión de los gestores de la cárcel privada a la que te envían; un tanto alzado por preso y un plus por cada año efectivo de prisión. Yo, en su lugar, haría lo mismo. Aquí todos rebañan. Dentro de poco los curas también te cobrarán por darte la absolución, a tanto por pecado.

Seis meses no es tanto, ¿no?, dice AM.

Seis meses no es tanto. Seis meses, te dices, se pasan enseguida. Apenas te hayas acostumbrado a esa vida ya te están llamando por los altavoces para que te persones en la oficina del director. Y además desde que te detuvieron ya ha transcurrido un mes, por lo que quedan

cinco. Cinco meses cuando pensabas que te ibas a pasar allí dentro hasta haber perdido la esperanza de que algo merezca la pena. Cuando te habías imaginado volviéndote loca en esa celda de nueve metros cuadrados compartida con otras tres mujeres, poco más de dos metros cuadrados por cabeza, en teoría, porque hay una que se mueve continuamente de una pared a otra, con la cabeza gacha y murmurando cosas incomprensibles. Ella sola ocupa todo el espacio con movimientos, sonido, tensión. Pero mejor no decirle por qué no te estás quieta un rato, entonces empieza a gritar sin dejar de medir la celda con sus pasos, lo mismo que murmuraba antes, pero ahora a voces, y una de las reclusas le contó a Alegría que una vez la habían sujetado entre las tres, la habían atado con las sábanas como si formasen una camisa de fuerza, pero los guardianes las amenazaron con meterlas en una celda de castigo si su compañera no dejaba de gritar, y cuando intentaron amordazarla la puta chiflada arrancó de un mordisco una falange de la mano que se acercaba a taparle la boca. Una compañera que estaba entonces con nosotras, no sé dónde anda ahora, la soltaron o se murió, no sé, se puso a insultar a los guardias, y como no le hacían caso se bajó las bragas y fue a mearse en el suelo junto a las rejas para que la llevasen a una celda de castigo y no tener que soportar a ésta.

Seis meses se pasan deprisa, pero lo que transcurre lentamente es cada uno de los días de esos seis meses. Alegría no ha contado, pero yo lo sé, el pánico que sentía cada mañana al levantarse, cuando le costaba respirar y no podía imaginar otro día allí dentro, en aquellos espacios sin luz natural salvo por unos ventanucos situados a cuatro metros del suelo, y no podía soportar, sobre todo, el ruido metálico de las puertas y el eco en los pasillos, que en realidad no se puede decir que fuesen por sí mismos sombríos ni particularmente insalubres, y los carceleros no abusaban de las prisioneras ni las sometían a más vejaciones de las imprescindibles para mantener la disciplina y el respeto en la institución carcelaria. Olvídate de carceleros sádicos, ratas recorriendo los jergones de prisioneros moribundos, reclusos asesinos –que alguno hubiese asesinado a alguien no significa que también lo hiciera dentro de la cárcel–. Pero para Alegría no poder moverse libremente, tener que ponerse en una fila para recoger la comida, que le apagaran las luces a las ocho de la noche, deber ducharse con las demás, no disponer de un solo espacio privado –el retrete se encontraba en la celda, únicamente oculto por un tabique de metro y medio de alto–, no poder gritar, no poder dormir hasta la hora que quería, responder cuando la llamaban, ir a los

reconocimientos médicos –por suerte reconocimientos puramente visuales y táctiles: los ojos, la lengua, los ganglios, los oídos, genitales y el ano–, participar en los turnos de lavado de ropa y de cocina, hacer la cama cada mañana, recorrer el patio de lado a lado quince veces antes de que suene la señal para volver a entrar, en fila de a dos, en silencio, cojones, una hora de biblioteca –voluntaria–, oficios religiosos –voluntarios–, todos los domingos discurso del alcaide –obligatorio– hablando de disciplina, de espectáculos programados, de los resultados de los deportes intercarcelarios y de los concursos de poesía, de las virtudes del sistema penitenciario y las posibilidades de reinserción para quien lo mereciese; es la repetición, es la repetición impuesta, es la repetición sobre la que no tienes control alguno, es ver tu vida como si le ocurriese a otra, porque tú no estás del todo allí pero tampoco estás en otro sitio, como en las experiencias extracorporales, te ves a ti misma ahí abajo, como si desde una cámara instalada en una esquina junto al techo, tu cuerpo que hace esto y lo otro, se mueve y respira, pero tú sabes que está vacío, que es una cáscara vana, y tú, desde arriba, lo ves, como ves un sueño en el que quisieras gritar pero la voz no te sale, o correr pero tus miembros no se mueven, ¿me estaré volviendo loca?, una condena a seis meses, medio año, y llevo ya dos aquí, esto se va a acabar enseguida, y sin embargo.

Sin embargo. Tengo unas ojeras como si estuviese pasando una enfermedad grave, o como esa reclusa que lleva diez días en huelga de hambre para que revisen su expediente, o como esa otra que te ofrece comerte el coño cada vez que te ve y se sorprende cada vez que rechazas. No es nada, estar en la cárcel no es nada, peor sería tener un cáncer o que se te muriese alguien cercano (pero no tiene a nadie cercano) o quizá incluso que te engañe alguien a quien quieres. Pero Alegría se quedaba sin respiración, lloraba, aunque lo oculte sabemos que lloraba –sus compañeras de celda también lo sabían y no decían nada, fingían no enterarse–, y se sentía débil e idiota y una niña mimada que no era capaz de aguantar algo tan leve como una condena a seis meses, ¿y tú quieres sobrevivir ahí fuera tú sola? Si tienes una corteza blanda, si tienes un estómago delicado, si tienes unas piernas que tiemblan por nada, si tienes una voz que no te sale, una vocecita de niña tonta.

Seis meses, los aguantó a pesar de todo. Y una vez que se habían pasado pensó que no había estado tan mal al fin y al cabo. Seis meses en los que la habían alimentado y alojado y, en cierta manera, también protegido. Ahora salía a las calles, a los túneles, al puerto,

más fuerte de como entró. Otra vez a enseñar los colmillos y a caminar deprisa cuando tenía un mal presentimiento. No te quedes parada, le había dicho Fred, tienes que estar continuamente en movimiento, hasta que decides golpear, entonces sí, te plantas sobre las piernas, buscas el equilibrio, y ahí fulminas a tu enemigo, eso es, buena chica. La vida es territorio hostil. Te encuentras siempre por detrás de las líneas enemigas. No esperes ayuda ni clemencia.

Anda, le dijo el policía a una Alegría que aún no sabía todo lo que le va a ocurrir en la cárcel, que aún pensaba, sin creerlo por completo, que podrían absolverla. Anda, acuéstate un rato, menuda cara tienes. El policía sacudió la cabeza y frunció los labios con preocupación. Si por mí fuese, añadió para no parecer blando, te daría dos hostias; vas a ver cómo se te pasaban las ganas de armar alboroto. Anda, duerme un rato que el día va a ser largo.

Y Alegría fue a tumbarse en la cama inferior de una litera doble en esa celda de la comisaría en la que todavía estaba sola –acabarán siendo cuatro esperando el traslado a una prisión de verdad– y a pesar del cansancio no pudo dormirse pensando en que seguramente nadie tomaba a Buster de la mano por las noches ni le daba de comer como a un pajarito.

Los niños estaban delante de la casa, uno de ellos de pie con las palmas de las manos contra la pared y las piernas ligeramente abiertas. El otro se había subido sobre sus hombros y también usaba los brazos para mejorar su equilibrio sobre el compañero. La niña intentaba escalar por el que estaba abajo como quien trepa a un árbol. Debía de hacerle daño, colgándose de sus brazos, aferrando su cuello clavando la barbilla en sus hombros, pero el chico no protestaba.

Arnoldo regresaba del puerto escupiendo de rabia. Sentía que la búsqueda se estancaba. Iba a tener que confiar en que su padre encontrase algo, aunque si lo hacía, ¿cómo iba a pagarle la mitad de la recompensa? La chica era para la Santa, no para el funcionario, y la Santa no paga los favores en dinero. La vista de los niños junto a la cabaña mejoró un poco su humor. Le gustaban, como le gustan a uno los cachorros de animales; preferirías que no crecieran nunca.

No le habían visto llegar y él dio los últimos pasos con sigilo hasta encontrarse detrás de la niña, que seguía intentando subir a su compañero; los brazos y el cuello del chico estaban rojos allí donde ella se había agarrado para darse impulso. Arnoldo la tomó por la cintura para subirla encima de sus compañeros. Ella no pataleó ni se resistió. Ni siquiera pareció asustarse; su cuerpo se quedó blando un momento, como si no tuviese músculos ni articulaciones y él pudiese doblarla en cualquier dirección. No lo vio venir. La alzó en el aire hasta tenerla a la altura del pecho, descansó ahí un segundo, no más, para con un nuevo impulso subirla hasta los hombros del segundo chico, y cuando uno de los brazos de la niña giró hacia atrás, a él le pareció que era por la inercia de la subida, y sólo cuando sintió el pinchazo en la cara descubrió que la niña tenía en la mano uno de los cuchillos con la Santa Muerte labrada en la empuñadura. Para cuando pudo verlo ya estaba el filo manchado de sangre.

Soltó de golpe a la cría, a la que se le doblaron las rodillas y tuvo que apoyarse en el suelo para volver a darse impulso, girar casi en el mismo movimiento, un salto armonioso que recordaba a ciertas formas de gimnasia artística, y le habría vuelto a clavar el cuchillo, esta vez en la tripa, si Arnoldo no la hubiese derribado de un puñetazo en la oreja, no porque lo hubiese dirigido ahí, sino porque no tuvo tiempo de buscar dónde asestarlo.

La niña cayó a tierra sin abrir la mano que empuñaba el cuchillo, aunque se raspó los nudillos al intentar frenar la caída, y justo en ese momento el chico que estaba de pie sobre su compañero se derrumbó y arrastró al otro. Arnoldo dio una patada en el costado a la niña para evitar que se levantara y, cogiéndolos por el cuello de la camiseta, sin

perder de vista sus manos, estrelló a los otros dos contra la pared. Ambos quedaron sentados en el mismo charco, con la boca abierta, dos marionetas a las que alguien cortó los hilos. Ninguno de los tres lloró.

Ella le miraba con los ojos muy abiertos, un animal con el lomo contra la pared, más deseoso de evitar la pelea que de atacar, pero intentando intuir el siguiente golpe. Emitía un gruñido que tenía algo de ronroneo pero tan ronco que no sugería nada placentero, más bien un intento de contener el rugido que se le acumulaba en la garganta. No le había visto, claro, al ponerse a sus espaldas y levantarla por los aires, así que había reaccionado como cualquiera al que atacan de improviso: Arnoldo recordó la gracia de los movimientos, cómo, sin girarse, había extraído el cuchillo –¡qué reflejos, qué hermosa agilidad!– de sus ropas, lo había empuñado con fuerza y clavado por encima de su cabeza imaginando la altura del enemigo. Arnoldo sonrió a la niña. En realidad, la punta del cuchillo había resbalado por la mejilla, arañado el puente de la nariz y continuado por delante del ojo sin tocarlo.

Axelle sonrió también. Aunque, si vieses la escena como yo, no sé si te fiarías de esa sonrisa, porque todo su cuerpo sigue en tensión, incluso hay un temblor en sus piernas que no parece de miedo, sino provocado por la corriente que recorre ese cuerpo delgado y que podría lanzarla a morder las piernas del Loco.

Pero no, me he equivocado. El Loco le tendió la mano, ella se incorporó, guardó el cuchillo en una vaina de cuero que llevaba atada a la cintura y puso sus dedos, sucios, con las uñas resquebrajadas, entre los de Arnoldo. La mano libre Arnoldo se la mostró a los dos chicos, que tardaron más en confiar en la oferta de armisticio, pero al final fueron también a compartirla: Arnoldo empuñó las dos manos en la suya.

Venid, no ha pasado nada, un malentendido entre amigos. Vamos al pilón.

Rodearon la caseta sin soltarse. Detrás de la casa había una pequeña alberca hundida en el suelo, con paredes cubiertas de verdín; tenía una entrada de agua por la parte superior, en la que fluía un arroyo, y una salida por la inferior, taponada con un trozo de corcho al que Arnoldo había ido quitando esquirlas hasta que encajaba casi perfectamente; sólo perdía un hilillo de agua que iba a remansarse delante de la caseta.

Vamos a jugar a una cosa. Nadie puede desnudarse solo.

Lo niños fruncieron la nariz y aguardaron nuevas instrucciones. Yo

desnudo a Axelle. Tú a tu amigo, tu amigo a ti. ¿Entendéis?

Como para demostrar que habían entendido, Axelle se acercó a Arnoldo y uno de los niños empezó a dar tirones de la camiseta del otro. Arnoldo tomó las dos manos de la niña y tiró con suavidad de ellas hacia lo alto, por encima de su cabeza greñuda; ella dejó los brazos en el aire mientras Arnoldo le sacaba la túnica. El reborde del cuello se enganchó en sus orejas, pero la prenda salió sin mucha dificultad y cayó al suelo. Arnoldo se volvió. Uno de los chicos estaba ya desnudo y se apresuraba a quitar la ropa a su amigo. Como animales. No conocían la pausa ni la dilación. Si les diese un cuenco con comida se pondrían a cuatro patas de inmediato y hundirían el hocico en él. Estaban tan sucios que imaginó que el agua se tornaría terrosa en cuanto entrasen en ella. La niña llevaba ropa interior que quizá un día fue blanca. Él no. No recordaba la última vez que se había puesto unos calzoncillos. Cuando la niña quedó desnuda, esto es, cuando Arnoldo le quitó también las sandalias, tomando un pie y alzándolo unos centímetros para desabrochar la hebilla, después el otro, ella levantó la mano para empezar con él. Arnoldo la detuvo.

Como yo soy más grande, tenéis que desnudarme entre los tres. Pero, sin esperar a que lo hicieran, echó una pierna por encima del borde del pilón y se metió en el agua vestido. Aquí. En el agua. ¿Sabéis bucear? Arnoldo se arrancó de cuajo el collar eléctrico y lo arrojó a la maleza. El adiestramiento había terminado: la Reina ya no tenía ningún poder sobre él.

La primera en seguirle al pilón fue la niña que, con gritos de alegría, dio palmas y chapoteó salpicando a Arnoldo y a los otros niños. El Loco se reía, reía a carcajadas olvidándose de que un sumo sacerdote no puede rebajarse a reír como un payaso, no podía parar, contagió a los tres que ya estaban en el agua dando tirones de sus ropas. Uno de ellos se sumergió pero salió inmediatamente a la superficie tosiendo, y todos rieron aún más fuerte. Nunca, desde hacía muchos años, se había sentido Arnoldo tan feliz.

Una ráfaga de viento agitó el bosque de escobas, hizo que los árboles barriesen el cielo en una y otra dirección, que espantaran las nubes. El viento llegó hasta el pilón y al Loco se le puso la carne de gallina. La piel de los niños se cubrió también de las diminutas protuberancias. La niña se pasó el índice por el antebrazo. ¿Ves?, dijo. Bajo la sien izquierda le había salido una mancha morada. El Loco buscó su propio reflejo en el agua, pero la superficie estaba atravesada por ondas y remolinos provocados por el viento y no le resultó posible descubrir si seguía sangrando. Su imagen borrosa, en movimiento, le

hizo pensar en una aparición conjurada por una bruja en un caldero, un ser venido del inframundo para descifrarle el futuro. Pero el súcubo no dijo nada, tan sólo se oscureció su semblante cuando una nube gris fue remolcada a través del cielo. Mierda, se le estaba pasando el buen humor. ¿Y vosotros, niños, qué hacéis? ¿Me vais a desnudar o no?

Es como después del diluvio; los animales regresan a la tierra una vez que se retiran las aguas.

Cástor no responde; no le gusta responder cuando no entiende, y a la Reina casi nunca la entiende, salvo cuando ejerce de oráculo. Ella vive en su mundo, pero Cástor no sabe si es un mundo místico o es el carromato de un charlatán de feria. A pesar de todo el tiempo que hace que la conoce no ha conseguido averiguar si la Reina cree en las cartas, en los espíritus, en la energía que une a los vivos y a los muertos. Pero lo malo es que tampoco ha conseguido averiguar si él mismo cree en ello. Le repugna, pero uno nunca debe despreciar lo que resulta útil. Y la Reina le ha sido útil más de una vez. Además, sabe que hubo un tiempo en que todos iban a consultarla: economistas, políticos, enfermos terminales, chiflados. Por esa casa peregrinó tanta gente que Cástor no entiende cómo no se ha hecho rica. Pero a él tampoco le pidió dinero. Siempre exigía cosas extrañas a cambio de sus favores: un animal, una promesa, cumplir una venganza.

¿Puedo entrar o no?

La Reina se hace a un lado para franquearle el paso a la cabaña. Cástor inspecciona la habitación como quien ha acudido a realizar un embargo y se asegura de que no falta nada.

No es necesario que vivas en un museo abandonado. Aunque seas adivina puedes tener muebles como todo el mundo, armarios, luz artificial, calefacción, esas cosas. No tienes por qué vivir en el medievo.

La Reina sonríe e inspecciona ella misma la única estancia de la que se compone su vivienda, aparte de una letrina adosada a un lateral a la que se llega por una puerta exterior (¿no cocina nunca?, ¿qué come?, ¿no tiene ni siquiera una placa en la que calentar alimentos?). Cojines, una cama sin cabecero, hornacinas con dioses yorubas, un par de repisas, un arcón, alfombras gastadas, unas cajas de ébano que podrían ser joyeros, y suponemos, pero no vemos, cajones debajo de la cama donde guarda sus vestidos.

Impresiona a los clientes, dice la Reina. Les da confianza. Y la confianza lo es todo en mi oficio.

Las brujas de Macbeth seguro que vivían en un sitio así.

Siempre fuiste un chico culto.

Cástor se quita los zapatos y se sienta sobre la alfombra extendida en el centro, cruzando las piernas con dificultad. Señala la baraja de cartas en la repisa. Tampoco eso ha cambiado de lugar.

Necesito saber unas cosas. Pero no me cuentes mandangas o te

corto la lengua. Lo que veas, y si no ves nada no dices nada.

La Reina no se mueve; tiene un aspecto mineral, un cutis de pedernal pulido. Lleva despacio una mano a la frente y fija un delgado mechón de pelo bajo el borde del turbante. Da dos pasos hacia un rincón y escupe. A Cástor le parece que la baba es de color rojizo pero no está seguro. Por fin toma la baraja y se sienta frente a él; para ella sentarse en el suelo y cruzar las piernas parecen gestos tan sencillos como girar la cabeza; no tiene huesos, sólo varas flexibles forman su estructura. Cástor toma las cartas que la Reina ha puesto ante él, baraja con prisa, deposita el mazo en la alfombra, pero el chasquido de la lengua de la Reina le hace volver a tomarlas, inspirar y exhalar el aire varias veces muy despacio; liberarse del polvo de allá afuera; dejar en el exterior los pensamientos y los afanes que interfieren con la conciencia; entregarse sin ansia y sin deseos al veredicto de las cartas. Así se lo había enseñado la Reina cuando la visitaba de joven. Corta y extrae las cinco cartas. A él no le dicen nada. Monigotes pintados para impresionar a los idiotas, abracadabra de charlatán. ¿Por qué demonios ha vuelto allí? ¿Qué se le puede haber pasado por la cabeza para someterse a ese ritual ridículo de puro solemne?

La Reina coloca las cartas en una hilera perfecta, paralelas las cinco y a ojo parece que la distancia que las separa es idéntica. Las examina durante un buen rato. Cástor empieza a perder la paciencia, pero teme quedarse sin alguna información importante. Procura que no se transparente su irritación. ¿Sería capaz de leer sus pensamientos, de percibir sus emociones? La Reina empuja una de las cartas hacia él y sólo entonces se da cuenta de cuál es: el Loco.

¿Qué pasa, qué me dices de esa carta?

No te digo nada, porque ya lo sabes. Ten cuidado.

Siempre tengo cuidado. Llevo guardaespaldas, mi casa está protegida por cámaras, si toco un botón llega una patrulla en menos de tres minutos. Son los demás los que tienen que tener cuidado.

Psst, chista ella. Está llegando algo. Psst.

Callan los dos. La Reina pasa los dedos por encima de cada carta. Cuando vuelve a hablar su voz parece de un anciano, una voz cansada, rota por el tabaco y la intemperie. La transformación produce a Cástor más repugnancia que reverencia.

Veo a un hombre joven. Con media melena, cuando habla inclina la cabeza hacia la izquierda. Veo a una chica. No es una diosa pero podría serlo. Tiene un poder. Es la que estás buscando. Hay otros que también la buscan.

Cástor emite un sonido gutural que podría significar cualquier cosa

o ninguna. Le gustaría preguntar. ¿Dónde está? ¿Cómo puedo encontrarla? ¿La acompañan otros, cuántos? Pero, sin necesidad de verle la cara, sabe que la Reina está en trance y no quiere sacarla de él.

Hay mucha gente buscándola. Ella se esconde, se mueve por las noches. Es como una planta perenne. Pierde hojas pero son sustituidas por otras nuevas.

No me hables de plantas. Háblame de ella.

El chico.

¿Qué le pasa al chico?

Está en un túnel.

Claro que está en un túnel. ¿Es eso lo que ves en las cartas?

Lo estoy viendo en mi interior, en un espejo que refleja el mundo.

Dime más.

Es un chico bastante joven, tú no lo conoces y yo tampoco, pero mucha gente sabe quién es. No parece mala persona...

¿Y qué está haciendo?

La Reina hace una pausa. Sus párpados se agitan. Traga saliva. Tendría que haberse dedicado al teatro, ganarse la vida en los escenarios, piensa Cástor.

Quiere ayudar. No sabe cómo.

¿Lo ves?

Mejor de lo que te veo a ti. Él no lleva coraza.

¿Qué más hace?

Camina.

¿Eso es todo, camina? ¿Si te echo unas monedas puedes ver más, como esas máquinas de antes en los peep shows?

Debería habérselo esperado, pero Cástor no ha podido controlar su impaciencia. Tanto acertijo le saca de sus casillas. La Reina le da una bofetada, no una bofetada sin más, sino con los dedos curvados de forma que sus uñas se clavan en la mejilla de Cástor. La habría matado, y la matará algún día, pero ha visto a la chica, y a su cómplice, sin que él le haya dicho lo que está buscando. Tiene poderes la bruja, incluso él ha de admitirlo. Habla con los muertos o con los vivos o con energías cósmicas con las que sintoniza su cerebro, lo que sea. Así que se traga la rabia. No se abalanza sobre ella para estrangularla. Ni siquiera emite un quejido. Aguarda con la cabeza gacha.

Se acabó. No hay más. Lo has estropeado.

¿Seguro? No tengo prisa. Espero el tiempo que sea necesario. Siento haberte interrumpido. Lo siento mucho. No vuelvo a abrir la

boca. Te lo prometo.

Te digo que no hay más.

Puedo volver a echar las cartas.

Las cartas ya están echadas. Hay cosas que no puedes hacer dos veces. Como morirte. Como nacer.

¿Entonces?

Vuelve en tres días. Puede que entonces vea algo más. Y puede que no.

Cástor siente una oleada de calor en la cara, como si fuese a desmayarse de un momento a otro. La Reina le pagará algún día esa humillación. Ensaya en su cabeza el tono neutro en el que va a intentar hablar.

Como tú digas. Volveré en tres días.

No me has preguntado por el precio.

¿Ahora sí cobras en metálico?

Yo también quiero su sangre.

¿Cómo sabe esa bruja que la sangre de Alegría es preciosa? En momentos así siente miedo de ella. Como si de verdad pudiese saberlo todo, saber lo que pasa por la cabeza de Cástor, haber leído que un día la matará. Si la gente supiese lo que pensamos saldría huyendo despavorida; si nuestros actos no nos convierten en monstruos, nuestros pensamientos y deseos confirman que lo somos. Cuando su esposa le preguntaba qué estás pensando, Cástor no dijo la verdad ni una sola vez porque siempre estaba pensando algo que preferiría no revelar. Pero su mujer ya nunca le preguntaba, como si hubiese dejado de creer que podía averiguarlo. La Reina sí sabía, a la Reina no podía engañarla. Ella se introducía en las circunvoluciones cerebrales, husmeaba en cada neurona.

Tendrás lo que quieres, promete, y en ese momento cree que la promesa es sincera.

Del cuaderno de AM (VIII)

Mi padre me decía que hay que tener un objetivo en la vida. Sólo quien tiene un objetivo sabe quién es, decía. Pero yo creo justo lo contrario: las personas se imponen objetivos para no saber quiénes son. Yo no tengo objetivos, sólo necesidades.

Hay nerviosismo en la ciudad. Durante la última semana han aparecido pasquines con un solo mensaje: ESTE LUNES. Un conducto de aireación ha escupido miles de octavillas, como una lluvia de confeti, en el centro mismo de la zona segura: ESTE LUNES. También hay grafitis en los edificios cercanos al puerto; pintadas de distintos colores, con espray o con brocha, a veces con las gotas chorreando de las letras como si fuesen sangre, las dos palabras que se repiten en la cabeza de cada ciudadano: ESTE LUNES.

Se organizan redadas. Camiones cargados de silicona vuelcan su contenido en algunas bocas de túneles, aquéllas conocidas como las vías principales de los terroristas hacia las cercanías de la zona que en los anuncios inmobiliarios llaman residencial. Se analizan los sismógrafos para detectar temblores, quizá mínimos, que revelen un intento de invasión; los drones transmiten imágenes del subsuelo tomadas con rayos infrarrojos, ecografías que muestran aglomeraciones en determinados puntos, pero no parece que esté en marcha ningún movimiento excepcional. No obstante, se practican detenciones, se dan palizas, al azar la mayoría de ellas. Podríamos hablar de torturas o de malos tratos, según se mire. Los policías hablarían de resistencia a la autoridad, de uso reglamentario de la fuerza.

Y el lunes por fin amanece. Y es un acontecimiento. Porque en todas las cabezas el lunes es un día en el que va a ocurrir algo que cambiará el futuro, un día que unos esperan y otros temen, y todos cuentan las últimas horas antes de lo que va a suceder.

Nada sucede. Todo sigue igual, salvo el cansancio, los nervios, la frustración de todos aquéllos ocupados de logística y estrategia, se sienten estafados, ridículos. Los ciudadanos salen de sus casas cansados; han dormido mal esperando una catástrofe o una revolución, un prodigio, qué más da cuál. Van a trabajar. Durante horas siguen levantando la cabeza al menor ruido irreconocible. A medida que avanza el día la sensación de inminencia se intensifica. Regresan a sus casas con conciencia anticipada de derrota porque ya intuyen la verdad. Cuando se acuestan, las parejas ni se tocan; duerme cada uno en un extremo de la cama.

Y el martes es como una resaca colectiva; la gente apenas habla, cumple con sus obligaciones evitando a los demás, porque cómo comentas lo que no ha sucedido, cómo intercambias impresiones, opiniones, condenas cuando no ha ocurrido nada; salvo que reconozcas que estabas deseando la llegada de la catástrofe. No sucede nada ni el lunes ni el martes. El miércoles todo ha vuelto a una cierta

normalidad, estorbada tan sólo por algunas interferencias del anhelo frustrado que a veces aún atraviesa la imaginación de la gente. Un hombre se tira por la ventana de su oficina, una ventana que en realidad sólo puede abrirse unos centímetros, pero él da tales tirones de la hoja que, aunque le sangran las uñas, consigue sacarla de los goznes. Entonces se arroja al vacío, sin decir una palabra a los compañeros que se han alejado de él y lo observan desde la pared opuesta.

Alegría levanta la cabeza y tiende el panfleto a AM, que está intentando leer la fecha de caducidad de una lata de comida, sentado en el suelo, rodeado de periódicos.

El lunes fue anteayer, ¿no?

Sí, y hoy han asesinado a Kennedy. De un tiro en la cabeza. Parte del cerebro cayó sobre el vestido de su mujer. ¿Te imaginas, tener trozos del cerebro de tu marido pegados a la ropa? Aún no saben si fue sólo un francotirador o si había más. Han detenido a uno, pero hay testigos que afirman que se escucharon más disparos, y que no venían todos de la misma dirección. El FBI podría estar implicado.

¿El FBI?

Y la mafia. Y la extrema derecha cubana. Quedan muchos cabos sueltos. ¿Qué te parece si salimos a dar una vuelta?

Prefiero darme una ducha.

Apenas sales de la ducha. Cada vez que te busco estás en la ducha.

Eso no te da una excusa para que entres cuando me estoy duchando.

Es para asegurarme de que estás bien.

Estoy bien.

O por si necesitas una toalla.

¿No traes nunca mujeres aquí? Con este apartamento deberías ser el rey.

Estás tú. Caducó hace diez años, dice AM.

Ahora en serio, yo puedo irme cuando traigas a alguien. Hombre o mujer.

Ahora en serio, ¿por qué no salimos un rato?

¿Sabes cuántos años he pasado en la calle? ¿Sabes lo que es para mí no sentir frío ni calor, tener agua corriente, una cama? Tú no lo valoras pero esto es un lujo increíble.

Yo también vivía antes fuera.

Es verdad, un día de éstos me tienes que contar tus cosas, de dónde

sales.

¿Nos vamos? Es que quiero presentarte a alguien. Bueno, ya sabes que salir implica un riesgo.

El riesgo es volverme loca. ¿He empezado ya? Avísame cuando empiece a hacer cosas raras.

¿Como ducharte tres veces al día?

Un gorro que le tapa el pelo, gafas oscuras, los labios pintados de azul cobalto. ¿La reconocerías si la vieses por la calle, pensarías que es esa mujer cuyo rostro has visto pegado a las farolas, que ha aparecido en tu pantalla del ordenador con una petición de colaboración ciudadana? Es poco probable.

Pero de todas maneras, tras penetrar en la zona segura por uno de los caminos que conoce AM, no piensan salir a la superficie. No por miedo a que la reconozcan, sino porque en la superficie la policía pide la documentación, control rutinario, dicen, aleatorio, dicen también, pero sabes que eres tú a quien van a controlar, si tienes menos de treinta, vas a pie, llevas alguna prenda de cuero, y sobre todo las manos con arañazos o costras, las uñas rotas. La documentación, por favor, te dirá uno, porque son educados, han aprendido que a veces es difícil distinguir a un merodeador de un hijo de buena familia –¿por qué se disfrazan de más pobres de lo que son, por qué fingen cicatrices, no deberían estar contentos de la vida que les ha tocado vivir?–, mientras que el compañero se retirará unos pasos, el índice pegado al cargador, a sólo dos centímetros del gatillo.

Por eso no suben, aunque a Alegría le gustaría dar un paseo por la zona segura, ver si ha cambiado, reconocer algunos lugares, mitigar la nostalgia de sitios que quizá no sean tan atractivos como los recuerda, porque ella de niña ha estado allí varias veces, cuando la ciudad era más permeable, cuando su vida era más permeable.

Husky parece incómodo ante Alegría, y eso que nunca ha sido tímido con las mujeres, como AM. Quizá por eso. Él respeta los límites territoriales, y de alguna manera percibe que Alegría está en el territorio AM. Así que casi ni la mira aunque le habría gustado mucho hacerlo con detenimiento, conversa con AM como si Alegría no estuviese a su lado (pero sabe que va a poder verla a sus anchas). Venid, dice. Ahí, a ese local.

Hay gente sentada que no les presta atención. Consumen bebidas en vasos de plástico. Alegría no habría podido decir si las han comprado allí o las han llevado y se limitan a consumirlas sentados en bancos corridos, acodados en mesas muy largas, que dan al local el aspecto de centro comunitario, quizá un lugar de acogida para algún

tipo de desplazados.

Atraviesan el local y entran en una habitación pequeña al fondo. Husky saca del bolsillo una diminuta cámara fotográfica.

Podríamos haber hecho la foto con el ordenador de AM, dice Alegría.

¿Y enviarla por la red? Quítate el gorro, y las gafas. Mira al objetivo. Espera, una más. Para estar seguros.

Está seguro. Es sólo que quiere contemplarla otro instante a través de esa cámara de tiempos inmemoriales con la que aún tienes que acercar el ojo a la carcasa y mirar a través del visor. ¿Por qué la habrá descubierto AM? Él, Husky, necesitaría a una mujer así. La observa con su ojo azul, y aunque esté en reposo, percibe esa energía, esa fuerza instalada en las fibras de Alegría. Una rabia, un deseo, una emoción. Te dan ganas de ponerte a sus órdenes. Como ha hecho AM. Hay gente a la que te gustaría salvar, porque sabes que podrían salvarte a ti.

Ya está. Ahora necesito tus huellas dactilares.

Eso es como del siglo pasado, ¿no?, dice Alegría pero va poniendo los dedos sobre el lector que Husky ha depositado en la mesa.

Cuando salen del local, Husky les propone que le acompañen a un bar clandestino que conoce. Al entrar en un corredor flanqueado de tiendas que no han cerrado a pesar de todo, frenan en seco. Cuatro policías rodean a dos jóvenes que están cogidos de la mano, dos niños perdidos de noche en el bosque.

Deberíamos volver a casa, dice AM.

Dan marcha atrás. Se abrazan como despedida.

¿Lo conoces desde hace mucho?

No te preocupes, dice AM. Puedes fiarte de él. Tanto como de mí. ¿Te fías de mí?

A AM le parece que Alegría tarda demasiado en contestar. Pero él sabe lo que hace contigo la vida en la calle. Cuando salen del túnel aún no ha recibido una respuesta.

Ahora ya conoces a Arnoldo el Loco, pero no te apresures a juzgarlo: tú, en sus circunstancias, no serías muy distinto. Y no me vengas con historias de que cada uno es responsable de sus actos, y de que todos tenemos una posibilidad de elegir. Eres un corcho flotando en el mar a merced del viento, de las olas, de las corrientes. A veces subes y a veces bajas; Ok, no te hundes, pero eso sólo se debe a la diferencia de densidad entre el medio y tú. Vas hacia el este o hacia el oeste, hacia el norte o hacia el sur, avanzas y retrocedes, saltas y giras sobre ti mismo. Si llegas a una playa paradisíaca, de verdad, no te enorgullezcas de ello. El mérito no ha tenido nada que ver.

Prueba a imaginar que, como el Loco, has nacido en un agujero al lado de un río al que iban a parar los residuos de una fábrica de celulosa, con un padre que de vez en cuando, sin motivo aparente, echaba el bebé de pocos meses al agua y sólo lo sacaba después de que el crío se hundiese y reemergiese varias veces, tosiendo y llorando; al parecer, esperaba que como los perros nadase por puro instinto; quizá porque no lo consiguió siempre le pareció que su hijo era una decepción. Arnoldo nunca aprendió a nadar.

Y con una madre..., por cierto, ¿dónde está la madre? No lo sabemos, y Arnoldo tampoco tiene la menor idea. Si le preguntásemos diría: ¿y para qué quiero yo una madre?, y se escarbaría entre los dientes o escrutaría el cielo para encontrar en las nubes una forma reconocible. En algún momento debe de haber existido una madre en su biografía, claro, pero no parece que haya sido un personaje clave en la vida del Loco. O sí, pero de la misma manera que nuestras carencias desempeñan un papel más importante que lo que tenemos.

De todas maneras, no te voy a dar ahora una lista de todos sus traumas infantiles. Créeme, si tú hubieses tenido su vida tampoco serías alguien de quien querrías ser amigo, basta con que entiendas eso. Aunque, en cierto sentido, no es peor que Cástor, sólo menos educado. Si te encontraras al Loco en un callejón oscuro inmediatamente tus piernas temblarían, se te haría un vacío en el estómago y empezarías a buscar un lugar por el que escaparte. Si te encontrases a Cástor, lo mirarías de reojo –nunca se puede estar seguro–, pero sobre todo esperarías de él que te cediese el paso si el callejón es estrecho o que te advirtiese de que no es bueno caminar solo por la noche. No diré que te fiarías de él, ¿por qué ibas a hacerlo?, pero no desconfiarías inmediatamente ni sentirías temor. Y en eso te equivocarías por completo.

Pero volvamos a Arnoldo, que ha terminado de jugar con los niños en el pilón, se ha secado al aire quizá demasiado fresco de la tarde, y

después

Arnoldo entró en la cabaña a buscar ropa de más abrigo; se puso una sudadera con capucha y un chaquetón militar de un ejército cuyo país no reconocería ni aunque le dijesen el nombre, uno de esos países que surgen de la descomposición de un imperio y están condenados a décadas o siglos de peleas internas hasta que los nuevos dueños han asentado su poder y se pueden permitir el lujo de conceder derechos a sus ciudadanos y una apariencia de respeto a sus deseos. Le hubiese gustado tener también la gorra que iba con el uniforme, pero sólo poseía ese chaquetón; también le faltaban los pantalones, aunque eso le importaba menos. En cada bocamanga llevaba una estrella, la misma que debía de haber figurado sobre las hombreras arrancadas de cuajo antes de que la prenda llegara a su propiedad. Sobre las condiciones en las que Arnoldo obtuvo tal propiedad, callaremos generosamente.

Salió de nuevo a la puerta de la cabaña; los niños estaban acuclillados a unos metros, como perros que aguardan alguna orden del amo o al menos que les arroje un mendrugo. Les dio un silbido y los niños se incorporaron de un salto, sus delgados músculos vibrando ya de tanta energía contenida.

Venid conmigo, vamos a hacer una visita a mi padre, a ver si el viejo cabrón ha averiguado algo.

El chabolo del viejo cabrón quedaba a no más de media hora a pie atravesando un peñascal en el que los niños solían buscar imágenes grabadas en la piedra, extrañas formas helicoidales, espirales, relieves fusiformes que palpaban con la misma atención que un ciego aprendiendo a descifrar un mensaje en braille: aunque no sabían gran cosa de cualquier asunto que no estuviese relacionado con su presente o con su corto pasado, como animales para los que sólo existen la memoria propia, la experiencia, sí sabían que aquellos dibujos perfectos y con una cantidad increíble de detalles –podías distinguir diminutas estrías que te permitían imaginar hasta el tacto de algunos caparazones–, eran reminiscencias de algo muy anterior a ellos, testigos de mundos que habían desaparecido. El Loco se lo había contado; ya digo, no menospreciéis al Loco, que sabe más de lo que parece, y no juzguéis a nadie sin conocer su pasado ni su futuro, porque ese viejo andrajoso con el que te cruzas en un semáforo quizá fue un físico nuclear o un filósofo, y ese joven tirado en el suelo y babeando porque ha bebido o fumado no sabemos qué, un día dirigirá

naciones y decidirá sobre la vida de cientos de miles, quizá la tuya. Arnoldo tiene un pasado, no fue siempre el Loco, pero lo que fue antes de serlo no nos interesa para nada; confórmate con saber que también les había hablado de explosiones galácticas, inimaginables maremotos, ríos que van excavando el mundo y un día, dentro de varios eones, acabarán por partirlo de lado a lado, regiones cubiertas de hielos de colores increíbles –azul, rosa, violeta, incluso rojo al atardecer cuando el sol se refleja en una capa de nubes–, peces enormes que emergen de las aguas y se arrastran sobre sus vientres y luego procrean, se reproducen, pueblan la tierra, imagina un ser humano sin miembros y sin cuello, así eran esas criaturas que salieron del agua, como salieron otros animales, esos que tocáis ahí, acorazados contra los enemigos siempre hambrientos, salieron de las aguas por millones, porque intuían que el mar se retiraría, y así fue, de pronto los mares se evaporaron y fue una hecatombe entre los bichos que no podían respirar el aire ni huir a la suficiente velocidad: esto que veis estaba bajo el agua, un paisaje de algas y corales, un espacio para los tiburones y otros animales con varias filas de dientes. Así es. Así fue.

Pero en esa ocasión no se detuvieron a encontrar figuras que aún no conocían y que siempre buscaban como si intentasen hacer un inventario de todos los animales que habían merodeado, como ellos, por aquella región desolada, antes, cuando todo era verde y húmedo, y cuando el sol no quemaba la piel hasta abrir llagas en ella. Cuánto les hubiese gustado vivir en aquel mundo de altas vegetaciones, de árboles frondosos, de gritos, silbidos, rugidos, de dientes y pezuñas y picos y hasta de lenguas afiladas.

Tampoco estaba el viejo cuando llegó el Loco al chabolo. Los niños se habían quedado retrasados peleando por cualquier basura recogida en el camino y que habrían convertido en trofeo, porque para ellos cualquier cosa era digna de ser ambicionada y merecía soportar mordiscos, arañazos, patadas para alzarse con ella. Arnoldo no se ilusionó con la ausencia de su padre; oía en algún lugar cercano golpes rítmicos en la tierra. Se dirigió a la huerta, en la trasera de la cabaña, pero al principio tampoco le vio. Lo buscó entre las judías, pensó que podría estar tirado entre las tomateras balbuceando incoherencias. Pero el ruido le llevó hasta un montículo de arena; detrás, en un hoyo, su padre cavaba al tiempo que maldecía su puta vida y su puta suerte.

El Loco meditó si podría librarle de sus penas cubriéndolo con la arena amontonada, pero sabía que el viejo no agradecería el gesto y saltaría como un gato del agujero, sin darle tiempo a enterrarlo. Y su

padre, con una pala en la mano, no era enemigo fácil.

Hola, papá.

Hola, hijo. ¿Te vas a acostumbrar ahora a visitarme todas las semanas? ¿Has descubierto a tus años el amor filial? ¿O quieres comprobar si me he muerto para quedarte con mis pertenencias?

Arnoldo tiene su propia cabaña, dijo Arnoldo. No necesita nada, sabe valerse por sí solo y las cosas de su padre nunca entrarán en su casa. Arnoldo sólo hace lo que debe hacer.

¿De quién coño hablas, de un amigo? ¿Por qué no dices yo, yo quiero, yo no quiero, como la gente normal? No es tan difícil, ¿no?, pero de niño eras igual: Arnoldo quiere, Arnoldo piensa. No sé cómo yo, alguien como yo, he podido tener un hijo deficiente.

El viejo salió del agujero con agilidad. Ni siquiera tuvo que soltar la pala para salir, sino que la usó como apoyo.

Es un pozo. Estoy cavando un pozo para regar la huerta.

¿Y cómo sabes que hay agua ahí?

Agua hay por todos lados. Las tres cuartas partes del mundo están cubiertas por el agua. El setenta por ciento del cuerpo humano es agua. Sería mala suerte que precisamente aquí no la hubiera. ¿Son tus acompañantes, tus guardaespaldas?

¿Quiénes?

Señaló con la pala hacia la casa.

No quiero que esos salvajes metan las narices en mi propiedad.

Vienen conmigo.

Pues que no vengan contigo o no vengas tú. Seguro que querrán robarme los frutos de mi trabajo. A propósito de trabajo...

¿La has encontrado?

...y de frutos. Quedamos en que me darías la mitad. Esos salvajes, están pisoteando donde acabo de sembrar.

El viejo enarboló la pala y dio unos pasos hacia los niños, que se dispersaron corriendo, no como quien tiene miedo, sino eso, como niños, jugando a que no me atrapas.

Maldita sea su sangre. Te digo que no me los vuelvas a traer aquí.

El viejo echó a caminar hacia la casa arrastrando la pala a sus espaldas. Por esa vereda marcada sobre la tierra con el filo de la pala caminó Arnoldo como un funambulista; no se salió ni una vez de la línea. Al entrar en la casa le invadieron las sombras y un olor a descomposición. Sobre la mesa situada en el centro de la sala había un animal a medio desollar, quizá un perro, quizá un lobo.

El viejo sonrió.

No me lo voy a comer, si es lo que estás pensando. La piel, para el

invierno. Estaba escuálido pero para un gorro y una bufanda da, o una de esas cosas que llevaban los curas sobre los hombros, ¿cómo se llamaba?

Cómo voy a saberlo. Nadie sabe esas cosas.

Claro, tú eres de otra religión. Sacerdote de la huesa y adorador de la carroña, puta madre, cómo habré tenido yo un hijo tan tarado.

Arnoldo era incapaz de contestar a su padre. Toda su elocuencia desaparecía ante el viejo cabrón, que sabía siempre qué decir, qué tono adoptar, cuándo sonreír y cuándo maldecir. Y él seguía siendo un niño cogido en falta.

El anciano se sentó en el borde de la cama y sólo entonces soltó la pala, que se estrelló ruidosamente contra el suelo. El sonido recorrió los dientes de Arnoldo como si hubiese tocado algún nervio.

Dime una cosa, hijo. Supongamos que encuentro a esa mujer que buscas.

Te lo agradeceré mucho, papá.

¿Por qué te iba a decir dónde está?

Te he prometido darte la mitad.

Eso es. La mitad. Pero ¿por qué me debo conformar con la mitad? Si dan una recompensa, puedo entregar yo a la chica a las autoridades. Los intermediarios son un invento superfluo del capitalismo. En la edad de piedra no había intermediarios.

Sin Arnoldo no sabrías ni que existe.

Ah, pero de eso no podemos estar seguros, ¿o sí? Imagina que hubiese ido a la ciudad, a pasear, a ver a mis amigos, a mis asuntos, a mis cosas, y que hubiese visto el cartel ese que está colgado por todas partes. ¿Te habría necesitado entonces? Así que lo único que has hecho ha sido adelantarte a mi visita a la ciudad, despojándome así de la mitad de lo que me pertenece.

Arnoldo se sentó también en el borde de la cama, a unos metros de su padre. Podría estrangularlo. Ahora que había dejado la pala en el suelo no sería tan difícil apretar ese cuello de pollo hasta oírlo crujir.

Pero no te preocupes. Soy tu padre y respetaré el trato aunque me perjudique. No quiero que vayas diciendo por ahí que estás en la miseria porque tu padre nunca te dio una oportunidad. La chica: la conoce mucha gente. Casi todos mis amigos la han visto alguna vez. Anda cerca del puerto, no saben con qué grupo va; parece que es una de esas perras que cambian de jauría cuando le conviene.

¿Dónde está? ¿Dónde vive?

Ése es el problema, que nadie ha sabido decirme. Desde que colgaron los carteles se ha escondido. Ya no se la ve tanto por ahí.

Pero...

El viejo se relamió el labio superior. Aguardó complacido la pregunta.

¿Pero? Algo sí has averiguado.

Se la ha visto con un tal AM.

Otra vez AM. Otra vez ese chico al que él tampoco ha sabido encontrar. De todas maneras finge que es una información novedosa.

¿AM?

A mí no me preguntes. Será un apodo, o siglas de algo. AM. Vive en uno de los rascacielos cerca del puerto. No sé en qué piso, pero si le aguardas a la entrada unas horas seguro que puedes averiguarlo. Entre tú y tus cachorros encontraréis la manera. La gente es blanda. No tiene resistencia al dolor. Al contrario que tu padre. ¿Te he contado cuando saqué una bala de mi pierna con un cuchillo?

Varias veces, muchas. Casi cada vez que hablamos me lo cuentas.

Porque es una historia ejemplar, pero los hijos no aprenden de sus padres. Ésa es la tragedia de este mundo. Si ella está con él, alguna vez lo acompañará a casa. Dicen que se va con cualquiera. No te hagas ilusiones, contigo no. Tendrás que obligarla. Pero eres mi hijo; conoces los beneficios del uso de la fuerza.

Rascacielos hay muchos cerca del puerto. Tendrás una dirección.

El viejo fue a la mesa, sacó un cuchara del cajón, se acuclilló en el suelo y se puso a dibujar calles, paralelepípedos, las dársenas del puerto en la mezcla de polvo y tierra apisonada que formaba el suelo. Aproximadamente, dijo, pero se le notaba el orgullo, para que te hagas una idea. Y debajo escribió el nombre de una calle. Entretanto el Loco estaba de pie mirando por encima del hombro los dibujos de su padre, que iba perfeccionando aquí y allá como un artista no del todo satisfecho con su obra. Aquí está, me han dicho, dijo el padre, y clavó la cuchara en lo alto de un edificio que sobresalía de los demás. Asegúrate de que es verdad y ve a informar a tus amos. Hijo, no me decepciones, no creo que mi corazón resistiese otro disgusto.

Los gritos de los niños llegaron hasta ellos. En la habitación en penumbra sonaba como si se encontrasen en la bodega de un barco y de pronto hubiese llegado una bandada de gaviotas. Arnoldo sonrió. Estarían peleando por algún despojo que habían encontrado. Pisoteando la huerta, derribando alguna valla que les estorbase en sus juegos.

La próxima vez..., dijo el viejo.

Ya sé, que no venga con los niños.

La próxima vez me traes una botella de aguardiente. Es lo menos,

llegar aquí con un regalo para tu padre, honrar sus canas.

Yo no sé si has pensado que hay instituciones. Quiero decir, que no tendrías que soportarlo necesariamente.

Bueno.

Irina dibuja con la uña senderos sinuosos en el azúcar que acaba de verter sobre la mesa por accidente o juego. Cástor no suele saber por qué Irina hace las cosas. Dos días atrás, mientras le hablaba de la discusión que había tenido con el director de Medical Hill, Irina abrió el grifo de agua caliente; la dejó correr un rato hasta que empezó a salir vapor y entonces puso el dorso de la mano bajo el chorro. Luego sacó la mano enrojecida y la miró perpleja, como si no acabase de desentrañar la relación causa efecto.

Digo el niño, que no tendrías por qué tenerlo en casa. Hay soluciones. Estaría bien. Mejor que aquí. Quizá.

Irina sonríe con la amabilidad de quien acaba de recibir un elogio que no merece del todo.

Aquí está bien, estamos bien.

Pero no puedes ir a ningún sitio. O tienes que llevarlo contigo. Y él está siempre solo. Eso no puede ser bueno para un niño.

El idiota, consciente de pronto de que hablan de él, cambia varias veces seguidas el peso de una nalga a otra, se baja de la silla, vuelve a sentarse, da una carcajada que hace a Cástor recordar el pueblo de sus abuelos, donde aún se oían ruidos así, a lo lejos, en las huertas, de animales que él ni siquiera recuerda haber visto. Es un sonido de hace décadas, de cuando las iglesias daban campanadas y aún había vendedores ambulantes que anunciaban su mercancía por altavoces. En realidad, ni siquiera está seguro de haber asistido a ello, probablemente sólo lo vio en algún documental cuando era niño, de esos que te hacen imaginar cómo vivían tus padres y alegrarte de haber nacido más tarde que ellos.

Lo digo por el crío, dice. Le haría bien. Jugar con otros niños, tener profesores que le enseñen cosas.

¿Te molesta que esté aquí? Él te quiere mucho. Se alegra cada vez que vienes.

Yo también le quiero. Por eso pienso en su bienestar.

Prefiero que pienses en mi bienestar, no en el suyo. Del suyo me ocupo yo. ¿O te molesta? Dime la verdad, no me importa.

Irina toma la barbilla del niño en una mano, la sacude hacia los lados, tira de ella hacia arriba y hacia abajo. El niño no opone resistencia.

¿Necesitas algo? ¿Por qué me dices que piense en tu bienestar? Me ocupo de todo.

Lo sé, mi amor, soy la mujer más feliz del mundo.

Nunca he sabido qué hacer con la ironía. Debe de faltarme una conexión neuronal, porque la ironía me paraliza. Dime lo que quieres, si quieres algo.

Ich bin wunschlos glücklich.

Y si me lo dices en polaco me siento aún más incómodo. Es como si me insultases sin que yo pueda defenderme. Me revienta que me hables en polaco. Es un atraso que aún existan varios idiomas. Conocemos hasta el último jodido rincón del átomo, hemos llevado naves espaciales a lugares que nunca verá un ser vivo, hemos creado ordenadores que replican los sentimientos humanos. Pero aún no hemos acabado con los idiomas.

Ach, mein kleiner Puschelbär.

Tampoco la entiende esta vez, pero el tono tierno en el que pronuncia esas palabras lo tranquiliza. Entonces piensa que la frase no está dirigida a él sino al idiota. Le gustaría que Irina le rascase la cabeza y podría pedírselo: Irina, ráscame la cabeza. ¿Te imaginas diciendo una cosa así? ¿Y si ella responde que no tiene ganas? Hay cosas que no deben pedirse nunca y sólo se aceptan cuando nos las dan espontáneamente.

Estoy cansado, dice Cástor. Las elecciones son en tres meses y el partido se ha vuelto loco. Ahora quieren ser revolucionarios. A tres meses. Reformar, cambiar las cosas, recuperar las esencias, devolver la ilusión a los votantes. Lo que quieren es mi puesto, Irina. Y yo no tengo nada que oponerles. Dicen que mi imagen se ha desgastado. Que las epidemias. Que las encuestas. Que la política es así. Es como estar nadando y un montón de peces te empiezan a mordisquear, a probar a qué sabes y si puedes defenderte o eres ya un cadáver.

Irina suelta la barbilla del idiota. Se levanta y lleva su silla junto a la de Cástor. No está claro si va vestida con camisa de tirantes y shorts o si es un bikini con demasiada tela. Y los bordes tienen unos ribetes con flecos que casi exigen ir acompañados de sombrero de cowboy y botas de ante; pero Irina está descalza, como siempre, y lleva trenzas recogidas en dos ruedas y sujetas a los parietales, como alguna de las esposas de Enrique VIII. Irina le toma la mano, pero a Cástor no le gusta que le tomen la mano, le hace sentirse viejo, un moribundo al que acompañan cuando se acerca el último suspiro.

Necesito la sangre, si tuviese la sangre iba a hundir a todos esos que trepan por mis piernas, dice retirando la mano, pero toma una taza con té que está en la mesa para disimular el gesto; no quiere herir a Irina, que le escucha siempre como si le entendiese.

¿Tú querrías vivir trescientos años? Al preguntarlo tiene la sensación de que no es la primera vez. Qué más da. Le tranquiliza escucharla.

Sólo si tú también vives tanto tiempo.

Es mentira, seguro que es mentira, pero da igual. Lo importante es que Irina dice siempre lo que Cástor quiere oír. El idiota tiene la vista perdida en algún punto del techo. También él podría vivir trescientos años, y esa posibilidad hace que Cástor sienta pánico, porque ése es el lado malo de la longevidad, que también los seres más indeseables alcanzarán edades bíblicas: el idiota envejecido y casi eternamente ahí, mirando al techo o haciendo pompas de saliva o con el labio superior manchado de leche. La longevidad debería administrarse a gente escogida. A sus votantes, por ejemplo. ¿Por qué va a hacer ese regalo a quien no le aprecia? Un partido no debe intentar satisfacer a todos porque entonces pierde contornos. Hay que seleccionar, decir quién disfrutará los favores y quién no. Sólo si marcas la casilla adecuada serás uno de los elegidos. El resto... ¿a quién le importa el resto? Pero Cástor no tiene nada que ofrecer todavía. Promesas que nadie cree. Sus manos están vacías. Arnoldo no le trae nada. Y la espera se le está haciendo eterna. Como en esos sueños en los que buscas algo, sabes que está muy cerca, pero no consigues encontrarlo. Así siente la vida: un lugar en el que el tiempo, la distancia y los objetos se han distorsionado. Nada es exactamente como debiera ser, pero los demás no se dan cuenta. Sólo tú. Así que va a tener que presionar al loco ese que ha empleado. Es lo único que se le ocurre en ese momento, lo que dice mucho de su desesperación.

Y de repente sucede: Irina le pone la mano en la nuca y comienza a acariciarle a contrapelo. Ach, du kleiner Puschelbär; o sea, que la frase sí le estaba dirigida, y ese tono de madre conmovida también era para Cástor. Está cansado, siente que hace tiempo que ha perdido el control, que los problemas se le acumulan, que es un portero al que decenas de jugadores le envían balones casi al mismo tiempo y él no es capaz de detener uno solo. Pero al menos Irina le acaricia la cabeza. Cástor simula apoyar el rostro en las manos para encontrar una postura más cómoda; pero lo que hace es ocultarse. Irina nunca le ha visto llorar.

Declaración del padre

Mi hija es inmortal. No es eterna, porque si lo fuese yo no sería su padre. Es decir, técnicamente no es inmortal. No del todo. Podría matarla un accidente o algún violador o una bomba. Lo que digo es que, de no ocurrir ninguna de esas cosas, vivirá para siempre. Entonces, para entendernos, no es como los dioses griegos que pueden resultar heridos pero poco tiempo después vuelven a estar dispuestos para la batalla. Ella es más bien como Aquiles. Tiene su punto débil. Pero si una flecha envenenada no la alcanza en el tobillo, seguirá ahí indefinidamente. Es una metáfora. A mí me gustan las metáforas.

No fue siempre así. Era una niña normal; también era una adolescente normal, si es que hay adolescentes normales. Fue después que se volvió inmortal. A los dieciséis o así. Dejó de envejecer, de transformarse. Tenía una piel perfecta. Además sin acné. Nuestra única preocupación –nuestra significa de mi mujer y mía– es que no le bajó la regla. Y, al parecer, sus células o no morían, lo que me han dicho que es imposible, o se renovaban sustituidas por otras idénticas, lo que también es imposible. Mi hija es, técnicamente, una mutante. Porque ella era normal: perdió los dientes, le salieron otros, creció, donde había un pecho liso se desarrollaron las lógicas protuberancias, surgió vello donde antes había una piel delicada y suave. Yo no la espiaba, que quede claro, pero a veces uno descubre esas cosas sin quererlo, un padre, quiero decir, y no voy a dar detalles. Lo que importa es que soy el padre de una mutante. Y esto no es una metáfora. Es la realidad. Ella era una cosa y se convirtió en otra. Con superpoderes. No vuela ni tiene la fuerza de un ciclón ni ve a través de las paredes. Sencillamente, no envejece. Por lo que es de suponer que no muere. Es Dorian Gray y su retrato soy yo.

Yo sí envejezco. A pasos agigantados. Tengo cuarenta y aparento más de cincuenta. ¿Es ésta mi maldición por engendrar a una mutante? No es justo. Mi sangre es normal. Mis células mueren a miles todos los días. Se me cae el pelo, he perdido ya dos dientes. Me están saliendo lunares, manchas, pequeños fallos en la pigmentación de mi piel revelan la fatiga de los materiales. La carne empieza a colgar flácida de mis tríceps y mis pectorales. Maldita sea, me están saliendo

tetas de vieja.

Un día, cuando descubrí la transformación, le hice una propuesta. Mi mujer ya no estaba con nosotros. Ella tampoco era inmortal. Sin embargo, atravesábamos una buena época. Teníamos luz eléctrica, agua, funcionaba el alcantarillado. Los vecinos se saludaban en los pasillos y en el ascensor. Llevábamos una vida cómoda, teníamos pantallas táctiles, electrodomésticos que hacían lo que debían hacer, aire acondicionado y purificado de radicales negativos. Yo trabajaba para la universidad; iba cada semana una vez, no era necesario más. El resto lo hacía desde casa; las clases, las tutorías. Daba un beso a mi hija antes de irme a acostar. Los domingos salíamos a dar una vuelta por el barrio. Nos compramos un perro y lo sacábamos a pasear.

Pero la zona se deterioró. Poco a poco. Apagones primero. Después ruidos sospechosos, puertas reventadas, miedo a asomarse al pasillo. No podía conectarme cuando lo necesitaba. Tenía que irme a otros barrios para poder hacerlo. Y a veces no me atrevía: explosiones, humo, peleas. ¿Cómo no me iban a despedir? Mi mujer había muerto. Yo me fui quedando cada vez más encerrado, más absorto.

Sí me daba cuenta de que el mundo cambiaba pero mi hija no. Era más fácil descubrir esa continuidad cuando su entorno se transformaba día a día. Seguía teniendo un aspecto aniñado; si comparaba dos fotos suyas entre las que había tres o cuatro años de diferencia, apenas podía notar cuál era posterior (podía descubrirlo viéndome a mí si salía yo también en la foto). Eso no es normal en alguien que aún debía de estar creciendo, transformándose en mujer.

El único cambio notable fue de carácter. Supuse que la adolescencia no le llegaba por el cuerpo sino por el humor. Apenas la veía por el día. Salía a la calle a pesar del peligro, llegaba a casa después de haber anochecido, eufórica, sin rastros de agotamiento. Me daba miedo preguntarle a qué se dedicaba en sus salidas. Luego dejó de venir a dormir todos los días. Una tarde la vi desde la ventana; estaba con otros jóvenes, caminaban sin hablarse, como soldados de un ejército derrotado que regresa a casa. Ella llevaba una camiseta de tirantes, pantalones cortos. Y también llevaba guantes y una máscara de gas o algo parecido colgando del cuello.

Un día, cuando entró en casa después de unos días sin aparecer, le dije, así, sin pensarlo: no has cambiado nada. Como si llevásemos años sin encontrarnos. No pasó mucho antes de que me revelara su secreto. Además estaba muy preocupada porque no le bajaba la regla. Yo no me había dado cuenta de eso, claro, suponía que todo estaba bien, o que mi mujer habría intervenido en su momento. Pero mi mujer no

estaba. Seguramente ni llegó a enterarse de que su hija no menstruaba.

La llevé a un médico amigo. Entonces aún podía permitírmelo. El chequeo reveló que Alegría tenía una sangre extraña, de alienígena. Grupo A, hasta ahí normal, lo anormal era la cantidad elevadísima de leucocitos, y con plaquetas que favorecían una regeneración acelerada de las células, como si le hubiesen hecho una transfusión con un líquido traído de otro planeta. Le repitió el análisis porque todo aquello parecía un error o una broma del laboratorio. La sometió a otros exámenes que desconozco. La conclusión fue clara: no envejecía al ritmo normal y parecía tener una inmunidad extraordinaria frente a virus y bacterias. Cada día, cada año, era casi idéntica a sí misma: mientras yo me convertía en un anciano ella mantenía su aspecto de adolescente.

Yo estaba desesperado en aquella época y, de pronto, se abría una puerta a otra dimensión, veía ante mí una escalera transparente por la que yo ascendía casi incorpóreo, como los ángeles o como extraterrestres en el momento de ser teletransportados. Pero cuando hice la propuesta mi hija me respondió: sabía lo que me ibas a decir. Lo dijo con un desprecio tan denso que podría haberse materializado entre nosotros como un objeto áspero y de contornos imprecisos. ¿Cuál es tu grupo sanguíneo?, me preguntó. Fríamente, como si mi destino le diese igual. El deterioro, el declive, la muerte de su propio padre no la afectaban. «A» y «B»: nuestros respectivos tipos sanguíneos. Yo había pensado que quizá me podrían ir haciendo transfusiones poco a poco, que ella me habría cedido su sangre para transferirme sus poderes. Pero ella me hizo la pregunta y, cuando respondí, sospecho que se alegró.

Ok, está bien, le dije. No es posible la transfusión. Pero un análisis a fondo sí. Quizá se podrían descubrir las causas de la mutación. Y quizá se podría inducir en otras personas. En mí. En tu padre. Todo tiene causas físicas. No estamos hablando de milagros: el vino transformado en sangre, Dafne en laurel, Zeus en águila. Estamos hablando de la realidad. Estamos hablando de ciencia, mi vida. De cosas que se miden y cuantifican, experiencias verificables y falsificables, procesos que se pueden reproducir en un laboratorio.

Hija, eres un tesoro, le dije. Y ella me entendió perfectamente. Leyó en mis ojos que codiciaba ese tesoro. Para mí. ¿Por qué no? ¡Soy su padre! Sin mí ella no existiría. Peleamos. Quiso irse de casa. Yo perdí el control, intenté retenerla por la fuerza. Aún conservo sus arañazos. No le guardo rencor. Soy su padre. No la he vuelto a ver

desde entonces. Pero sé que está viva. La flecha envenenada no ha alcanzado su talón sin durezas ni grietas. Me han venido a buscar. Me han ofrecido dinero si la encuentro. Yo no quiero dinero aunque mi mayor manjar es un lote caducado de ravioli. Yo tan sólo quiero vivir doscientos años. Pongamos trescientos. Su sangre también es mía ¿no? Sus genes son míos. Su cuerpo es mío. Nunca abusé de él, lo juro. Saturno devoró a sus hijos por mucho menos, para que no lo echasen del trono. Pero yo nunca le haría daño. Yo soy un buen padre. Y ella era una buena hija. Por eso me arrodillo, en serio, me arrodillo sin avergonzarme sobre las baldosas del salón, y te ruego: hija, vuelve, me estoy muriendo.

Ping le sujetó la mandíbula con una mano mientras que con la otra le metía un dedo en la nariz.

Pong hablaba y hablaba en un idioma incomprensible, gesticulaba como si en un mercado el carnicero hubiese querido estafarle en el peso, protestaba en un idioma que parecía compuesto sólo de consonantes y de sonidos nasales.

Ping lo soltó y lo dejó un momento a solas con el otro, que seguía su perorata, cada vez más airado. Ping tomó del fregadero una taza, inspeccionó el reborde oscuro, arrugó la nariz, y, sin mirar hacia la ventana, estrelló la taza contra el vidrio. Sólo Arnoldo se volvió a ver el desaguisado. El ruido de cristales rotos calmó a Pong que pasó a murmurar en su lengua satánica, una especie de lamento desdichado que emitió cejijunto. Arnoldo entendió por fin una palabra, que había estado ahí desde el principio pero que él tardó en reconocer: Cástor. Enseguida se dio cuenta de que aunque apenas pronunciaba las vocales, Pong iba salpicando su discurso ofendido con ese nombre. Eran enviados de ese hijo de Satanás.

De no haber sido por los papeles diferentes que desempeñaban, Arnoldo no habría podido distinguir a uno de otro. No sólo sus rasgos eran idénticos (ojos achinados, nariz corta y con una punta redondeada que parecía una bola que hubiesen pegado al resto en el último momento, cejas, ojos y cabellos tan negros como el caparazón de algunos escarabajos; medían ambos alrededor de un metro cincuenta, y llevaban el pelo cortado con un flequillo infantil; para colmo, habían debido de comprar la ropa en los mismos saldos: botas negras de caña alta, a pesar del calor, por encima de unos pantalones de chándal grises y dados de sí en las rodillas y en el culo, una camiseta negra con un rótulo que decía: AT&T, iluminamos el futuro. Podrían iluminar el puto presente.

Pero se los distinguía en que Pong era el que hablaba y explicaba en su jerga asiática, mientras que Ping golpeaba, rompía, recorría la cabaña ahora como un animal prisionero, de pared a pared y vuelta, otra vez, un oso cabeceando mientras camina, ah, qué romperás ahora, qué tesoro vas a encontrar en la cueva de Arnoldo. Se detuvo en el centro exacto de la cabaña, contempló el altar decorado con tanto mimo, ¿cómo no lo había visto antes?, chasqueó la lengua, se inclinó sobre la figura que empuña la guadaña y el mundo, no, ¿verdad?, no te vas a atrever a cometer el peor sacrilegio, hay cosas que no pueden entrar en los asuntos de los humanos, en sus rencillas y violencias, hay cosas de verdad sagradas, Mictecacihuatl, no dejes que ocurra, que un rayo nos mate a los tres juntos antes de que toque tus

santos huesos.

Ping y Pong sudaban, las gotas se les remansaban sobre las cejas. Ping se inclinó sobre el altar en una lenta reverencia, alargó la mano, tomó a la Santa por el cuello, la levantó en alto para mostrársela a su hermano, que dejó de hablar de repente aunque se quedó con la boca abierta, asintió con un movimiento tan breve de la cabeza que Arnoldo no podría haber jurado que lo hizo. Pero de todas formas Arnoldo empezó a gritar, quiso levantarse pero Pong de pronto se convirtió en hombre de acción; le dio un golpe en la yugular, tan fuerte y seco que Arnoldo imaginó un objeto más sólido que un puño; creyó perder el conocimiento, pero no tuvo esa suerte. Ping arrancó el cable del enchufe, alzó su trofeo como un piel roja mostraría la cabellera que acaba de cortar a su enemigo y lanzó con fuerza a la Santa contra la pared. Arnoldo esperó el estruendo, de la figura al romperse en añicos y del mundo al estremecerse. Pero la Santa rebotó como si fuese de goma y fue a parar a sus pies. Los hermanos se miraron perplejos, sin entender el milagro. Sin apreciarlo. Pong tomó una banqueta, le dio la vuelta y se puso a machacar la figura con el asiento, a golpes sistemáticos y controlados, como quien quiere cascar una nuez evitando machacar el fruto. Arnoldo lo contemplaba inexpresivo. Algo se había roto en él, una conexión entre lo que sucedía a su alrededor y sus sentimientos. Ver a la Santa volar por los aires y estrellarse contra la pared había sido una experiencia tan aterradora que le había obligado a cerrarse sobre sí mismo. Quien está muerto no puede morir otra vez. Ni pestañeó cuando Pong retiró la banqueta para examinar el plástico pulverizado. Ja, dijo, y mostró a Arnoldo el resultado de su obra. Entonces recuperó el habla y retomó, suponemos que allí donde lo había dejado, su discurso; otras tres veces al menos pronunció el nombre de Cástor. Después Ping sacó un cuchillo de algún lugar a sus espaldas y lo mostró a Arnoldo.

El Loco sabía distinguir un bolo filipino de un kris malayo y desde luego reconoció ese cuchillo que recordaba a un boomerang. Nunca había visto de cerca sin embargo un kukri nepalí como el que empuñaba Ping. No era uno de ésos de aluminio con el que te podía amenazar un desgraciado en cualquier esquina para robarte, ni de esos que durante un tiempo se fabricaban los miembros de algunas bandas callejeras afilando y torneando una hoja de la ballesta de un camión. Él mismo, cuando apenas era un adolescente, se había hecho uno con un fleje de metal al que fue dando forma y filo durante meses y al que luego pegó un mango de hueso, y en el mango grabó con un punzón inscripciones que podrían haber pertenecido a un lenguaje antiguo,

porque le parecía que investían de poder al cuchillo –ya decíamos que era un adolescente– y al mismo tiempo hacían más firme la empuñadura, que nunca se le giró en la mano al clavar el arma. El kukri de Ping tenía también un mango de hueso o de cuerno, muy desgastado, en el que se distinguían inscripciones que podían ser auténticas; y la hoja, cuya punta le clavó Ping en el antebrazo, justo por debajo de la articulación del codo, había sido afilada tantas veces que, aunque se engrosaba considerablemente hacia el lomo, cortaba como una cuchilla de afeitar; y esa hoja que veía descender por su brazo trazando una línea roja que ya estaba a punto de alcanzar la muñeca, tenía un aspecto suave, erosionado por el tiempo y el uso, y un color de metal antiguo, gris, sin brillo. Ping clavó con más fuerza el cuchillo al alcanzar la muñeca, lo retiró, lo pasó varias veces contra una pernera del chándal con movimientos rápidos, más como si lo quisiese afilar que limpiarlo y lo volvió a guardar.

Los gemelos se levantaron entonces, hablaron unos instantes entre sí, se marcharon sin volverse hacia Arnoldo, prescindiendo de amenazas, insultos o nuevas vejaciones. Arnoldo siguió con la vista el reguero de sangre que empezaba en la parte interior del codo, bajaba por el antebrazo, formaba una mancha más amplia en la muñeca, creaba afluentes en las arrugas de la mano, recorría el índice y el anular, y goteaba sobre los restos machacados de la Santa Muerte. Ping no había querido hacerle daño de verdad, pensó Arnoldo, sólo asustarle. Aquello había sido un recordatorio de Cástor, su manera de motivarle para el trabajo: la punta del kukri no había cortado las venas ni los tendones.

Dijeron su nombre por los altavoces en la llamada para el turno de visitas de los sábados, a las 11.00, mientras ella estaba tumbada en el catre, vuelta hacia la pared para no tener que ver los movimientos de su compañera.

La puerta dio un chasquido metálico. Alegría se incorporó. Sus compañeras la estaban mirando; también la peripatética que había detenido su marcha, como si hubiesen congelado la imagen, un pie delante del otro, el segundo sobre la punta, casi levantándose ya para dar el siguiente paso, con la cabeza vuelta hacia la litera, parecía un número de mimo callejero, y si le hubiesen echado una moneda quizá habría continuado la marcha. Te han llamado, dijo una, tan sólo para poner en palabras la extrañeza de todas: después de cinco meses de encierro, era la primera vez que Alegría recibía una visita. No quiero ir, dijo Alegría. ¿Es para hoy?, llamó más que preguntó una voz al otro lado de la puerta. Alegría se levantó, pensando que acaso fuese alguna noticia de Buster, un médico de la clínica, un cuidador. Quizá Buster había muerto o se había escapado, aunque lo segundo parecía tan improbable como una estatua fugándose de un museo.

Se puso en la fila, saludó con un gesto a las otras reclusas, aunque a la mayoría sólo las conocía de vista, y siguieron al guardián, marcando involuntariamente el paso. A cada una le señalaron una puerta. Media hora, dijo el guardián.

Había encanecido en los años que llevaba sin verle desde que se fue de casa. Y su piel daba la impresión de haberse vuelto más gruesa, con poros que parecían vistos a través de una lupa, un relieve de diminutas hondonadas y protuberancias, surcado por una red de venas rojas y moradas y salpicado de excoriaciones. Una persona no puede envejecer tanto en tan poco tiempo, y tampoco pueden volverse tan rugosos sus párpados, las manos ligeramente temblorosas, todo el cuerpo como encogiéndose, como queriendo expresar con el marchitarse de la carne una derrota para la que no había palabras. Y la mirada: Alegría había visto ojos parecidos en perros que se alejaban con la rabadilla queriendo rozar el suelo si te aproximabas, o se orinaban de miedo aunque les estuvieses haciendo una caricia. La ropa ajada, pero limpia, un traje que quizá había llevado cuando trabajaba en la universidad muchos años atrás, no contribuía a mejorar su aspecto. Alegría se relajó, no iba a haber confrontación ni insultos, no tenía que estar a la defensiva. De aquel hombre no podía esperarse una agresión.

Hola, papá.

Hola, hija.

Alegría se sentó frente a su padre, cada uno a un lado de una mesa de plástico blanco como las de las terrazas de bares de barrios pobres. Las sillas también eran de plástico blanco. Y no había nada más en ese cuarto de dos metros por tres, salvo una cama estrecha cubierta con un edredón en una funda estampada con flores.

Te han avisado.

Un amigo tuyo. Me dijo que estabas aquí, hace ya unas semanas, y que a lo mejor necesitabas algo. He tenido que buscar mucho para encontrarte, sobornar aquí y allá.

¿Y en la puerta qué has dicho?

Que era amigo de tus padres, dijo bajando la voz, qué iba a decir, ya sé que les has dado una identidad falsa. Y que ellos ya no están vivos. He venido en cuanto me ha sido posible.

Tenías muchas ocupaciones.

No seas irónica conmigo, no estoy bien.

¿Para qué has venido?

Ya te lo he dicho, por si necesitas algo. Aunque no nos veamos, sigo siendo tu padre.

Me arreglo bien, en serio, no te preocupes.

No tienes muy buen aspecto.

Estoy en la cárcel. ¿Qué aspecto quieres que tenga?

No te enfades.

No me enfado, pero no sé qué haces aquí. ¿Qué me dijiste cuando me fui de casa?

Estaba muy molesto contigo. Esas cosas se dicen y no se piensan. ¿Por qué no vuelves?

¿Adónde, a casa?

Claro, a casa. Conmigo. La calle no te sienta bien.

Alegría no tuvo corazón para decirle que a él la casa no le sentaba mejor.

¿Tienes trabajo?

Alguien en mis condiciones no puede trabajar.

¿De qué vives?

El padre carraspeó, contempló las paredes como si estuviesen cubiertas de cuadros valiosos, asintiendo no se sabía a qué. Alegría reconoció algo familiar en esa manera de no mirarla mientras hablaba con ella, fijando la vista a un palmo de su cara, como si se encontrase ligeramente desplazada o como si estuviese hablando con otra persona situada justo a su lado.

Estoy muy enfermo.

Ya lo sé.

Si volvieses, podríamos estar muy bien. Seguro que te pagarían por tu colaboración. Es algo que he pensado mucho: contrataríamos a un abogado para que defendiese tus derechos; exigiría un pago por someterte a los experimentos y un porcentaje de los ingresos que obtuviesen las farmacéuticas. Tenemos que velar por tus intereses.

¿Y tú?

Yo nada. Feliz de que estuvieses conmigo, como antes. Estoy enfermo.

Tu enfermedad se llama depresión.

Mira, mira mis manos. Las levantó con el dorso vuelto hacia Alegría, y levantó también la vista como si fuese a orar. Mira cómo se me han puesto los dedos. Son las articulaciones, se están hinchando, y en las piernas, y me han empezado a doler las caderas. Acabaré en una silla de ruedas. Pero eso no es lo peor.

Papá.

Lo peor es la infección. No dan con lo que es. Pero no sabes lo mal que lo paso. Gasto lo poco que tengo en médicos. No en médicos de verdad, no te vayas a creer. Enfermeros sin trabajo, médicos que ya no lo son, ya me entiendes.

Tienes que salir de casa, moverte, buscar una actividad.

No puedo, Alegría, te juro que no puedo ir a ningún sitio. Hoy he salido porque cómo me iba a quedar en casa estando tú en la cárcel. A pesar del dolor he salido. Eres mi hija.

No quiero volver.

Si tú quisieras, podrían curarme; a lo mejor bastaba con una transfusión. Soy tu padre.

Nuestros tipos sanguíneos no son compatibles.

Es su padre; hay cosas que no se pueden remediar. Casi siente ternura por él, casi olvida el acoso, los lloriqueos, en algún momento incluso amenazas. Lo ve allí, doblado, con ojos acuosos, la mirada perdida en su propia desgracia. Eso puede ser también un padre, ese despojo.

Anda, vete a casa.

Y por eso, porque soy tu padre, no quiero hacerlo.

Se está acabando la visita. Vuelve a casa, descansa un poco.

No quiero pero no me dejas otra opción. Es mi vida, ¿te das cuenta?, es mi vida la que está en juego.

Ya lo sé que es tu vida, y la estás desperdiciando. Vete a casa, en serio. Pero no te quedes allí. Sal después, busca una perspectiva. Eres demasiado joven.

Así que voy a tener que decirles quién eres. Yo sé que no te van a

hacer daño. Algún pinchazo, sí, pero a quién no le han dado un pinchazo. Yo llevo más de diez en este brazo, mira.

Y le tiende un brazo con las venas amoratadas, con puntos de sangre reseca, a saber qué le están metiendo, qué medicamentos le venden aprovechándose de su desesperación.

Cariño, es por tu bien, no sólo por el mío. Tendrás el futuro asegurado.

Allí está, ese individuo al que le debe los genes y quizá también le haya transmitido, sin beneficiarse de ello, las monstruosas propiedades de su sangre. Encogido sobre sí mismo, como un yonqui con el mono encima que te asalta tembloroso a punta de navaja, y casi no puedes enfadarte ni odiarlo, porque ves su sufrimiento. Un yonqui que te conmueve pero eso no tiene por qué hacerte olvidar que si no le das lo que quiere te clavará la navaja donde pueda. Para ti él es un ser humano, para él eres un camino hacia lo que necesita.

Que no hace falta, papá, que tienes razón.

¿Qué quieres decir, en qué tengo razón?

Cuando salga de aquí, ¿me oyes?

Él asiente varias veces con la cabeza muy deprisa. La oye. Es todo oídos.

Cuando salga de aquí regresaré a casa. Haremos un plan. Llamaremos a un abogado como dices, no es cosa de que se queden otros con lo que es nuestro. Pero ahora no podemos revelar quién soy. Se aprovecharían de nosotros. No tendríamos el control.

¿Lo ves, mi amor? ¿Lo ves? Eso es lo que te estaba diciendo. Podemos salir ganando nosotros.

Sí, podemos ganar nosotros. Estoy cansada de huir. Y además, no estoy segura, pero puede que sí estés enfermo.

Sí lo estoy, cariño, princesa, estoy muy enfermo, corazón. Pero tú me vas a ayudar.

En un mes, tienes que esperar un mes. ¿Resistirás?

Cómo no voy a resistir un mes. Te estaré esperando. Pondremos en marcha un plan: si quieren tu sangre tienen que pagar, ¿verdad que sí?

Se levantó con una energía que no había mostrado hasta ese momento, dio vuelta a la mesa, abrió los brazos y esperó a que su hija se levantara también para abrazarla. Gracias, cariño, gracias. Vamos a estar muy bien. Besó su pelo, acarició una mejilla, la otra, volvió a abrazarla. Temblaba. Olía a comida y a algún tipo de desinfectante.

Hasta pronto, papá. Me alegro de que hayas venido. Ve a casa. Ya no voy a tardar.

Me lo prometes, ¿verdad? Me prometes que vas a venir.

Te lo prometo. Vamos a volver a estar como antes. Y te vamos a curar. Soy tu hija. No llores, no seas tonto. El tiempo se va a pasar volando. Me tengo que ir.

Cuando Alegría salió de la habitación de visitas, él seguía de pie junto a la mesa, sonriendo lacrimoso, y agitando despacio una mano, como se despediría alguien en un andén de una persona querida, antes, cuando la gente viajaba en tren. Mientras Alegría cerraba la puerta, su padre guiñó un ojo y la mano que saludaba se cerró para mostrar un pulgar hacia arriba. Parecía estar deseándole suerte. La mayor suerte sería no volver a verlo. No tiene intención alguna de que eso suceda.

Rezarle a la Santa Muerte. A ese polvo blanco juntado en un montoncito sobre el altar. Rezar a la huesuda aunque no vea su cuerpo y su luz no lo ilumine. Está allí. Arnoldo oye su voz, el eco de un susurro que se desplaza entre las estrellas. Algún día ajustará cuentas. Él ni olvida ni perdona. Arrodillarse ante ella, persignarse, encenderle cirios, regalarle cajitas de cartón con exvotos dentro. Los dientes de los niños, las uñas de Arnoldo, darle lo más valioso, esas partes del cuerpo que no perecen ni se corrompen. Él ha abierto ataúdes en los que la humedad ha creado un humus maloliente surcado por seres vivos que huyen de la luz al levantarse la tapa; pero entre el estiércol y los gusanos resplandecen los dientes, y las uñas, cuando el resto de los huesos están ya carcomidos por dentro. Un día le dará los dientes de esos dos orientales sacrílegos. Todos ellos, los treinta y tantos que adornan sus sonrisas hipócritas.

En el exterior un viento hacendoso barre delante de la puerta, se lleva en volandas los malos espíritus, silencia los movimientos de Arnoldo cuando sale reptando con el cuchillo entre los dientes, como un pirata malayo que se acerca al fortín enemigo. Le duelen los codos al apoyarlos en la superficie pedregosa pero se siente bien. No les ha revelado que sabe dónde está la chica. ¿A esos dos esbirros? Ni una palabra que les pudiera dar un cuerpo de ventaja. Él será el primero. Y cuando la tenga en su poder verterá en el suelo su ofrenda definitiva. Noche, protégeme. Lluvia, lava mis pecados. Noche, devórame.

No podía estar seguro de que los dos orientales no estuviesen acechándolo, detrás de aquel arbusto a la derecha, ocultos por aquella roca más adelante, invisibles como espectros, unas sombras que se mueven muy deprisa a lo lejos, un soplo de aire frío que apenas delataba su presencia. Ahhh, dijo Arnoldo, incorporándose, la maldita pierna dolorida, un escozor como si un perro le hubiese mordido la pantorrilla; renqueó a una velocidad sorprendente para alguien que se daba impulso casi sólo con la izquierda. Él quiso haber sido vagabundo, recorrer el continente entero, llegar a la orilla del mar, cruzarlo como fuese, en un barco o a hombros de un tritón o de una sirena –pero las sirenas son traidoras–, él no estaba hecho para quedarse anclado en las afueras de una ciudad, ser aquél al que no abren las puertas cuando le descubren en la pantalla del portero automático, mendigar en lugar de alimentarse de los frutos que recogería por el camino. Pero si caminaba más de dos o tres horas la pierna se le incendiaba, una quemazón como si le estuviesen

devorando vivo las termitas.

La Luna quiso jugar a cucú-tras pero eligió una nube demasiado delgada y se le veía la calva brillante. Arnoldo atravesó el puente; sudaba por el calor y por lo que le cansaba caminar medio agachado para que su figura no se recortase como una sombra chinesca sobre el telón del cielo a medio iluminar. Se arrepentía de no haber avisado a los chicos, no porque pensara que los iba a necesitar –no era el momento de la violencia–, pero le habrían ayudado a acortar la espera.

No sabía por qué muchas calles no llevaban nombre como hasta hacía muy poco. Quizá porque nadie buscaba ya una dirección mirando los letreros. Pero ¿cómo encuentras lo que buscas si no tienes gps? Hacía años habían desaparecido también casi todas las cabinas telefónicas, una lástima porque una parte de sus ingresos provenía de forzar con una pata de cabra la caja metálica que contenía las monedas. De todas formas, aquel trabajo cada vez le dejaba menos beneficios porque la mitad de los pocos que todavía las usaban pagaba con tarjeta.

Siguiendo las descripciones de su padre acabó por encontrar lo que buscaba. Tenía que reconocer que había dibujado un buen plano. No era tonto el viejo, sólo cabrón. Arnoldo elevó la vista desde el pie del edificio. Era un rascacielos sin señas particulares, un paralelepípedo algo más alto que los que lo rodeaban, de cristal azulado y ni un solo saliente; una superficie lisa como el teflón de una sartén. Habría querido tener ventosas en las palmas de las manos para trepar e irse asomando a cada uno de esos acuarios, espiar a los seres vivos que se desplazaban sigilosos o acurrucaban en las sombras; porque la mayor parte del edificio estaba a oscuras. Apenas alguna mancha de luz en el azul marino del vidrio, brillantes gotas de blanco azulado que recordaban un pequeño barco a la deriva, con un fanal encendido en el puente de mando, rodeado por un inmenso océano completamente en calma. Sólo que por debajo de la superficie se mueven criaturas abisales de ojos hinchados como globos y dos filas de dientes. Ver ese mundo desde el otro lado del vidrio, ver a los atemorizados habitantes que no encienden la luz para que no se sepa que están allí y los posibles merodeadores pasen por su lado sin percatarse de ellos. Él, el Loco, testigo invisible, observando a todos esos animalitos temblorosos que cierran los ojos para que nadie los descubra: pero yo sé que estáis ahí.

Y por supuesto le habría gustado asomarse también a esos pozos de luz que se abrían en lo negro, averiguar quiénes eran los habitantes

del edificio que no tenían miedo. Quizá esa golfa se pasease ahora mismo en ropa interior por su vivienda, fumando o canturreando o rascándose la entrepierna.

En el centro del recibidor del edificio se veía un escritorio y, detrás de él, una silla volcada. Los timbres del portero automático habían sido arrancados para llevarse los cables. Él también podía contar en su currículum con un período, breve, de ladrón de cables y metales en obras, tendidos eléctricos, vías férreas, garajes subterráneos, bloques de viviendas, centrales energéticas –mucho más difíciles de saquear porque además de alarmas contaban con jaurías de perros guardianes–, fábricas, escuelas, hospitales, cuarteles. Con unas cizallas y una sierra circular extraía los materiales deseados como una bandada de buitres despojaría de la última brizna de carne el cadáver de un animal.

Comprobó con unos pocos tirones y empujones que la puerta estaba cerrada. Varios arañazos en la pieza de metal que protegía la cerradura revelaban intentos previos de introducirse en el edificio por parte de personas no autorizadas. El cristal de dos pulgadas lo que revelaba era que los residentes sabían que esa fortaleza estaba asediada.

La espera podía ser larga y no deseaba quedarse parado delante del portal, donde cualquiera podía verle, y donde además se expondría a que una patrulla se acercarse a pedirle la identificación y qué estás haciendo ahí, y estás planeando robar, y sabes que no se puede salir a la calle sin documentos y acompáñanos, ya lo explicarás todo en comisaría. Inspeccionó la acera de enfrente buscando algún lugar cómodo y resguardado. Frente a una tienda abandonada de artículos para peluquerías encontró una trampilla de metal, que probablemente había servido para dar acceso directo a la bodega, de forma que se pudiesen guardar las mercancías sin pasar por la tienda. Incrustada en la plancha había una argolla de metal, que consiguió sacar, aunque no sin romperse dos uñas. Tiró de ella y levantó la tapa de la trampilla; la giró 180º cuidando de que el metal no golpeara contra el suelo; ni siquiera chirrió, como si la acabasen de engrasar. Bajó con cuidado unos escalones de piedra que no parecían demasiado desgastados. De lo hondo subía un olor a polvo y a algo que le recordó la casa de su padre, un olor a anciano poco limpio. Allí, de pie, sólo con la cabeza asomando a la calle, a ras del suelo, se dispuso a aguardar a la chica. No tenía un plan claro para cuando la viese. Era una misión de

reconocimiento, pero, bueno, si iba sola podría aprovechar para rebanarle el cuello.

Se imaginó como uno de esos soldados que había visto en imágenes de guerras antiguas, asomados al borde de una trinchera para otear al enemigo con unos anteojos; llevan casco redondo, casi media esfera rematada por un ala plana, y llevan también manchas de barro en la cara y las uñas están rotas y los dedos hinchados por el frío. Le habría gustado encontrarse en esa situación, haber vivido esa guerra, oler en ese instante la pólvora y la tierra húmeda y el sudor pegado al uniforme. Imaginó también que aviones que no conseguía ver, porque volaban por encima de las nubes, descargaban toneladas de bombas sobre el frente, y también imaginaba que veía caer las bombas, escualos de metal oxidado con letras y números en las aletas que él no conseguía descifrar. Notó que una de las piernas se le humedecía y al mismo tiempo sintió calor en ella: imaginó que le habían herido –algún trozo de metralla– y que estaba sangrando. Ojalá ningún órgano vital hubiese sufrido daños. Cuando bajó la vista, el perro todavía tenía la pata alzada y consiguió soltar dos chorritos más de orina sobre el pantalón de Arnoldo. Después se sentó sobre las patas traseras y se le quedó mirando como si esperara algún tipo de recompensa. De niño había tenido un perro como ése, pequeño, lanudo, de pelo basto como el de algún animal silvestre, que le seguía a todas partes. Desapareció de repente sin dejar rastro, y Arnoldo siempre sospechó de su padre; el viejo cabrón ya era aficionado a la huerta y siempre andaba refunfuñando porque el perro se meaba en las tomateras y enterraba huesos entre los ajos. Dio una patadita cariñosa en el costado al perro y recibió dos lametazos en el zapato. Un animal simpático. Arnoldo se sentó en un escalón; ahora la humedad se había enfriado sobre la pernera. Agarró el hocico del animal y lo zarandeó un poco. Mira cómo me has puesto. ¿No te da vergüenza? El perro seguía cada movimiento de Arnoldo; parecía creer aún que en cualquier momento echaría una mano al bolsillo y sacaría una chuchería. Aunque oyó ruidos allí fuera, Arnoldo estaba tan entretenido con el perro que tardó varios segundos en reaccionar. Cuando asomó del sótano ya la puerta del edificio se había cerrado y sólo consiguió ver la espalda de un chico o una chica joven que enseguida dobló a la derecha y se perdió en un pasillo. Arnoldo corrió al edificio y golpeó el cristal aunque sabía que nadie volvería sobre sus pasos para abrir la puerta a un desconocido a esas horas de la noche. Atravesó otra vez la calle a toda prisa, sin mirar a los lados; por suerte, y aunque a veces alguno la cruzaba por las transversales,

ni un solo coche entraba en aquella calle, como si fuese terreno minado y todos lo supieran. Ninguna luz se encendió en el frente del edificio. Arnoldo corrió primero a un costado y luego a otro; por fin, en la fachada, arriba, arriba del todo, en el último piso, se iluminó una ventana. En el mismo lado del pasillo por el que se había perdido la espalda. Desde esa ventana se verían el puerto, los cargueros, las grúas paradas desde que los sedimentos cegaron la entrada, el parque de contenedores oxidados. Contó tres ventanas oscuras desde la esquina antes de llegar a la encendida. No sería complicado encontrar desde el interior el apartamento al que pertenecía. Sin mucho convencimiento, regresó a la entrada de cristal blindado e intentó introducir el cuchillo a la altura del pasador, pero el metal de refuerzo tenía un reborde que le impedía llegar a él.

Bonito cuchillo.

Arnoldo vio en el reflejo sobre el cristal de la puerta que eran cuatro, muy jóvenes. Iban vestidos con traje de chaqueta gris y corbata, como si acabasen de salir de una fiesta o de una reunión de trabajo, aunque supuso que pertenecerían a una de esas bandas urbanas cuyos miembros se vestían todos de la misma manera. A la gente le encantan los uniformes. Arnoldo comenzó a orinarse y la humedad descendió por la pernera seca.

¿Tienes un cigarrillo?

Fue otro el que habló, en un extremo del semicírculo algo irregular que habían formado a su alrededor como sin quererlo.

No fumo.

¿Y a mí qué me importa si fumas? El que quiere fumar soy yo. ¿Tienes un cigarrillo?

No.

Haber empezado por ahí. ¿Qué estabas haciendo, has perdido la llave?

Estas puertas no se abren con llave, sino con tarjeta.

Ah, y has perdido tu tarjeta.

El perro cruzó la calle en ese momento y se acercó al grupo, fue de uno a otro, olisqueando los bajos de los pantalones de todos, pero prefirió el olor de Arnoldo. Se sentó a su lado; la lengua le colgaba veinte centímetros fuera de la boca; jadeaba como si hubiese corrido una gran distancia.

¿Es tuyo?

Arnoldo y el perro se volvieron hacia el chico que había hablado, el mismo que le había pedido un cigarro.

Sí. Se llama Ariel.

¿A mí qué me importa cómo se llama?

Arnoldo se encogió de hombros.

Todos se quedaron contemplando el animal como si esperasen que hablase o se pusiese a caminar sobre las patas traseras. Cuando se cansaron de aguardar, o porque sí o vete tú a saber por qué, sin una palabra, los cuatro jóvenes se alejaron caminando hacia el interior de la noche, hasta desaparecer en ella como en una bocamina.

El perro mostró los dientes y gruñó hacia lo oscuro, ladró también unas cuantas veces por cumplir, a un volumen más apto para que Arnoldo se diese por enterado de que el chucho cumplía con su deber que para espantar enemigos.

¿Nos vamos?

Arnoldo echó a caminar con el perro detrás. No tenía la intención de pasar la noche a la intemperie. Después de cruzar tres o cuatro calles recordó que no había cerrado la trampilla. Alguien podía caerse por el hueco y romperse el cuello. Que se joda. En esta vida hay que andarse con los ojos bien abiertos.

Unos años atrás Cástor había dejado de comer. Al principio no fue una decisión consciente; no era que rechazase seguir viviendo ni que se hubiese propuesto batir un récord como esos individuos con afán de notoriedad que se encierran en un cubo de plástico transparente durante dos meses o se suben a lo alto de un poste para batir la marca del último imbécil que se subió a un poste. Tampoco era una dieta radical, que nunca necesitó: Cástor es delgado e, incluso a los casi cincuenta que tiene ya, luce un vientre plano. Y por supuesto no fue una promesa hecha a dios alguno ni un ejercicio ascético con el que aprender a liberarse de las tentaciones del mundo o de la adicción a los placeres fáciles.

Cástor se olvidó de comer. Eran años complicados; había sido subsecretario de algo y acababa de ser ascendido a secretario de otra cosa. No lo digo yo así por desprecio a la política, es él quien lo habría dicho. Para él la actividad política no estaba ligada a un contenido. A partir de cierto nivel da igual en lo que trabajes: puedes pasar de asuntos sociales a política energética o a cuestiones de interior. Nadie espera que seas un experto; tu función es imponer medidas que otros elaboran, descabezar a la disidencia, presentar el producto de forma atractiva, mostrar capacidad de decisión, perspectiva, visión de futuro. Así que a Cástor le daba igual la materia con la que trabajaba, porque la auténtica materia era el poder. Lo digo con la misma ecuanimidad que habría mostrado Cástor, del que se pueden decir muchas cosas, pero es un hombre ecuánime que no se engaña; sí engaña a otros porque eso es absolutamente imprescindible. Cástor siempre cuenta cuál fue la clave del gran éxito de los nazis –a veces tiene que explicar a quienes le escuchan, si son muy jóvenes, quiénes eran los nazis, se ha habituado a ello–. La clave era dar a los alemanes lo que querían pero prometiéndoles algo distinto. Algo que pudieran aceptar con buena conciencia: la familia, la nación, el futuro, nuevos valores. Y a cambio les daban venganza, les daban eliminación de la competencia, les daban control. Pero casi nadie habría votado a un partido que les hubiera dicho directamente que gasearía a hombres, mujeres y niños, que repartiría sus despojos entre los alemanes, que llevaría a los hijos de los alemanes a morir en la guerra.

Cástor, a su modesto nivel, hace lo mismo. Promete lo que quieren oír los demás, no porque vaya a dárselo ni porque los demás lo esperen, sino para no tener que hablar de aquello que todos desean. El arte de la política no es mentir, tampoco ser sincero, sino saber qué se puede decir y qué no.

¿Por qué estamos hablando de todo esto? Porque Cástor atravesaba

entonces ese momento de aprendizaje, ascender desde una masa de activistas que se creen de verdad sus eslóganes, confundiendo lo explícito con lo verdadero, a ese nivel de política en el que se pasa a las cosas serias: al conocimiento profundo de los fantasmas de los votantes. Y quizá por eso, y porque el nivel en el que estaba Cástor también era uno en el que podría encontrar su techo o, peor, ser rebotado otra vez hacia abajo, no tenía tiempo para tonterías: ver la televisión, hacer el amor con su mujer o con la de otro, interesarse por los deportes, comer.

No sabemos –si no lo sabe él, nosotros tampoco– cuánto tiempo pasó antes de que se diese cuenta de que había dejado de comer. Bebía bastante, no sólo bebidas alcohólicas o estimulantes. Y fue al apurar un martini dejando que la guinda entrase en su boca, cuando le resultó desacostumbrado el hecho de masticar: desmenuzar algo sólido con los dientes le pareció que era propio de animales o de seres primitivos. La imagen le produjo cierta sensación de vértigo: se imaginó parte de una cadena que atravesaba milenios, remontándose a los grandes saurios que despedazaban entre enormes incisivos restos vegetales junto con trozos de cadáveres, tejidos musculares, entrañas, grasa; vio a un buitre dando tirones con el pico de un tendón que asomaba por el cuello desgarrado de un herbívoro que aún pateaba el aire, vio a un individuo de frente huidiza y enormes arcos supraciliares sorbiendo la médula de un hueso mientras la baba le caía por la barbilla, se vio a sí mismo estrujando entre los dientes la guinda del martini, vio el líquido rojo, la masa espachurrada que pasaría al bolo alimenticio. Contuvo una arcada y se dijo: nunca más volveré a comer.

No es un idiota, Cástor, así que aunque se negase a comer, sí consumía líquidos con valor nutritivo; caldos de carne y de verduras, sopas frías, refrescos, vino, chocolate a la taza. Nunca se había parado a pensar cuánto tiempo se ahorra si se prescinde de la comida. Sus compañeros lo miraban con una mezcla de admiración y miedo. Cástor no come, se decían, casi se susurraban en los pasillos de los ministerios, y no sabían cómo interpretarlo, pero sí discernían el celo con el que trabajaba, una especie de ferocidad que ponía en cada gesto, en cada frase, en gestiones que, sin esa tensión, habrían parecido insignificantes. Todavía piensa Cástor que parte de su carrera se la debe a la reverencia que provocaba su renuncia a comer.

Pero hace años de eso. Ni siquiera sabría decir cuándo volvió a ingerir alimentos sólidos; probablemente la transición fue lenta, unas aceitunas con una bebida, algunos tropezones en una sopa. Y aunque

aún hay empleados que creen que Cástor sólo se alimenta de líquidos o del aire o de sangre humana, la verdad es que no hay razón para que renuncie a ese placer; porque Cástor se ha dado cuenta de que comer es también una manera de ejercitar el poder; él había necesitado la fuerza del anacoreta para ir acumulando informaciones, expedientes y tareas: pero más tarde el poder que necesitas es otro, es poder directo sobre la gente, saber cortocircuitar sus canales de comunicación, conocer las debilidades de éste y los rencores de aquél, y para ello es necesario salir, encontrarse, comer juntos. Invitar a comer es crear dependencias. Pero además, el hecho de exigir que pongan ante ti un plato de precio desproporcionado y devorarlo sin dejar restos es una demostración de quién eres, de lo que puedes hacer con vegetales, animales, productos elaborados, recursos naturales, de una dentellada engulles meses de fotosíntesis, células que se multiplican y se especializan, energía solar, funciones metabólicas, cadenas genéticas que interrumpes de un mordisco y empujas tráquea abajo junto con años de crecimiento vegetal, maceraciones, destilaciones, envejecimiento en barrica de acero. Comer es mostrar al mundo quién coño manda aquí.

Comer o ser comido, le dijo el presidente y alzó profesoral el índice como si estuviese afirmando algo original, una enseñanza que hay que transmitir de padres a hijos. El presidente hablaba con metáforas, con parábolas, con símiles. Daba bien en televisión. Parecía sabio, pero era un imbécil mezquino. Comer o ser comido, y a ti te están royendo los talones, querido amigo, le dijo en su despacho forrado en caoba, no hace tanto. Y pidió a la secretaria que les llevase unos aperitivos. Luego cambió de tema. Él hacía las cosas así para no tener que dar explicaciones. Una frase significativa y después a hablar de asuntos corrientes o de tonterías. Comieron lo que trajo la secretaria en una bandeja de madera, Cástor esperando a que el presidente le diese un consejo, que le revelase algún truco para sacudirse a los perros que le mordisqueaban los pies. Pero el presidente no dijo nada. Y eso era decir mucho.

Cástor está ahora en su casa, cenando, que es la razón por la que me he acordado de aquel tiempo en el que habría sentido repugnancia al hacerlo, masticando muy lentamente porque ahora mismo su atención no está en ese tenedor que se lleva muy despacio a la boca por lo que tampoco percibe que la carne es demasiado fibrosa y que Ping y Pong también debían de encontrarse distraídos pues cualquiera podría ver que el filete está chamuscado por un lado y casi sin hacer por el otro. Y Cástor mastica con una constancia de herbívoro, como si

no tuviese ninguna otra cosa que hacer en la vida y todos sus días fuesen iguales, un herbívoro dotado de panza, redecilla, libro y cuajar, al que nada le interesa en el mundo, ni siquiera esa masa informe que pasará de un estómago a otro y la mastica, la mastica, la mastica.

¡Ping! grita y la puerta del salón se abre tan de inmediato que Cástor sospecha que Ping estaba aguardando detrás de ella, una especie de gólem sin otra misión que esperar a ser convocado para ponerse en marcha, sin cuestionar ni pedir explicaciones, un ser moldeado con materia inerte que sin embargo ejecuta al pie de la letra, mudo, los deseos del amo. Quizá Cástor podría incluso limitarse a introducirle en la boca un papel con la orden escrita de lo que debe cumplir. Y allí está Ping, de pie ante él, con los ojos demasiado abiertos –¿tomará psicofármacos?– como para sugerir extrema atención. Aunque Cástor se pregunta si cuando grita Ping es Ping el que llega, porque podría ser Pong y él jamás se percataría de ello; quizá usan sus nombres de manera intercambiable, como meras interjecciones que conjuran al más cercano.

Pong, saca el coche.

Cástor aguarda un gesto de extrañeza, quizá incluso que el criado se atreva a corregirle y señalar su error, pero el criado recibe la orden con un seco y marcial asentimiento de cabeza, se gira sobre los talones, como si de verdad estuviese jugando a ser el ordenanza de un mariscal, y sale de la habitación.

Del cuaderno de AM (IX)

Hay dos formas de irse: «irse de» e «irse a». «Irse de» es siempre el reconocimiento de una derrota.

En ese preciso instante el Che Guevara se encuentra en la selva boliviana con otros cuarenta y cinco hombres y una mujer. Su propósito es extender la revolución por América Latina después de haber fracasado en África. AM lee las descripciones de combates, escaramuzas, huidas, muertes, de selvas y montañas que apenas puede imaginar aunque las haya visto ya en fotografías y reportajes: ¿a qué huele, cómo es de denso el aire, qué sientes cuando te toca aquel sol violento? La respiración dificultosa por la humedad, los insectos, los pies desollados, el humo que sale de las cabañas dispersas en la vegetación, el cadáver de algún pequeño animal pudriéndose entre la maleza. Le gustaría estar allí, no tanto por la revolución, sino por la experiencia sensorial. Aunque también le atrae la idea de la revolución. Como la que están haciendo los chicos del colegio. En armas contra los opresores. Violencia contra violencia. Y como la que está teniendo lugar en las calles y en los túneles. Una revolución que por ahora consiste sobre todo en estar oculto en la selva. Esperando el momento.

AM está sentado en el suelo con un periódico sobre las piernas cruzadas. Tiene la cabeza agachada y el pelo que le cae por los lados le tapa la cara. Alegría parece no hacer nada, sentada en el borde de la cama, pero si te fijas en su expresión te darás cuenta de que está concentrada, y tú y yo comprendemos que alguien que lleva varios días encerrado y se sabe perseguido no puede dejar de pensar en cómo escapar, que por su cabeza pasarán una y otra vez diferentes posibilidades de huida, películas enteras de persecuciones, peleas, quizá muertes.

¿Sabéis que el fin del mundo está cerca? dice Husky con la naturalidad de quien continúa una conversación intrascendente. Ni AM ni Alegría le responden. Él se retira del ventanal.

Tengo que irme. Sólo os traía la foto para que estéis al tanto. Además, sois demasiado silenciosos. Empiezo a sentirme extraño, como si comunicarse con los demás fuese una enfermedad o una rareza. ¿Te vas a quedar aquí encerrada para siempre? Pues antes de irme te digo que hay un sitio, a mil kilómetros de distancia, más o menos, que se va a salvar del fin del mundo. Una montaña a la que es muy difícil acceder. Un tipo ha vaticinado que va a ser el único lugar que se salve de la hecatombe. Estoy pensando en irme allí cuanto antes, porque no voy a ser el único que lo haga y tengo que encontrar una casa antes de que llegue la avalancha de gente. Tiene que estar bien, eso de sobrevivir al fin del mundo, descender luego de la montaña, recorrer las regiones desiertas, como Adán y Eva cuando les

expulsaron del paraíso. Eso es algo que me fascinaba de niño: no el paraíso, que es fácil de imaginar, pero sí el mundo al que llegan Adán y Eva tras la expulsión; ¿había animales en él? ¿Cierra el Paraíso después de la salida de Adán y Eva y todos los animales que había allí salen a vagar por la Tierra? ¿De dónde sacan las ovejas, las cabras, el ganado que pastorean? ¿Os imagináis ser Caín y Abel, dos niños solos en un mundo desierto? A mí siempre me pareció imposible que Caín matase a su hermano. Nadie lo haría. Acabar con tu único compañero de juegos, con tu confidente, con tu rival. Y, lo que nunca he entendido es, si Eva era la única mujer, ¿cómo se reprodujeron Caín y Abel? ¿Tuvieron hijos con su madre? ¿Se reprodujeron por partenogénesis? ¿O había otras hermanas con las que mantuvieron relaciones incestuosas? ¿Cómo viviremos los que escapemos al fin del mundo? ¿Crearemos comunidades pacíficas o nos combatiremos hasta exterminarnos? Desde un punto de vista biológico lo segundo no tendría sentido porque habría suficiente territorio para todos. Eh, que os estoy hablando. ¿No queréis dar una opinión? No hacéis mucha compañía.

Avísame cuando te vayas a marchar. A lo mejor me voy contigo, dice Alegría.

Husky no sabe si lo está diciendo en serio.

¿Dices ahora, cuando me marche ahora o cuando me vaya al refugio?

Lo segundo.

¿AM?

AM continúa en la selva.

AM, insiste Husky. ¿Tú te vendrías con nosotros?

¿Adónde?

Alegría se levanta y va hacia Husky. Toma su cara entre las manos, la gira en una y otra dirección.

Son distintos. Son distintos de verdad.

¿Adónde?

Huir de aquí. Escapar. Desaparecer, dice Husky.

No me gusta huir de los sitios.

¿Y de dónde vas a huir si no?

Quiero decir...

¿Qué estás leyendo?, pregunta Alegría.

Nada.

AM arroja el periódico hasta el otro extremo de la habitación. Los tres miran las hojas ahora desparramadas por el suelo.

Digo que cuando ella tenga la nueva identidad podríamos

abandonar la ciudad. Aún no es seguro, pero creo que he encontrado a alguien.

¿Y vosotros por qué vais a buscar otro sitio? A quien persiguen es a mí.

Los dos se encogen de hombros a la vez. Si fuesen sinceros, tendrían que decir: porque nos gustaría sentirnos perseguidos, ser tan importantes para alguien que nos busque y nos acose. Si fuesen de verdad sinceros, tendrían que reconocer que no hay un lugar en el mundo que, si es el tuyo de procedencia, no quieras abandonar a los veinte años. Quedarte en el lugar de origen es una forma de resignación. Moverte, desplazarte, salir, estar de camino te hacen sentir que eres tú quien ha decidido; aunque te persigan. Porque te persiguen.

Alegría se cansa de esperar la respuesta.

Husky también, algo decepcionado porque nadie se ha interesado al decir que quizá ha encontrado a quien podría falsificar una documentación para Alegría. Como si no tuviesen confianza, ni en él ni en nada. Como si no se creyesen que saldrán algún día de ese cuarto. Le gustaría decirles unas palabras de ánimo. Todo va a salir bien, os lo prometo. Como en esas películas en las que alguien también promete lo que no sabe si podrá cumplir.

Os llamo, dice. En cuanto sepa algo os llamo.

Cuando abre la puerta una corriente de aire levanta las hojas del periódico y las lanza de vuelta a donde está AM. Una hoja doble queda pegada contra el pecho de AM. Podría ser una señal y AM debería leer las noticias incluidas en esas cuatro páginas buscándola. AM no cree en señales; se quita las hojas de encima con un manotazo.

Nadie te ayuda. Todos quieren algo de ti, te seducen o amenazan, pero si tropiezas no te van a dar la mano para que te levantes. La mala suerte es contagiosa y si alguien cae o sufre un accidente es mejor mantenerse alejado. Llovía, por cierto. Mientras el Loco, subido al tejado, se esforzaba por cerrar con materiales de fortuna una grieta por la que entraba el agua en su casa y meditaba sobre la solidaridad humana. Llovía como podría imaginar uno la última lluvia antes del apocalipsis. Una lluvia de trópico que golpea las hojas como a puñetazos y sólo puedes ver los ojos de las fieras resguardadas en la entrada de una cueva y el verde saturado de la espesura. Y sin embargo alguien se acercaba a la cabaña: Arnoldo llevaba rato viendo el coche vadear charcos y sacudirse borracho sobre los baches, poco a poco, por el camino que llegaba del puente. Un coche negro y poderoso, con ruedas de camión y faros de edificación industrial.

El Loco claveteó un listón de madera con el que pretendía desviar provisionalmente hacia el canalón medio roto un reguero de agua que si no lo remediaba seguiría entrando por una esquina del techo e inundando el suelo.

Con el índice untó barro por debajo de la madera para que el dique fuese lo más estanco posible. Los haces luminosos saltaban alumbrando alternativamente el cielo y la tierra, descubrían la tromba de agua a distintas alturas, como un foco de la policía en busca de un sospechoso. El coche estaba a no más de quinientos metros y a pesar de su lentitud llegaría pronto hasta la casa de Arnoldo. Vio Arnoldo cuanto había hecho y todo estaba muy bien, pero sabía que no podría descansar el sábado como Dios, porque muy pronto tendría visita, pues el camino iba a morir apenas cien metros detrás de la casa en medio de un pedregal; Arnoldo siempre se había preguntado quién abrió ese camino y adónde quería llegar antes de que la muerte, la desgracia o el aburrimiento lo disuadiesen de su propósito.

Arnoldo se bajó del tejado en el mismo momento en el que el coche, una mezcla de jeep, limusina y vehículo blindado, se detuvo frente a la casa. Arnoldo no soltó el martillo; cruzó los brazos y lo acunó en ellos. Las luces del coche se estrellaban con tanta fuerza contra el muro de la casa que habrían podido derribarla, pero las grietas que ya tenía ni se ensanchaban ni se alargaban, aunque la luz hacía que destacasen como las venas de un hombre demacrado. No se distinguía ningún movimiento tras los vidrios color antracita; podría tratarse de un vehículo teledirigido y en unos segundos algún ser lejano se

dirigiría a él por un sistema de megafonía. Al cabo de un rato se apagaron los faros, el automóvil cabeceó ligeramente, se abrió la puerta del conductor y apareció Ping, o Pong, con un traje negro abotonado hasta el cuello y con gorra de plato a juego. No le dirigió la mirada, tan sólo rodeó el coche por delante para ir a abrir la puerta trasera del lado opuesto. Se quedó en posición de firmes, salvo que la mano izquierda abrió un paraguas y lo mantuvo en alto; primero asomó del vehículo un pie de mujer por debajo de la puerta (tacón de aguja que se clavó en el barro, luego otro buscó su compañía, y lo siguiente que vio Arnoldo fue una cabeza con un peinado descomunal, un suflé de pelo y fijador, que parecía flotar sobre el borde superior de la puerta. Tal como había previsto Arnoldo, el primer pie que pretendió avanzar se salió del zapato y titubeó en el aire. Hubo unos segundos de incertidumbre, incluso la pose marcial de Ping o Pong –dejemos el juego, yo sé que se trataba de Pong aunque Arnoldo no pudiese distinguirlo–, tembló, se azoró, la mano que sujetaba el paraguas quiso también sujetar a la mujer pero enseguida percibió la imposibilidad. Al borde superior de la puerta se asomaron cuatro dedos terminados en uñas de color violeta y coronados por tres anillos de oro. Pong dijo ven aquí, y Arnoldo pensó que el gemelo saldría también del coche a ayudar, pero era a él a quien se dirigía el oriental. Arnoldo, chorreando casi tanto como el cielo, vadeó hasta donde se encontraba Pong, recibió el paraguas que le fue tendido, y Pong se inclinó hacia el interior del coche como para sacar de él a un bebé. Lo que sacó en brazos fue a la mujer, muy pequeña, pero mujer hecha y derecha, de al menos cuarenta, si no cincuenta, un ser adornado como para exponerlo en una hornacina decorando las escaleras de un burdel.

Pong llevó a la mujer en brazos, mientras Arnoldo los protegía de la lluvia con el paraguas, bajo el que habrían podido encontrar cobijo al menos cuatro personas. Pong abrió la puerta de una patada, se giró 90º para poder entrar con su carga y sólo la soltó cuando pudo hacerlo sobre el suelo casi seco de la cabaña. Arnoldo tuvo que pelear para cerrar el paraguas, y entró también en su casa cuando lo consiguió, procurando que la puerta, salida de sus goznes, se mantuviese en su sitio.

Con permiso, dijo Arnoldo, medio en broma.

La mujer ni siquiera miró a su alrededor, como si conociese el lugar de memoria. Tan sólo clavó los ojos en una banqueta y Pong se apresuró a limpiarla con un pañuelo. Se sentó el engendro levantando unos faldones que parecían almidonados. Sacó una foto de un bolso

rojo de lentejuelas y la puso boca abajo sobre la mesa. Sólo entonces miró también a Arnoldo y esbozó algo que podría haberse entendido como sonrisa. Después hizo un gesto con la palma abierta hacia la silla que se encontraba al otro lado de la mesa. Arnoldo se sentó.

Le pareció que era como en el Tarot de la Reina. Tenía que levantar una carta y en ella estaba escrito su destino. La levantó.

Ah, vaya, dijo.

¿Conoce a este hombre?

La mujer tenía una voz más melodiosa de lo que se podría haber esperado de alguien con vestimenta tan estridente y con esa nariz de ave. Sus labios eran hermosos; sus manos, enjoyadas, algo envejecidas, también, o al menos se movían de manera elegante, sin esfuerzo.

No lo he visto en mi vida.

Me gusta la gente discreta, dijo la mujer. Sin discreción nada puede salir adelante. Si me hubiese dicho su nombre me habría levantado y me habría ido.

Yo digo lo necesario. No se puede esperar más.

Cállese, no me ponga nerviosa. Si estoy aquí es por él. Yo sé que se han visto y que han llegado a algún tipo de acuerdo. No se preocupe. No le voy a preguntar en qué consiste.

¿Quiere café?

Querido, si quisiese café lo pediría. Volvamos a nuestro asunto, ¿le parece? A mí es que las cosas no me gusta mezclarlas, porque yo no tengo cabeza como mi marido para estar en varios asuntos a la vez. O aquí o allí, es lo que yo digo. Pero él no, él si no está haciendo esto y lo otro y lo de más allá al mismo tiempo parece que no está satisfecho, debe de creerlo muy viril, una de esas manías de los hombres que no se pueden estar quietos salvo para salir en las fotografías, y no digo las fotografías de familia, que hasta en las fotos de nuestra boda sale movido, como si estuviese a punto de irse a algún lugar, como si lo esperasen, eso es, mi marido siempre da la impresión de que lo están esperando en algún sitio, pero al menos en la foto que le acabo de mostrar sale bien, incluso guapo, ¿verdad, Pong?, quiero decir dentro de lo que cabe, porque guapo, guapo no lo ha sido nunca, pero ahí parece que tiene, cómo le diría, una cierta firmeza de carácter, supongo que es una foto para una campaña de algo, porque si no, de qué, pero a ver, que no hemos acabado de ponernos de acuerdo: ¿lo va a hacer o no? ¿Acepta el encargo?

En ese momento Arnoldo se dio cuenta de que aún tenía el martillo en la mano, así que lo dejó sobre la mesa. Pong se acercó, lo tomó y lo tiró hacia el fondo de la cabaña, todo ello realizado con tanta agilidad

que pareció tratarse de un solo movimiento.

Es que no la entiendo, no quiero ofenderla, pero yo ya hablé con su marido, con el señor Cástor, digo, dijo señalando la foto, y yo no doy marcha atrás en los acuerdos. Arnoldo sólo tiene una palabra y ya la ha dicho.

Justamente. Y en el ordenador de mi marido están todos sus datos, los datos de usted, quiero decir, y, pobrecito, se cree que yo no puedo ver lo que hace y lo que no hace, incluso se cree que no sé dónde vive la puta ésa con la que se consuela, aunque consolarse de qué, digo yo, si debería ser el hombre más feliz del mundo, pero qué quieres, los hombres son todos unos imbéciles, ¿verdad, Pong?, y yo sé lo que pasa, que llegas a cierta edad y de pronto estás sola y él se lo ha llevado todo, te ha dejado una mierda, toda una vida podrida esperando, pero luego o te mueres tú antes o él se larga y se lo deja todo a otra, pero a grandes males, grandes remedios, que es por lo que le estoy pidiendo, casi ordenando, pero amablemente, que mate a mi marido. ¿Nos entendemos ahora? Yo sé quién es usted y qué cosas hace, y si mi marido lo ha contratado es porque es usted de fiar, quiero decir, de fiar en cierta manera, y eso precisamente es lo que yo necesito, alguien de fiar en cierta manera. Cien mil, y no me regatee, porque a mí eso me parece una vulgaridad. Ah, y no me diga cómo lo hace, ni cuándo –pero no tarde mucho, porque una no va a vivir para siempre–. Es decir, que lo que quiero que me diga es si va usted a hacer ese trabajo sucio, porque yo sé que es un trabajo sucio, si no lo fuese lo haría yo o si no quisiese hacerlo desde luego no le pagaría esa barbaridad.

Mis trabajos son siempre limpios, dijo Arnoldo, y enseguida se arrepintió, porque no era momento de llevar la contraria, pero ella no se lo tomó a mal, sino que dio una carcajada alegre, casi juvenil y se volvió hacia Pong como para compartir su alegría, pero Pong no movió un músculo.

Eso es, querido, un trabajo sucio bien limpio. Eso es lo que queremos. Y le repito que no deseo conocer los detalles, porque me gustaría poder seguir durmiendo por las noches sin imágenes desagradables en la cabeza, porque yo duermo como un bebé, por eso tengo este cutis tan suave, si no duermes bien no puedes ser feliz, y mucho menos hermosa. Y yo no quiero que eso cambie. ¿Entonces?

Sí, claro.

Pong.

El oriental sacó un sobre del bolsillo interior de la americana –para lo que tuvo que desabrochar dos botones– y se lo tendió a Arnoldo.

Tómelo. Pero si lo toma ya no hay marcha atrás. Tomarlo es como firmar un contrato, porque lo que yo digo es que si no eres persona de palabra no eres persona, ¿no cree? Cincuenta mil, por cierto, en el sobre. La mitad, se lo digo por si se le dan tan mal como a mí los números; ha sido Pong quien lo ha contado porque yo me hago un lío. La otra mitad cuando haya cumplido con su parte. En el fondo no sé por qué le doy la mitad ahora, cuando todavía no ha hecho nada, pero lo mismo me pasa con los obreros que han hecho reformas en mi casa, que antes de sudar ya se han gastado una parte de los honorarios en cerveza. Tome, ¿a qué espera? ¿O es que no le interesa?

La mujer hizo una mueca tan rápida que Arnoldo ni siquiera estuvo seguro de haberla visto, algo con los labios, un gesto casi subliminal. Tomó el sobre de la mano enjoyada; era como recibir un salario de un Papa o de un rey, una mano venerable, huesuda, con pecas que revelaban la edad a pesar de la manicura, las cremas, los adornos. La Santa empieza a pedir lo suyo mientras aún caminamos, nos marca para que sepamos que vivimos un tiempo prestado y en algún momento no nos quedará más remedio que pagar nuestras deudas.

Arnoldo se preguntó si contar el dinero sería alguna forma de ofensa, pero la mujer asentía al mismo tiempo que enarcaba las cejas como animándolo. Arnoldo rasgó el sobre y le dio en la nariz un olor a billetes nuevos. Contó dos veces para no decepcionar a la mujer.

Su marido está ya muerto, téngalo por seguro, dijo, procurando que su voz sonase cavernosa y amenazante.

No, querido, mi marido está asquerosamente vivo. Y eso es lo que quiero que solucione. Porque si estuviese muerto no le estaría dando a usted este dineral.

Volvió a desbordársele la risa cantarina y se llevó la mano a la boca como si en realidad se le hubiese escapado un eructo. Luego golpeó con esa misma mano el tablero de la mesa.

¿Pong? Nos vamos. Gracias, no se levante, conocemos el camino.

Pong se inclinó, tomó a la mujer en un solo brazo como si apenas pesase –pero se le hinchó una vena de la frente–, tomó el paraguas con la otra mano y la sacó de la cabaña en cuatro zancadas. Arnoldo no se levantó. Se quedó rumiando ideas sin acabar de digerirlas. Tenía claro que estaba progresando. Trabajaba ahora para gente importante; un encargo de un político destacado y –algo que debía considerar un ascenso– el encargo de eliminar a ese político. El primero no podía cumplirlo, pero el segundo sí. Y con ese dinero le sería posible pagar a su padre, pero si podía evitarlo no tenía ninguna intención de

dilapidar su fortuna en un borracho. Tendría que reflexionar. Pero antes de nada, iba a ir a la ciudad a comprarse un traje. Hacía años que no entraba en una tienda. Se imaginó en la sastrería, de pie, con un empleado en cuclillas midiendo las perneras y el tiro, con alfileres en la boca y a pesar de ellos una sonrisa servil, el señor tiene muy buen gusto, ese paño me lo traen directamente de Inglaterra. Arnoldo se incorporó. Se asomó a la ventana, que no había reparado desde que la rompiera el oriental.

¿Seguirían existiendo las sastrerías?

¿Seguiría existiendo Inglaterra?

¿Recuerdas la última vez que pensaste que las paredes de tu casa no te protegían sino que te encerraban? Eras joven, seguro, porque a partir de cierta edad casi todos arrojan lo más lejos posible la llave de su prisión. Pero ha habido un momento, quizá más, en el que has pensado: tengo que salir de aquí. Si me quedo por más tiempo es el final de mi vida, de la vida que había imaginado. Mira, eso le sucedió a Alegría muy pronto, a los dieciséis y pico, cuando a su padre le dio por aquello de los análisis y de que en las venas de Alegría corría un tesoro y por volverse un impensable benefactor de la humanidad a costa de su hija. Las paredes de su dormitorio habían sido un refugio para Alegría. Entraba en su cuarto, echaba el cerrojo, ponía un vinilo en el tocadiscos –si te digo cuál es su música favorita no te lo vas a creer: tangos, boleros, Tom Waits; al final va a resultar una sentimental–, se subía la capucha de la sudadera, se tumbaba en la cama, y el mundo de allá afuera se desvanecía, un mundo de pesadilla que en lugar de desaparecer al despertar dejaba de existir al cerrar los ojos. Pero llegó un momento en el que ni siquiera eso bastaba: papá arañaba la puerta como un perrito al que han dejado encerrado en el desván, rogaba como esos pedigüeños que impostan una voz lastimera para que les hagas caso, le ofrecía esto y lo otro, cosas que podían hacer juntos, como cuando ella era niña. Sólo que ya no lo era.

Irse de casa fue tan fácil como salir una mañana a la escuela, tomar otro camino, y no regresar. No necesitaba mucho para vivir por su cuenta. No era una chica a la que le interesase llevar unas deportivas de tal marca, unas bragas de tal otra, un móvil con un logo determinado. Quizá es que podía permitírselo porque tenía una elegancia natural: podía ponerse unos vaqueros viejos, un suéter con no importa qué letras o formas, un gorro de lana de su padre, una bufanda que no sabemos de dónde ha sacado; a lo único que le prestaba atención era al calzado: siempre llevaba unas botas con las que podía pisar en cualquier sitio, atravesar charcos, patear una puerta que se le resistía. Pero no era una chica violenta, sigue sin serlo a pesar de tantos años en la calle; a veces se defiende, claro, y a veces tiene que hacer daño. No le guarda rencor al mundo; no tiene la sensación de que le deben algo; no tiene cuentas que saldar. Así que no la imagines como un ángel exterminador, porque no es ninguna de las dos cosas. No, no es uno de esos personajes de ficción que se vengan por ti de la sociedad que odias. Tu venganza es tuya: no puedes subcontratarla.

Alegría sólo intenta vivir, como tú, como yo, y lo único que de verdad necesita es que la dejes en paz; por eso yo me limito a

observarla desde lejos. Y desde esta posición privilegiada te diría que la mayor parte del tiempo Alegría está satisfecha, porque hace lo que quiere y porque casi nadie le da la lata. Si no fuese por su sangre, no se sentiría perseguida ni acosada. La gente pasa a su lado, la mira, hay algo que le llama la atención en esa chica algo abstraída, pero no hay nada en ella que invite a hilvanar conversación ni a cambiar de acera. No es que resulte indiferente o anodina, es que cualquiera se da cuenta de que vive en su mundo y de que no es un lugar de fácil acceso para los demás.

Mira a ese hombre acodado en la barra que la observa de reojo desde hace al menos media hora, esto es, desde que ella entró al bar, se sentó en uno de los sillones (atención al detalle: el sofá estaba vacío pero ella ha preferido sentarse allí donde nadie más puede hacerlo) y pidió algo de beber que tiene un color como el mar en algunos folletos turísticos. El hombre ha pensado abordarla, sentarse en el sofá frente a ella o, si lograse reunir el valor, en el brazo del sillón donde se encuentra Alegría y presentarse, decirle además que lleva un rato observándola porque tiene un gesto tan concentrado que se muere de curiosidad por saber lo que está pensando. No te rías: le ha funcionado alguna vez, aunque no siempre ha tenido la impresión de que haya valido la pena.

Pero Hans no se decide a abordarla. Hans tiene cuarenta y tantos, el pelo rubio le clarea sobre el hueso frontal y, extrañamente, sobre el occipital, lo que le da el aire de alguien que está siendo sometido a quimioterapia. Lleva gafas de metal dorado (hoy que quien se lo puede permitir ha pasado sus ojos por las cuchillas del láser) y una delgada marca blanquecina rodea su anular. No es que esconda el anillo cuando al anochecer visita las barras de los bares, es que ha dejado de llevarlo porque se convirtió en el símbolo de una pérdida: el anillo no está ahí porque su mujer tampoco está. Una mañana de domingo Hans se levantó de la cama somnoliento. El olor a café le hizo sonreír; aún en pijama fue a la cocina; Cardamomo lo esperaba sentado sobre sus patas traseras, mirando al pasillo por el que apareció él; le recibió con uno de sus canturreos, mezcla de lamento e invocación, una melodía de anciana piel roja ante la tumba de un guerrero. Tener un perro y que no ladre, su mujer lo decía, cada vez que te ve se pone a lloriquear, pero él respondía que los beagle ni ladran ni lloriquean, son así, cantan, pero ella entonces decía que sólo lo hacía con él, y era verdad, en cuanto le veía se sentaba sobre las patas traseras y entonaba su queja, como si le presentara un antiguo agravio, igual que un acreedor que persigue al deudor durante

décadas ya sin esperanza de cobrar la deuda. En efecto, había café caliente en la cafetera. Sobre la mesa se encontraban taza, plato, cubiertos, servilleta, y una nota amarilla que con la letra de su mujer le decía: en el frigo hay mantequilla y mermelada, las tostadas en el segundo armario de la izquierda, arriba. Son las últimas palabras que le dirigió su mujer; no volvió a verla y un día, meses después, se quitó el anillo porque le parecía que era como seguir unido a un fantasma, a un difunto, a alguien que nunca te quiso. Echó el anillo en el cuenco de Cardamomo, lo vio metérselo en la boca, darle allí mil vueltas, hacerlo sonar contra los dientes, y al final se lo tragó. A Hans le hizo sonreír la idea de que un día Cardamomo cagaría ese anillo. Pero no volvió a verlo y tampoco quiso buscarlo.

Hans frecuenta bares como ése. No es del todo infeliz, pero piensa que alguien como él debería tener más éxito con las mujeres, vivir algunas aventuras, incluso volver a experimentar la pasión o al menos un deseo tan fuerte que no deja pensar en otra cosa que satisfacerlo. Pero tiene sus contradicciones, como tú. Y por eso desvía la mirada cuando Alegría, desde su sillón, le sonríe y le hace un gesto que podría ser una llamada. Déjame que te resuma lo que sigue para no perder el tiempo con asuntos intrascendentes: Hans acaba por obedecer la llamada y ahora lo tenemos sentado en un ángulo de noventa grados respecto a Alegría, con el torso inclinado hacia adelante, las manos entrelazadas a la altura de las rodillas, sobre las que apoya los codos; el culo lo tiene demasiado cerca del borde del sofá, con lo que da la impresión de no encontrarse a gusto. Inclina también la cabeza hacia adelante como si temiese no escuchar bien esa proposición inesperada que le está haciendo la chica.

Es que no sé, es muy raro, dice Hans.

¿Cuántos años me echas?

Él le mira la cara, después el pecho. Debería mirarle las manos, porque la cara y el pecho son fáciles de operar, hoy son tantos los que llevan relleno, pero las manos se deforman levemente con la edad, los nudillos se vuelven más prominentes, los dedos se van torciendo, la piel se cubre de diminutas estrías y de defectos de pigmentación. De Alegría podría decirse que tiene manos de pianista (añade a la imagen que acaba de formarse en tu cabeza algunas durezas, rozaduras, uñas poco cuidadas), pero Hans no recuerda haber visto jamás un concierto de piano, ni siquiera por televisión, así que no sabe que las manos de Alegría podrían abarcar una octava sin mucho esfuerzo. Hans no es aficionado a la música, mucho menos a la lectura, algo al cine. Lo único que de verdad le interesa en el mundo es diseñar programas de

reconocimiento de voz.

¿Diecinueve, veinte?

Veintisiete. Quiero decir que lo que te parece evidente no lo es.

Ya. Pero no entiendo por qué tenemos que intercambiar las tarjetas de crédito. No te ofendas, no parece muy de fiar. Tienes cara de buena chica, pero yo qué sé. Nunca conocemos a los demás.

Hans piensa en ese momento en su mujer, a la que sí creía conocer razonablemente bien y sin embargo sigue sin saber los motivos de que lo abandonara. Por supuesto que indagó en el ordenador todas las páginas que había visitado ella, los cookies que no había borrado, incluso consiguió entrar en su correo electrónico. Parecía una mujer sin secretos, nada que ocultar, tan anodina que después de leer sus anotaciones íntimas no habría podido enamorarse de alguien con tan poca sustancia. Lo más raro que encontró fue el rastro de haber visitado una página de venta de perros guardianes (¿para qué quiere un perro guardián alguien que vive en el piso diecinueve de un condominio situado en un barrio con seguridad privada, cámaras de vigilancia, barreras, verjas, conserjes, sistemas de alarma?). Tampoco la creía capaz de saquear la cuenta y, sin embargo, la dejó en números rojos y con varias facturas sin pagar. Todavía no se ha recuperado de las deudas y los intereses; apenas ha conseguido ahorrar trescientos pavos, una cantidad que se gastaría en una semana sin hacer excesos.

Desconfiamos si un desconocido nos pide algo, pero en la red nos ponemos en manos de desconocidos, dice Alegría. Les damos datos que no daríamos a cualquiera, les dejamos entrar en nuestras cuentas, en nuestra biografía.

No es lo mismo, hay controles.

Ejecutados por desconocidos.

Los dos levantan la cabeza al mismo tiempo. La dueña del local se ha acercado a ellos y espera de pie a que hagan una pausa en la conversación. Lleva un vestido con una gran falda de colores –listas azules, rojas, carmín, naranjas, creo que alguna verde–, y un poncho similar; dos trenzas largas, atadas en un nudo a la espalda, un pañuelo rojo, un sombrero que parece demasiado pequeño para su cabeza y no baja hasta el inicio de la frente.

¿Cómo estás, mami?, dice la dueña.

Bien, mami. ¿Y tú?

Más o menos.

Las dos sonríen.

¿Y gana el más o el menos?

Bien parejos. Hacía tiempo que no te veíamos.

He andado por ahí.

Pues yo no me moví ni un centímetro. ¿Qué te pongo, mami?

Un pisco sour, esto está asqueroso.

Si me hubieses preguntado te lo habría dicho. Eso es para adolescentes o para viejos que quieren impresionar. ¿Y a él, qué le pongo a tu amigo? Habla con Alegría como si Hans no estuviera allí, ni siquiera podemos estar seguros de que le haya mirado una sola vez.

Lo mismo.

Le va a gustar.

Seguro que sí, mami.

Siguen su haldeo entre los sillones, iluminado por lámparas bajas primero y después difuminándose en la penumbra del fondo del local.

Es difícil encontrar hombres con gusto por la aventura. Yo de niña tenía conejillos de indias.

No es que no quiera, es que tú y yo no nos conocemos. Si al menos pasásemos algo de tiempo juntos.

Los tenía en una jaula bastante grande; les había construido con barro, en la pared posterior de la jaula, unas repisas que se comunicaban por rampas, y también había construido pequeñas cuevas, recovecos, pasillos detrás de la pared de barro. Les llevaba todos los días unos manojos de hierba que iba a arrancar a un estadio que llevaba abandonado muchos años y se había convertido en algo parecido a esas ruinas incas o mayas que habrás visto en televisión: las gradas estaban cubiertas de vegetación, lo que antes era césped se había convertido en una selva baja. Mis conejillos tenían sus recovecos, sus escondites, la hierba. No necesitaban más.

Hans asiente y sonríe.

¿Quién era ese que hablaba con parábolas, Buda, Mahoma?

Charles Manson.

Sigo sin entender lo de tu padre.

Me has dicho que tu tarjeta tiene un límite, quinientos al día. Lo saco y después la bloqueas, no veo cuál es el problema.

Que no sé si la tuya tiene un límite más bajo, o si no tiene fondos, o si es robada, ése es el problema. Y lo de tu padre. Que no lo entiendo.

Ya te lo he dicho, joder.

Repítemelo, ¿me haces el favor? De verdad que me gustaría ayudarte. Mejor aún: ¿por qué no te vienes conmigo a casa? Hablamos, me explicas, hago una buena cena. En mi barrio no hay apagones.

Aquí tienes, mami.

No se habían dado cuenta de que la dueña estaba a su lado. Levantan la vista y la ven iluminada por detrás, una mancha oscura rodeada de un halo de luz. La aparición de una santa o de una bruja.

Gracias, mami.

Alegría prueba el pisco sour, asiente, toma la mano de la dueña.

¿Y tu amigo no lo va a probar?

Claro que sí.

Hans toma el vaso, lo lleva a los labios, no conoce esa bebida y da un sorbo muy breve. No sabe que se le ha quedado en el labio la espuma de la clara batida.

Le has puesto canela, dice Alegría.

¿Y dónde quieres que encuentre angostura, mami?

Pero el pisco sí lo encuentras.

Así que no te gusta.

Está rico.

Mami hace un gesto inquisitivo a Hans, como preguntándole su opinión, pero antes de que se la dé se marcha entre ofendida y altanera.

¿Qué es?

Te he dicho que mi padre ha infringido una patente. Está reproduciendo ilegalmente medicamentos contra el Alzheimer. Y como lo buscan a él me siguen a mí.

¿Los dueños de la patente?

La policía. Lo que ha hecho es un delito. Así que cuando introduzco la tarjeta en un cajero se activa el seguimiento de las cámaras. Y por supuesto no puedo pagar con ella en la red. Los tendría en cinco minutos en el cíber.

¿Y qué les voy a decir?

La verdad, que me conociste aquí.

Yo uso tu tarjeta y cuando llegue la policía y me interrogue les digo que intercambiamos tarjetas. Querrán saber por qué.

A cambio de acostarme contigo. Yo te pedí el favor, tú cediste porque te ofrecí que nos fuésemos a la cama. Cualquier policía te creerá.

¿Y eso va a ser verdad?

Ésa va a ser tu única mentira.

Alegría se quita el jersey y él sigue sus movimientos con la atención de un hombre que ha tendido una trampa a un animal y espera que se cierre sobre él: confía en que esa manera de sacarse el jersey por la cabeza, estirando el torso, arqueando la columna, sea el inicio de algo más.

¿Y de verdad puedo sacar quinientos?

Lo mismo que yo sacaría. Si quieres, puedes sacar tú algo más. Como compensación por el riesgo, aunque no lo hay. El límite de mi tarjeta es mil.

Parece justo.

Hans nunca ha estafado a nadie. Por un lado se siente culpable de engañarla, pero lo otro que siente es excitación. Él no lo ha buscado, es ella la que ha hecho la propuesta. Hace tiempo que no saca dinero de un cajero, primero porque no solía necesitar efectivo, después porque no había crédito. Los cajeros que puedes ver en las paredes de los bancos fuera de la zona segura están quemados, emborronados de pintura, con las ranuras taponadas por silicona, reventados a piquetazos, orinados, con la pantalla cubierta por anuncios, con el expendedor deformado por palancas o cuchillos, como si alguien quisiese acceder a los billetes atravesando el blindaje. Ella no va a poder encontrar rápidamente uno que funcione y, si la buscan, seguro que no se atreve a entrar en la zona residencial a sacar dinero.

Hace tanto tiempo que Hans no usa dinero en metálico que se pregunta para qué lo necesita ella. Quizá porque tienen también controlados los terminales de las tiendas. Quien usa dinero en metálico sólo lo hace con fines inconfesables o lo ha obtenido de manera inconfesable. Está jodida, la chica. La historia del padre es mentira. Pero sí necesita el dinero. Eso tiene un precio. Trescientos es todo lo que va poder sacar de la cuenta de Hans. Que se los quede. Trescientos y él saca mil. Y luego responde a las preguntas de la policía. Porque eso sí es seguramente verdad, que la buscan, y en cuanto él introduzca la tarjeta va a saltar una alarma en algún sitio y van a ir a buscarlo. Él sabe mentir. No lo hace a menudo pero es algo que aprendes con el tiempo. Como su mujer, que era una embustera pero él ni se dio cuenta. Y esa chica es otra mentirosa. Está buena, sin embargo. Pero eso sí que no va a poder ser. Acostarse con ella y luego estafarla. Le parece indecente. Se va a acabar la bebida y se va a marchar con la tarjeta de la chica.

De acuerdo, yo salgo primero. Si tengo un problema, vuelvo. Tú esperas media hora para ir a usar mi tarjeta.

Lo que tú digas.

Es una pena. Le habría gustado pasar la noche con ella. Porque empieza a pensar que ella lo está deseando. Pero es mejor hacer las cosas cuanto antes. Los negocios son los negocios. Puede sacar mil justo antes de las doce de la noche y otros mil en cuanto pasen de las doce, antes de que se le echen encima los policías. Suponiendo que

tenga tanto en la cuenta: no parece que nade en la abundancia.

Extrae de un bolsillo un reloj de muñeca. Consulta la hora. Como si le estuviesen esperando en algún sitio, como si fuese un ocupado hombre de negocios, como si el tiempo fuese oro.

¿No tienes móvil?

No.

No le dice que se lo ha llevado su mujer.

¿Hay que darle cuerda?

Pilas.

Voy al baño, dice Alegría.

Aún no han intercambiado las tarjetas así que no hay miedo de que se escape.

Se queda mirando el culo de Alegría, demasiado estrecho para su gusto; lo pierde de vista entre un grupo de gente que entra en el local en ese momento. Hans empieza a sentir irritación hacia ella. La muy cerda. La calientapollas. Se merece que la estafen. Con su cara de mosquita muerta. Antes se ha quitado el jersey contoneándose para ponerlo caliente. Y ahora va al baño sólo para que él le mire el culo. Las mujeres son así. Pero cuando le ha dicho lo de ir a cenar con él a su casa ha arrugado los morritos. Hans ha tenido que vencer la tentación de ofrecerle cobijo hasta que dejen de perseguirla. Ha sido un buen reflejo. Busca a la mami ésa en la barra; se le antoja tomarse otro trago de lo mismo, como quiera que se llame.

Ella llega ahora, se sienta frente a él. Saca del bolsillo trasero una tarjeta. Él no hace comentario alguno al leer el nombre. Le da la suya. Ella ni la mira. La guarda donde guardaba la otra.

Mejor no tomar nada. Mejor hacerse ya con el dinero. Son las once y media.

Me voy, dice Hans. Hay un banco a pocas calles de aquí, entrando en la zona. Sólo se puede entrar con tarjeta.

Que sí. Que espero por si tienes un problema. Y en media hora voy a sacar tus quinientos.

Hans se levanta, le da dos besos, uno en una mejilla, el otro en los labios. Al menos eso. Sale del local. Aguarda fuera, suponiendo que ella saldrá un minuto más tarde. Pero la puerta no se abre. Está esperando dentro, la muy idiota. En realidad, habría podido tirársela también. Corre ahora al coche, arranca a toda prisa y se dirige al banco. Al menos ese día va a acabar bien, el primero después de mucho tiempo.

El sol había asomado con violencia al palco para abuchear a las nubes, que se marcharon corriendo y ahora se apelotonaban al oeste, como buscando la salida de emergencia en un incendio. Pero el Loco no asistía al espectáculo de un cielo en llamas. Era él quien desprendía fuego. Encerrado en su cabaña, con los postigos cerrados, pateaba todo lo que encontraba a su paso, saltaban las sillas por los aires, un estruendo de cacharros haciéndose añicos amortiguaba los rugidos del Loco, que no echaba espuma por la boca, pero podría empezar a hacerlo en cualquier momento. Sus manos golpearon hasta que le habían empezado a sangrar los nudillos, e incluso intentó romper una sábana con los dientes. No era la primera vez, no sería la última. Al Loco le daban esos ataques repentinos y el pecho le resultaba demasiado pequeño para contener los borbotones de rabia; incluso el mundo le parecía demasiado pequeño. Él, él había querido ser un viajero, escapar al encierro de esa puta vida que le había tocado en suerte. Y ni siquiera estaba allí la Santa para consolarlo, ni para prometerle venganza. Se había quedado sin voces que lo acompañasen, sin promesas, sin la seducción del sonido sibilante de los susurros de la Santa. Sssss, sssss. Se acunó el Loco un momento y se habría cantado una nana de haber conocido alguna. Pero a él no le cantaron para que se durmiese, a él no le mecieron ni arroparon. A él le clavaron alfileres; un momento, ¿cómo lo sabe? Cómo va a recordar un bebé si fue feliz o infeliz, si lo quisieron o maltrataron. Con un bebé se puede cometer cualquier acto y obtener la absolución del olvido. Pero el Loco lo sabía y basta. Él sabía lo que le habían hecho. Habría podido llenar un libro con los sucesos trágicos de su biografía. No un libro; una colección entera, llenar estanterías, bibliotecas.

Se tumbó en el colchón que había sacado de la cama a tirones dejando la mitad en el suelo, la otra mitad doblada contra la pared, pero a él le bastaba con medio colchón; se hizo un ovillo sobre él, se metió el pulgar en la boca para probar si le consolaba pero sabía a algo extraño que le produjo una arcada; cerró los ojos. A veces se le escapaba un suspiro. Era como un niño que se va quedando dormido después de pasar varias horas llorando, exhausto, ya más dominado por la tristeza que por la ira, aún uno o dos gemidos, pero lo que quiere es descansar. Descansar.

Y no era fácil, cómo descansar cuando los problemas se te amontonan. Aún no había encontrado a la chica, y Ping y Pong y su puta madre podían volver en cualquier momento y cortarle las pelotas con el kukri. Así son las cosas: quieres hacer un favor, algo que sale de ti voluntariamente, porque nadie le habría obligado a ir a ver a

Cástor, y sin embargo él fue, porque él quería ayudar, ser servicial, las autoridades necesitan la cooperación de los ciudadanos, todos tenemos que arrimar el hombro, si no, cómo va a salir un país adelante, y tú das un paso al frente, te ofreces, y sin que te des cuenta lo que era agradecimiento es ahora exigencia, te zarandean, te amenazan. Ping y Pong, esos perros. Iba a levantarse, luego, unas horas más tarde, porque todavía no tenía fuerzas, pero cuando consiguiera enderezar ese cuerpo desmadejado, llenaría la mochila de provisiones, llamaría a los niños y se iría con ellos a hacer guardia ante el edificio. Días si era necesario. Días y noches. Siempre habría un ojo abierto para descubrir a quien se oculta. La liebre que busca refugio en su madriguera no sabe que el hurón está vigilando. Y que un hurón entra en cualquier sitio. Su cuerpo se comprime hasta ser capaz de escurrirse por debajo de una puerta. Eso haría. Esperar. Paciente como lo es la Santa. No había prisa. La eternidad nos aguarda a todos. A Cástor también. Porque cuando haya resuelto lo de la chica, tendrá que ganarse el pan con el sudor de su frente. No tenía por qué remorderle la conciencia. Eran dos negocios separados. ¿Cuánto dinero tendrá Cástor? ¿Cuántos serán los millones que servirán de consuelo a la viuda? Deja eso, un cuervo no vuela tan alto como un águila. Pero ¿no habéis visto nunca a un cuervo enfrentándose con un águila? ¿Sabéis quién vence en la pelea, quién tiene que salir huyendo? Eso mismo; cada cual en su espacio es el rey. Y ahora estaban bajando hasta donde él se hallaba. Lo buscaban. Y el que busca encuentra.

Hijo, qué cabeza tienes. Yo creo que se podría verter un cubo entero de agua en su interior sin que rebosase una gota.

Al despertarse, lo primero que notó Arnoldo fue que un hilo de saliva le corría por la barbilla. Lo segundo que notó fue a su padre sentado en una silla y asomado a su cara como a un hormiguero en el que vas a hurgar con un palo.

Y el caso es que tu madre tenía una cabeza como una aceituna. Qué digo como una aceituna, como un güito de aceituna. Y yo, ya ves, una cabeza bien proporcionada. Pero tú tienes un cabezón de estatua de mármol como para ponerla en una catedral. En serio, es impresionante, es magnífica.

Hola, papá.

Hola, hijo. A veces me he preguntado si tu madre me engañó con otro, lo que explicaría el surgimiento de esa cabeza en mi árbol

genealógico, porque me siento como un peral al que de pronto le crecen calabazas en las ramas. Hay algo verdaderamente extraño, casi prodigioso en ello. Aunque también me digo que quizá tuviste una enfermedad infantil que escapó a mi percepción a pesar del esmero con el que acompañé tu desarrollo. Si te mueres antes que yo, Dios no lo quiera, donaré tu cuerpo a la ciencia. Estoy seguro de que encontrarán en él algo beneficioso para generaciones futuras. En esa cabeza tiene que haber órganos adicionales, excrecencias novedosas, no sé, un tipo desconocido de cerebro, porque si no fuese así, si no hubiera más que espacio hueco, ¿no sería un desperdicio de centímetros cúbicos?

Mientras el viejo cabrón peroraba, Arnoldo iba regresando a la realidad como quien vuelve de un largo viaje hecho con los ojos cerrados: has sentido la velocidad en tu cuerpo, la fuerza centrífuga presionando tus órganos, el vértigo, has atravesado mundos pero no has visto ninguno. Se había dormido, entonces, acurrucado en medio colchón, y por eso le dolía la parte baja de la espalda igual que cuando trabajó de estibador en el puerto. Era muy joven y veía una especie de dignidad, de aura, en el trabajo físico; el esfuerzo tenía para él, entonces, un carácter redentor. Tardó un par de años en darse cuenta de que sólo los más brutos se ganan el sustento rompiéndose las costillas.

No tenía ni idea de la hora ni del día; su sensación era de haber dormido años, décadas. Eso estaría bien: dormir un siglo y despertar a un mundo completamente diferente, como un forastero que llega a una civilización desconocida. La gente querría escucharlo hablar su dialecto arcaico, tocarían sus ropas, le pedirían noticias del pasado. Pero su padre estaba allí, ante sus narices, lo que desmentía ese despertar milagroso.

Arnoldo quiso incorporarse, pero el primer intento fue fallido; no consiguió enderezar la espalda.

¿Qué haces aquí, papá?, dijo aún empotrado en el colchón.

Cómo que qué hago aquí. Visitar a mi hijo. Porque me iba acostumbrando a que tú me visitases, pero ahora no vienes a verme. Ya sé, estarás muy ocupado trabajando, a tu edad uno tiene mil quehaceres y obligaciones, está atareado forjándose un porvenir. Muy bonito, muy acogedor, este sitio donde vives.

Arnoldo no respondió. Recordaba a qué había entregado sus fuerzas antes de desplomarse en el colchón. Había vajilla rota por todas partes, líquidos derramados, dos sillas y el taburete con las patas y el respaldo astillados, restos de basura pegados a las paredes. Incluso

los objetos que adornaban antes el altar de la Santa Muerte habían volado en todas direcciones, como meteoritos expulsados por la explosión de un planeta.

Han pasado cosas, dijo. Acontecimientos. El desorden precede al orden. La entropía es inevitable si no le oponemos una voluntad férrea.

No me jodas, ¿en serio? ¿Y te vas a quedar ahí tumbado toda la tarde o vas a oponer tu voluntad férrea a la cosa ésa? Yo ya he trabajado varias horas en mi huerta. Estoy convirtiendo el desierto en un vergel.

¿A qué has venido?

Estaba preocupado. Y lo que veo no disipa mis temores. Vives en la mierda hijo. Estás en la cama a mediodía. Descuidas tus tareas. Engañas a tu padre.

Arnoldo no te ha engañado.

Arnoldo consiguió sentarse, se frotó los ojos, la nariz, el cuero cabelludo.

Sólo te falta eructar, hijo. Así completarías la penosa imagen.

Digo que yo no te he engañado.

Teníamos un trato. Tú me ibas a dar la mitad de la recompensa. Y ¿tengo yo dinero en mis manos? ¿He recibido mi justo salario? ¿Ha venido mi hijo a traérmelo, orgulloso por la misión cumplida?

Todavía no me han pagado.

Por supuesto. Todavía no te han pagado porque no has levantado el culo de ese colchón asqueroso. Porque prefieres pasarte los días hozando en tu mugre como un cerdo. Pero yo he cumplido mi parte. Y no sería justo que me quedase sin recompensa porque mi socio no cumple la suya. ¿Es responsabilidad mía que no te hayas esmerado en tu tarea? No, no lo es. Puede que haya cometido algún error en tu educación, pero si fue así, ya he pagado por ello demasiadas veces. Uno no puede pasarse la vida culpando a su padre. En algún momento tiene que agarrarse los cojones con sus propias manos. Bravo, al menos veo que has conseguido levantarte del todo, has recuperado la dignidad del bípedo. Enhorabuena, hijo. Aún queda esperanza.

¿Qué quieres?

Arnoldo se dirigió a la ventana para desentumecerse y de paso para ver si había mejorado el tiempo. El cielo era de un azul tan intenso que parecía una imagen retocada con algún programa para saturar los colores. Tenía un aspecto sólido, lacado en brillante.

Límpiate las legañas, hijo. Y sácate la cera de las orejas. Te he dicho que quiero mi dinero. He esperado pacientemente pero la

paciencia no sirve de nada contigo. Quiero mi dinero, ya, ahora, ahorita, ahoritita. Si tú decides hacer tu trabajo o no, es asunto tuyo, pero no veo razón de ser pobre por tu culpa.

Arnoldo caminó hasta donde estaba sentado su padre. Había recuperado la agilidad, al menos en parte. Entrelazó los dedos y giró las palmas de las manos hacia el exterior para sacar chasquidos de las articulaciones. Sonó como el chisporroteo de una hoguera.

Hijo, no quiero volver a utilizar la violencia contigo. Eso es bueno, educativo con un niño...

No estaba premeditado, pero desde el principio la sensación fue la de estar haciendo lo correcto. Arnoldo rodeó el cuello de su padre con las manos y apretó con fuerza. Como estaba a sus espaldas no podía ver su expresión, que imaginó primero de sorpresa y después de miedo. Presionó lo más que pudo con el índice y el corazón justo debajo de la nuez. El padre emitía sonidos mucho más soportables que sus discursos, temblaba como en uno de sus ataques de delirium tremens, y el viejo idiota ni siquiera intentaba arrancar las manos que lo ahogaban, sino que se había sujetado con fuerza al borde de la mesa, como si defendiese su sitio en lugar de defender su vida. Sólo al cabo de un rato empezó a arañar las manos de su hijo, a clavarle las uñas y, cuando vio lo inútil del intento, quiso golpear al hijo querido lanzando los puños hacia sus espaldas y hacia lo alto, allí donde debía de suponer su rostro.

Arnoldo seguía apretando el cuello de pollo, oía el regurgitar y escupir, con los brazos suficientemente estirados para evitar los golpes, que de todas maneras eran ya cada vez más débiles y de radio más corto; el viejo había empezado a golpearse a sí mismo los costados y la cabeza, luego a hacer meros gestos en el aire, un cazador de moscas a cámara lenta, después nada, dos trapos lacios paralelos al tronco, la cabeza inclinada como una flor sobre un tallo tronchado, el silencio, por fin se callaba el viejo hijo de puta, por fin un poco de tranquilidad. Arnoldo se retiró un paso tras soltar el cuello; esperaba que el cuerpo se venciese hacia un lado y cayese al suelo, pero en lugar de eso el viejo se volcó hacia adelante, dio con los dientes contra la mesa y se quedó en esa misma posición en la que Arnoldo le había visto tantas veces al final de una borrachera. Arnoldo empujó el cuerpo para que cayese al suelo y evitar la sensación de que aún estaba vivo.

Pero ¿se sentía bien Arnoldo después de hecho lo hecho? ¿Liberado, vengado, redimido? A juzgar por las lágrimas que le corrían por las mejillas, no. Arnoldo salió a la puerta de la cabaña

llorando; lloraba por el altar destruido de la Santa, por su divina imagen reducida a trozos de plástico y cristal, lloraba porque no podía ofrecerle la muerte del padre, nadie estaba allí para recibir el sacrificio y sonreírle por su fidelidad.

Menos mal que en ese momento aparecieron los niños, a la carrera primero, los tres como si compitiesen a ver quién llega primero hasta Arnoldo, pero frenaron casi en seco al darse cuenta de que estaba pasando algo extraño; se detuvieron frente a Arnoldo confusos, aguardando alguna explicación o alguna orden. El Loco señaló hacia el interior de la cabaña y ellos dirigieron allí sus pasos huesudos, sus orejas aguzadas, esas cabecitas que se asomaron al interior en penumbra, aquilataron el grado de destrucción y desorden, enarcaron las cejas y los labios, se acercaron al cadáver. La niña se acuclilló junto a él, pasó un dedo por la barba rala del muerto, también por los hematomas en el cuello; para inspeccionarlo mejor quiso sentarse en su pecho, pero nada más hacerlo el viejo soltó un ruidoso soplido que hizo a los tres dar un respingo y alejarse rápidamente dos pasos. Luego se miraron, miraron el cadáver, se miraron otra vez y rompieron a reír tapándose la mano con la boca como alumnos que no quisieran ser sorprendidos en una travesura. Fuera Arnoldo seguía llorando.

Nocturno urbano. Las calles casi despejadas de tráfico, los semáforos que funcionan en amarillo intermitente, los reflejos azulados de las pantallas de plasma en los apartamentos. Las horas de la madrugada son las mejores, cuando se han acostado ya las buenas gentes o siguen su serie favorita en sus casas, cuando sólo perturban la superficie tranquila de la noche, como piedras que caen en un estanque, fugaces hordas que salen de y entran en no sé qué agujeros, roedores que asoman el hocico, evalúan el peligro, atraviesan la calle a toda velocidad para desaparecer en madrigueras o rendijas, la paz, la tranquilidad de los vampiros. La ciudad, a esas horas, palpita; como cuando estás en la cama sin dormir y escuchas tu propio corazón, que te desvela y a la vez hipnotiza, bum bum, bum bum, bum bum, también la ciudad es un ser vivo e insomne, acostado, y su pecho resuena, sístole y diástole, sístole y diástole, sístole y diástole... sólo a esas horas encuentra Cástor algo parecido a la calma. Recorriendo las calles en su coche e infringiendo todas las normas de seguridad, incluso abandonando la zona residencial: tuvo que amenazar, no sólo administrativamente, también físicamente, a los guardaespaldas empleados del ministerio para que no le siguiesen en sus vagabundeos nocturnos, pero, señor, es muy peligroso. Si no lo fuese, ¿dónde estaría la gracia?

Lleva, por si acaso, una Walther P38 en el bolsillo del dorso del asiento delantero, un modelo de los noventa del siglo anterior, el último que se produjo antes de que cerrase la fábrica. Así se lo explicó el funcionario que le entregó ese arma no registrada, para su uso personal, antes de recomendarle que si algún día la utilizaba se limitase a limpiar las huellas y a desprenderse de ella. Y también Ping va armado –armas blancas y de fuego, una de éstas automática–. No atraviesa Cástor la ciudad como quien se asoma a un abismo y se siente atraído por el vacío, sino como quien escala una pared peligrosa. ¿A quién le interesa morir como un idiota, cayendo hacia el fondo, sin esfuerzo, sin ponerse a prueba?

La sensación dura hasta sólo unos minutos después del amanecer, en el momento en el que el día se hace presente y con él el trasiego cotidiano de los condenados a trabajos forzados, y entonces el encanto se resquebraja como un cristal; no es algo repentino, es una diminuta fisura que se abre en un extremo y después se extiende, se ramifica en sutiles afluentes hasta que, ahora sí, el vidrio estalla en añicos.

Esa noche la calle está aún más desierta de lo habitual. El coche

discurre sigiloso como uno de esos animales silvestres que cada vez con más frecuencia entran por la noche en la ciudad para escarbar entre las basuras. Antes en las ciudades sólo había animales domésticos y ratas; ahora es un zoo nocturno de mamíferos famélicos y enfermos, con pieles astrosas, con ojos febriles. Los faros del coche iluminan un bulto tumbado en el ángulo que forman la acera y una pared, frena, dice Cástor, detente, sí, ahí.

Cástor baja la ventanilla y contempla el bulto. No se distingue nada del ser humano que sueña o está muerto, sólo un saco de dormir cerrado hasta arriba, cubierto de manchas, deshilachado. Cástor extrae la pistola del bolsillo del asiento, abre la puerta, desciende. Su mirada recorre la calle en las dos direcciones; un chasquido metálico a su espalda le indica que Ping ha montado el arma automática. Cástor se acerca al bulto, vuelve a comprobar que la calle está desierta. Se pone en cuclillas junto a lo que supone es la cabeza del animal. Introduce la punta de la pistola en el pellejo y tira hacia atrás; la capucha cae a un lado y descubre en primer lugar una enorme boca abierta con unos dientes más limpios de lo que habría cabido esperar. Sólo parece faltar uno de los incisivos superiores. Con la mano libre, Cástor termina de retirar la capucha y, al darse cuenta de que la cremallera del saco está abierta, tira de un pico del saco y descubre el cuerpo hasta la cintura. Es un hombre, más o menos de la edad de Cástor, aunque quién puede saber qué edad tiene alguien que pasa sus días y sus noches en la calle, se alimenta de residuos de otros, apenas conoce la higiene ni los beneficios de la medicina.

Cástor se gira hacia el coche; la expresión de Ping, sentado al volante con la ventanilla bajada, es plana como un tablero de mármol. El dormido emite un sonido gutural que parece de ahogo, pero enseguida se tranquiliza y la respiración vuelve a ser inaudible. Cada vez que exhala el aire envuelve a Cástor un olor a pozo ciego. Pero Cástor no lo desprecia por eso –ni deberías hacerlo tú–. Aunque el cuerpo ha buscado para yacer un rincón alejado de las farolas, o más bien, frente a una de las farolas que no funcionan, la oscuridad nunca es completa en la ciudad. A pesar de los apagones, a pesar de que los edificios están salpicados de cuadrados negros como mellas en una dentadura, la contaminación lumínica no se ha reducido tanto. A Cástor le gustan esos cielos de color anaranjado –sobre todo cuando hay nubes– y le gusta que los pocos pájaros que anidan en la ciudad canten por la noche, aunque imagina su confusión y su cansancio. Que los árboles echen hojas antes de lo previsto por la naturaleza y por ello a veces las últimas heladas los dejen sin ellas durante semanas –

algunos no se recuperan del shock y se quedan desnudos el resto del año– es un efecto secundario que no queda otro remedio que aceptar.

Tiene poco pelo, el durmiente, unos mechones dispersos sobre el cuero cabelludo, largos y lacios alrededor de una amplia calva; las arrugas en la cara son profundas y tan negras que Cástor sospecha que además de sombra hay allí suciedad y tizne a la que nunca llega el agua. ¿Por qué tendrá los dientes tan limpios? También las manos son rugosas y oscuras, con uñas gruesas, rotas, ah, pobre hombre que escarba como sus competidores del reino animal pero sin estar dotado como ellos para hurgar entre la carroña. Lleva una camisa de franela y alrededor del cuello una cadena. Cástor la engancha con el punto de mira de la pistola y la extrae despacio. Casi se siente decepcionado de que de la cadena no cuelgue una medalla, con una virgen o un sagrado corazón, esos amuletos que alguna gente llevaba antes para que la protegiesen de todo mal. ¿Acaso no necesita ese desgraciado que lo protejan de todo mal?

Pero la cadena es una cadena, sin más, una serie de eslabones de un metal que podría ser semiprecioso y quizá, como los pendientes de oro de los piratas, sea una especie de seguro para venderlo y sobrevivir después de un naufragio. Aunque viendo al hombre dormido está claro que el naufragio tuvo lugar hace mucho tiempo.

Al devolver la cadena a su sitio la punta del cañón toca el pecho, pero el hombre ni se despierta ni siquiera hace un gesto. Sólo sus párpados comienzan a agitarse, aunque probablemente no es la causa el contacto del metal, sino que acaba de entrar en fase REM. ¿Qué demonios soñará alguien así? ¿Cómo serán de aterradoras las pesadillas de alguien cuya vida es ya un mal sueño?

La cadena cuelga ahora otra vez hacia un lado, enredada entre el vello canoso del hombre. Cástor también tiene vello canoso en el pecho, aunque el pelo de la cabeza es completamente negro –no creemos sin embargo que se lo tiña, no pega con su carácter, aunque cuántas cosas hacemos que supuestamente no pegan con nuestro carácter–. Este hombre, piensa Cástor, podría ser yo. Podría ser yo quien está aquí tumbado y está sucio y huele mal y su futuro es su presente pero peor, un paso más en el deterioro, en el malestar, en la enfermedad, sí, como todo el mundo, como el propio Cástor, como tú, pero de forma más abrupta y más desprotegida, sin nada que compense la pérdida de cabello, de dientes, las estrías y escamas en la piel, la vida como una sucesión de sevicias. Y Cástor piensa, cree, sabe, que él podría ser ese hombre ahí tumbado y jodido y con el que nadie querría encontrarse encerrado en un ascensor, porque nada es

mérito propio y tan sólo jugamos las cartas que nos tocan y las jugamos en la manera en la que estamos programados para jugarlas –¡por eso la Reina puede saber el futuro!–, no hay nada de lo que sentirse orgulloso ni agradecido, en todo caso podemos sentir el alivio de que el balazo se lo ha llevado quien se encuentra junto a nosotros, sí, Cástor podría estar tumbado allí, sucio y arruinado, un guiñapo, un pellejo agujereado, y se acuerda de la última vez que visitó un cementerio –puede hacer treinta años de ello– y le atrajo un brillo sobre una lápida, se acercó, y a un gracioso o a un filósofo se le había ocurrido la idea de depositar un espejo sobre la tumba, de forma que en cuanto te asomas el muerto eres tú. El hombre dormido también era un espejo de lo que podría haber sido Cástor, un recordatorio de que estamos a merced de los elementos, nadie, nadie, nadie puede decir soy el artífice de mi fortuna. Todos estamos dormidos en el suelo de una calle mugrienta.

Cástor echa un último vistazo al hombre, se incorpora. Desde su metro ochenta de altura ese cuerpo, ese casi cadáver, resulta insignificante, algo sobre lo que se podría escupir. Si le metiese un disparo entre las cejas el mundo no habría cambiado un ápice. Nada empeoraría ni mejoraría. En todo caso ese acto podría evitar la violación de una adolescente que se ha adentrado en la calle que no debe, el homicidio de un hombre que se ha levantado al escuchar ruidos en su casa, las heridas de otro vagabundo al que se le ha ocurrido disputar la posesión del resto de un alimento recién encontrado en la basura. Nadie sabe en realidad las consecuencias de sus actos. Te crees, eso, que no cambian nada, nada sustancial, pero luego resulta que sí es importante, incluso para ti. Imagina que un vagabundo así, que una piltrafa como el Loco, es quien te ayuda a encontrar a la persona más valiosa que tienes en el mundo. Imagina que antes lo has matado porque qué más da. Por eso Cástor nunca hace nada que no sea imprescindible; desconfía de la serie de acontecimientos que interrumpe o pone en marcha cada uno de nuestros actos. Cástor se ha olvidado entretanto del cuerpo tendido, que ya no es más que un bulto como tantos otros. Se dirige al coche a pasos rápidos. Vamos, dice, y no necesita más. Ping pulsa el botón de encendido y marca en el navegador el destino. Home, dice la pantalla. Home, dice Cástor y la sonrisa de Ping reluce en el retrovisor.

Del cuaderno de AM (X)

El tiempo es un invento de los poderosos. En realidad, todo está ocurriendo ahora.

Ahora Alegría está tumbada boca abajo en la cama, desnuda. Si te atraen las mujeres –y no te voy a preguntar tu inclinación sexual– seguro que disfrutarías contemplándola, y seguro también que tu mirada se detendría justo donde se ha detenido la mía. Pero si ella está desnuda no es para que tú o yo la veamos, sino porque se cree sola y le gusta dormir sin ropa. No se está exhibiendo, no quiere excitarte, su cuerpo no es un espectáculo. Así que toma ese pico de la sábana y yo tomo este otro, eso es, la tapamos hasta los hombros. Ahora sólo vemos su cabeza, de lado sobre la almohada, y la mano que descansa detrás de su nuca. Está soñando. Lo revela ese parpadeo rápido y que la mano se crispa a veces como si quisiera aferrar algo.

Yo sé lo que sueña.

Yo lo sé casi todo.

Pero recuerdo lo que ha escrito AM sobre los sueños de los demás y por eso dudo si contártelo. Te haré de todas formas un resumen, porque podrías extraer alguna conclusión importante de este sueño. Los sueños dicen mucho sobre nosotros porque sirven para conocer a quien los interpreta.

Alegría está tumbada desnuda, no boca abajo sino de costado, sobre una enorme piedra en medio del lecho de un río; alrededor del peñasco discurre una corriente muy lenta; algunas hojas flotan despacio río abajo. La cintura de Alegría forma un arco sobre la piedra y las costillas se marcan en la piel dando a su cuerpo –Hans tenía razón– un aire arquitectónico; hace pensar en una catedral gótica. Debería haberte dicho ya que no está sola, pero las cosas se pueden ver de una vez, no contar de una vez. Alegría está masturbando a AM, sentado junto a ella con las piernas cruzadas. AM se ríe como si todo aquello fuese un chiste, pero de repente se tensa y eyacula. El esperma vuela por el aire y cae al agua en un grumo. AM y Alegría siguen con la mirada la trayectoria del esperma –AM ha dejado de reír–, ven cómo cae en el agua, y también ven a un pez parecido a un atún ascender desde el fondo hasta la superficie, casi vertical. Se traga el esperma de una bocanada. Ése es el sueño, puedes hacer con él lo que quieras.

Ahora los párpados de Alegría están quietos; la mano se ha destensado. Suspira profundamente. Mejor quedarnos un momento sin movernos y sin hacer ruido, aunque en realidad era más fácil despertarla hace un momento. Mientras estás soñando duermes menos profundamente que cuando no lo haces.

Alegría se gira en la cama hasta quedar tumbada de espaldas, respira hondo dos o tres veces, abre los ojos, se queda escuchando.

Quizá la ha despertado el ruido que producen las aspas de los helicópteros sobrevolando el barrio. La vigilancia aérea ha aumentado desde que hace apenas un mes un misil casero derribó un dron en estas mismas calles. Un pequeño prodigio de maña y de fortuna. Imagínate al nerd en su casa, la emoción, el placer, la anticipación; leyendo las instrucciones en la red y montando el ingenio despacio, muy despacio, sobre todo a la hora de manejar el combustible. Un tubo de pvc con el interior forrado de papel de aluminio –mejor tres o cuatro capas–, poliestireno y malla de alambre para la tobera a la que ha dado forma con un molde de arcilla; pólvora, tres triángulos de cartón forrados con placas de radiografía (una reliquia que muestra el cáncer de pulmón de su abuelo; hoy ya los médicos no entregan las placas, todo se queda en el sistema informático del hospital, si tienes dinero para pagar uno); con las placas forma las aletas estabilizadoras. No te diré el explosivo utilizado para no darte ideas –no sé lo que harías con él–. Imagínate ahora al nerd, que ha llevado a cabo con éxito la construcción del misil: sube a la azotea, clava la varilla del cohete en la tierra de una jardinera, conecta los cables, corre a esconderse detrás de unas antenas parabólicas. Mira al cielo y espera. Se frota las manos. Tendría que verle alguien; su padre, tendría que verle su padre, que pensó que nunca llegaría a nada. Espera a que el dron esté casi encima del edificio (aunque no es idiota y sabe que las posibilidades de que el misil coja la trayectoria precisa son muy reducidas). Conecta no obstante los cables a los bornes de una batería; tiene que hacer contacto dos o tres veces antes de que de repente el cohete salga por los aires más silenciosamente de lo esperado, dibuje una curva que, y aquí habría que hablar de milagro, le permite alcanzar al dron, que ya había pasado de largo, y le acierte en un punto que los informativos no precisarán, la tripa del erizo, el cuello de la tortuga, el lugar sobre el que cayó la hoja de tilo en la espalda de Sigfrido. A cien metros sobre la cabeza del nerd se formó una bola de fuego y sólo un instante después se oyó la explosión. Qué espectáculo, la llamarada, el ruido, los fragmentos de la nave extendiéndose por el cielo, como una galaxia que estalla, como un nuevo inicio del universo. Guau. Unos segundos más tarde otro misil atravesó el azul y el humo, un misil no casero sino producto de la tecnología más avanzada de un consorcio multinacional con filiales en cuatro continentes. En este caso no se puede atribuir a la casualidad que el impacto fuese extremadamente preciso, que la azotea en la que el nerd aún miraba hacia arriba estallase de pronto, reventase más bien y los cascotes se incrustasen en edificios vecinos. La onda expansiva rompió

los cristales de dos manzanas a la redonda, las llamas no se extinguieron al instante sino que coronaron el rascacielos hasta que los bomberos las cubrieron de nieve carbónica, el temblor hizo a la gente sujetarse a las paredes, quedarse parada donde estaba. Hubo dos explosiones secundarias –¿depósitos de gas?–, toda la estructura se tambaleó e hizo temer que aquel movimiento fuese el preludio de una implosión. La gente desde la calle contemplaba el espectáculo con la nuca pegada a la espalda. Guau. Sí, también guau. El mundo es un espectáculo maravilloso.

Alegría rebusca debajo de su cuerpo y extrae un móvil de entre las sábanas, que pertenece a AM. No la ha despertado el helicóptero. Tampoco hemos sido nosotros.

¿Sí?

Abre el grifo.

¿Que abra el grifo? ¿Qué grifo?

Cualquiera.

Alegría se sienta en la cama, con los pies tocando el suelo sólo con los dedos, como si la baldosa estuviese demasiado fría. Se frota los ojos con la mano libre.

Estaba durmiendo, AM.

Merece la pena. En serio.

Alegría va al cuarto de baño con el teléfono en la mano. En lugar de abrir el grifo se sienta en la taza y orina. ¿Lo ves?, dice AM al oír el chorro. Alegría sonríe. Creo que Alegría sonríe más cuando está sola que cuando está acompañada.

Alegría, sin levantarse del inodoro, estira un brazo y con la punta de los dedos consigue girar la palanca del grifo. De él sale un chorro de color azul, casi fosforescente.

Hum.

¿Sólo hum?

¿Qué es esto?

Es arte.

¿Arte teñir el agua?

Hay dos depósitos de agua de los que se nutre la ciudad, lo sabías, ¿no?

Esas cosas sólo las sabes tú.

En uno de ellos han echado hectolitros de colorante azul, en el otro amarillo. Cierra los ojos. Imagina. Imagina la ciudad como un laberinto subterráneo. Nadie lo ve, pero en las cañerías va avanzando en una dirección el color azul, en otra el amarillo. No, no es un laberinto, son las venas, como en esos gráficos del cuerpo humano que

muestran el sistema circulatorio; empiezan a cambiar de color, primero poco a poco por las extremidades, después se van ramificando los colores, llegando a los últimos rincones del cuerpo, ¿lo ves?, como en un videojuego, cada vez que el color llega a un cruce se expande por los distintos ramales, es precioso, ¿no? Toda la ciudad como un cuerpo con el sistema circulatorio infectándose de color. Las columnas de azul y amarillo recorriendo las calles bajo el asfalto, después entrando en las casas, atravesando las paredes, pasando junto a la cabeza de los amantes o envolviendo a esos dos hombres que discuten sin que se den cuenta de que poco a poco están siendo rodeados por una filigrana de color. Y hay barrios en los que, según fluctúa el nivel de los depósitos, el sistema se nutre de uno o de otro, y allí a lo mejor se irán juntando los flujos de los dos y el agua empezará a teñirse de verde.

Pero no van a beberlo. La gente va a pensar que el agua está contaminada.

Todos los días beben agua aunque saben que los niveles de nitrato y de arsénico rebasan los límites permitidos, y ya ni lo piensan, se han acostumbrado, lo aceptan sin problemas. De lo que se trata es de que ahora vean el agua de color azul, amarillo, verde y decidan, ¿la bebo o no la bebo? ¿Bebo algo de color sin saber lo que tiene o espero a que sea otra vez incoloro, como cada mañana, como cada tarde desde que tengo memoria, aunque sé lo que contiene?

Alegría pulsa el botón de la cisterna y cae una avalancha de color azul. El ruido del agua amortigua el entusiasmo de AM, que sigue parloteando sobre arte y libertad.

El padre de Arnoldo siempre había sido un peso. Un peso en los hombros, un peso en el pecho, un peso en los huevos. Le pesaba su presencia desde que tenía memoria, ese subírsele encima con cualquier motivo o sin motivo alguno, ese pisarle, despachurrarle, acabalgarse sobre él como sobre una bestia. Incluso aunque pasaran meses sin que sus caminos se cruzasen, Arnoldo había sentido el lastre del padre, que lo acechaba en lugares insospechados: más tarde o más temprano aparecería de improviso para caer sobre él, y Arnoldo acostumbraba a caminar con los hombros y el pecho hundidos como preparándose para ello.

Por eso le sorprendía que el cadáver fuese tan ligero, un cuerpo con huesos como cañas y carne como una esponja. Lo habría podido transportar con una sola mano, lanzarlo al alto, atraparlo al vuelo. Habría podido llevarlo encima casi sin darse cuenta, como quien no se percata de que lleva una bufanda a rastras. Lo cargaba a hombros y sin embargo se sentía más ligero que antes de romperle la tráquea, cuando caminaba llevándose tan sólo a sí mismo.

Y había sido tan fácil; tanto, que tuvo que detenerse un momento en el camino, maravillado de no haberlo hecho antes. Entonces se acordó, y hacía años que no pensaba en ello, de su primer trabajo, como exterminador de la compañía de ferrocarriles. Por supuesto, mintió sobre su edad, sus conocimientos y su experiencia para obtener el empleo, pero no le preocupaba porque una de las pocas cosas que había aprendido con su padre era el arte del exterminio: encender hogueras y expulsar a las avispas del avispero con el humo; mezclar bórax y detergente para acabar con las hormigas, receta que también demostró ser útil para eliminar las cucarachas; y ya de niño se había aficionado a inhalar los vapores del bromometano que su padre usaba como raticida: aunque le producía náuseas, a veces incluso vómitos, hacía que su mente funcionase a cámara rápida y todo su cuerpo se llenaba de electricidad; fue la única droga que consumió por un tiempo. Por desgracia, no duró mucho en el trabajo: algún compañero lo denunció por dedicarse a matar topos con una pala, no porque quisiera protegerlos, sino porque los topos no eran una especie que interesase a los ferrocarriles y dedicarse a su exterminio era una forma de perder el tiempo en horas laborales. O le despidieron por algún otro motivo, no lo recordaba muy bien, pero no le parecía que matar topos pudiera haber sido la única razón.

Llegó a la casa del padre bajo una luna nueva que le impedía ver dónde pisaba. Sin embargo, una vez que se te hubiesen acostumbrado los ojos a la oscuridad, podrías verlo ahí parado, en medio del jardín;

su silueta aún más oscura que la noche, el Loco con el padre al hombro, y te darías cuenta de que de verdad el padre era diminuto, porque primero habrías pensado que lo que carga el Loco es el cadáver de un zorro o como mucho de un perro. Verías también cómo con un movimiento súbito de las espaldas Arnoldo arroja el bulto al suelo y el sonido seco resuena en esta noche tan tranquila que las plantas parecen esculturas, filigranas sólidas, vetas que se bifurcan miles de veces sobre la noche mineral. Y podrías pensar, al verlo allí detenido, ligeramente cabizbajo, que está pronunciando una oración por el padre muerto o al menos despidiéndose de él, pero sabes tan bien como yo que no es eso lo que está haciendo. Lo que hace en realidad es sopesar pros y contras de dejar allí el cadáver. Enterrarlo sería una manera de ocultarlo, pero ¿quiere él empuñar una pala? ¿Se va a poner a trabajar en ese jardín inmundo para abonar las plantas con el cuerpo del viejo? La gente, además, es curiosa, y aunque parezca increíble el viejo tenía amigos, borrachos que le acompañaban en los viajes por sus delirios entre criaturas fantásticas, y en un momento de sobriedad podrían acercarse a su casa, husmear, robar verduras aprovechando que el dueño no está en casa, encontrar la tierra recién removida, averiguar así que alguien se ha tomado la molestia de ocultar el cadáver, luego un culpable hay. Pero si el viejo yace sobre la tierra, los perros silvestres no tardarán en encontrarlo, y se darán con él un festín de colmillos desnudos y hocicos arrugados, de gruñidos, amenazas, mordiscos a diestro y siniestro para expulsar al competidor; se comerían hasta la ropa, los perros. Dejarán los huesos mondos y lirondos; incluso, cuando estén saciados, los enterrarán y les darán así la cristiana sepultura que no merecen. Si alguien encuentra la huesa pensará que el viejo murió de cirrosis o de cualquier otra cosa. Nadie va a lanzar una investigación para elucidar la muerte de un miserable. Ni siquiera hay testigos, porque los niños no cuentan.

Así que la decisión era fácil. Arnoldo dejó a su padre en el jardín entre las matas de judías, entró en el chabolo para ver qué llevarse, pero no se sentía muy bien, había algo que a pesar de todo le estaba produciendo tal malestar que, aunque sabía que cuando volviera los saqueadores se habrían llevado todos los objetos que pudieran tener alguna utilidad, salió otra vez de la casa, cerró dando un portazo que hizo titilar las estrellas, y emprendió el regreso, algo menos ligero que antes, con un peso encima que no habría sabido explicar y que le llenaba de rabia. Sentía otra vez a su padre sobre los hombros igual que dicen que duele durante años el miembro amputado. Peso

fantasma. Peso del puto espectro. El peso de toda una vida acodada sobre él. Y para el aullido que ahora escuchas habría sido imprescindible una enorme luna llena casi rozando el horizonte. Pero no, sólo se oye el grito; y la oscuridad se palpa. Y no huele absolutamente a nada en esa noche sin viento.

El Loco aúlla pero no está loco. El Loco es también Arnoldo, alguien que piensa y calcula, que pondera necesidades. Con su vistazo apresurado, no había encontrado en la cabaña nada que pudiese comer un ser humano, ni siquiera uno habituado a rebuscar en papeleras y contenedores de basura para extraer de ellos sus frutos igual que cascarías una nuez o abrirías un mejillón. Y por eso caminó hacia el centro comercial de su zona, una superficie de cemento sobre la que se levantaba un paralelepípedo deslucido de hormigón. Había estado allí desde que Arnoldo tenía memoria, pero Arnoldo no recordaba cuándo fue la última vez que entró.

Al cabo de unos minutos se encontraba empujando un carro de metal por un ancho pasillo bordeado de estanterías repletas de productos vistos por él más de una vez en los anuncios luminosos que ilustraban la ciudad cuando a ningún subnormal se le ocurría reventar un generador. Habría podido pasarse horas recorriendo esos pasillos que le hacían sentirse bienvenido, deseado, al menos apreciado. Alguien cantaba sólo para él una melodía suave, otro había regulado la temperatura para que Arnoldo ni sudase ni sintiese frío, y un artista había elegido colores que lo tranquilizaban, un orden que alejaba cualquier temor. Estaba seguro de que si se tumbase a dormir en un pasillo, una empleada llegaría a cubrirlo con una manta y se sentaría a su lado para velar su sueño.

Tenía dinero. Tenía montones de dinero. La señora de la risa cantarina le había entregado un sobre que no era sólo un pago para que realizase un trabajo, también era una muestra de confianza. Dándole un anticipo le estaba diciendo: Arnoldo, sé que puedo fiarme de usted. Y con la confianza se pueden comprar alimentos y electrodomésticos, muebles para sustituir los rotos en un arranque de rabia, vajilla nueva, ropa sin manchas ni hilos colgando ni rasgones.

Eligió varias bolsas de pan de molde; el pan de molde le recordaba su dieta esencial de la infancia, sentía por él un cariño teñido de melancolía. Echó al carro latas de conserva y embutidos, a manos llenas, contento de no tener que contar los céntimos ni comprobar si éste es más caro que el otro o si contienen el mismo número de unidades o si el peso neto es superior o inferior; comparar y calcular es cosa de indigentes o de quien teme serlo.

Iba a pasar de largo frente a las estanterías con bebidas alcohólicas; Arnoldo era casi abstemio, no fumaba, no tomaba drogas, así que, si la tenías, quítate de la cabeza esa imagen de indigente alcoholizado o adicto a cualquier sustancia que le habría destruido la vida y reducido a esa condición; sí, a mí también me alivia pensar que quien está tirado en el suelo o sentado en un banco con la mirada perdida y la cara hinchada ha contribuido a su desgracia, que el ser humano recibe lo que se merece y tonterías parecidas. Arnoldo es inocente –todos lo somos–, ninguna droga ha torcido su suerte ni le ha privado de una vida mejor. Es un hombre disciplinado, ascético, con control sobre sus actos.

Pero esta vez, al contrario de lo que había hecho siempre, sí tomó una botella de ginebra en las manos. Los niños, se dijo, merecen algún tipo de premio, una golosina para entretener la larga espera. Como las etiquetas no significaban nada para él, se llevó una cualquiera. Empujando el carrito ya casi lleno, se dirigió a la salida, pero no se resignaba a abandonar aquel espacio acogedor, quería saborear un momento más la seguridad de quien puede comprar lo que le rodea y se acercó a una dependienta que ordenaba tarros en la balda más baja de una estantería.

Señorita, tendría usted la amabilidad de decirme dónde se encuentra el chocolate. Sin leche, por favor.

Ella le miró un momento con la expresión de quien no sabe en qué dirección salir corriendo. Se incorporó, examinó el contenido del carro, el rostro amable y señorial de Arnoldo, pareció concentrarse sobre todo en los dientes mellados y sonrientes. Negó con la cabeza al tiempo que la volvía hacia las cajas. Arnoldo le dio las gracias de todas maneras, aunque masculló algo contra los extranjeros que ni siquiera se toman la molestia de aprender el idioma del país que los acoge. Recorrió otra vez los pasillos, ahora más rápido, empujando el carro con impaciencia y tomando curvas cerradas al final de cada pasillo; a veces un cliente que llegaba por uno de los laterales se asustaba ante su irrupción repentina y se echaba a un lado precipitadamente. Era como un juego de aquéllos a los que él había jugado de adolescente con las consolas de sus amigos: una competición de habilidad en la que tienes que ir expulsando de tu camino a todos los demás jugadores. La vida misma.

La inmigrante le había agriado la mañana. Esa mirada. ¿Quién se creía que era, la mendiga, la gorrona? Avanzaba chocando con el carro en las esquinas, descolocaba paquetes, bolsas, tarros, latas, productos de todo tipo se desplazaban y desordenaban, pero nada caía

al suelo. ¿Qué dice? No he hecho nada, ¿se ha caído algo?, pues entonces. A ver si voy a llamar al jefe de personal.

Llegó a las cajas empujando el carro con tanta fuerza que se podría pensar que pretendía saltarse un control policial. Le dio tiempo sin embargo a frenar, girar con peligro de que el carro se volcara, hacer dos eses inseguras pero entrar al fin en el pasillo de una de las cajas. Dejó el carro entre dos barras luminosas rojas, lo recorrieron las barras del escáner, se encendió la luz verde.

¿La tarjeta?, dijo la cajera sin mirarle.

¿Qué tarjeta?

La mujer levantó la vista.

Entonces el nombre.

Arnoldo.

Ella sonrió estalactitas.

Yo Carolina, encantada. Pero necesito el nombre con los apellidos.

Arnoldo López... López.

¿López es un apellido o dos?

Dos. López López, lo juro.

Ella tecleó, escrutó una pantalla a su izquierda.

Ni con uno ni con dos. No está en el sistema.

¿En qué sistema?

Ella señaló hacia lo alto y giró el índice; podría haber estado señalando a Dios.

Puedo pagar con billetes. No tengo que estar en ningún sistema. El cliente es el rey.

Arnoldo echó mano a un bolsillo, a otro, después se rascó la frente. Revisó los mismos bolsillos. El sobre no estaba. La empleada miró a un agente de seguridad que se encontraba junto a la salida, a menos de diez metros.

Arnoldo estaba seguro de haber cogido el dinero. Diría que pagaría más tarde, pero no pensaba dejar allí sus compras. Se había ganado el derecho a comprar. Si pagas con una tarjeta es lo mismo, no das dinero pero se fían de ti, él podía firmar un papel prometiendo el pago. Y la mujer no parecía antipática. Podría ser una madre de familia, llegar cansada por las tardes a casa y allí, en un comedor pequeño y de muebles estilo algo, la esperan dos niños haciendo las tareas. Una madre es comprensiva, sabe de pecadillos y de olvidos y que la gente necesita una oportunidad.

Lo tenía, dijo, lo he puesto en algún sitio. Las cosas cambian de lugar cuando no las miras.

Nadie paga hoy con dinero contante, es algo infrecuente, voy a

tener que consultar, dijo ella con la entonación plana de quien lee un manual de instrucciones, y acercó la boca al micrófono, la acercó mucho, un susurro en una oreja amiga: seguridad a caja 10, seguridad a caja 10. En la rejilla metálica del micrófono, una mancha roja que Arnoldo pensó podría ser de carmín; la mujer llevaba los labios cubiertos de una capa que parecía excesiva para una cajera madre de familia. Levantó la palma de la mano hacia Arnoldo y él entendió que le estaba pidiendo paciencia, pero cómo iba a ser paciente: rebuscó de nuevo en los bolsillos del pantalón, por primera vez metió las manos en los bolsillos de su zamarra militar, izquierdo, derecho, pecho, pero el sobre no está allí y él además estaba seguro de que lo había guardado en el pantalón; se palpó las nalgas a dos manos a sabiendas de que ese pantalón no tenía bolsillo trasero. Su puta madre, le estaban haciendo sentirse como un delincuente, el tío ése de seguridad llegaba despacio, como dando un paseo ocioso por un parque, podría dar de comer a las palomas antes de llegar hasta él, Arnoldo conocía el truco, ya lo tuvieron en comisaría esperando horas antes de que entrase un policía en el despacho, le echase una mirada desganada, lanzase una carpeta sobre la mesa, desapareciese otra vez, quince, veinte minutos, y volviese a entrar cuando Arnoldo ya habría jurado que era el causante de la desaparición de su madre.

Estaba sudando, no quería pasarse la mano por la cara para no revelar sus nervios, pero sabía que su labio superior relucía ahora bajo los focos del supermercado, focos de interrogatorio de película antigua. Abrió la zamarra con un tirón brusco de la cremallera y la mujer empujó la silla hacia atrás, el de seguridad estaba ya allí, ignoró a Arnoldo, ¿algún problema, cariño?, y ella lanzó la barbilla hacia el cliente, que se sujetó las solapas, y una mano se escurrió por el exterior, se agarró al borde y de pronto Arnoldo dijo, aquí, aquí está, lo ven, yo sabía que lo tenía y blandió el sobre que acababa de extraer del bolsillo exterior, lo abrió, mostró un fajo de billetes, separó dos y los puso sobre el mostrador.

¿Algún problema, cariño?, repitió el vigilante a la cajera y ella dijo: pero es dinero, o sea, no tiene tarjeta, no está en el sistema.

El cliente es el rey, dijo el vigilante y Arnoldo hubiese querido darle una palmada en la espalda, invitarle a tomar algo, hablar de los viejos tiempos.

El vigilante se alejó y la cajera tomó los billetes. A cambio le dio un ticket y un vale.

No tenemos metálico, por los robos, le dijo. Con este vale puede usted comprar nuevos productos. Pero debería usted pagar con tarjeta.

Se quedó pensativa un momento. Si la tiene, añadió.

Por supuesto que tengo una tarjeta. ¿Quién se cree que soy?

Yo sólo digo.

Arnoldo empujó el carro indignado, atravesó la luz blanca de la entrada y salió a una noche lechosa, demasiado cálida para su chaquetón militar, líquida, atravesada por vehículos que giran o aparcan o aceleran. Una noche urbana en medio de un solar abandonado. Una noche de mierda.

Arnoldo miró a sus espaldas. El vigilante no le observaba a través del cristal. Como un ladrón con un cargamento robado, empujó el carro a toda velocidad. El ruido metálico reverberó sobre la superficie de cemento. Los nudillos coronaban, blancos, las dos manos aferradas al asidero. Salió del aparcamiento cargado de productos que ya no le causaban ninguna alegría y emprendió el camino por la vereda que llevaba a su casa, luchando para que el carro no se volcase en los baches.

El monstruo de Frankenstein aparece en la pantalla. Es un avatar animado: el humanoide se acerca con pasos inseguros al primer plano, uno de sus brazos comienza a desprenderse como si se fuesen disolviendo las costuras que lo sujetan al resto del cuerpo; después cae una oreja, el monstruo pierde el segundo brazo, el cual queda tirado en el suelo; da otros pasos hacia el primer plano, como si quisiese salirse de la pantalla y entrar en ese despacho en el que se encuentra Cástor sentado ante el escritorio de metacrilato transparente. Nada que ocultar, dice Cástor sonriendo cuando alguien le señala que los cajones son transparentes y cualquiera podría descubrir sus secretos. Tener cosas que ocultar es un signo de debilidad; puedes decir que el poder es tuyo cuando no tienes por qué esconder nada de lo que haces.

La cabeza del monstruo ocupa casi toda la pantalla; la otra oreja se desprende poco a poco, la mandíbula queda colgando de un tornillo, los dientes llueven hacia el suelo, y también la frente se parte en dos, se pela hacia atrás y deja a la vista un cerebro que late como si fuese un corazón.

Entonces desaparece el monstruo y en su lugar se materializa la cabeza del director de Medical Hill.

No debes de estar muy ocupado, dice Cástor. Quita la tapa que le ha puesto a la cámara para evitar que algún hacker se le meta en el despacho –¿cómo era eso de que no tenía nada que ocultar?– y se queda mirando la lente empotrada en la pared, justo a la altura de sus ojos cuando está sentado.

No te creas, me ha llegado una remesa de implantes mamarios y otra de glúteos; ilegal, por supuesto, china, creo, o indonesia o malaya, esos asiáticos tienen laboratorios con los que aquí ni siquiera podríamos soñar. Es lo bueno del trabajo esclavo. Y no te creas que la calidad es peor que la de los implantes nacionales. Bueno, nacionales imagínate, si ves la lista de accionistas no hay ni uno con un apellido que sepas pronunciar. Por cierto, ¿te conté lo de esa paciente a la que le estalló un pecho en un avión?

Dos veces.

¿Y lo de esa mujer que para ahorrar se inyectaba ella misma silicona y aceite de maíz en la cara? Tendrías que haber visto el resultado, era como si la hubiese disecado un charlatán.

Tres.

¿Cómo?

Que esa historia me la has contado tres veces.

Relájate, Cástor. Siempre estás tenso. Y ya que hablamos de ello, te

vendría bien un pequeño retoque alrededor de los ojos, y darle un poco más de firmeza a los labios. Los años empiezan a notarse.

Los años se empiezan a notar desde que naces.

Es lo que digo, Cástor, tienes que relajarte. Te tomas la vida al pie de la letra.

El rostro del director, que sigue en primer plano, como si intentase pegar la nariz al vidrio de esa ventana que es la pantalla de Cástor, está hinchado. Él sí que combate, como dice la página web, los efectos indeseados del tiempo. Le dejamos la experiencia, le quitamos las arrugas, ése es el lema de su clínica. Cástor preferiría que le quitasen la experiencia. Dormiría mejor, estaría más relajado, sería un hombre satisfecho con el estado de las cosas.

¿Cómo está tu mujer?, pregunta Cástor.

¿Por qué me preguntas siempre por mi mujer? Ni siquiera la conoces, ¿o sí?, ¿os habéis encontrado en alguna fiesta y yo no lo recuerdo? ¿Te pregunto yo por la tuya?

Sabes lo que respondería.

Pero tampoco te pregunto por tu concubina. Aunque debería hacerlo, hoy es un prodigio que un hombre tenga tiempo para una mujer y una concubina, aunque supongo que tu mujer no te quita mucho. De todas formas, se acercan las elecciones, así que pronto serás un hombre ocioso.

Salvo que encuentre la sangre.

Ah, justo, la sangre. Me acabas de recordar por qué he pasado a verte. Espera que busque una postura mejor. Estas sillas ergonómicas son un potro de tortura.

El rostro del director se aleja del primer plano. Lleva como siempre su bata verde; está sentado en lo que podría ser una sala de operaciones; todo es liso, blanco o metálico. Trastea con distintos botones que hacen que cambie la altura de su silla, la inclinación del respaldo, la altura de los reposabrazos.

¿No prefieres tumbarte en el quirófano? Estarías más cómodo.

Ya, ya estoy. La tenemos.

¿A la chica?

Claro.

¿Dónde?

Es decir, conocemos su escondite.

Quieres decir que no la tenéis.

Cástor, no empieces. Si te digo que la tenemos es que la tenemos. Ahora mismo hay seis o siete hombres apostados alrededor de su edificio.

¿Y por qué no la habéis capturado? ¿Por qué no subís, reventáis la puerta a patadas, la sacáis por las orejas? Ya sabes lo que nos jugamos.

Lo sé, Cástor, por eso no hace falta que me lo recuerdes. Esta conversación ya la hemos tenido. ¿Por qué no sonríes? Te estoy diciendo que la tenemos.

No sonrío porque no la tenéis. Sólo sabéis dónde se esconde.

¿Recuerdas cómo se llama esa muchacha? Seguro que sí. Es como una señal, llamarse así, digo. Pero tú no te alegras. No hemos entrado porque la nuestra no es una operación oficial. No queremos que los beneficios se los lleven otros, ¿verdad? Que participe la policía y alguno de tus compañeros arramble con el botín. ¿Esta conexión es segura?

Las conexiones seguras no existen.

Lo que quiero decir es que no podemos reventar su puerta así por las buenas; lo mismo vive en el edificio un periodista, o un político de la oposición, o un policía con afán de notoriedad.

¿Y por qué no lo averiguas?

Cástor, vete a la mierda, ésta es la frase que más veces te repito, vete a la mierda. Claro que lo hemos comprobado, pero eso no sirve de gran cosa: hoy no sabes quién vive dónde; la gente tiene miedo al Gran Hermano. Dan datos falsos, se mudan sin avisar, viven en casas de parientes, engañan al censo, en lugar de conectarse desde su ordenador se van a antros que emborronan las direcciones IP, la gente se ha vuelto paranoica.

Así que vais a esperar para no llamar la atención.

Vamos a esperar a que salga. Ella y su amigo el de los ojos achinados. Entonces saldrán también nuestros hombres. No les dará tiempo a enterarse de nada, una descarga, una capucha, se les arrastra a un coche con los cristales tintados, se les inyectan sustancias prodigiosas.

Pero no la traigas aquí.

Ya me imagino que no quieres presentársela a tu mujer. Déjame que adivine: no quieres que ella viva para siempre.

Llévala a tu clínica.

La ataré a un quirófano. Os dejaré solos unas horas.

¿Es guapa?

Es un saco de huesos. Yo podría hacer prodigios con ese cuerpo. Pero seguro que a algunos hombres les gustan así. Pervertidos.

Te estoy muy agradecido.

Oh, oh, oh. Y una vez más oh. Nunca pensé que te oiría pronunciar esa frase. Me has conmovido. Te notifico cuando la tenga en casita.

Querrás verla antes de que empiecen los experimentos.

Trátala bien.

Por supuesto. ¿Quién te crees que soy, Mengele?

Oye, la próxima vez que mi mujer vaya a tu clínica...

Dime.

Ponle una nalga más grande que la otra. Implántale un tercer pecho. Alarga su nariz.

Los dos hombres se ríen.

Tengo una reputación.

Por eso. A ti te da igual.

Vuelven a reírse. Entonces el monstruo de Frankenstein aparece de nuevo en la pantalla, se ríe tanto que tiene que sujetarse la tripa con los brazos, tanto que vuelven a desmontársele todos los miembros y sólo queda una pila informe de la que sobresale una dentadura que continúa riéndose.

Del cuaderno de AM (XI)

Todos esos desconocidos que aparecen en tus sueños. ¿De dónde vienen? ¿Quién los ha creado?

A AM le llaman el chino, aunque tiene más aspecto de mongol, incluso algunos se dirigen a él con amabilidad excesiva suponiéndole el síndrome de Down. Cuando nació no tenía los ojos así, rasgados y ligeramente protuberantes, como ahora. Podemos resumir la historia de sus ojos con una palabra que trae resonancias de país con carreteras sin asfaltar, mercados bulliciosos, pozos malolientes, letrinas, arroyos de aguas turbias: tracoma. Añadámosle unos padres desinteresados o perdidos en un estupor que durante un tiempo pareció una epidemia en la ciudad, incapaces de percibir un síntoma que se prolonga demasiados meses, el roce del párpado con la pupila que podría haber acabado por dejarle ciego, luego una intervención justo a tiempo, un acto de cirugía chapucera y puedes estar agradecido porque un cirujano se calce los guantes de látex sin pagarle por adelantado; un mes con una venda sobre los ojos que sólo le quitan para curar las infecciones recurrentes. Todo podría haber sido mucho peor, unas gafas oscuras y un bastón blanco y no vuelvas por aquí. AM ahora ve perfectamente, su aspecto no es demasiado llamativo aunque cualquiera que habla con él le mira disimuladamente a los ojos y piensa en un defecto de nacimiento.

AM siempre parece tener los ojos entrecerrados y cuando lee se le cierran un poco más.

Mira, dice, el hombre ha puesto el pie en la Luna.

Alegría está tumbada boca abajo y de través en un colchón, con los pies colgando por un lado y la cabeza por otro. Están esperando la llamada de Husky. Lo tengo, había dicho, he encontrado a quien puede ayudar a tu amiga. Luego te llamo, cuando le haya convencido, no es fácil, ¿sabes? Es un artista. O se cree un artista, no sé, pero es bueno. Dicen, yo qué sé, yo no entiendo. Te llamo, ¿vale?

Alegría levanta la cabeza. ¿Cuándo?, pregunta.

Hoy, o sea, ayer, lo pone en el periódico. Un pequeño paso para el hombre pero un gran salto para la humanidad.

AM va a tumbarse junto a Alegría y abre, en el suelo, ante ella, un periódico amarillento y con manchas de humedad. Hace pensar en un sótano sucio, en ratas, en olvido. Alegría ladea la cabeza para ver la foto desvaída de un astronauta de pie sobre una superficie blanquecina que parece contemplar una bandera.

Es en blanco y negro. ¿Por qué no es una foto en color?

Todas las fotos del periódico son en blanco y negro. Pero lo más interesante es que no es verdad. ¿Te das cuenta?

¿Qué no es verdad, que han llegado a la Luna?

Eso no lo sé, pero la foto no está tomada en la Luna. Fíjate en la

bandera, está ondeando.

Las banderas ondean.

En la Luna no hay viento. Una bandera no puede ondear en la Luna.

¿De dónde lo has sacado?

AM señala hacia el fondo del pasillo.

Hay muchos. Cada día leo uno. Así me entero de lo que sucede en el mundo.

Alegría deja otra vez caer la cabeza hasta que la barbilla toca un lado del colchón.

Tu amigo no llama. ¿De verdad crees que lo va a hacer?

Seguro. ¿Te estás durmiendo?

No.

Yo esta noche he soñado con un hombre al que no conozco.

Yo sueño continuamente con gente que no conozco.

¿De dónde salen, quiero decir, la gente que no conocemos en los sueños? ¿Cómo los construye el cerebro? ¿No te lo has preguntado muchas veces?

Nunca.

Yo sí. El cerebro construye personajes que podrían existir pero no existen. Les pone una cara, un cuerpo. Me pregunto cómo funcionará eso. Sí que te estás durmiendo.

Alegría levanta la cabeza y le mira de medio lado. Sonríe.

Estás inquieto.

No me gusta esperar.

Esa gente...

¿Quién?

Los del otro día, los que prendieron fuego al rascacielos. Y los que tiñen el agua.

Ah, el Ejército de las Sombras.

Qué nombre más tonto.

Es de una película. Una antigua, pero no la he visto.

¿Los conoces?

Sí, a veces trabajo con ellos.

Alegría da una carcajada y agita un momento los pies, que sobresalen del colchón.

¿Llamas a eso trabajar?

Hace poco estuvimos plantando árboles, en medio de una calle. Podrías abrir una zanja a través de toda la ciudad sin que nadie se asome a la ventana. Es como los tres monos.

Alegría arruga la nariz para expresar extrañeza.

Tres monos.

Sí, esos que se tapan la boca, los oídos, los ojos.

¿Y la nariz?

No seas tonta, son tres, los que salen..., da igual. El caso es que podrías derribar un edificio sin que los vecinos que viven en los demás se interesen. Así que fuimos con martillos neumáticos, cada veinte metros un agujero. Un agujero enorme.

AM hace un gesto como si rodease un tonel con los brazos.

Alegría se sienta sobre la cama, atenta, por fin interesada. Ahora le va a dar la información esencial y está seguro de que ella va a abrir mucho los ojos.

Pero no plantamos los árboles por el lado de las raíces, sino por el lado de las hojas. Quince árboles en medio de la calle con las raíces en el aire.

Y sí, Alegría abre mucho los ojos, una fracción de segundo, después mueve la cabeza hacia los lados con las cejas aún enarcadas y vuelve a tumbarse, deteniendo el movimiento antes de dejar caer la cabeza hasta que la barbilla toca el colchón, para decir:

Y eso para qué sirve.

AM va a sentarse a su lado, le revuelve el pelo como a un niño y se siente ridículo al hacerlo: ella es mayor que él, ella está asentada con las dos piernas en la realidad, mientras que él vive a quince pisos de la realidad. Siempre ha tenido esa impresión; de que las cosas que suceden están muy lejos, más bien, que lo que sucede no es verdad sino una película que pasan para él. Y ella se ha convertido en la protagonista.

AM se promete no enamorarse de Alegría, no empezar una relación, –que de todas formas le parece improbable; por qué iba a enamorarse ella de él–; quiere mantener esa distancia, no acabar de conocerla, no tener más que esa intimidad pasajera.

El móvil comienza a vibrar desplazándose por el suelo y ambos lo contemplan como si esperasen que se ponga a hablar él solo. Alegría escucha lo que dice AM, escucha también los silencios entre frase y frase.

Sí.

Has tardado un montón.

De acuerdo.

Ok.

¿Ahora?

Ya vamos.

No, no tardamos nada. Salimos en diez minutos.

Que sí. Anotado.

No, sólo en la cabeza.

Te cuento a la vuelta.

Te debo una.

AM pulsa el botón para interrumpir la llamada. Sonríe incrédulo al aparato.

Lo va a hacer. Te va a crear una identidad.

¿Cuánto?

Eso lo vamos a averiguar ahora. No te preocupes. Ya habrá manera.

Tendré que vender mi cuerpo, dice Alegría.

Yo pagaría con gusto, dice AM y se sonroja y no sabe dónde mirar ni por qué ha dicho lo que ha dicho, cómo puedes ser tan imbécil y tan baboso, y ella se pone unos calcetines, unas botas ligeras y con el cuero rajado por mil sitios, se levanta de un salto, pasa a su lado, y ahora es Alegría quien le revuelve a él el pelo como a un niño o a un perro greñudo, ¿vamos?, dice y se encamina ligera, despreocupada, hacia la puerta.

Alegría coge del perchero una sudadera con capucha de la hermana de AM con letras góticas blancas sobre fondo negro. Si le preguntases, no sabría decirte qué pone. No se ha fijado.

AM se adelanta a mirar por la mirilla. Entreabre la puerta trabándola con un pie por si acaso. Asoma la cabeza. Escucha.

Podemos salir.

El ascensor está bloqueado. Alegría de todas maneras prefiere no utilizarlo y ya ha bajado más de una vez los quince pisos a pie. Tiene la fantasía de que alguien podría detenerlo entre dos pisos y dejarles allí atrapados, días, semanas. Dos cadáveres descomponiéndose, sentados en el suelo, en un abrazo eterno que alguna civilización futura descubrirá y estudiará como los restos de aquellos que hace muchos siglos fueron atrapados en la lava de un volcán.

Uno por uno aplicaron los labios al gollete, arrugaron la nariz, escupieron, emitieron sonidos de asco. Ése fue el veredicto de los niños sobre la ginebra. Sí les gustaron el pan, las latas de pescado, que quisieron abrir con un cuchillo hasta que Arnoldo les enseñó cómo; las salchichas las comieron como quien despedaza a dentelladas el cadáver de una presa recién abatida. Le gustaba a Arnoldo ese comportamiento de niños de una tribu primitiva, de las que encienden el fuego frotando dos palos y dibujan sus sueños en las paredes de las cuevas.

No tuvo que convencerlos. Ellos respetaban sus deseos y los cumplían con entusiasmo. Se presentaron con mantas enrolladas y atadas con un cordel de nylon, cogieron una bolsa de comida en cada mano y se marcharon con Arnoldo hacia la ciudad; probablemente ni habían avisado a sus padres de que podían pasar varios días fuera. Si es que tenían padres.

Corrían delante de él, ligeramente encorvados por el peso de las bolsas que colgaban de sus brazos menudos. A veces se volvían para asegurarse de que no dejaban demasiado atrás a su general, levantaban un poco un brazo pero el peso no les dejaba alzarlo del todo para saludar, así que tan sólo sonreían con infinidad de dientes, daban unos saltitos, y continuaban su camino. Se detuvieron al llegar al borde de la ciudad; extendieron las palmas de las manos para mostrar las líneas rojas que las asas de las bolsas habían grabado en ellas, orgullosos como soldados presumiendo de sus cicatrices.

Dejaron a Arnoldo entrar primero en el puente, acólitos que ceden el paso al sumo sacerdote para ingresar en el templo. La ciudad aún los atemorizaba. Había siempre ese momento en el que rebasar el umbral era una pequeña prueba de arrojo. Pero una vez que se veían entre edificios perdían enseguida el respeto y correteaban, exploraban, recogían tesoros, con esa concentración de la que sólo los niños son capaces y que les permite olvidar todo lo que les rodea: sólo existen en sus juegos. La realidad desaparece. La realidad no ha existido nunca.

A Arnoldo le habría gustado poseer esa indiferencia, no recordar, no planear. La pureza es lo que él buscaba. La había conseguido, sí, algunas veces, pocas, la última esos segundos, ese minuto, durante el que había estrangulado a su padre. No lo empujó a hacerlo el rencor, no se aglutinaron en él las memorias de malos tratos ni desprecios, ni tampoco fue el móvil la avaricia de guardar para sí mismo la recompensa. Es sólo que todo coincidió: su padre allí sentado, perorando y amenazando, el cuello desnudo, la somnolencia de Arnoldo, un ligero malestar que era necesario aliviar de alguna

manera, la hermosa fuerza de las manos, la fragilidad de determinados puntos del cuerpo humano, la tranquilizadora penumbra.

Un niño tiró de una de sus mangas. Arnoldo bajó la vista y se encontró con una mirada interrogante. Sabía que no eran mudos, o al menos no lo eran los tres, pero era fascinante esa vida animal que parecía predominar en ellos, en la que habría desentonado el uso de la palabra. Arnoldo señaló por dónde continuar en la bifurcación que se abría ante ellos.

Llegaron a la puerta de la torre cuando ya atardecía. Las gaviotas sobrevolaban un territorio de cristal en el que se veían reflejadas sus piruetas y sus peleas; los vidrios reverberaban con el eco de las risas. Una bandada de cotorras volaba a toda velocidad desde un extremo de la calle hacia el otro; una carrera de aves en el circuito delimitado por los rascacielos; se oyó primero el soplo agudo de sus alas acercándose, como si silbasen, luego un aleteo más grave y ruidoso cuando pasaron por encima de sus cabezas, silenciándose paulatinamente al alejarse. Efecto doppler en el reino animal. Las manchas verdes emborronaron fugazmente los vidrios, desaparecieron como diminutos fantasmas, seres de otra dimensión aflorados por error en ésta.

Arnoldo empujó la puerta de cristal por si estuviera abierta. Los niños lo imitaron haciendo traquetear el pasador pero sin poder abrirlo. Arnoldo le iba a decir a Axelle que se sentase en un rincón, pero prefería tenerla cerca de sí; se lo ordenó a otro de los niños, y también le dio un chicle e instrucciones. Se fue con los otros dos hasta la trampilla al otro lado de la calle, la abrió, entraron los tres; dejaron las provisiones en el sótano, Arnoldo se paró en uno de los escalones inferiores, los niños en los superiores de forma que las tres cabezas asomaban de la tierra como calabazas. Tocaba esperar, horas, días, semanas, lo que fuese. Allí seguirían hasta que llegase la chica y Arnoldo pudiese verter su sangre. Ojalá pudiese tener otro de esos momentos de éxtasis tranquilo, silencioso. Otro momento de pureza.

A todos nos llega la hora, les dijo.

Ellos le devolvieron dos miradas inexpresivas de anfibio.

Pasó una unidad móvil de la policía, pero o no les vieron o no les interesaron. A Arnoldo le maravillaba la paciencia de los niños; llevaban cuatro horas apostados sin que sucediese absolutamente nada. El único incidente digno de mención: una pelea de gaviotas y cotorras; chillidos, aleteos, volaron plumas verdes y blancas, y después el cielo quedó desierto, un espacio azul y blanco deshabitado que se

reflejaba en los rascacielos como en las aguas de un lago. Después de comer algunas latas del supermercado, Arnoldo pidió al otro niño que relevase a su compañero para que también éste pudiera comer. No sabía si se aburrían o si estaban excitados, si les gustaba estar allí con él o si lo hacían porque en sus casas tampoco habrían tenido nada mejor que hacer.

Poco después del relevo llegaron dos hombres cogidos de la mano; parecían gemelos: altos, musculosos, barbudos, calvos. Marcaron un código en el teclado, se dirigieron al niño acuclillado. No pudo escuchar lo que le decían. Arnoldo y los dos niños, sin ponerse de acuerdo, sacaron sus cuchillos. Uno de los hombres se agachó para estar casi a la altura del niño, le acarició el pelo, le habló. El niño negó con la cabeza. Los dos hombres intercambiaron unas palabras. Parecían discutir sobre el chico. Uno de ellos se alejó con cara de fastidio, apartó la mano que quería retenerlo, fue a abrir la puerta. El otro pareció dudar si seguirle o quedarse con el niño, pero llamó, Syd, Syd, espera; sacudió la cabeza, se despidió con la mano del niño, entró también en el portal.

El niño se levantó a toda velocidad, sujetó la puerta con el pie, se sacó un chicle de la boca, lo puso en el hueco donde entra el resbalón. La puerta, al cerrarse, no hizo el ruido metálico esperado. El niño empezó una danza ritual de un lado a otro del edificio, dando gracias a los dioses o celebrando el valor del gran guerrero, y allí se habría quedado durante horas si Arnoldo, temeroso de que pasase otra unidad de vigilancia, no lo hubiese llamado con la mano. Aún dio el chico un par de pasos de baile antes de regresar al escondite a la carrera. Buen trabajo, buen trabajo, dijo Arnoldo, y entregó a cada uno un trozo de chocolate con gesto solemne, un sacerdote repartiendo entre los fieles el cuerpo del dios sacrificado. Sabía que para adiestrar a un animal hay que darle una recompensa cada vez que hace lo que se espera de él.

La gente esperaba demasiado de él. Le hacían sus encargos pero no le ayudaban a cumplirlos. Le echaban encima su mierda y se iban a dar un paseo. Como señoras que salen de compras y llevan al mayordomo; ellas compran y compran, van depositando las cajas en las manos del sirviente. A él ya casi no se le ve pero le siguen pasando una caja tras otra; espera, que he visto unos zapatos que me gustan muchísimo; ah, mira, por allí va Fulana, hace tanto que no hablamos; tú quédate aquí hasta que vuelva. Le tiemblan las piernas, pero ¿le importa a alguien?

Otra imagen: el tío cabrón que en un bar derrama una bebida y hace un gesto para que el camarero se acerque a limpiar el suelo; ni siquiera una mirada, tampoco al camarero arrodillado, ni levantar los pies. Es su trabajo.

Viva la revolución. Matarlos a todos. Pisar a las sanguijuelas. Pero antes tenía que acabar con Cástor. Faltaba la mitad de la pasta. Y ésa no la iba a conseguir sin resultados. La vieja puta no le había dado ni un indicio: ¿costumbres, rutinas, puntos débiles, cuándo está solo, horarios, peligros? Recordaba a los malabaristas chinos que había visto en algún momento de su infancia: tíos diminutos que ponen montones y montones de platos a girar sobre varillas y corren de uno a otro plato para mantenerlos girando y no se les cae ni uno.

A Arnoldo se le habían estrellado ya varios platos contra el suelo. Se había pasado la vida corriendo; había sudado hasta la leche que le dio su madre –¿le dio alguna vez leche la vieja zorra?– apresurándose de un platillo a otro. Pero eran demasiados. Y el público hace oooh, y abuchea, y no aplaude. Le parece que todo es culpa de Arnoldo. Siempre es todo culpa de Arnoldo.

Una fantasía más: un circo o un estadio lleno de gente que le abuchea, se llevan las manos junto a la boca para formar un túnel que dirija el sonido, inclinan el cuerpo hacia adelante para que la voz llegue más lejos, como si quisieran vomitarle encima. Y una ametralladora y varios peines de cartuchos, nada más: se puede ser feliz con muy poco. No corráis, las puertas están cerradas. Aleatoriamente, en todas direcciones, ni pobres ni ricos ni mujeres ni niños, al bulto.

A Arnoldo le dolían los huesos de llevar horas medio encerrado en ese sótano, de pie o sentado en un escalón. Las ratas se habían comido la mitad de las provisiones. Los niños empezaron a refunfuñar. Olía a mierda porque hacían sus necesidades en un rincón del sótano. No se atrevía a dejarlos solos para dedicarse a sus otras tareas porque seguro que se pondrían a jugar y hacer el tonto y se olvidarían de su misión.

Iba a tener que ir al Nuevo Tepito a comprar otra imagen de la Santa. Era lo primero que tenía que haber hecho al recibir el dinero. Ella habría sabido aconsejarlo, guiarlo, mostrarle el camino. La idea de construir un altar le remontó un poco el ánimo. Tendría que volver a decorarlo, buscar nuevas ofrendas. Algunas serían difíciles de volver a obtener. Dos días antes había descubierto a una rata que una y otra vez corría contra una pared y se estrellaba contra ella, como si viese una puerta o se creyese al aire libre. Seguramente se había comido una de las pastillas de ácido lisérgico que se encontraban en el altar. A

saber qué había sido de las demás. Y él, que había tenido que hacer un auténtico ejercicio de sumisión para no írselas tomando porque eran de la Santa. Siempre había querido probarlas, pero lo que más apreciaba la Santa era el sacrificio.

Pero era en ese momento cuando habría necesitado su consejo. ¿Qué hacer: entrar en el edificio, subir hasta el apartamento que podía ser el de la chica? Pero no estaba seguro, y la intuición no es una buena base para los negocios. ¿O seguir esperando, porque algún día tendría que salir o entrar? Y entonces: si la mataba, Cástor querría castigarlo, romperle los huesos por no cumplir el trato.

Podía volver a visitar a la Reina. Quizá sus cartas le aclarasen la situación. Pero la Reina era el último recurso, el freno de emergencia. Y al pensar en el freno de emergencia vio, por fin vio, y eso seguro que tenía que agradecérselo a la Santa Muerte que había entendido su intención de levantarle otro altar, cómo sería la muerte de Cástor. Y pensó que había equivocado el orden de sus actos: primero tenía que acabar con Cástor, que era el peligroso; no iba a obtener de él más información, en todo caso amenazas o que enviase a los dos chinos a joderle la vida. Mientras que la chica no sabía nada de él, no sabía quién era el Loco ni el pecado por el que iba a ser castigada. Y tendría un cuello quebradizo de golondrina y brazos de lagartija, nada que temer. De Cástor sí, y él no estaría satisfecho cuando se enterase de la muerte de la inmortal. Primero Cástor, cobrar la recompensa, después acabar con la sacrílega. Ése era el orden de las cosas, el orden que le pedía la Santa.

Vamos, niños, vámonos de aquí. No os preocupéis, la Santa me ha dicho que volveremos y haremos nuestro trabajo. Me ha hablado.

¿En sueños?

No, mientras estaba despierto; me ha hecho una revelación. Cada ser vivo tiene su hora y no se puede ni adelantar ni retrasar; nosotros somos piezas de la maquinaria del reloj del universo. Actuamos como está previsto, ni un solo pajarillo cae del cielo sin que la Santa lo haya ordenado. Pero aguardad, esperemos a que pasen esos dos. Nunca se sabe: hay espías y agentes de paisano. Se debe desconfiar de los que parecen más inofensivos.

Dos jóvenes se acercaban por la acera en la que se encontraban los vigilantes. Llegaban sin hablar, ambos con la cabeza algo gacha, como soldados que regresan cansados del campo de batalla. Tan delgados en sus ropas estropeadas. Cuando llegaron casi a la altura de Arnoldo y los niños cruzaron la calle. Uno de ellos se volvió como si hubiese escuchado un ruido a sus espaldas y clavó en los de Arnoldo dos ojos

achinados. Ella, la joven morena, delgada, de cabello corto no giró la cabeza. Había pasado un brazo sobre los hombros del mongol como si se tratase de su hermano pequeño.

Santa Muerte, tus designios son inescrutables. El joven echó mano al cinturón y Arnoldo siguió ese movimiento con la vista preguntándose qué arma iba a sacar. Pero la mano se quedó colgada del cinturón, preparada para lo que fuese a venir. Arnoldo le sonrió y le hizo un guiño. Cuando llegaron al otro lado de la calle, el de los ojos raros marcó un código y la puerta se abrió. Volvió a mirar a Arnoldo y él levantó una mano y la agitó levemente hacia los lados en una amable despedida. Los vio adentrarse en el pasillo de la derecha. Salió del escondite con los niños y contemplaron la fachada del edificio.

Miraban hacia lo alto como si esperasen que Dios descendiese en una nube o al menos que algún chiflado se arrojase al vacío desde la azotea. Recorrían con la vista la superficie lisa del edificio aunque sabían que si había algo que ver lo verían sin mucho esfuerzo. Menos mal que los apagones no eran frecuentes en los últimos días. La luz se encendió en el mismo lugar que la había visto encenderse la vez pasada: tres ventanas contando desde la esquina. Todo estaba preparado. Al día siguiente de haberse librado de Cástor, volvería a entrar en el edificio; ya había comprobado que no era tan difícil. Subiría al piso quince, localizaría la puerta, pediría a uno de los niños que, mientras él permanecía oculto, tocase con los nudillos, toc toc, quién va a desconfiar de un niño. Si no había nadie en casa se dedicaría al delicado trabajo de desmontar la cerradura y de obtener acceso al interior. Les esperaría dentro. El hurón que aguarda en la madriguera del conejo. Mirad cómo relucen mis dientes.

El jefe de seguridad del edificio está detrás de una puerta de cristal y debe de encontrarse abstraído porque, aunque le está mirando, no pulsa inmediatamente el botón para dejar pasar a Cástor. Los dos están detenidos, cada uno a un lado de la puerta, como si se mirasen en un espejo, pero viendo en realidad la imagen del otro. El jefe de seguridad se sobresalta de pronto y abre apresuradamente. Hay un sonido de mecanismos deslizándose o girando. Cástor entra en la sala ya mirando la pared cubierta de pantallas, como si no existiese otro mundo que el que muestran los monitores: lo que no se filma no existe.

Cástor conoce esa oficina desde el exterior. Más de una vez ha pasado por delante y se ha quedado observando lo que acontece en las pantallas como quien zapea a gran velocidad. Imágenes en color de pasillos, escaleras, rampas de garaje, puertas, arcos detectores, también las calles adyacentes. A veces ves a una persona entrar por una puerta y enseguida la descubres en otra pantalla, recorriendo un pasillo o entrando en el ascensor. Los monitores producen vértigo porque la continuidad temporal parece ser contradicha por la multiplicidad espacial: la misma persona está en diferentes sitios casi al mismo tiempo.

En ocasiones alguien desaparece y no vuelves a verlo, como si hubiese entrado en otra dimensión, y Cástor siempre se ha preguntado si esas desapariciones no significan que el sistema tiene ángulos muertos, rincones en los que un malhechor puede pasar desapercibido, escondites desde los que salir a cometer sus crímenes. Una persona que conociese bien la ubicación de las cámaras podría quizá moverse a sus anchas por el edificio sin ser notado. Cuanto más vigilas más tienes que vigilar: toda forma de control busca siempre la perfección, porque sin ella no hay verdadero control.

Buenas tardes, dice Cástor después de examinar las pantallas como si esperase un suceso concreto, y el jefe de seguridad se cuadra, pero enseguida se siente incómodo en esa posición no exigida por el reglamento y deja libertad a su barriga para desbordarse por encima del cinturón. De su nariz sale un suspiro.

Buenas tardes, señor ministro. Aún no sabemos de quién se trata, pero evidentemente es una amenaza. Lo han captado varias cámaras.

¿De la calle o interiores?

De su casa.

¿De mi casa? Cástor subraya el posesivo, entre ofendido e incrédulo.

Es decir, no de su casa. El jefe de seguridad también subraya el

posesivo, y si Cástor no lo conociese podría haber pensado que le estaba haciendo burla. De los alrededores.

Pero ahí no está mi casa. Cástor señala una pantalla tras otra y el jefe de seguridad sigue con la mirada el recorrido de la prolongación del índice por los monitores.

No, claro, por razones de intimidad.

Cástor se queda pensando lo que puede significar esa respuesta. ¿Tendrán una cámara metida en su dormitorio, en su cuarto de baño? ¿Poseen archivos digitales de él cagando o hurgándose la nariz? A lo mejor también guardan imágenes de su mujer, podría pedírselas al jefe de seguridad para averiguar qué hace ella cuando él sale de casa. No es que sienta celos, es más bien la curiosidad morbosa de saber qué le oculta, justo aquello que no quisiera que él conociese.

Quiere decir, porque sí vigilan el interior de mi casa.

No, señor ministro. Vigilamos sólo las inmediaciones, pero aun así, hay un asunto de... privacidad.

La calle es pública. También la mía, lo que es una pena, por cierto.

La calle es pública, pero.

El jefe de seguridad vuelve a adoptar una postura ligeramente marcial que sólo alivia para rascarse el cuello. Ambos se quedan contemplando las pantallas. Hace rato que no sé de lo que estamos hablando, piensa Cástor.

Pero.

Quiero decir; Pau, sal un momento.

Sólo entonces se da cuenta Cástor de que hay otra persona en la sala: un hombre greñudo y mal afeitado con cejas muy pobladas. El hombre estaba sentado en una silla giratoria en un rincón a espaldas de Cástor; lleva uniforme y placa, una porra eléctrica y esposas colgadas del cinturón. Se levanta, busca a su alrededor, levanta unos papeles del escritorio, se asoma debajo de éste.

La gorra, dice. No encuentro la gorra.

Cástor la descubre inmediatamente, un trapo arrugado en el asiento del que se acaba de levantar su dueño. No dice nada. El bigotudo da un par de vueltas más a la sala, chasquea la lengua, hace una leve inclinación de cabeza hacia Cástor, es que sin gorra..., dice, y acaba saliendo con gesto de estreñimiento.

La calle es pública, señor ministro, dice el jefe de seguridad en cuanto se cierra la puerta, pero las que rodean las de las autoridades deben ser tratadas con discreción, no sé si me sigue, quiero decir, en fin, ya me entiende.

No, pero me encantaría. ¿Qué tal si me lo explica?

Estas pantallas las puede ver cualquiera. Es decir, no cualquiera, cualquiera, quiero decir, quienes pasan por aquí delante.

Yo, por ejemplo.

Sí, pero el problema no es usted. Bueno, sí, también.

Yo soy el problema, dice Cástor, y mira fijamente a los ojos de su interlocutor. No suda, cosa que sorprende a Cástor, porque para ese momento debería estar ya sudando, quizá tartamudear un poco. Pero por ahora el único síntoma de su incomodidad es que sus frases se vuelven entrecortadas, repetitivas. Y que no aguanta mucho tiempo la mirada de Cástor, pero eso probablemente habría sucedido incluso aunque hablasen de deportes; Cástor no entiende nada de deportes.

Yo soy el problema, me decía.

No, no, no es eso. Lo que quiero decir es que cualquiera, esto es, que por aquí delante pasa todo tipo de gente; autoridades pero también funcionarios, secretarias y secretarios, policías, hasta repartidores. Y la información que dan las pantallas puede llegar a quien no debe. ¿Le doy un ejemplo? Pongamos que su esposa..., no, perdone, no es un buen ejemplo.

Estoy seguro de que es un ejemplo perfecto: pongamos que mi esposa.

Bueno, que la cámara de su calle nos muestra a su esposa, que sale de casa, ¿me sigue?

Hasta ahí es fácil. Mi esposa sale de casa.

Eso es, su esposa sale de casa. Y pongamos que la cámara de la calle del ministro... de Justicia, por poner un ejemplo, muestra que su esposa, no la del ministro de Justicia, la suya de usted, entra en casa del ministro. Eso no es algo que deba ver cualquiera.

¿Es de noche?

No, no, yo no quiero decir eso.

Quiere decir que mi esposa podría estar engañándome con el ministro de Justicia.

De ninguna manera. Estoy convencido de que su esposa no le engaña con nadie.

Yo no me atrevería a decir tanto. Pero entonces es de día.

Claro, es completamente de día.

¿Entonces?

No estoy seguro.

No está seguro.

Creo que estoy liándome un poco.

La cosa es clara: mi esposa entra en casa del ministro de Justicia, de día, pero nadie debe saberlo.

Señor Cástor, quizá deberíamos hablar de lo que le ha traído aquí.

No, por favor, siga explicándome.

A ver, quiero decir, que si alguien ve en la pantalla a su esposa entrando en casa del ministro de Justicia podría pensar...

Ajá.

...no sé qué podría pensar, pero no sería bueno. El inspector jefe enarca las cejas, abre mucho los ojos, sonríe. Podrían intercambiar secretos de Estado, dice, y parece feliz con el hallazgo.

Mi esposa no tiene secretos de Estado. Incluso tiene pocos secretos no de Estado. Es una mujer muy transparente, si me acepta la confidencia. Al menos eso creo.

No, pero no sé, alguien podría pensar que le hace a usted de intermediaria, que ella lleva mensajes al ministro..., eso es, que desempeña un papel turbio.

Veo al ministro de Justicia cada quince días, ¿para qué iba a necesitar que mi esposa hablase con él?

Bueno, podría tratarse de otra cosa.

De que mi esposa me engaña con el ministro de Justicia.

Cástor continúa por inercia, pero ha comenzado a aburrirse con el juego. Es poco estimulante cazar un ratón muerto. Ahora el jefe de seguridad ni siquiera responde, no intenta encontrar una nueva justificación, ha agachado la cabeza ligeramente, nada queda de su intento de marcialidad, un pinchazo y verías sobre el suelo un trapo arrugado como la gorra del policía. No hay nervio, no hay músculo, no hay rabia. Y de gente así depende la seguridad del edificio, de la ciudad, del país. No le extraña que revienten autobuses y que buena parte de la ciudad sea no go zone.

Señor...

Déjelo. Dígame qué es lo que tenía que enseñarme.

El jefe de seguridad se dirige a una puerta situada en un lateral de la sala, la abre, se detiene a un lado para dejar pasar a Cástor. Más que una habitación es un cubículo: con una silla de oficina, un pequeño escritorio, dos pantallas. El jefe de seguridad usa un mando a distancia y en las dos pantallas se ve una escena parecida: es de noche, la calle está desierta, se acerca una figura encorvada, lleva una sudadera oscura con capucha y un pañuelo negro que le tapa la cara. Levanta el elástico de la sudadera y extrae del cinturón algo que parece una metralleta de plástico. Apunta a la cámara y, al levantar la cabeza, el pañuelo que protegía su identidad se le desliza hasta el cuello, pero de todas formas no se distinguen bien sus rasgos: de lo oscuro asoma una nariz voluminosa y un mentón que parece partido

en un lado, como algunas caras de cuadros cubistas. Dispara un chorro de líquido a la cámara; no tiene buena puntería y el alcance del arma no es suficiente –made in China, seguro–, así que tiene que acercarse lo más posible, extender el brazo, empinarse sobre las puntas de los pies, ahora sí, su cara es perfectamente reconocible antes de que el chorro de pintura ciegue la cámara.

¿Lo han detenido?

No nos ha sido posible.

¿Para qué están las cámaras si las puede inutilizar cualquiera y ninguna patrulla va a detenerlo?

El jefe de seguridad bascula de los talones a las puntas de los pies en un gesto que parece demasiado arrogante. A Cástor empiezan a irritarle esos simulacros de pose marcial de alguien con tan poca espina dorsal. Debería ser general de intendencia, o coronel de un cuartel de retaguardia. Pero es demasiado joven para haber alcanzado esas graduaciones.

El responsable no vio la grabación hasta que fue demasiado tarde. Y cuando se alertó a la policía ya no tenía sentido lanzar un operativo.

¿Hace falta que le pregunte por qué?

Porque el delincuente ya habría huido.

Es usted un imbécil.

Señor ministro.

Lo que le pregunto es por qué fue demasiado tarde para alertar a la policía. Si tienen dos pantallas dedicadas a mi casa.

Y a las de los otros ministros.

Dos pantallas dedicadas a vigilar las casas de los ministros, ¿por qué nadie vio que las inutilizaban?

El funcionario de guardia había salido.

Fantástico.

Los recortes, señor. Antes, si alguien salía, inmediatamente le sustituía otro funcionario. Ahora no es posible. Y si alguien cae enfermo...

O sea, que la culpa es del gobierno.

El jefe de seguridad se calla. Sin duda piensa que es así, y Cástor también está convencido de que lo es, pero le molesta que se escude en ello para justificar la torpeza.

¿Y las cámaras están operativas ahora?

No, señor.

Cástor se da la vuelta para salir del cuartucho. Llega hasta la puerta de la sala de control antes de que el jefe de seguridad reaccione.

Las cámaras son responsabilidad de la policía, señor ministro. Nosotros sólo podemos notificar la deficiencia.

Cástor se detiene. Vuelve a contemplar el muro de pantallas, una película dividida en mil partes cambiantes, un rompecabezas que representa un mundo deconstruido, unidades que parecen no tener nada que ver una con otra, y sin embargo su suma casi cubre la realidad más cercana a Cástor.

¿Podría darme una grabación de todas las entradas y salidas de mi casa durante la última semana, también las de mi mujer?

Sí, señor ministro.

En ese momento entra el funcionario al que había hecho salir el jefe de seguridad; hace un movimiento hacia adelante con la cabeza que recuerda al de una paloma al caminar, descubre la gorra en el asiento, la toma en las manos y la alisa con mimo.

¿Y podría también seguir los desplazamientos de esas personas por la ciudad?

Eso le iba a decir, que se puede; parcialmente, esto es, donde las cámaras de seguridad funcionan, hay barrios en los que ya sabe, el apagón es completo. Pero por si acaso hemos buscado más imágenes del delincuente con la pistola de pintura. Se pierde su pista en algunos momentos, pero sale de la ciudad por el puente del oeste.

Es probable que el jefe de seguridad espere un elogio, una palmadita en la espalda, al menos un gesto apreciativo.

No se olvide de enviarme lo que le he pedido.

Lo tendrá en su despacho esta misma tarde.

El jefe de seguridad se cuadra cuando Cástor sale de la oficina. Cástor no se despide, va a su despacho; antes de entrar se queda mirando la cámara e imagina al jefe de seguridad mirándole desde la sala de vigilancia. Cástor no hace un solo gesto. Se ha olvidado ya de la cámara. Tan sólo se pregunta por qué Arnoldo ha inutilizado las cámaras que vigilan la entrada al condominio. Y cómo habrá llegado hasta allí, si se supone que Cástor vive en una zona segura. Al final, el tal Arnoldo está loco pero sabe moverse. La vida es siempre más interesante de lo que uno espera.

Del cuaderno de AM (XII)

No me importa que me mientan. Quien me dice una mentira está reconociendo que mi opinión es importante para él. Quienes no te mienten es porque te desprecian.

Una persona puede cambiar de identidad, pero no de conciencia. La historia de la humanidad es una acumulación de masacres porque los poderosos nunca han querido entender la diferencia. Los generales y emperadores no escarmientan en cabeza ajena, no miran, no escuchan, no leen, sobre todo no leen. Han impuesto identidades a los sometidos, les han cambiado el nombre, la nacionalidad, les han hecho adoptar otra lengua, pero eso sólo ha llevado a resistencias encarnizadas, porque la contradicción entre identidad y conciencia es siempre dolorosa. La conciencia de clase no es lo mismo que la identidad de clase. Tampoco los Papas lograban cambiar de conciencia aunque les otorgasen un nuevo nombre. A ti te va a suceder lo mismo, espero que entiendas eso, porque si no lo entiendes quizá deberías reflexionar, piensa que mis servicios son caros, son casi prohibitivos, y luego podría llegar la decepción.

¿Hay que escuchar todo el sermón?, pregunta Alegría en voz baja. El hombre de todas maneras no les mira cuando habla; tiene la vista fijada en la pantalla, a su izquierda, como si sólo se relacionase con ella. Shhh, responde AM.

No tiene aspecto de hacker, sino de funcionario. De alguien que en sucesivas reencarnaciones no ha cambiado ni una vez de especie, género, apariencia u ocupación; su mal karma no le ha llevado a reencarnarse en lombriz ni en rata ni en hiena, tampoco en esquizofrénico ni en jorobado. Desde el inicio de los tiempos ha sido ese hombre de gabardina tan gris como su cara, de bigote demasiado pequeño, de párpados pesados, de movimientos lentos, de suspiros largos, una vida tras otra, por los siglos de los siglos, y parece resignado a que siga siendo así durante el resto de la eternidad. Y está claro que debe haber algo muy extraño en alguien sentado en su despacho que no se quita la gabardina, como si acabase de llegar o estuviese a punto de irse y no se decidiera a quedarse en ese sillón en el que sin embargo parece llevar largo rato y del que no tiene intención de levantarse.

A ti te puedo dar otro nombre y añadirle un título académico, podría proporcionarte los nombres de padres y abuelos, experiencia laboral, puedo decidir que eres licenciada o doctora; todo esto, en realidad, podría hacerlo casi cualquiera, falsificar documentos no es un arte, sólo requiere habilidad técnica. Un artesano hace lo que los demás no pueden hacer; un artista hace lo que los demás no pueden imaginar.

En realidad, no le pega ese despacho. A su rostro anodino, con su perfecto disfraz de mediocridad, le iría mejor un despacho con

escritorio de madera, más que antiguo viejo, moqueta sucia, un perchero vacío, cuadros que nadie se detendría a mirar, penumbra. A decir verdad, también espera uno de un hacker que sea joven o que vaya disfrazado de ello, que parezca un carácter original y excesivo, que esté particularmente gordo, que hable alto, qué sé yo, uno imagina un genio y no sabe cómo imaginar un genio. En todo caso pensarías que al menos podría tener el síndrome de Asperger. Pero él no es ese individuo especial y su despacho es amplio y luminoso, con un ventanal a sus espaldas, que domina un paisaje industrial del siglo pasado, aunque hoy los altos hornos albergan un casino, restaurantes que en su día figuraban en guías y en las recomendaciones de los viajeros, un par de tiendas de moda, una sala de fiestas en las que nunca se vio a nadie menor de cuarenta años. En el despacho hay, aparte del sillón giratorio del hacker –sigo diciendo «el hacker» porque no tiene nombre ni apodo, y si lo tiene ni siquiera yo he conseguido averiguarlo–, una estructura de plástico blanco sobre la que descansa un ordenador con una pantalla gigantesca, una lámpara de pie, tres sillas, como si sólo sacase los muebles imprescindibles para sus visitantes.

Pero lo que sólo yo puedo proporcionarte, dice el hacker, es una obra de arte. Yo quiero crear la Capilla Sixtina de la ficción virtual.

¿Qué es la Capilla Sixtina?, pregunta Alegría. Nadie se molesta en responderle.

Voy a crear algo por lo que seré recordado en las redes igual que Alan Turing o Marian Rejewski. En ese momento su expresión se anima, mueve los dedos en el aire como un pianista ansioso de atacar una sonata particularmente compleja. La gente inculta confunde la técnica con el arte, sin darse cuenta de que su única relación consiste en que para el segundo se necesita la primera. La técnica: puedo crearte un perfil retroactivo en las redes sociales, subir a ellas fotografías de cuando eras niña o adolescente, crear un enorme entramado de personas que se relacionaban contigo; puedo, para nuestros amigos de Interior, crear una correspondencia por correo electrónico que se remonta a tu niñez, crear un patrón coherente de visitas a páginas web desde tus direcciones IP –creadas ex profeso– adecuadas a tus direcciones físicas, puedo incluirte en citas de otras personas. Todo eso se puede resolver con habilidad técnica y empeño. Pero lo que me deberás sobre todo es que soy capaz de crear a una persona de la nada, no necesito ni barro ni costilla para inventarle un carácter, miedos, fobias, deseos, fantasías, secretos, enfermedades, relaciones tortuosas o sencillas, capacidades e incapacidades

intelectuales, aficiones, remordimientos, proyectos, un historial clínico, culpas, virtudes, propiedades, hipotecas, opiniones, afinidades, odios; voy a crear un ser vivo, no un muñeco, porque todo eso será tan convincente, también en sus contradicciones, que no habrá nadie más real que la mujer que llevará tu nueva identidad. Ella será mucho más real que tú. Su existencia será más sólida y convincente que la tuya. Los rastreadores encontrarán en esa persona un par de rasgos sospechosos –todos somos sospechosos de algo, y si no, somos realmente sospechosos–, se quedarán tranquilos viendo que, como todos, tienes cosas que ocultar, tus secretitos ridículos e inofensivos. Tu avatar sería digno de estar en un museo, si hoy interesasen a alguien los museos. Será entonces nuestra obra maestra privada: la poseerás como esos coleccionistas que adquieren a precios exorbitantes pinturas robadas para luego tenerlas en su dormitorio, en lugares en los que nadie o casi nadie, salvo ellos, puede contemplarlas. Y además, ah, además, fíjate en el detalle, a ti no te costará entrar en esa nueva identidad porque será coherente con quien tú eres ahora, sus rasgos serán complementarios de los tuyos, alguien así tendría tus gestos y tu misma postura, hablaría como tú hablas. No te equivoques, tú tendrás la conciencia de no ser ella, ya te lo he dicho, pero sí pensarías que, si pudieses corregir unos pocos detalles de tu vida, habrías podido ser como ella. ¿Sigues interesada?

Alegría asiente. Claro. Ahora aún más que antes.

Hasta ese momento AM no ha dicho palabra, y si se ha movido o si ha hecho algún gesto, les ha pasado desapercibido a los demás. Pero entonces se rasca la cabeza, mira a Alegría, casi sonríe o al menos parece que ha suprimido una sonrisa, pregunta, más para sí mismo que para el hacker, pero ¿quién va a pagar todo eso?

El hacker no parece ofendido, es un hombre con experiencia, sabe que al final a todos les preocupa lo mismo, que el Rajá que encargó el Taj Mahal probablemente también preguntó por cuánto le iba a salir. Así que su gesto es paternal cuando responde:

No le voy a cobrar nada.

¿Nada? dice AM. Pero si decía que sus servicios son prohibitivos.

Casi prohibitivos, he dicho. Y lo he dicho porque lo que no cuesta no se valora. Primero quería que tu amiga escuchase mi oferta sabiendo que su precio es inalcanzable para ella. Pero voy a trabajar gratis en su perfil.

¿Por qué?, pregunta Alegría.

AM es mi hijo.

¿Es verdad eso?, pregunta Alegría volviéndose hacia AM.

Por supuesto que no, dice el hacker. Pero cualquier otra razón que te dé será más verosímil e igualmente falsa, así que vamos a quedarnos con esa filiación. ¿Te parece?

Preferiría algo más verosímil, dice Alegría. Me sentiría mejor.

Vas a ser mi criatura. Y te voy a seguir. Vayas a donde vayas, hagas lo que hagas, te escondas donde te escondas. Cada vez que uses cualquiera de los instrumentos que te dé saltará una alarma en mis dispositivos. Crearé programas para descubrir tu huella digital aunque crees perfiles que no te haya dado yo. Te encontraré. Hackearé tu ordenador para hacerme dueño de la cámara, sabré las páginas que abres, lo que compras, si compras, de quién te enamoras, si te enamoras, conoceré tus estados de ánimo, tus propósitos, tus perversiones más secretas. Lo sabré absolutamente todo. Te estaré mirando.

Creepy.

¿Sabes que nunca aprendí inglés? Raro en alguien que se dedica a mi profesión, pero imagino que es una expresión de desagrado. Entonces te daré otra razón: espero que un día me seas útil. Yo seré mayor. Tú quizá te hayas cansado de huir o, más probable, habrás tenido hijos. Y querrás transmitirles tu don.

¿Se lo has contado tú?

AM niega con la cabeza.

No puedes venir a ver a alguien como yo y esperar que no conozca tus secretos más íntimos. La cámara, dice, y señala un diminuto objetivo en el dorso del ordenador. La cámara te ha grabado al entrar, y el ordenador se ha puesto a comparar con los datos biométricos de trillones de imágenes. Y estás ahí, dice, señala la pantalla: te buscan. Tu foto se está distribuyendo por las redes, pero no es una búsqueda oficial. Yo que tú me pensaría también cambiar de aspecto, a ser posible también un implante de iris, porque sería una pena que te acabasen descubriendo por tu apariencia física o por cualquiera de esos patrones que puede analizar un lector digital. Hay ahí, en ese hormiguero cósmico, mucho interés por tu personita insignificante.

Alegría se levanta, sacude la cabeza.

Usted no puede saber todo eso sin que se lo hayan dicho. En las imágenes de búsqueda se habla de un posible peligro de contaminación, de que necesito ayuda y de que...

¿Por quién me tomas?

Hay algo...

¿Por quién me tomas, mocosa? Aunque no eres tan joven como aparentas. Esas fotos salen del Ministerio de Sanidad. Así que he

hurgado un poquito mientras conversábamos, y he visto el correo de nuestro honorable ministro. He recuperado conversaciones borradas. La vida no es eterna, los datos sí lo son. Nada se crea ni se destruye, sólo se transforma.

Mientras conversábamos. Ha hecho todo eso mientras conversábamos.

Si no pudiese hacerlo, ¿merecería la pena mi valiosa ayuda?

Una ayuda valiosa pero que me va a dar gratis.

Así es. Y tú querías una explicación verosímil. Voilà: decía que yo un día seré una persona mayor, empezaré a sentir que el fin se acerca, tendré enfermedades recurrentes, una neumonía me dejará en cama durante un mes, puede que un día tenga una infección de las vías urinarias, que sienta la fiebre y quizá tenga un miedo a la muerte que hoy no tengo, puede que de pronto quiera una longevidad que hoy me parece repulsiva, vivir doscientos años, da escalofríos imaginarlo, imaginar la piel de ese individuo, imaginar su alma, su amargura, porque no puedes llegar a los doscientos años sin caer en la desolación, pero eso es lo interesante del ser humano, que no sabe quién será sólo veinte años después. Y es posible que entonces, dentro de veinte años, haga lo contrario de lo que estoy haciendo ahora, descubrirte en lugar de ocultarte, entregarte en lugar de protegerte, dar tu sangre para que los matarifes le extraigan el jugo y beneficiarme yo de los avances de la ciencia. Podría haberte entregado ahora, haber puesto en alerta a nuestros amigos sanitarios pero ahora me parece insensato pretender alcanzar edades bíblicas. Además, ¿y el reto? ¿Y el arte? Así que no te estoy vendiendo tu nueva identidad. Te la estoy alquilando, y me reservo el derecho de rescindir el contrato cuando me parezca y dejarte a la intemperie.

El hacker se levanta con la lentitud y la pompa de un emperador que da por terminada una audiencia. Extiende la mano hacia la puerta como abriendo una invisible delante de Alegría.

Pero es un riesgo muy a largo plazo el que corres, algo que puede que suceda o no. Para mí es una inversión especulativa, un seguro al que probablemente no recurriré. Para ti es un seguro temporal contra accidentes. Yo, en tu lugar, aceptaría.

Claro, dice Alegría. Claro que acepto.

Lo sé, dice. Te conozco como si fueses mi hija.

Por primera vez sus ojos se iluminan con algo que podría reflejar sentido del humor.

Acababa de serrar el catalizador y de rehacer la conexión con un simple tubo de acero que soldó al tubo de escape. Había descubierto que el catalizador estaba completamente obstruido. Podría haberse ahorrado el trabajo de reconectar el tubo de escape al motor, pero no quería que el coche hiciese más ruido del imprescindible. El sigilo es el arma de los felinos. Y él era un leopardo al acecho.

Había conseguido bujías nuevas y una batería usada pero aprovechable en un almacén de las afueras donde se podía comprar desde ácido sulfúrico a ladrillos o un soplete y también todo tipo de pequeñas piezas con las que reparar electrodomésticos del siglo pasado. A él le habría gustado trabajar en un almacén así, conocer qué tipo de arandela necesitas en tal sistema de riego o qué filtro lleva tal marca de aspiradora. Él era un hombre habilidoso, como lo mostraba el Audi que ahora estaba ya en condiciones de rodar, aunque tuviese que pasar de primera a tercera y de tercera a quinta porque la caja de cambios estaba medio bloqueada y no había conseguido arreglarla. Pero andaba, y rugía, y la placa blindada que le había soldado a la parte delantera le permitiría enfrentarse a un tanque de la policía. Había sido del viejo cabrón, que lo había manejado sin mimo hasta que perdió las llaves y ni siquiera se molestó en conseguir unas nuevas. Lo habría dejado irse oxidando, corroyendo, llenando de maleza, pudriendo gomas y plásticos. Lo rescató Arnoldo y no se podría decir que lo devolvió a su estado original, pero regularmente cepillaba mohos y herrumbre, hacía relucir la carrocería con orgullo de criado de plantación algodonera. Uno de los pocos recuerdos agradables de su infancia: el padre en silencio, la ventanilla bajada, el brazo apoyado sobre el borde de la ventanilla, la cabeza sobre el brazo, el aire revolviéndole el pelo, el paisaje pasando despacio ante sus ojos, una vaca que lo ve alejarse y él ve alejarse a la vaca. Esa sensación de libertad protegida. Esa sensación de infancia.

Era hermoso ese vehículo, tenía una pesada elegancia, como la de un aristócrata cazador: se le veían el dinero y la alcurnia. Y quedaba bien, además, Arnoldo al volante del coche. Sentado en el asiento del conductor le parecía que podría atravesar desiertos, vadear ríos, recorrer un continente de norte a sur; le faltaban unas gafas de sol, guantes de cuero, un aparato de música. Pero no había manera de encontrar un aparato de música, ni siquiera en el almacén, a precio razonable. Aunque ahora que era rico quizá podría permitirse uno. Cuando acabase los dos trabajos que tenía pendientes, desaparecería de esa tierra en la que los últimos años había vivido como un mendigo merodeando a las puertas de las casas de los ricos. Compraría dos

bidones de gasolina, comida, el maldito aparato de música. Y se marcharía de allí para siempre. Sólo se llevaría a Axelle. Pero antes llegaría a la casa de la Reina y le tiraría un cóctel molotov. Ojalá se quemasen todas sus cartas. No le habían servido de nada, esas figuritas pintadas, el gesto solemne de la Reina, sus oscuras artes. Sólo sirve la voluntad. Y la ayuda de la Santa Muerte para guiar tu mano, para susurrarte en el oído el quién y el cuándo.

Arnoldo estaba desnudo de cintura para arriba. El sudor se le remansaba en el ombligo. Tomó entre el índice y el pulgar un pellizco de la carne que abultaba alrededor de su cintura. Otro signo de la decadencia. Hacía años que se extirpaba las canas que le salían en los brazos, en el pecho, en los testículos. Él habría querido morir joven, con la fuerza intacta de sus músculos, con todos los dientes, antes de que empezase a clarearle el pelo. Pero no lo había deseado así la Santa, que necesitaba sus servicios en la Tierra. Alabado sea su nombre. Bendita sea su voluntad.

Envolvió las herramientas en el paño grasiento que le hacía de maletín y las puso en la trasera del coche. Después, junto a la puerta de la cabaña, removió durante un buen rato con un palo el contenido de una lata de pintura negra. Cuando le pareció que se habían disuelto casi todos los grumos, la vertió en otra lata pero a través de un colador para eliminar las partes más densas de la pintura. Cuando la lata estaba por la mitad rellenó el resto con agua, tapó, agitó, destapó y, con un embudo, fue llenando con la pintura diluida una metralleta de plástico. Lo primero era cegar al enemigo. Lo segundo, acabar con él. Así lo hizo aquella mujer de la Biblia, como se llamase. ¿O era la que le cortó el pelo a uno? Él lo había leído en algún sitio, y si no lo había leído daba igual: era un pensamiento sabio. Para cuando terminó, tenía las manos negras y los pantalones salpicados de aceite de motor. Qué más daba. Después se puso su jersey negro con capucha y se tapó la cara con un pañuelo también negro. Seguro que parecía un bandido o uno de esos chicos que acuden a las manifestaciones armados de piedras y barras de metal. Se sentó a la puerta, dispuesto a aguardar a que se hiciese de noche.

Resulta casi sobrenatural: por el recuadro de la ventana se ven tres nubes, tres cúmulos de bordes perfectamente recortados contra el cielo, que forman un triángulo con un vértice dirigido hacia la ventana. Cástor lleva un par de minutos observando esas nubes tan densas que es difícil imaginarlas hechas sólo de vapor de agua. Lo extraño es que no se mueven lo más mínimo. No surcan el cielo, no descienden ni ascienden, no se deshilachan por los bordes ni adquieren nuevas ondulaciones, no se deforman y recuerdan tal objeto o ser vivo: no recuerdan a nada, nubes inmóviles, borrones blancos sobre fondo azul.

El mundo se ha detenido sin duda, ha dejado de girar y el viento se ha calmado en todo el planeta. ¿Se mantendrá en su órbita un planeta inmóvil o se desviará de ella y acabará chocando contra otro o contra un satélite? ¿Se cae un planeta que no gira? Pero, si lo hace, ¿en qué dirección?

En realidad, si la Tierra dejase de girar de repente sucedería justo lo contrario de lo que ha provocado en Cástor esa fantasía: no pararía el viento ni se tendría la sensación de que el tiempo ha quedado congelado, sino que vendavales tremendos arrancarían los árboles de cuajo, derribarían los edificios como si los hubiese reventado una bomba, transportarían los vehículos a cientos de metros de distancia, las personas y los animales volarían estrellándose unos contra otros o contra objetos inanimados a los que quedarían pegadas sus vísceras. Se desatarían incendios de origen eléctrico y por fricción. Los mares se tragarían las ciudades costeras. Los únicos que sobrevivirían un tiempo serían los pasajeros de los aviones que estuviesen en el aire, pero sólo hasta que la falta de queroseno los obligase a aterrizar, si el viento no los había derribado antes. Y sobrevivirían quienes se encontrasen en los Polos hasta que el agua acumulada en las zonas ecuatoriales se repartiese por todo el planeta. Además, ¿quién quiere encontrarse en los Polos?

Cástor se levanta del sillón en el que lleva sentado casi una hora, algo muy raro en él: esa inactividad, esa abulia. Toca el cristal de la ventana como si pensara que algún truco le hace ver las nubes inmóviles. Incluso abre una ventana para asegurarse de que no se trata de un efecto óptico. Le dan ganas de mirar en el ordenador si está sucediendo algún fenómeno prodigioso; si sucede, está en la red; aunque también lo que no sucede está en la red.

¿Irina?

Ella llega arrastrando un poco los pies pero con una sonrisa solícita, más alegre que su cuerpo. Se detiene detrás de él y se fija en

que el pelo de su nuca está cortado irregularmente, más alto a la izquierda que a la derecha.

Oui, mon choux.

Estaba pensando... ¿qué me has llamado?

Mon choux?

Sí, qué significa eso.

No sé.

Si me lo llamas sabrás lo que significa.

Repollo, creo. Es cariñoso.

¿Es cariñoso llamarme repollo? Eso se come, ¿verdad?

Me parece.

¿Sabes qué estaba pensando?

Irina aguarda a que Cástor se responda a sí mismo.

Estaba pensando que podría adoptar al niño.

A Cástor le conmueven –él no lo reconocería– los gestos melodramáticos de Irina. A la vez le sorprenden y le dejan confuso, primero, pero enseguida le hacen sentir que el momento es especial, un momento como para ser mostrado sobre el escenario de un teatro. Irina se ha arrodillado, ha tomado una de las manos de Cástor entre las suyas y la está cubriendo de besos; llora. Se enjuga las lágrimas con esa mano querida.

Cástor no sabe si Irina siente lo que escenifica, es imposible que todo para ella sea paroxismo, sorpresas tan intensas que la hacen llevarse las manos a la boca y abrir tanto los ojos; ah, cuánta ilusión le hace cualquier chuchería que le entrega Cástor, esos saltos de niña para celebrar un regalo, y el entusiasmo con el que cocina desnuda, meneando el culo para él, girándose a veces para dirigirle una mirada pícara. Una histérica, te vas de mi lado la mitad del tiempo por una histérica, esto no te lo voy a perdonar nunca, si al menos me dejases por una mujer de altura, por alguien de mi nivel, podría disculparte, pero no por esa... Pero a Cástor los gestos exagerados de Irina le parecen la mejor prueba de su amor: Irina actúa, no siente, no puede sentir lo que le muestra, es decir, lo hace porque supone que a él le gusta, monta ese teatro cotidiano con el único objetivo de hacerle feliz, se niega a sí misma para que él esté bien. ¿No es eso auténtico amor?

Pero tu mujer, dice Irina, besa varias veces más la mano generosa, tu mujer... Cástor baja la mirada y la fija en esos labios que rozan la piel ya húmeda de lágrimas. Ah, mi mujer, no te preocupes por eso. Mi mujer...

Su mujer, con los brazos cruzados sobre el pecho, las mandíbulas tan apretadas que parece que los músculos maseteros podrían romperse como cuerdas de violín demasiado tensas y dejarle la mandíbula colgando. Cástor frente a ella, a dos metros, flanqueado por Ping y Pong que miran el suelo como avergonzados. Cástor, impasible, sin mostrar un sentimiento, como siempre, aunque por dentro debe de estar divirtiéndose lo suyo. Ah, cómo debe de estar divirtiéndose el hijo de perra.

No lo niegues, dice.

No niego nada. No digo nada, no niego nada.

Las cosas van a cambiar, desde este día, desde este momento.

No tienes ni una prueba. Es tu palabra contra la mía.

Y la de él.

La de él. Me vas a decir que la palabra de ese loco cuenta algo. Preséntale a un juez esa prueba, vas a ver lo que te dice.

Cástor toma una tableta de encima de la mesa. Pasa un dedo por la pantalla. Selecciona un archivo. Primer plano del Loco, de su rostro tan cerca de la cámara que podrían contarse cada uno de sus poros. Una mano le sujeta por la nuca y aplasta su cara contra la cámara, después tira de él hacia atrás. Ping y Pong con Arnoldo, en una habitación que parece de un sótano. El suelo es de cemento y las paredes de bloques de cemento pintados de blanco; la conducción eléctrica sin encastrar sube por la pared hasta el centro del techo, donde alimenta una lámpara industrial. Es una luz fría que más que iluminar los cuerpos los recorta contra el espacio.

¿Quieres verlo todo?

Ella no despega los brazos del pecho; parece sujetar con ellos a otra persona para que no se escape, una férrea presa de lucha libre. Se encoge de hombros.

Si te divierte.

Cástor ha quitado el sonido al vídeo, aunque no es difícil imaginar los gritos, los jadeos, los gruñidos. Los pies frotan el suelo, también harán ruido el roce de las ropas, el de las manos que se unen y separan, el de la carne chocando con violencia. Ping y Pong hablan pero no oímos lo que dicen, los dos a la vez o uno detrás de otro, habla el que está aferrado a Arnoldo, pero uno no imagina palabras sino ladridos; en ocasiones uno de los orientales observa el cuerpo a cuerpo de los otros dos, algo doblado hacia adelante como un árbitro de lucha libre que quiere comprobar si la espalda de uno de los púgiles toca el suelo, y mientras lo hace arenga o insulta o da instrucciones. La boca de Arnoldo está abierta todo el tiempo, salvo en breves momentos en los que el esfuerzo le obliga a cerrar los dientes, pero en cuanto se quita de encima al contrincante o al menos consigue liberar el miembro o la parte del cuerpo por cuyo control luchaba, vuelve a hablar o gritar o rogar o prometer o amenazar. Debe de ser agotador: tres animales luchando durante varios minutos en un espacio tan reducido, con esa constancia, ese esfuerzo que hace que corra el sudor por las tres caras, las ropas ya desordenadas, los botones arrancados, el pelo pegado a las cabezas como con engrudo, manchas que podrían ser de sangre. Y todo para qué, si estaba ya decidido de antemano, para qué esa escenificación de la

angustia y la rabia si luego son los kukris los que establecen una realidad contra la que el deseo no puede nada.

¿El final, quieres ver el final?

Ella sigue con los ojos fijos en la pantalla, pero no la mira de frente. Con la cabeza ligeramente ladeada, una ceja enarcada, desde lo alto, como contemplarías un espectáculo zafio, inmerecedor de tu atención.

Y sí, ve el final, sin un comentario, sin otro gesto salvo ese que ha dejado congelado para no conceder a Cástor su última victoria.

Cástor apaga la tableta.

Eso no puedes mostrárselo a nadie.

Ah, ¿quieres ver más películas? ¿Te aburres y necesitas una sesión de cine? Tengo varias horas contigo de protagonista, tus idas y venidas, tu viaje a la cabaña. Tengo imágenes de tu empleado inutilizando cámaras.

Eso no prueba nada. Hay abogados.

Y tengo una declaración suya. Antes de eso, antes de lo que acabas de ver.

No te creo, dice ella, y está claro que sí, que le cree, pero no puede darse tan deprisa por vencida, no puede concederle que está en sus manos.

Ni una palabra. No quiero oír una palabra tuya, nunca.

Como si quisiese hablar contigo, como si te interesase lo que tengo que decir.

En serio. Te lo repito por última vez: ni una palabra de aquí a que te mueras o te quito todo lo que tienes.

Ella piensa que quizá él se muera antes, pero no se atreve a decirlo. También piensa que si ella no dice ni una palabra, Ping y Pong tampoco, es posible que Cástor se vuelva loco, que su vida sea la de alguien rodeado de seres de pesadilla. Pero no es momento para pensar tonterías. La cosa va en serio. Ahora sí que va en serio.

Lo que tengas que decir se lo dices a éstos. Y no me preguntes por qué no me divorcio. De aquí a las elecciones no quiero un solo problema. Y si lo tengo te juro que lo vas a tener tú multiplicado por mil. Si estás de acuerdo asiente con la cabeza pero no se te ocurra abrir la boca.

La cabeza de ella no se mueve un solo milímetro. En realidad, no es necesario.

Ah, mi mujer. Tú no te preocupes por mi mujer.

Irina se levanta de repente, se apresura fuera de la habitación, aunque sólo en el último instante suelta la mano adorada. Regresa con el idiota a su lado, el idiota que sonríe como un niño que anticipa que le van a dar un regalo inmerecido. Él no le toma la mano ni besuquea ni llora. Él se pega a su pierna, frota la frente contra ella, muge quedamente, aguarda que sea la mano de él la que se pose sobre su cabeza y la rasque. Irina llora otra vez y otra vez se lleva las manos a la boca.

Del cuaderno de AM (XIII)

La gente feliz me resulta sospechosa, porque estoy convencido de que ocultan algo. Por eso me atraen las personas infelices. Tengo la impresión de que son sinceras. Puedo fiarme de ellas.

Sin embargo, yo podría ser feliz. No me falta tanto.

AM sale de casa en busca de algo para comer. Llevan demasiado tiempo encerrados en el piso. Desde que AM vio a una especie de mendigo apostado frente al portal han decidido no salir si no es imprescindible. Alegría responde ya sólo con gruñidos, no levanta la cabeza cuando le hablas, ha empezado a comer en la cama. AM está dispuesto a gastarse buena parte de sus ahorros a cambio de alguna bebida alcohólica y de dulces. Llevan también demasiado tiempo a base de galletas saladas y latas. AM cuenta su dinero y piensa que tiene que volver a trabajar. En las últimas semanas no ha buscado nuevos clientes y en los negocios la desidia se paga. Últimamente sólo ha recibido una llamada para encargarle un trabajo: le pagaban por forzar la cerradura de un apartamento en uno de los bloques nuevos –los llaman así pero tienen más de veinte años–; no habría sido la primera vez que usa sus habilidades con las ganzúas, pero en esa ocasión no se trataba de un grupo de ocupación sino de un marido que quería entrar en casa después de que la mujer lo dejase en la calle. En asuntos familiares AM no se mete nunca.

En dirección contraria al puerto hay un supermercado que no suele estar muy bien surtido, pero lo suficiente para su capacidad adquisitiva. Al llegar a la esquina ve un coche aparcado, un coche japonés demasiado nuevo para ese barrio. Parece que lo han lavado hace poco. Pasa junto a él sin mirar en su interior; de todas maneras tiene cristales polarizados. Sí anota mentalmente la matrícula. Gira a la izquierda en la esquina, otra vez en la siguiente y otra en la siguiente. Su intención era regresar al apartamento, pero ha descubierto un segundo automóvil parado en el otro extremo de la calle. Aunque no se acerca, también de lejos le parece demasiado nuevo.

Como está seguro de que controlan sus llamadas, prefiere no avisar a Alegría, que de todas formas no va a salir. No quiere revelar que los ha descubierto y tampoco provocar una reacción que no puede prever. Aprieta el paso. Ya antes de hacerlo ha empezado a sudar.

AM sube a la carrera las escaleras de la casa de sus padres. Sortea la mirada extraviada de su madre, a la que se ha encontrado detrás de la puerta, como si esperara a alguien. Pasa junto a la habitación de la abuela sin asomarse a ver si continúa acariciando la pantalla o si ha conseguido introducirse en el otro lado. A través de la puerta abierta descubre que el padre no se encuentra en su taller; andará por ahí buscando piezas de recambio para sus construcciones imposibles. La hermana canturrea detrás de otra puerta que AM no empuja. Sí aporrea aquélla tras la que está encerrado su hermano. No obtiene

respuesta. Probablemente los auriculares le impiden oír el ruido. Se pone a dar patadas contra la madera y sólo al cabo de un rato escucha un sonido que se acerca. No pasos, un arrastrarse o deslizarse.

Ábreme.

No puedo, ya sabes que no puedo. Si traspasase esa puerta sería reducido a polvo como el conde Drácula a la luz del Sol.

No te digo que salgas, quiero entrar yo.

Te quiero, AM.

Abre.

Te quiero mucho. Pero me es imposible. Mi humilde morada no puede acoger visitas.

Es urgente. Te juro que es urgente. ¿Estás conectado?

Siempre estoy conectado.

Quiero decir si aún hay conexión a la red.

He dejado de existir en mi cuerpo mortal. Ahora soy sólo una imagen, un holograma. En serio, me he desmaterializado. El día que nos quiten la electricidad desapareceré para siempre. A lo mejor chisporroteo un instante, como los filamentos de una lámpara incandescente a punto de fundirse. Pero ahora viajo a la velocidad de la luz, doy ocho vueltas por segundo a la Tierra, si me dejas unos minutos te puedo contar lo que está sucediendo detrás de Saturno.

No tengo tiempo. Ábreme.

Te quiero mucho, hermano. Y, aunque no lo creas, sigo tus pasos. Me gusta la chica con la que sales. Si yo fuese un hombre y no estuviese constituido sólo por partículas elementales también me buscaría una amiga así. Tiene clase. Te confesaré que a veces pienso en ella, la observo con las cámaras de seguridad cuando se mueve por territorios vigilados; podría contarte parte de su vida. ¿Quieres saberla?

Sólo quiero saber lo que ella me cuente.

Te ha faltado decir: aunque sea mentira.

AM le da el número de matrícula del automóvil de vigilancia. Antes de que le pregunte de quién es ya tiene la respuesta.

Policía. Pero no oficial. Para trabajos sucios. Si están detrás de ti cuenta con una mezcla de polis y civiles. No esperes que te lean tus derechos. Nunca entres en un coche así. Te lo dice tu hermano, que te quiere.

¿Tú podrías averiguar el plano de mi edificio?

Te he dicho que puedo ver más allá de Saturno.

Me basta con mi edificio. Planos, vías de acceso visibles e invisibles. Salidas por el sótano y los garajes. ¿Alguna pasarela a otro

edificio?

Ah, es muy viejo, uno de los primeros rascacielos de ese barrio. Pero si me das un rato seguro que lo encuentro. ¿Dónde te lo envío?

¿No puedes imprimirlo?

¿En papel? Eres un hombre extraño, hermano. No me extrañaría que te hicieses tu propio jabón con sosa y escuchases música en un radiocasete. ¿Sigues escribiendo tus pensamientos en un cuaderno?

Lo llevo siempre en el bolsillo trasero.

Impresionante. En otra situación, me habría gustado conocerte mejor. Espera.

AM escucha movimiento en la guarida. Detrás de la puerta se arrastra un cuerpo pesado y blando. Lo imagina con trescientos o cuatrocientos kilos, una babosa inmensa con un rostro que se parecería al suyo si lo hinchasen como un balón y después lo dejaran desinflarse un poco. Habría que romper el marco de la puerta para permitirle salir de su encierro, usar una grúa para bajarlo a la calle. Hace meses vio en la pila un pantalón de un tamaño imposible para un ser humano. No quiere imaginar el cuerpo de su hermano, pliegue sobre pliegue de carne, el sudor y la roña en esos pliegues, el temblor de la grasa a cada movimiento. No querer imaginar es imaginar necesariamente. Intenta distraerse mientras su hermano cumple el encargo; fantasea un escape arriesgado por las azoteas, una persecución por pasillos y terrazas. Recuerda a Alegría lanzándose contra la fila de policías. Es un buen recuerdo. Una imagen que conservará cuando sea viejo y le hará pensar que la vida ha merecido la pena.

El jadeo de su hermano anuncia que está justo al otro lado de la puerta, gime como un moribundo al agacharse.

Toma, aquí tienes, en papel. Las últimas hojas que me quedaban.

Las hojas se agitan a través de la trampilla para la comida. AM las examina nada más tenerlas en sus manos: fotos, croquis, descripciones, un esquema del sistema de seguridad.

¿Tú no podrías hackear el sistema de comunicaciones de la policía?

Hermano, hay cosas que ni siquiera yo puedo hacer. Pero ésa sí.

¿Y las alarmas y la alimentación de corriente en el edificio?

Eso es más complicado. No creo que tenga acceso. En todo caso quizá pueda sabotear la red del barrio. Aunque lo dudo. ¿A qué hora?

¿Qué hora es?

Las once.

A las doce.

Haré lo que pueda. Pero tengo malas noticias. Dudo si dártelas. Mi

corazón está lleno de pesar.

Me siguen.

Eso no sería una noticia porque ya lo sabes. Pero sí, mi cámara me dice que te están esperando abajo, en el portal. Dos hombres. Acaban de llegar.

Da igual, sé por dónde escabullirme. He vivido aquí hasta no hace tanto ¿La mala noticia?

Van a entrar.

¿Ahora? ¿Aquí?

Allí. Van a entrar donde está Alegría.

¿Cómo lo sabes?

Porque soy Dios. Lo oigo todo. Al menos todo lo que se diga en un sistema de comunicaciones. Dudan si entrar ya o si esperar a que regresen tus perseguidores. Tienen miedo a tu compañera. Eso habla bien de ella. Te has buscado una novia muy atractiva.

No es mi novia.

¿Puedo hacer algo más por ti?

Sí, si es posible estaría bien que bloqueases los sistemas de entrada al edificio, o sea que descodifiques...

Sé cómo se hacen esas cosas. Pero tampoco puedo prometértelo. Ya te he dicho que vives en un monumento histórico.

Tiene cuarenta años escasos.

Un monumento prehistórico entonces. Me voy, hermano, llevo demasiado tiempo en contacto con la materia y tengo que volver a mi mundo. Ya sabes, podría convertirme en polvo, o derretirme como un muñeco de goma que echas al fuego. Pero estaré contigo. Soy como Dios nuestro Señor, mi ojo te ve, sigo tus pasos, posaré mi mano protectora sobre tu cabeza. Pero lo mejor sería que además llevases refuerzos.

Refuerzos. El único ejército que conoce no tiene armas.

Su hermano dice algo más, pero la voz es ya apenas audible. Su sonido se debilita hasta desvanecerse. Ya sólo se escuchaba la electricidad estática.

Cuando la Reina salió de su cabaña por primera vez en varias semanas, los pajaritos gorjeaban alegres sobre las ramas, graciosas nubecillas de algodón surcaban el cielo azul, las flores abrían sus pétalos, las abejas formaban un coro de murmullos melodiosos y el sol sonreía generoso sobre la creación.

Oh, bueno, no fue exactamente de esa manera. Pero es verdad que al cerrar la puerta tras de sí la Reina tuvo la impresión de que la naturaleza salía a recibirla y de que había una vibración que le hacía sentir que algo la esperaba allá afuera, como un monje que tras años de estar encerrado en la clausura es llevado a la playa y le permiten caminar descalzo sobre la arena húmeda.

Tres semanas, quizá cuatro, sin salir de casa, hasta el punto de que había sido uno de sus adeptos el que cada semana le llevaba la comida, aunque no era tan adepto como para no cobrársela y como para no cobrarle el servicio; ¿y la propina, oh, Reina? gracias, muchas gracias.

Ella de todas maneras no iba mucho a la ciudad. ¿Para qué iba a ir a ese espacio trazado con líneas rectas entrecruzadas, barreras estridentes que le impedían escuchar la voz de los muertos? Y nunca le gustó caminar por las calles embarradas o con el asfalto reventado por mil sitios, ver las fachadas deslucidas, los perros famélicos, la gente de mirada obtusa, esas niñas con la cara llena de mocos, esas mujeres que parecían ser las derrotadas de una antigua batalla de la que no se habían recuperado, las violadas esposas de los soldados hoy tullidos, enfermos o muertos. Ah, sí, claro, eso no es toda la ciudad. Están también las zonas seguras, y semanas atrás ella había decidido entrar en una, mostrar su identificación, aguantar la mirada recelosa de los vigilantes antes de abrirle la verja, saber que sus cabezas se volvían tras ella pero sin admiración ni deseo, recorrer toda una calle consciente de sus propios movimientos, de sus gestos, de su presencia, como un paralítico que echa a caminar y aún no cree en el milagro. Pero ella es la Reina; a ella han acudido durante años la mayoría de los que hoy ocupan el poder empresarial y político, y lo alcanzaron gracias a sus habilidades, aunque no lo reconocerían ni le devolverían el saludo si se cruzasen con ella. La Reina tiene salvoconductos, puede caminar por cualquier sitio, mover despacio sus miembros, quitarse las sandalias para mostrar el cuero bruñido de sus pies, caminar desnuda bajo su túnica y dejar así que su sexualidad la envuelva como una melodía recordada, una música que se vuelve más intensa cuando el viento le sube por las piernas para soplarle cariñoso el coño. Se había sentado, con esa manera suya de sentarse que hacía pensar que su

cuerpo era de goma, que todo en ella estaba en equilibrio y no había esfuerzo ni titubeo en sus movimientos, un cuerpo sin peso que se deposita despacio a sí mismo, se había sentado así, felina y reposada, en la terraza de un restaurante. La terraza tenía diez o doce mesas, plantas tan verdes que le dieron ganas de tocarlas para comprobar que no eran de plástico, pulverizadores de agua contra el calor, una música de fondo que podía pasar desapercibida pero te hacía sentirte relajada y pensar en una playa –pero ella no podía pensar en playas, porque se ponía nostálgica–, gente que hablaba en un tono que parecía que deseaban no despertar a un bebé dormido. Un whisky, ¿cuánto tiempo hacía que no tomaba un whisky? Y empezaba a sentirse feliz de estar allí sentada, de reinar sobre esos hombres de traje y corbata que se volvían con disimulo a mirarla, hasta que tres jóvenes, verdaderamente jóvenes pero ya no unos niños, se le acercaron y uno, que olía a limpio y tenía la piel tan fresca que podría acabar de salir de la bañera, y que no tenía ni una arruga en el traje y su camisa parecía recién estrenada, le preguntó: ¿qué hace aquí una puta negra? Y la Reina respondió, sin pensarlo, un reflejo aprendido en el barrio del que provenía, ¿y qué hace la puta madre que te cagó?

No es que no se esperase algún tipo de agresión, quizá que el joven la empujase, o que la tomase de un brazo para obligarla a levantarse y abandonar el local, quizá una bofetada. Lo que no se esperaba era la violencia del puñetazo. La alcanzó en el mentón derecho –el agresor debía de ser zurdo– y aunque fue un golpe sonoro, el miedo se lo provocó el crujido que sintió en la base del cráneo; fue como si le hubiesen extraído la última vértebra, y de hecho le recordó cuando de adolescente le extrajeron una muela del juicio que le había crecido horizontal, lo que obligó al dentista a hacer palanca con un instrumento de metal, y todo en su cráneo rechinaba y parecía fracturarse. La Reina cayó de la silla y quedó en el suelo agarrada al borde de la mesa de metal, sin atreverse a hacer un solo movimiento, escuchando aún ese crujido en su interior y tan mareada que por un momento no supo dónde estaba arriba y dónde abajo. No habría sabido decir cuánto tiempo se quedó sentada en el suelo, con ganas de vomitar. Sí sabría decir que los tres jóvenes se habían marchado y que nadie se acercó no ya a defenderla, ni siquiera a ayudarla a levantarse, y que cuando ella lo hizo por su propio pie vio en las caras de los que la rodeaban, sentados, alguno con el vaso en la mano, lo mismo que habría visto si en lugar de una mujer golpeada hubiese sido una puta borracha que apenas lograra tenerse en pie. Tampoco los camareros se movieron de donde estaban, nadie llamó a la policía y, cuando

atravesó la barrera en la dirección opuesta, los vigilantes no le preguntaron si se sentía bien, si podían hacer algo por ella, si deseaba sentarse un momento, si quería que la acompañaran a casa, ni se apresuraron a abrir la verja, tan sólo: la identificación, por favor, y sonriendo, porque los muy hijos de puta sonreían, gracias por visitar la zona residencial, esperamos que la estancia haya sido de su agrado.

Primero se encerró en casa porque no quería que nadie viera el enorme moretón que le ocupaba de la mandíbula a la sien; sólo se lo permitió a su adepto, pero sabía que nadie podría fiarse, mucho menos someterse, a alguien a quien le habían golpeado así. Después se dio cuenta de que tenía miedo de regresar a la ciudad, incluso de pasear por los alrededores de la cabaña. Así que se había ido acostumbrando a estar encerrada, a echar el cerrojo por las noches, a despertarse sobresaltada cuando escuchaba un ruido cuya procedencia no le resultaba evidente.

Pero ésa era una situación de emergencia. Algo iba mal, se lo habían dicho las cartas y también se lo había dicho su intuición antes de echarlas. Arnoldo no había vuelto. Cástor tampoco había regresado a los tres días como le había prometido. ¿Qué vas a esperar de Cástor?, siempre fue un perro sin dueño; pero Arnoldo era fiel a su manera, tenía miedo a las cartas. Habría regresado a pagarle lo prometido.

Así que esa mañana la Reina había lavado su cuerpo en una palangana, se había untado la piel de manteca de carité, sacó el vestido blanco de una de las cajas de cartón que guardaba debajo de la cama (ese vestido que según afirmaba, y había llegado a creerse, había pertenecido a una antepasada suya, esclava en un campo algodonero de América de la que había heredado el vestido y el don), y había salido de la casa. Primero se sintió incómoda, después, al mirar hacia lo alto y ver los nubarrones negros que llegaban desde las montañas, percibió la electricidad en el aire y una sensación de posibilidad, de que algo podía pasar en cualquier instante, algo hermoso. Caminó hasta la cerca invisible y recordó los dolores de Arnoldo, a su súbdito revolcándose en el suelo e intentando arrancarse el collar; el pobre muchacho, ¿cómo iba a saber que la cerca había dejado de funcionar hacía años?

La Reina caminó con prisa hasta que pudo ver la cabaña de Arnoldo, entonces desaceleró, intentó recuperar su porte mayestático, compuso la mirada altiva, la sonrisa condescendiente. Las contraventanas estaban abiertas, la puerta entornada. La Reina no llamó al llegar cerca de la cabaña: llaman las madres a sus hijos, un

vecino al otro, personas vulgares levantan la voz para hacerse notar, pero la Reina sólo puede caminar despacio, con la cabeza erguida, sentarse en un tocón no muy sucio clavado cerca de la puerta. Aguardar. Escuchar el silencio. Tener una premonición. Llevarse despacio la mano al corazón, decirse: Arnoldo ha muerto. Su espíritu ronda el lugar, se arrastra por los rincones, y esta noche correteará por los bosques con todos los muertos de la región.

La niña. Sentada también, no se sabe desde cuándo, en el suelo, inmóvil como en un trance de milenios. No la había visto. Y sin embargo estaba segura de que ya se encontraba allí cuando ella llegó. La niña a la que conocía de lejos porque la ha vigilado desde la ventana de la cabaña, sus movimientos de lobo, su alegría feroz, sus juegos punzantes. Era ella la recompensa que Arnoldo debía haberle entregado. No le habló. Las dos se miraron, gatos que no parpadean. Su paciencia era infinita. Pasó el tiempo y quizá se habrían quedado allí para siempre si la puerta de la cabaña no hubiese crujido de pronto, llamando su atención. Cuando volvieron a enfrentarse, la niña mostraba su sonrisa mellada.

Tú eres Axelle.

A la Reina le bastó señalar con la mirada junto a sus pies para que la niña gatease hasta allí, tocase con devoción el borde del vestido, pasase un dedo reverente por la piel de esos pies que parecían de otra época.

Arnoldo ha muerto, ¿verdad?

La niña asintió.

¿Está ahí dentro?

Se volvieron otra vez hacia la cabaña pero la niña negó con la cabeza y señaló hacia el camino que llevaba a la ciudad. Lo había descubierto el día anterior y al principio pensó que Arnoldo se había tumbado allí, oculto entre los pequeños arbustos de la orilla del río, para darles un susto. Pero entonces se dio cuenta de que los cuervos picoteaban a su alrededor y que la cara del Loco estaba cubierta de pequeños agujeros. Se habían acercado ella y sus amigos, habían empujado el cuerpo hasta el agua. Era mejor que se lo comieran los peces en lugar de los cuervos: que nadie viese en qué había quedado el hijo de la Santa Muerte. Se persignaron con la mano izquierda y dieron un último empujón al cadáver. Habían esperado que se lo llevase la corriente pero el lecho no era profundo y lo único que consiguieron fue que el cuerpo se quedase atascado en el lodo. Intentaron sacarlo haciendo palanca con ramas que habían caído de los árboles cercanos, pero no hubo manera de hacer que flotase o que

se fuese hacia el fondo; todo el lecho era demasiado somero. Al final, se lo comerían los cuervos por arriba y los peces por abajo. Quizá lo había deseado así la Santa, que Arnoldo fuese alimento para lo que vuela y para lo que nada. Decidieron no volver a pasar por el lugar durante un tiempo, aunque les supusiese dar un rodeo hasta el puente situado un par de kilómetros corriente arriba si deseaban ir a la ciudad. Y un día, más adelante, regresarían a recoger los huesos. Axelle ya les había dicho a sus amigos que el cráneo era para ella.

Cástor, dijo la Reina. Ha sido Cástor.

La niña arrugó la nariz. Cástor, repitió.

Y entonces la Reina, como si hubiese alguien en las cercanías que no debiera escuchar sus palabras, se agachó hasta que sus labios tocaron la oreja de Axelle. La niña se encogió al sentir cosquillas pero volvió a su posición para recoger la confidencia de la Reina.

Ah, dijo. Ah. Y asintió varias veces. Tomó una mano de la Reina y despacio, como pidiendo permiso, acercó a ella los labios. El beso fue largo, parecía que mientras besaba la mano intentaba aprenderse su olor.

¿Vendrás a verme?, preguntó la Reina. Después, cuando hayas hecho lo necesario. Te enseñaré a ver el destino de los vivos. Si quieres.

La niña se incorporó y abrazó a la Reina. Tenía un cuerpo huesudo de pájaro. Ronroneó quedamente, volvió a besar su mano. Después se quitó el pelo de delante de los ojos, desplegó su sonrisa mellada mientras se despedía agitando la mano con movimientos muy cortos, como una niña a punto de montarse en el autobús escolar y corrió hacia su casa, deteniéndose a veces para dar patadas a alguna piedra.

Cuando Axelle se levantó al día siguiente aún no había empezado a amanecer. Noche en blanco, dando vueltas, la madre y los hermanos compartiendo los dos colchones de cama matrimonial tendidos en el suelo: un animal de numerosos brazos, piernas, cabezas, ronquidos, enrollados en las sábanas, encogidos o estirados, bocas abiertas y cerradas, párpados quietos o que se mueven a toda velocidad (animales pulsátiles), suspiros. Habían ido desplazándose por el colchón al ritmo de sus pesadillas y en ese amasijo de cuerpos entrelazados no habría sabido decir si faltaba alguno. Podía olerlos, un olor a algo tostado y antiguo, a moho, a frutos secos. Axelle había pasado parte de la noche siguiendo por la ventana el arco trazado por una Luna tan delgada que parecía ir rasgando el cielo a su paso, escuchando los latidos de su corazón, que parecían ser los de un cielo nocturno que se expandía y contraía con ellos.

Se levantó en silencio y atravesó de puntillas el laberinto de miembros como si fuese una prueba de habilidad. No rozó ninguno. La madre amanecía siempre de mal genio y no solía limitarse a expresarlo verbalmente. Con la barbilla hundida en la única almohada, su cabellera negra parecía brotar de ella como un alga. El padre sí estaba despierto, como siempre, sentado en la mecedora, realizando un movimiento milimétrico hacia atrás y hacia adelante, que podría pasar desapercibido si no fuese por el débil chirrido que lo acompañaba. Axelle se le acercó y le pasó la mano por delante de los ojos; el padre sujetaba una botella vacía contra el regazo; tenía un corte en el dorso de la mano apoyada en el reposabrazos, a saber cómo se lo había hecho.

En lugar de salir por la puerta, que crujía con cada movimiento, Axelle eligió un camino más silencioso: se encaramó a la ventana, del lado del que faltaba el cristal. Luego se sentó sobre el antepecho y se quedó observando a una gallina escuálida que picoteaba junto a una pared de la casa mientras emitía un casi inaudible sonido gutural, como si se encontrase en una abstraída conversación consigo misma.

En cualquier otra ocasión la gallina habría visto su último amanecer, pero Axelle prefirió no distraerse. Se bajó de un salto, olvidando que no quería hacer ruido, y la gallina salió corriendo en zigzag con las alas separadas unos centímetros de los costados.

Unos cien metros antes de llegar hasta el punto de encuentro, descubrió a sus amigos en el cruce con el camino que va a la ciudad por el puente del norte, aquel bajo el que no yacía Arnoldo. Estaban peleándose, como siempre, o jugando a que se peleaban. Sus cuerpos diminutos se recortaban contra el horizonte, y recordaban a esas

sombras que su hermano mayor proyectaba contra la pared para entretener a los pequeños cuando estaba de buen humor: un perro, un conejo, pero cuidado, que llega una serpiente que quiere devorar al conejito, ooooh, pobre conejito.

Ellos también la descubrieron poco después, saludaron su llegada agitando los brazos y se acercaron a tocarla como lo haría un miembro de un pueblo primitivo que por primera vez ve a una persona de otra raza. Rozaron con los dedos su blusa, sus brazos, su cabello. Nunca la habían visto tan limpia.

Habían pasado la mañana anterior junto al pilón de Arnoldo. Antes entraron en la cabaña y descubrieron que no quedaba nada comestible, tampoco estaban los pocos cubiertos, la cacerola, incluso una caja con matarratas había desaparecido. Pero en una esquina del fregadero había quedado una pastilla de jabón desgastada, que Axelle utilizó para lavarse y lavar sus ropas. Luego, con un peine de madera que había sustraído a su madre, sus amigos se entregaron a la difícil tarea de desenredarle los cabellos, ay, cuidado, las muecas, las protestas, algún golpe, enfados, pues péinate tú sola, el otro que dice que él sí sabe hacerlo, a que sí, Axelle, a que yo lo hago mejor. Después se tumbó en bragas sobre una piedra hasta que secaron la falda –la única que poseía– y la blusa. Sus amigos pasaban briznas de hierba por su cuerpo pero no consiguieron que sonriese una sola vez. Tener cosquillas era cosa de niños pequeños.

Axelle les dijo que tenían que llegar a la ciudad antes de que amaneciese del todo, pero ellos no podían parar de toquetearla. Me vais a ensuciar el vestido, idiotas, y manoteaba para librarse de ellos. No era fácil defenderse de sus juegos: eran como cachorros de perro que no saben sino saltar, mover el rabo, lamer. Axelle buscó en un bolsillo de la blusa y sacó una estampa. La elevó con las dos manos y ese gesto los inmovilizó. La bajó despacio hasta la altura de sus cabezas. La Santa me ha hablado, dijo Axelle. Ella ordena y yo obedezco. Los dos chicos se acercaron piadosos a besar la imagen.

Tomaron el camino de la ciudad, más silenciosos de lo habitual, conscientes, ahora sí, de la importancia de su misión. Ellos no habrían sabido expresarlo pero sentían vagamente que estaban a punto de convertirse en adultos. Se acababa la época de las travesuras, de merodear como animalillos silvestres, de decir vale que yo era un bandido y tú eras mi prisionera. Los niños iban a transformarse en guerreros comanches. Pero no hay metamorfosis sin dolor, y si les hubieses preguntado en ese momento, los tres habrían dicho que estaban dispuestos a pasar días y noches sin comer encerrados en una

cueva, a dejarse tatuar el pecho con una aguja de coser impregnada en hollín y cinabrio, a soportar incisiones en los labios y en los párpados. Nada de eso iba a ser necesario. La prueba iba a ser otra.

Llegaron a la zona segura antes del amanecer aunque hacía ya rato que Venus había asomado por el este, marcándoles el camino. Eran aún muy jóvenes pero conocían los caminos, los escondrijos, los pasadizos. Ventajas de provenir de familias sin control ni proyectos, sin una idea de futuro para esos críos a los que sus propios padres contemplaban con perplejidad, como si no supiesen cómo habían podido crecerles esos seres en la habitación. Muchas horas de corretear las calles y los túneles porque en casa los trataban como si fuesen pedigüeños, ganarse la vida, buscarse la vida, sobrevivir. A casi medio kilómetro de la zona segura descendieron por una antigua boca de metro. Bajaron las escaleras mecánicas paradas; en el andén había luz; los gases de combustión del generador arañaban la garganta y las fosas nasales; la gente dormía todavía con la cabeza debajo de las mantas. ¿Por qué duermen con las luces encendidas? ¿De qué tienen miedo?

Los niños saltaron a las vías y las siguieron hacia lo oscuro; en una ocasión normal habrían jugado a funambulistas sobre uno de los raíles, se habrían empujado unos a otros para impedir la proeza, pero cuanto más se acercaban al objetivo más solemne se volvía su ánimo. Caminaron por un costado del túnel, pegados a la pared. Ascendieron por una escalerilla metálica; Axelle procurando no mancharse de óxido. Los otros estaban tan sucios que nadie habría notado la diferencia.

Asomaron a la superficie por una puerta que llevaba a un antiguo taller de electricidad asociado al mantenimiento de los vagones. Ya no había en él relés ni baterías ni alternadores, sino gigantescas esculturas de mujeres desnudas en poliestireno, pechos descomunales que parecían flotar en el aire, sonrisas de ogresas, coños peludos en tonalidades posibles e imposibles que fijaban las tres miradas. Los niños avanzaban entre las esculturas como arqueólogos que penetraran en la cámara mortuoria de una pirámide egipcia.

Fuera estaba a punto de amanecer, así que no se quedaron a explorar esa galería de diosas monumentales. Como la puerta estaba cerrada con llave, uno de los niños tomó un puntero y un mazo de un banco de herramientas y reventó la cerradura con sólo un par de golpes. El ruido hizo que los otros dos metieran la cabeza diez centímetros entre los hombros. Luego escucharon el silencio hasta convencerse de que nadie llegaba a indagar por el origen del ruido.

Sonrieron como si acabasen de salir bien parados de una travesura. Sólo les separaban dos calles de su objetivo y las recorrieron por la calzada, escondiéndose tras los coches aparcados, para evitar las cámaras que enfocaban principalmente las aceras; la zona segura no madrugaba así que tampoco había conductores a los que llamase la atención su sigilo. Eran pieles rojas acercándose al campamento blanco. Se apostaron en el portal de una tienda de cosméticos frente al edificio de Cástor. Ya sólo necesitaban que la suerte estuviese de su lado.

Un automóvil salió de un garaje y aparcó a pocos metros. Negro, con los vidrios tintados, las luces de posición encendidas. Durante un rato no hubo más movimientos. Por fin se abrieron a la vez las dos puertas delanteras; se apearon Ping y Pong. Parecían marcar el paso o estar iniciando la coreografía de un baile. Uno se dirigió a la puerta del edificio, unos escalones más arriba, el otro abrió la trasera más cercana al bordillo. Se quedaron quietos sujetando sus respectivas puertas. Cástor apareció en lo alto de la escalera y comenzó a descender sin saludar a sus sirvientes y sin mirar a los lados.

Dos niños andrajosos surgieron de repente en la acera y se introdujeron en el coche antes de que nadie pudiese reaccionar. Cástor se detuvo al pie de la escalera. Ping aferró a uno de los niños por el pelo, al otro por un brazo e intentó sacarlos a tirones del vehículo, pero los niños mordían y pataleaban y arañaban, y aún les quedaban manos para sujetarse al asiento o al chasis, por lo que Pong también acudió ayudar a su gemelo. Las bofetadas hicieron brotar la sangre, se descargaron puñetazos que habrían hecho tambalearse a un adulto y es verdad que uno de los niños perdió el conocimiento. El otro gritaba y daba patadas al asiento. Cástor vio que le faltaban dientes; quizá se los habían saltado a golpes sus empleados.

Axelle caminó hacia ellos pegada a la pared como si tuviese miedo de la trifulca. Ping y Pong la miraron de reojo pero no les pareció que hubiese nada que temer de esa niña que debía de ser la hija de algún vecino. Cástor contemplaba el desalojo de las dos alimañas que habían querido instalarse en su coche. Habría que exterminarlos como a las termitas, rociar los barrios pobres con pentaclorofenol. Él no odiaba a los niños; por ejemplo a esa cría con su blusita azul no se le ocurriría odiarla; ni siquiera odiaba al idiota. De hecho, había decidido adoptarlo.

Cástor se fijó en las rodillas cubiertas de costras de la niña que caminaba temerosa, pegada a la pared. Era como en uno de esos sueños en los que todo parece normal pero un detalle te hace empezar

a sentir pánico sin que sepas aún por qué. Cástor seguía fascinado por esas rodillas que hablaban de una vida a la intemperie, una vida de animal entre matojos. Y sin embargo la niña estaba limpia y sonreía con una inocencia de cachorro. Cástor le devolvió involuntariamente la sonrisa al tiempo que fruncía el ceño, concentrándose en una mancha oscura en los dientes de la niña. Sólo cuando la tuvo muy cerca se convenció de que no era una mancha, sino de que su primera impresión había sido correcta: le faltaban los dos incisivos superiores. Le dio tiempo a pensar que era demasiado mayor para que aún se le cayesen los dientes de leche y también a recordar la boca abierta del niño feroz que aún se debatía en al automóvil; sintió un malestar en el estómago que no habría sabido explicar y ese mareo familiar que le daba cuando le bajaba la tensión, un mareo que tenía algo agradable y al mismo tiempo le infundía temor. Fue a decir algo cuando la niña pareció tenderle una mano. Cástor reprimió el impulso de tomarla. Quiso llamar a Ping y Pong, advertirles de que estaba sucediendo algo extraño. Esta niña, dijo, esta niña... Axelle sólo hizo un movimiento semicircular con el otro brazo, que había llevado pegado a la espalda. La sangre no saltó, empapó la camisa de Cástor a la altura del vientre. La segunda puñalada sí hizo surgir un chorro que salpicó el brazo y la cara de la niña. ¡Toma!, gruñó Axelle y aún tuvo tiempo de cortar la mejilla de Cástor desde la articulación de la mandíbula hasta la comisura de los labios antes de salir corriendo, cuchillo en mano.

Ah, Cástor, ahí estás ahora, de rodillas sobre ese pavimento que sólo conocía la suela de tus zapatos, con una mano en el vientre y otra en la cara, y los ojos primero en el hilo de sangre que se descuelga por tu codo, y después en Ping y Pong, tus sirvientes a los que ves, pero eso sólo puede ser un efecto secundario de la muerte tan próxima, como una imagen que has congelado sobre tu pantalla de plasma: Ping, o Pong, con una mano en alto que no podrás saber si se descargará una vez más sobre esa fiera de pelo crespo y terroso, ese animal parecido a un niño pero con boca abierta y dirigida hacia lo alto como la de un lobo aullando a la Luna; Ping, o Pong, dispuesto hasta hace un instante a romper más dientes a esa bestiecilla pero ahora con la cabeza girada hacia ti, las cejas enarcadas, una fotografía que podría dar la vuelta al mundo, un documento para siglos venideros, una confesión de impotencia ante la llegada intempestiva –¿y cuándo no es intempestiva?– de la muerte.

Y en primer plano, ya tan cerca de ti que casi podría tocarte, Pong,

o Ping, también congelado y al que ves ahora estúpidamente en blanco y negro, como si, antes que tu memoria, se hubiese borrado tu capacidad para distinguir los colores, y él está saltando hacia adelante, con la mano extendida quizá para detener algo que ya no existe, la trayectoria curva del cuchillo, un arco perfecto sajando el aire antes de tropezar y hundirse y atascarse su movimiento en vísceras y tendones –no tocó el hueso–. Pong, o Ping, también con las cejas enarcadas y un gesto de esfuerzo que sabe inútil. Pero aunque esté en el aire es una foto fija: nada se mueve o tú no lo percibes, como si ya estuvieses muerto y por tanto ya no existiese el transcurso del tiempo.

Ah, Cástor, tampoco está pasando tu vida ante tus ojos como una película proyectada a cámara rápida, y es un alivio, porque quién querría asistir uno detrás de otro a todos sus errores, ser sometido a esa última humillación. Aunque la suerte no te ha ahorrado otra: quién te iba a decir que tu rostro tocaría el suelo de la calle, como el de esos mendigos que has observado en tus correrías nocturnas, pero ahí estás, doblado como un musulmán en la oración, con arena que se te ha metido entre los dientes e intentas escupir pero los músculos faciales no reaccionan y la baba y la sangre se quedan pegadas a tus labios y tu barbilla, se te meten en la nariz, grumos sucios que te impiden respirar. Aguantas en esa posición, desde la que aún parece que podrías volver a erguirte, apenas unos segundos, lo que tarda en derrumbarse definitivamente la estructura que te sostiene, te vuelcas hacia un lado, giras ciento ochenta grados para quedarte mirando hacia arriba a un cielo borroso, y yo sé que te gustaría que lloviese, que el agua te lavase el rostro y te refrescase en ese momento en el que sientes una especie de fiebre que te hace sudar y sentirte cubierto de mugre. Cástor, aquí se acaba todo, porque qué más da si el mundo sigue girando cuando tú no estás. Pero aun así te gustaría decirles que te ayuden a incorporarte, pedírselo a Ping y a Pong que ahora se han inclinado sobre ti y parecen no saber cómo reaccionar, y uno de ellos, el más idiota, te pone la mano sobre el abdomen y oprime repetidas veces como si te estuviese dando un masaje cardíaco. Tú ya no ves sus rostros orientales porque miras más allá de ellos, tu mirada los deja atrás como un coche que adelanta a otro más lento, enfocando la cabeza que sobresale del antepecho de una ventana a cinco pisos de altura. Es tu mujer, Martina –también ella merece tener un nombre–, ¿la reconoces? Sí, sabes que es ella pero no tienes nada que decirle y ella tampoco te va a despedir con palabras conciliadoras, no habrá nadie que pronuncie una frase inteligente ni afectuosa en tu duro lecho de muerte, y mucho menos tú, que dedicas tus últimas energías

no a hablar, ni a quejarte ni a amenazar ni a maldecir, sino a intentar descubrir si esa cabeza asomada a tu agonía está sonriendo o está triste. Ping y Pong han levantado la mirada siguiendo la tuya, y así os quedáis los tres, con el rostro vuelto hacia lo alto como si aguardaseis a un ángel o a un dios que os explique con una palabra lo incomprensible de la existencia.

Después se cierran tus ojos y ya no ves que tu mujer vuelve al salón y cierra la ventana. No hablas, no respiras, no vives. Ping y Pong aguardan aún por si tu cuerpo diese alguna señal de reanimarse. Se consultan con la mirada, pero ya estaban de acuerdo antes de hacerlo. Salen corriendo en la dirección contraria a la que tomó Axelle y doblan una esquina. Huyen de esta novela sabiendo que a partir de ahora sólo podrían perder. No habría nadie aquí que les diese protección o cobijo.

Yo soy el ojo que todo lo ve, el cerebro que todo lo entiende. No hay mayor paradoja que ésta: verlo y entenderlo todo, y no poder hacer nada.

Ahora, en este preciso instante.

Yo, que me creía omnipotente. Yo, que he tenido imperios a mis pies. Yo, que no sabía qué desear porque mis posesiones eran infinitas. He acumulado millones en paraísos virtuales; se necesitan varios gigabites de memoria para albergar mis operaciones financieras. Gigabites que quizá se hayan borrado para siempre. El exterior entero podría haberse borrado para siempre.

Hola, ¿hay alguien ahí? Sentidlo conmigo: sentid que estáis en una habitación oscura y en silencio, horas, días, meses. No os limitéis a leerlo: poneos en la situación, imaginaos así de solos y perdidos, contened la respiración, notad cómo sube el pánico hasta vuestra garganta. Hola, ¿hay alguien ahí? No hay respuesta salvo que se me pone la carne de gallina.

Si es verdad que el mundo se ha borrado, si dios ha pulsado la tecla delete o ha formateado el disco duro de la realidad, ahora yo no soy dueño más que de lo que me rodea en esta habitación: pantallas, teclados, sistemas de conexión. Hace tiempo hubiese podido exclamar: ¡Todo esto, hijo mío, será tuyo algún día! ¿Te parece poco? Te estoy legando el universo. Lo demás es silencio.

Pero no tengo hijos. Y mi hermano ha desaparecido de mis radares y pantallas. Y lo que poseo no tiene ningún valor.

Nunca me preocupó ser rico; convertirme en millonario fue un juego como cualquier otro, como haber seducido a decenas de adolescentes de ambos sexos con mis numerosos avatares. También a mujeres maduras, a un transexual, a un niño, a un moribundo; mi nombre es Legión. He intercambiado vídeos eróticos –no, por supuesto que no soy yo ese/esa que sale en ellos–. He consolado a suicidas potenciales, a otros los he animado a dar el último paso. He amado y he sido amado por los seres más extraños del planeta, quizá por algún extraterrestre, o esa impresión he tenido al leer, ver, escuchar sus mensajes. He visto las mejores mentes de mi generación destruidas por la locura, cabezas de ángel abrasadas por la antigua conexión celestial al dínamo estrellado de la maquinaria de la noche. Y vi también así como un mar de vidrio mezclado con fuego; y a los que habían alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen, y su marca y el número de su nombre en pie sobre el mar de vidrio... Copy/Paste. Copy/Paste. Copy/Paste. Vivir es eso: copiar y pegar. Al principio era el bite. Todo cabía aquí, ante mis ojos. Era yo el que creaba el mundo,

el que podía decidir lo que iba a suceder. Pero ya no.

Ya no.

El final está cerca. Tú también lo intuyes, ¿verdad?

Y justo ahora es cuando yo debería poder intervenir, deus ex machina, entrar de repente en escena y salvar a los que merecen ser salvados, aniquilar a los mezquinos. Ah, cómo correrían los soldados bajo la furia de mi fuego implacable; cómo caerían de hinojos ante mi poder aquéllos a quienes tocaría mi gracia.

Me hubiese gustado ser el 7º de Caballería cuya corneta escuchan los blancos sitiados por los indios cuando la situación es ya insostenible: no tienen agua, no tienen alimentos, no tienen munición. Y las madres están a punto de meter a sus hijas una bala en la cabeza para que no caigan con vida en manos de los indios. Pero mis instrumentos están mudos. Nadie escuchará con alivio mi voz. A nadie le asustará mi llegada, pues no puedo ir a ningún sitio.

Dejad que mese mis cabellos: ¿hay algo más estúpido que un dios impotente? Así me encuentro yo, en este monte del olimpo desde el que vigilo las tragedias de los humanos: un Zeus sin rayos que arrojar, una Atenea sin escudo protector.

Yo lo veía todo en mis pantallas: el pasado, el presente, el futuro, lo oculto y lo aparente, lo banal y la esencia misma de las cosas. Tenía ante mí un rompecabezas con el que podía contar la historia del mundo, desde que se formó la vida alrededor de ácido sulfhídrico, monóxido de carbono y amoníaco, en contacto con sulfuro de níquel y de hierro, hasta ese momento en el que tu mujer te dijo que no te aguantaba más y te miró con una expresión de asco que ni siquiera conocías. De lo cósmico a lo insignificante, y tú eres un momento de ambos.

Yo asistía al proceso. Mi red cubría la ciudad entera. Mis ojos estaban en todas partes. También en ese cuarto en el que estaba encerrado mi hermano. Y yo desearía haber intervenido. Porque hace tiempo que he descubierto la ciudad sitiada. Los coches silenciosos que aparcan a cien metros del edificio. Aquí Águila Blanca, ¿me copias?, cambio. Aquí Cóndor, te copio, cambio. Estamos en posición, cambio. ¿De verdad no han evolucionado nada? ¿Tienen que acudir a las ondas hertzianas para comunicarse? ¿Qué fue de la revolución digital? ¿Qué fue del mundo interconectado? ¿Vamos a volver a la puta tribu?

El efecto 2K con unos años de retraso. No llegó el fin del mundo el 1 de enero del año dos mil, como predijeron los milenaristas de la informática. El fin del mundo es ahora. Una implosión de galaxias, un

agujero negro que lo absorbe todo, planetas que se encuentran a eones de la Tierra serán atraídos al fondo del embudo. Mis pantallas están a oscuras. No veo nada, no oigo nada. ¿Hay alguien ahí?

Así que tengo que contentarme con imaginarlo. La imaginación es la única red que sigue en pie, mi único nexo con el universo. Ciego ante mis pantallas, ahora que la realidad cercana es lo único que queda, las cosas que se pueden tocar y oler, no sus representaciones, tendré que conformarme con imaginar ese final. La imaginación es lo único que nos acercará a la verdad, a no ser que antes ardan nuestras cabezas. He visto las mejores mentes de mi generación...

Pero necesito certezas, igual que tú. Porque me preocupan AM y Alegría. Sitiados. Me había dado tiempo a avisar a AM antes de que se hundiese el sistema. Están ahí, hermano, han ido a por ti, pero yo te guiaré hacia la salida del laberinto. Yo seré como un misil tecnológico que bloqueará sus sistemas de comunicaciones. Cegaré sus ojos y taparé sus oídos. Éste será el momento que justificará mi vida monacal. Salid sin miedo, te diré, y guiaré vuestros pasos.

Pero nada de eso se va a cumplir. Estoy en mi habitación como un astronauta al que se le ha roto el cable que lo unía a la cápsula espacial. Flota en lo negro. Pero lo peor no es la oscuridad, sino el silencio. El sonido no se transmite en el vacío. Es como estar en una cámara de privación sensorial. No veo, no oigo, no sé.

No sé cuál va a ser el final. Pero sí que en él no habrá ni lógica ni justicia, ni siquiera sentido. Las cosas pasan, nada más. Pero nos esforzamos por entender, por encontrar alguna utilidad. Creemos que el hecho de sacrificarnos por otro tiene más valor que la caída de un meteorito o el contagio de una gripe. Quisiéramos que la fatalidad y la voluntad fuesen cosas distintas. En realidad, nada importa. El universo es indiferente a los acontecimientos. Las cosas pasan. Están a punto de pasar. Y ni yo, ni tú ni nadie puede detenerlas.

El director de Medical Hill dice joder, quién lo iba a decir. Dice: qué mundo éste. Asiente despacio, casi se ha olvidado del empleado que le ha transmitido la noticia de la muerte de Cástor. ¿De una puñalada? ¿Por un niño? ¿Delante de su casa? Joder.

Recorren un pasillo de la clínica, el director con un brazo sobre el hombro del empleado, que ajusta su paso al del jefe y habla en voz baja como si le estuviese contando un secreto. Parecen el bondadoso director de una escuela y un alumno que ha cometido alguna falta leve; o un cura escuchando los pecadillos de un feligrés. No te preocupes, todo está protegido por el secreto de confesión.

Pero no hay nada de secreto en la muerte del ministro: la acaban de anunciar en las noticias de las diez de la mañana, una información confusa que habla de niños y de terroristas y no queda claro si los niños han sido adiestrados por terroristas. La viuda se ha negado a hacer declaraciones y los periodistas coinciden en que hay que respetar su dolor. Ahora mismo en todas las redacciones se están preparando necrológicas y panegíricos, que en muchos casos son lo mismo.

El director de Medical Hill considera, pero no dice, que el caos está ganando la batalla al orden. Todo se descompone, se desmorona, se ablanda. Como los cuerpos de sus pacientes; y uno intenta luchar contra tanta decadencia, inyectar productos reforzantes, rellenar, alisar, proteger. A la larga, sin embargo, es batalla perdida. La suya es una labor tan inútil como la de un médico que practica abortos: el mundo sigue superpoblándose. Ni siquiera la miseria y las enfermedades consiguen acabar con la proliferación de la raza humana. ¿Y total para qué? Para ablandarse, desmoronarse, descomponerse.

El director de Medical Hill despide a su empleado con una palmadita en el hombro. No le gusta nada ponerse filosófico a esas horas tan tempranas; la filosofía hay que dejarla para cuando se hace la digestión; una cosa favorece la otra.

Así que se frota las manos con fuerza como si en lugar de encontrarse en un pasillo del ala incólume de la clínica, con calefacción y aire acondicionado y con personal que la limpia todas las mañanas, estuviese en medio de un bosque calentándose al fuego de una hoguera. Se frota las manos para que su organismo entre en calor, para que todo el cuerpo se ponga en marcha y la sangre no se le concentre en el cerebro. Pensar puede ser perjudicial para la salud. Pensar vuelve impotente. Pensar perjudica a quienes le rodean. Pensar mata.

Que se lo digan a Cástor. Un buen tipo, Cástor, aunque sin sentido del humor. Y demasiado pensativo. Un ministro no puede pararse a reflexionar. Es verdad que Cástor también sabía dar dentelladas, pero últimamente andaba perdido, caviloso. Metía prisa a los demás pero él se quedaba parado en cualquier esquina.

El director de Medical Hill entra en su despacho. En toda la clínica, es el único lugar en el que no hay cámaras. Por lo menos que él sepa. Hace repiquetear los nudillos sobre la mesa de cristal. Por la ventana ve un parque otoñal que le hace pensar en algún tipo de balneario, un lugar en el que la gente se queda para reponerse de sus enfermedades. Pero sus clientes salen corriendo en cuanto pueden. ¿Ya estás pensando otra vez? Actúa, imbécil. O se te va a escapar la presa y tú también empezarás a ablandarte y descomponerte. Seguro que hay otros interesados en esa chica y no van a tardar en enterarse de su existencia, ahora que Cástor no está para proteger la información. ¿Y queremos que otros se lleven el botín? No, claro que no lo queremos.

El director de Medical Hill se sienta en su sillón favorito. Lo hace girar varias veces hasta que siente un vértigo muy agradable. Entonces pulsa un botón.

Sí, soy yo.

Ya imagino. Si no, me habría llamado ¿verdad?

Eso pensaba yo.

Ajá.

Pasamos a la segunda fase.

Pero es que no quiero decir las cosas más claras. ¿Me entiende?

No, ya veo que no me entiende.

Lo que le digo es que salga usted del sótano y suba al piso superior.

Sí, ya, hoy mismo.

Si yo no digo ciertas cosas se supone que usted tampoco debe decirlas.

Eso es. Gran Hermano.

Olvídelo.

Prefiero hoy que mañana. Aunque tenga menos hombres. Es una mujer; ya sé que es una fiera, pero estamos hablando de cinco hombres.

Eso es, seis usted incluido. ¿No le parece bastante?

Esto no es el ejército, pero sí, es una orden.

Da igual. Que se enteren todos los vecinos. Usted entra y la saca del escondite. Ya hemos pasado de la fase de la discreción.

Infórmeme cuando hayan terminado. Y después se vienen para acá.

El director de Medical Hill vuelve a pulsar el botón. Gira varias veces sobre su sillón. Cástor ha muerto. Sic transit. Eso deja libre el cargo de ministro de Sanidad. Aunque, puestos a elegir, él prefiere la empresa privada. Los beneficios son mayores.

Del cuaderno de AM (XIV)

La poesía nos libera de la realidad. Pero ¿quién nos libera de la poesía?

Dentro Alegría acaba de recibir un mensaje: ¡Peligro! Van a entrar. Aunque AM no le ha advertido de que el piso estaba vigilado, hace ya dos días que Alegría lo encuentra más inquieto de lo habitual. En lugar de tomar notas en su cuaderno, hacía dibujos infantiles. Una y otra vez se asomaba al ventanal, empinándose sobre las puntillas para intentar ver la calle, justo al pie del edificio. Alegría le ha preguntado y él sólo ha respondido: nunca se sabe. Y en eso tiene razón. Aunque ahora está claro para Alegría que AM lleva tiempo en guardia. Y que acaba de descubrir al enemigo.

Después de ese mensaje llegan otros dos, vacíos. Más tarde un tercero. AM debe de estar intentando comunicarse con ella, darle detalles, pero o hay una interferencia fortuita en las comunicaciones o alguien está bloqueando los mensajes. Y en ese momento el frigorífico se calla de repente, la iluminación del dormitorio se apaga, el teléfono pierde la red. Alegría abre el laptop de AM y tampoco él encuentra la red. Alegría piensa que son ellos, los que están ahí afuera, quizá en las escaleras porque el ascensor no funciona o ya sabían que se cortaría la corriente y han preferido subir a pie hasta ese piso quince. Podrían estar detrás de la puerta y en cualquier momento van a reventarla con un pistón silencioso o con un ariete como los que ha visto usar en desahucios. O podrían descolgarse desde la azotea y entrar rompiendo el ventanal con las piernas por delante como piratas en un abordaje, reventando los cristales antes de caer sobre ella. Alegría gira la cabeza hacia el ventanal y por un momento se le pone la carne de gallina y le entra una emoción como la de quien ha visto una aurora boreal o un rayo verde, ese borrarse de todo lo demás que rodea el prodigio. Pero no es un fenómeno luminoso lo que la hace contener el aliento, más bien lo contrario. Desde el ventanal no se ve luz alguna; toda la ciudad está a oscuras.

Fuera AM mira hacia lo alto como si esperase una señal, un acontecimiento que acaba de suceder aunque él aún no es consciente. El apagón ha sido tan repentino que a AM le cuesta decidir si ha sido un resplandor lo que le ha dejado ciego. Incluso en un momento así se queda fascinado por los fosfenos que centellean en su retina, y tarda unos segundos en entender que todo el barrio, quizá toda la ciudad, se ha quedado sin corriente eléctrica. Tendría que subirse a algún lugar en alto, a su propio apartamento, para descubrir el alcance de la avería. No cree que su hermano haya sido el artífice del sabotaje. No hay luces en ningún bloque, también se ha apagado el alumbrado

público y los anuncios luminosos colocados en lo alto de algunos edificios, y enseguida descubre también que no hay red wifi ni de teléfono; en sí, ninguno de esos hechos es raro, lo raro es que se den todos a un tiempo y, por lo que puede ver, en un radio tan amplio. El cielo nocturno ha perdido su color anaranjado y, por primera vez AM puede distinguir algunas estrellas: Orión, el cazador sanguinario que pretendía matar a todas las bestias sobre la Tierra, y su perro Sirio. Pero no es momento para la astronomía, sino de mirar el suelo. AM camina intentando no tropezar hasta la calle que cruza la suya a dos manzanas de distancia. Asoma la cabeza solamente: hay cuatro hombres parados delante del portal. Los dos que le habían seguido no deben de haber regresado aún. Los cuatro miran hacia lo alto o consultan una y otra vez sus móviles o lo que quiera que llevan en las manos. ¿Qué mierda es ésta? ¿Lo ha hecho ella, lo ha hecho esta hija de puta?, pregunta uno y mira en dirección a AM pero no puede verle; AM sí, cuatro bultos asomados a las pantallas de sus móviles buscando señal. ¿Cómo va esa chica a cortar las comunicaciones y la luz?, dice otro y tose violentamente, casi con rabia. No es una chica, tiene veintisiete años. Da igual, tenga los que tenga. ¿Y cómo lo hace, con superpoderes? Una superhostia es lo que le voy a meter cuando la pille. Quieto ahí, nos han dicho que no la toquemos. ¿Ah, sí, y cómo nos la vamos a llevar, pidiéndoselo por favor? Esto no marcha, jefe, dice un tercero y sacude el móvil como si fuese uno de esos cacharros del siglo pasado cuyas piezas podían reajustarse con un zarandeo o un golpecito. ¿Y los otros? Estarán con el chino. Pero llegarán enseguida. ¿Subimos? Los cuatro dejan resbalar las miradas por el edificio a oscuras. En alguna de las ventanas descubren el reflejo diminuto de una linterna o un móvil. Imaginan a esa mujer encerrada en el apartamento intentando entender qué ha pasado. Aunque lo más importante para ella es lo que va a pasar.

Dentro Alegría se pregunta si debería salir, aprovechar la oscuridad para intentar escapar, pero no sabría adónde. Si están en el interior del edificio se cruzaría con ellos en las escaleras o en el portal; si están fuera controlarán la entrada principal y la salida al garaje. Pero quedarse en el apartamento no le da la menor opción. En ese momento se da cuenta de que está descalza. Encuentra una bota junto a la cama y se la calza. ¿Y la otra? Vamos, vamos. Alegría habla sola mientras busca, bajo la cama, bajo los sillones, debajo de un montón de ropa sucia. No me hagas esto, dice, y en ese momento la descubre

debajo de los periódicos de AM. Se la calza también. Lleva las mismas botas desde hace años, pero aunque muy desgastadas aún se ajustan bien a sus pies. No sabría decir de qué marca son, pero sí que son buenas para correr y para dar patadas; las ha puesto a prueba en más de una ocasión. Debería coger ropa de más abrigo –lleva un t-shirt y unos pantalones muy finos– pero la diferencia de un minuto podría ser la diferencia entre ser apresada y no serlo. La sangre, la puta sangre que la va a obligar otra vez a huir. Ahora, que le habían inventado una nueva identidad, una nueva biografía, un pasado de recambio. La identificación no le ha llegado aún, aunque sí ha visto que su avatar ha empezado a aparecer en algunas páginas de internet: redes sociales, buscadores, en un par de páginas sobre una clínica que desapareció hace años, donde trabajaba en Planificación Familiar. Desde entonces se pierde su pista: una más de las habitantes de las zonas inseguras que ya no deja huellas porque sus actos no entran en los registros aunque no sean actos estrictamente clandestinos; se interrumpen su historial clínico, su vida laboral, su presencia en la red. Una paria para esconder a otra paria.

Alegría.

Ella levanta la mirada y da un paso atrás.

Alegría. ¿Me oyes?

Siente a la vez la náusea y el escalofrío. Conoce esa sensación de cuando de niña jugaba a estar muerta. Intentaba imaginarlo de la manera más intensa posible, no de verdad estar muerta, sino el momento de morirse.

Alegría, no hay tiempo, responde. Estamos aquí.

¿Dónde?

Aunque la pregunta debería haber sido: ¿quiénes?

Nos avisó AM. No podemos llegar hasta ti. Ellos ya están subiendo.

Alegría no sabe si fiarse de esa voz. No es posible confiar en una voz sin cuerpo. Podría ser cualquiera. Podría no ser nadie y ella estar alucinando en ese cuarto a oscuras. Se siente como un náufrago en medio de la noche. Está sola. Pero oye voces. Pronto empezará a rendirse, se irá hundiendo. De eso nada. No así. Tiene que seguir nadando. Alegría va hacia la puerta.

Estamos arriba, dice la voz. En la azotea. Pero no podemos entrar, sería preciso abrir un boquete, pero no hay tiempo. El micro sí. Por el conducto de aireación. ¿Me oyes? ¡No salgas!

Alegría regresa al centro del salón e inspecciona las paredes. En una hay una rejilla en la que nunca se ha fijado.

Vale, por dónde salgo, dice a la rejilla.

Tienes que romper el ventanal. Mira abajo.

Alegría se asoma al vidrio. La ciudad apagada, toda, entera, un juego de sombras chinescas que no se parecen a nada. Contornos de edificios dibujados por el reverbero de esa noche sin Luna. Apenas se intuyen, manchas oscuras en lo oscuro. De repente, quince pisos más abajo se enciende en el suelo un círculo fosforescente.

¿Lo ves?, dice la voz.

Sí, lo veo.

Fuera, abajo, AM se ha acercado hasta el círculo que acaban de dibujar dos miembros del Ejército de las Sombras. Uno de ellos contempla su obra, descubre a AM, se acerca a él, lo abraza. No podemos hacer nada por ella. El otro continúa agachado retocando el círculo. Asiente con su cara verdosa por la radiación fosforescente. Es demasiado tarde, dice.

¿Y esto?

Es una opción, dice. Una posibilidad abierta. Una vía de significado. Tiene el pelo revuelto y cuando mueve las manos, manchadas de pintura, traza en la oscuridad piruetas luminosas. En otro momento, habría sido hermoso contemplarlo.

El círculo tiene unos tres metros de diámetro. AM mira hacia el ventanal y desciende con la vista siguiendo una trayectoria imaginaria que acaba en el centro del círculo. La trayectoria de un cuerpo cayendo. No hay viento. Sería posible.

¿En serio?

¿Qué otra salida tiene?

Con cuerdas, desde arriba. Con una escala.

No tenemos escaladores. Están realizando una intervención en el centro de la zona residencial. Los dos que están arriba han subido con una tirolina que han conseguido enganchar a la cornisa, son buenos en lo suyo, pero no serían capaces de hacer un descenso, menos de subir otra vez con la chica. Nos has llamado muy tarde, AM. Pero tenemos una cámara térmica. Esto va a dar que hablar. Un espectáculo que nadie va a olvidar, ni siquiera en la zona segura.

El joven que está hablando se incorpora, pone la mano en el hombro de AM. Su compañero lo imita. Parecen estarle dando el pésame. Le están dando el pésame.

Va a ser grandioso, dice el del pelo revuelto. Va a haber un antes y un después. Usaremos emisoras piratas para transmitirlo. Imagínalo.

AM lo imagina. El salto, el movimiento de brazos y piernas. Un

borrón verdoso que sale del ventanal y que durante la caída, al enfriarse, se va volviendo azul, las extremidades primero, el tronco después, hasta estrellarse en el suelo y salpicar de azul y verde los alrededores. Y después varios bultos verdes asomándose a la ventana rota. Y quizá, si pueden seguir filmando, la mancha de color en el suelo que va desapareciendo según se enfría el cuerpo. Lo oscuro como metáfora de la tragedia.

AM se sacude las manos que lo consuelan y corre al portal. De camino se le cae el móvil, que salta en varias piezas, pero AM no se detiene a recogerlo ni a evaluar los daños. Empuja la puerta y descubre que el corte de fluido eléctrico la ha desbloqueado. En otra situación podría haberse detenido a pensar en las posibilidades que le ofrece ese descubrimiento para futuras ocupaciones de viviendas, pero en ese momento ni se le ocurre. Corre, golpea al pasar, pero sin fe, el botón del ascensor y se dirige a las escaleras. Quince pisos. Va a llegar demasiado tarde. Demasiado tarde es nunca.

Dentro Alegría escucha hasta el final las instrucciones del Ejército de las Sombras. ¿Qué alternativa tienes?, le han preguntado. Tú eliges. Pero sería un acto final y hermoso. Tu testamento. Tu protesta. Tu rebelión. Una última demostración de libertad. Nadie podrá dejar de mirarlo. Es lo que tú quieras, pero si te decides, estamos ahí para acompañarte.

Alegría se frota los brazos. La idea de reventar el ventanal y saltar por él tiene su atractivo. Que les den, a todos esos perros que la persiguen. Su perplejidad primero, su rabia después. Debe de ser hermoso un salto así. Pero sabe que uno se imagina la caída con una duración imposible. Quince pisos, cuarenta y cinco metros, tres segundos hasta estrellarse contra el suelo. Tres segundos. Apenas podrá sentir la excitación, el placer de estar volando, de haber escapado, de haber elegido. Tres segundos para estar muerta, filmados por una cámara térmica, ella convertida en borrón de colores. Fuck you. ¿Me oyes? Fuck you.

¿Me lo dices a mí?

A ti y a ellos.

¿No vas a saltar?

Alegría no responde.

Suerte, hermana.

Un sonido de algo que raspa el metal se aleja poco a poco, como si una serpiente de cobre se arrastrase por el conducto. Casi al mismo

tiempo Alegría oye cuerpos moviéndose del otro lado de la puerta. Ahí están. Tomando posiciones.

Fuera, los cuatro. A la luz de los móviles, que encienden una y otra vez para no quedarse completamente a oscuras en ese pasillo que huele a algún desinfectante o a un veneno para ratas o cucarachas, un olor desagradable en cualquier caso. Ninguno de ellos es muy ducho en el derribo de una puerta. Si funcionasen los putos móviles y pudiesen llamar a los dos que vigilan a AM; uno pertenece a una unidad especial, él sí sabría cómo entrar. Los demás son guardias de seguridad, pueden correr, hacer una buena presa, pegar una paliza si se tercia, pero nadie les ha enseñado a derribar una puerta. Tampoco estaba previsto. La idea había sido esperar a que la chica saliese, pero de pronto las órdenes del director han cambiado. Inspeccionan la cerradura como si de dicha inspección fuesen a extraer alguna enseñanza. Es una cerradura de seguridad y parece que la han instalado hace poco; alrededor ha saltado la pintura, también alguna astilla; probablemente no era el modelo adecuado pero han metido el bombín a golpes hasta que ha encajado. Uno de ellos, el más grande, un tipo que cuando camina tiene que abrir ligeramente las piernas para que no le rocen los muslos, prueba en silencio varias llaves que saca de un bolsillo. La muy puta, susurra, y no podemos saber si se refiere a la cerradura o a la mujer que está del otro lado. Sacude la cabeza y se retira unos pasos. Está evaluando si podrá derribar la puerta de una patada. Los otros entienden y se apartan para dejarle espacio.

Dentro una voz de mujer dice, casi grita: fuck you. Alegría abre cajones a toda prisa. Uno detrás de otro, y saca a manojos su contenido. Toma una venda y rápidamente envuelve su mano izquierda con ella; hace un nudo que ayuda a fijar con los dientes. Abre y cierra la mano y parece satisfecha con su flexibilidad. Va al perchero que está a la entrada. Saca de un bolsillo de una chaqueta el bolígrafo de metal en el que está enrollada una goma ancha. Se da cuenta de que ahora se está moviendo despacio, consciente de la cercanía de sus agresores. Si pegase el oído a la puerta podría escuchar sus respiraciones. Pero no puede detenerse. Vuelve al dormitorio y del cajón de la mesilla saca la porra eléctrica de AM. Pulsa el botón de encendido. Te quiero, AM, susurra: la batería está

cargada. Corre de regreso frente a la puerta justo en el momento en el que un golpe la hace temblar. Se acabaron las contemplaciones, están ahí afuera, dispuestos a entrar. Ya, a la mierda con el sigilo, reviéntame esa puerta, me he jodido el pie, pues usa el otro, ¿y por qué no golpeas tú, también tienes piernas?, dejadme, voy a intentarlo yo.

Alguien corre escaleras arriba. Sus zapatazos sobre los peldaños resuenan en todo el edificio. Son pisadas fuertes de alguien no muy pesado. Uno de los cuatro, el único que hasta ahora no ha dicho ni una palabra, se asoma a la escalera justo cuando AM está a punto de subir los últimos escalones. Apenas llega a poner un pie en el rellano porque el otro le pega un puñetazo en la frente que lo devuelve escaleras abajo. AM cae hasta el siguiente rellano y queda tendido en el suelo, inmóvil. Podría estar muerto, aunque no lo creemos. El hombre regresa con sus compañeros. Me he roto los dedos, dice. Le he pegado mal, le he dado así, dice, y traza un gancho en el aire. Quería darle en la cara pero le he atizado en el cráneo. Se muerde el labio inferior, toca con cuidado los dedos de la mano herida. Rotos, mierda, están rotos de verdad. Sus compañeros no le hacen mucho caso. Se vuelven otra vez hacia la puerta y empiezan a patearla, uno tras otro, por turnos, y aunque no parece ceder por el lado de la cerradura, las bisagras se están deformando y la puerta se ha separado casi un centímetro del marco. Si tuviesen una barra de metal podrían hacer palanca, pero sólo tienen porras demasiado gruesas, armas cortas, un táser. Así que siguen pateando. Vamos a entrar, cerda, grita el más grande, ese que se ha hecho daño en un pie pero continúa dando patadas, cada vez con más rabia y cada vez más dolorosas, empuja a sus compañeros para saltarse el turno. Está dispuesto a ser el que arranque la puerta de sus goznes, ya casi lo ha conseguido, los otros son unos blandengues, pisotones de bailarina es lo que dan, pero él va a entrar, apartando astillas a manotazos y levantará a la cerda en el aire antes de que tenga tiempo ni de gritar, la dejará caer al suelo desde encima de su cabeza, nadie ha dicho que no la toquen, han dicho que la quieren viva, viva y magullada la van a tener, voy a entrar, dice entre dientes, ¡voy a entrar!, ¡me cago en mi puta madre!

Van a entrar.

Alegría da un par de patadas al aire, desentumeciendo los músculos, pero sabe que eso no es lo primero. Se pone a un lado de la puerta para que no se le estrelle contra la cara y también para dejarles paso. ¿Cuántos serán? Siete, ocho. A saber cuántos han considerado necesarios para apresarla. Seguro que no son pocos. Al fin y al cabo ha

dejado fuera de combate a un médico y a un celador, es verdad que estaban desprevenidos y que el segundo era un anciano. ¿Cuántos? Cinco, seis. Armados, probablemente. Pero ella tiene una ventaja: la necesitan viva. A ella, por el contrario, le da igual si acaban vivos o muertos. De hecho, los prefiere muertos. Lo ideal sería clavar el kubotan en un ojo al primero, llegar al cerebro. Ya sé, Fred: lo mejor es enemigo de lo bueno; atinar un ojo en movimiento no es fácil, pero la cabeza es grande, golpea con todas tus fuerzas, cariño, en la cabeza casi todos los puntos son sensibles. Tan sólo procura que el kubotan no se te caiga de la mano. Aquí llegan. Ya sólo tienen que dar un par de golpes más y la puerta se va a la mierda. Ningún vecino va a asomar a defenderla. En sus madrigueras a oscuras, husmeando el peligro. ¿Dónde estará AM? ¿La ha abandonado o está tramando alguno de sus planes para salvarla? Oh, AM, nunca te has atrevido a besarme y lo entiendo. Yo tampoco me atrevería, pero a ratos me parece de lamentar. ¿Y Buster? Le gustaría volver a ver a Buster, tomarle de la mano, pasear despacito aguardando a que él se atreva a franquear un umbral o a que evite cuidadosamente pisar las llagas entre las baldosas. De acuerdo, Fred, nada de pensar en tonterías. AM y Buster son para después. Si hay un después. Debería haberse ido con Husky a su refugio postapocalíptico, desde donde verían cómo el paisaje devastado va siendo reclamado por la naturaleza; cultivarían los campos, criarían cabras, los niños correrían desnudos, también los adultos.

Venga, venga, déjate de paraísos, concéntrate: al primero en la cabeza, al segundo con la porra eléctrica, los siguientes no entrarán ya tan a ciegas. Ojalá el primer golpe sea mortal. Luego los noticieros dirán que estaba casado y que tenía tres hijos, mostrarán fotos de un hombre con cara de bueno, los vecinos dirán lo amable que era, los comentaristas reprobarán el crimen salvaje. Que les den. A los comentaristas, al muerto, a su mujer, a sus hijos, a los vecinos. Ok, Fred, ya, ya sé, concentración, pero me cuesta, ¿por qué tardan tanto? Estoy por abrirles yo la puerta para que entren de una vez. Al primero en la cabeza, al segundo donde pueda, y después tomar la iniciativa. Ante varios enemigos no debes esperar que te ataquen. Lánzate contra ellos, haz aquello con lo que no cuentan. Ya sabes, eres una mujer; perder una pelea es haberlas perdido todas. El cuerpo caliente y la cabeza fría. Con saña. Con toda tu mala hostia.

Aquí llegan.

La puerta sale despedida hacia adelante pero cuando parece que va a volar a través de la habitación el gozne superior la sujeta y la

mantiene de través ante la apertura. Una manaza la golpea hacia un lado. Ahora. Quieren tu sangre. Tú quieres la de ellos. Alegría, no sientes miedo ni esperanza. Sólo rabia. Y la rabia hace que ese líquido tan codiciado te palpite en las sienes. El kubotan traza una curva y pincha en hueso. Oyes algo crujir y al mismo tiempo sientes el impacto en la muñeca. Un cuerpo muy pesado que ni te da tiempo a distinguir cae hacia adelante y notas que algo te salpica los ojos. Es su sangre, no la tuya. Por ahora.

Bonus tracks

La novela que tienes en tus manos es un objeto acabado. Está bien que sea así, que, como en la vida, debamos conformarnos con que no es posible corregir nada: lo hecho, hecho está. La vida es única, irremplazable, definitiva. Si un personaje muere en la novela, no seré yo quien lo resucite fuera de ella.

Pero eso no significa que no podamos averiguar más sobre los personajes. Ellos siguen circulando por la cabeza del autor después de publicado el libro. Lo que hicieron antes de entrar en la novela, lo que hacen después o en sus márgenes. El león no está muerto, como pretendía Hemingway, está soñando. Y de la misma manera que se pueden añadir bonus tracks a un CD o tomas falsas a un DVD, nada impide que una novela continúe expandiéndose en el ciberespacio.

Aquí están, entonces, esas escenas que no entraron en la novela, bien porque fueron descartadas, bien porque no existían cuando se entregó a la imprenta:

http://www.ovejero.info/web/index.php/es/leer-textos/99-los-angeles-feroces-bonus-tracks

http://galaxiagutenberg.com/libros/los-angeles-feroces.aspx

Índice

Del cuaderno de AM (I)
Del cuaderno de AM (II)
Del cuaderno de AM (III)
Del cuaderno de AM (IV)
Del cuaderno de AM (V)
Del cuaderno de AM (VI)
Del cuaderno de AM (VII)
Del cuaderno de AM (VIII)
    Declaración del padre
Del cuaderno de AM (IX)
Del cuaderno de AM (X)
Del cuaderno de AM (XI)
Del cuaderno de AM (XII)
Del cuaderno de AM (XIII)
Del cuaderno de AM (XIV)
Bonus tracks